

P. J. O'ROURKE

# COMO CONDUCIR DROGADO A TODA VELOCIDAD

y otros ensayos

Alucinaciones  
de un reptil  
americano



Lectulandia

¿Cuanto tiempo tarda en reconocer a un secuestrador libanés en el pasillo de un avión?

¿Tiene el Pentágono buzón de sugerencias? ¿Conoce sus hojas de reclamaciones?

¿Usaba Imelda marcos chanclas con nenúfares sintéticos?

Este libro combina sagazmente una lúcida reflexión sobre las cuestiones más trascendentales del mundo contemporáneo con sus intimidades más sonrojantes.

¿Ha intentado conducir drogado mientras le meten mano? ¿Continúa llegando pronto los lunes a la oficina? ¿Ha pensado seriamente si son más peligrosos los aerosoles que los ecologistas?

Escandaloso, antipático y siempre divertido, este es el manifiesto vital de la nueva clase de hombre que se extiende por todo Occidente: un sinvergüenza con sentido del humor y una saludable dosis de depravación.

**Lectulandia**

P. J. O'Rourke

# **Alucinaciones de un reptil americano**

ePub r1.0

janepora 12.10.13

Título original: *Republican Party Reptile*

P. J. O'Rourke, 1987

Traducción: Ana Cuadrado & Peter Ross

Editor digital: jandepora

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Warren G. Harding, un republicano de pura cepa.

---

«No soy el hombre adecuado para desempeñar este oficio y nunca debería haberlo aceptado».

*Un chico está haciendo autostop en el campo. Un coche se para y el conductor le pregunta:*

*—¿Eres republicano o demócrata?*

*—Demócrata —dice el chico, y el coche se marcha. Se para otro coche y el conductor le pregunta:*

*—¿Eres republicano o demócrata?*

*—Demócrata —dice el chico, y el coche se marcha.*

*Esto ocurre dos o tres veces y el chico llega a la conclusión de que está dando la respuesta equivocada. El siguiente coche que para es un descapotable, conducido por una preciosa rubia.*

*—¿Eres republicano o demócrata? —le pregunta.*

*—Republicano —dice el chico, y ella lo deja entrar.*

*Cuando están en marcha el viento que entra por arriba empieza a hacer que a la rubia se le levante la falda, cada vez más para arriba, dejando al descubierto sus piernas. El chico se da cuenta de que se está excitando. Finalmente, no puede ya aguantar más y le grita:*

*—¡Para, déjame salir! ¡Sólo hace diez minutos que soy republicano y ya tengo ganas de follar a alguien!*

Chiste popular de los años 30

# Agradecimientos

---

«Una breve historia de la humanidad», «Los mitos clásicos puestos al día», «Una reflexión larga y detallada sobre los últimos quince minutos», «¡Vaya día!», «Cómo conducir drogado a toda velocidad mientras te meten mano sin derramar la bebida», «El rey de Sandusky, Ohio», así como parte de la introducción, se publicaron originalmente en *National Lampoon*.

«Ponte en marcha, coge la onda, llega tarde el lunes a la oficina», «Payasos, pistolas y pasta», «En busca de los piratas de la cocaína» y «Con los secuestradores y los secuestrados en Beirut» se publicaron en *Rolling Stone*. «Las reglas de etiqueta en Hollywood», «Conversaciones de sobremesa» y «El traslado a Nueva Hampshire» aparecieron en *House and Garden*. «La Ferrari niega que Occidente esté en declive», «Rendimiento de las camionetas si se conducen a gran velocidad» y «Un análisis lógico y frío de la amenaza de las bicicletas» aparecieron en *Car and Driver*. «Un experimento intelectual» y «Los nazis de la salud» aparecieron en *Inquiry*. «Un barco lleno de tontos» fue publicado en *Harper's* y «Esos horribles sombreros protestantes» en el *Wall Street Journal*. El autor desea expresar su agradecimiento a todas estas publicaciones por haberle permitido reproducir este material. También quiere dar las gracias a los editores que, tanto en el pasado como en el presente, le han prestado su ayuda, brindándole valiosas sugerencias. Siente una especial gratitud hacia Susan Devins de *National Lampoon*, Carolyn White y Bob Wallace de *Rolling Stone*, Shelley Wanger de *House and Garden*, David E. Davis, Jr. y Don Coulter de *Car and Driver* y Michael Kinsley y Bob Asahina de *Harper's*.

# Introducción: Apología Pro *Vita Reptil del Partido Republicano Sua*

---

Los veintiún artículos que componen este libro están escritos desde el punto de vista de un republicano conservador. No hay nada de inusual en ello a excepción de que dichos artículos son —o al menos pretenden ser— divertidos. La gente cree que decir «republicano divertido» es una contradicción. En teoría, el sentido del humor y el conservadurismo no pueden combinarse. Existen algunas excepciones bien conocidas: William F. Buckley, Jr., R. Emmett Tyrrell, Jr. y Pat Robertson (aunque cabe la posibilidad de que este último no esté bromeando), pero casi todos los norteamericanos piensan que sus humoristas son liberales, como Art Buchwald y Garry Trudeau, si no radicales, como Lenny Bruce. Cuando la gente lee el ensayo que titulo «Cómo conducir drogado a toda velocidad mientras te meten mano y sin derramar la bebida» me pregunta:

—Pero ¿de verdad eres republicano?

Bueno, en primer lugar, nació siéndolo. Mi abuelo Jake O'Rourke era católico y demócrata, como se puede deducir de su nombre. Su primera esposa murió durante la Primera Guerra Mundial y él se volvió a casar. Su segunda esposa estaba completamente loca, y entre sus muchos desvaríos se cuenta el de haber dejado a mi tío Joe —que entonces tenía tan sólo un año— en el porche hasta que se le congelaron los pañales. Mi abuelo fue a ver al obispo para decirle que anulara el matrimonio, pero el obispo se negó a hacerlo. El abuelo, según la historia de la familia, se hizo miembro de la Iglesia Luterana, del Partido Republicano y de la Masonería en el mismo día.

La otra parte de mi familia era todavía más extremista. La madre de mi madre, la abuela Loy, procedía del sur de Illinois. Su padre era sheriff del condado, presidente del Comité Republicano y, además, amigo del presidente McKinley. Mi abuela pensaba que los demócratas eran, como la sequía y el anublo, una inexplicable fuerza maligna de la naturaleza que América no había hecho nada para merecer. Solía hacer declaraciones de este tipo: «Por muy pobre que sea una persona, siempre podrá limpiar el jardín de su casa». Nunca se atrevía a pronunciar la palabra «demócrata» si



había niños en la habitación. Decía en su lugar «cabrones».

Cuando cumplí los diecinueve años me puse, como era costumbre entre los universitarios, a flirtear con el marxismo, anunciándolo a voces a todo el mundo. En cierta ocasión, cuando había vuelto a casa para pasar las Navidades, mi abuela me llevó a un lado y me dijo:

—Pat, me tienes muy preocupada. No te vas a hacer demócrata, ¿verdad?

—¡Abuela! —dije—. ¡Tanto los demócratas como los republicanos son unos cerdos fascistas! ¡El presidente Johnson está asesinando a los indefensos vietnamitas, provocando levantamientos en los barrios pobres de las ciudades americanas, oprimiendo a los trabajadores y estafando al pueblo! ¡Claro que no soy demócrata! ¡Soy maoísta!

—Lo único que importa es que no seas demócrata —dijo mi abuela.

Pero no podía seguir siendo maoísta por mucho tiempo. Me puse tan gordo que no podía llevar pantalones acampanados. Me di cuenta de que ser comunista significaba dar mis palos de golf a una familia del Zaire. Además, no podía soportar aquella seriedad tan espantosa y opresiva de la izquierda.

No se puede esperar que tengan sentido del humor quienes se preocupan de una forma tan exagerada por el machismo en el idioma y creen que el gobierno entra en sus casas por la noche y llena el cubo de basura de residuos radioactivos. De hecho no lo tienen. Los radicales, los liberales y toda esa gente necesitan que los chistes tengan «mensaje», que «demuestren algo». La risa surge involuntariamente, pero las demostraciones no. Un conservador puede muy bien decirte que no deberías reírte de algo. Puede decir por ejemplo: «No deberías reírte de los minusválidos», y puede que tenga razón. Sin embargo, un liberal te dirá: «No te puedes reír de los minusválidos», y se equivoca. Y si no preguntárselo a cualquiera que haya oído ese chiste sobre la vez que Helen Keller se cayó a un pozo y se rompió tres dedos de tanto pedir auxilio.

Ni los conservadores ni los humoristas piensan que el hombre es bueno. Pero los izquierdistas creen que sí lo es y que los comportamientos más erróneos del hombre están provocados por la pobreza, la falta de escolarización y las malas relaciones familiares. Piensan que realmente hay gente tan sumamente pobre que ni siquiera puede limpiar el jardín de su casa. Esta línea de pensamiento hace que surja todo tipo de cosas desagradables. Que os lo cuenten los cubanos.

En vista de esto, soy conservador, ¿qué otra cosa podría ser? Sin embargo, hay algunos aspectos del conservadurismo que me disgustan. Seamos honestos: también algunos conservadores son idiotas. Tenemos, por ejemplo, a los nuevos cristianos, que son completamente gilipollas. Deberíamos hacer con ellos lo que hicieron los romanos conservadores, echarlos a los leones. Incluso los republicanos más típicos, los de los clubes de campo, están en contra de algunas cosas —del contrabando de drogas, por ejemplo, de que eches Quaaludes en el whisky y de que a las tres de la

mañana coloques los baffles del tocadiscos sobre el tejado de tu casa y te pongas a escuchar a Parliament of Funk a todo volumen.

Por todas estas cosas, lo que verdaderamente me gustaría es llevar una etiqueta diferente. Estoy seguro de que mucha gente siente lo mismo. Somos los Reptiles del Partido Republicano. Parecemos republicanos y pensamos como los conservadores, pero conducimos muchísimo más deprisa y escondemos los vibradores, el aceite para niños y la cámara de vídeo detrás de la pila de jerseys que hay en el armario. Me parece que nuestro programa está muy claro. Estamos en contra de: los gastos del gobierno, los niños de Kennedy, las leyes sobre los cinturones de seguridad, las posturas cobardes respecto al asunto de la fuerza nuclear, los autobuses escolares gratuitos (excepto los que van a Yale), los campings de caravanas cercanos a nuestras residencias de verano, Gary Hart, todos los pequeños países del Tercer Mundo que no tienen leyes que garanticen el secreto bancario, el aerobio, la ONU, los sistemas de impuestos que no permiten que uno no los pague y las joyas para hombres. Estamos a favor de: las armas, las drogas, los coches rápidos, el amor libre (si nuestras mujeres no nos pillan), la buena salud del dólar, un medio ambiente más limpio (los pobres deberían reducir el número de *graffitis*), un ejército poderoso con uniformes muy elegantes, Nastassia Kinski, la Guerra de las Galaxias (y cualquier otra cosa que asuste a los rusos) y de que se tome una postura firme sobre la cuestión de Oriente Medio (destrozar los edificios, quemar las cosechas, echar sal en los sembrados y convertir a los habitantes de esa zona en esclavos).

Hay muchísima gente en Norteamérica que siente esto mismo, sobre todo después de tomarse tres o cuatro copas. Si todos nosotros nos uniéramos y colaboráramos, podríamos hacer que este país tuviera... una buena resaca.

P. J. O'ROURKE

Jaffrey, Nueva Hampshire

# **Cosas del intelecto**

# Una breve historia de la humanidad

---

El hombre comenzó su evolución en Africa. No la continuó allí. Antes de esto, ya se habían muerto todos los dinosaurios. Los territorios se poblaron de hombres del Paleolítico, del Neolítico y de otros hombres con extrañas denominaciones. Utilizaban el fuego, pero, como eran muy primitivos, lo utilizaban para todo: para la comida, para la ropa y para adornar sus cuerpos. Pintaban sus cuevas y las arreglaban y amueblaban de una forma sencilla, pero atractiva. Eran lo ideal para las parejas jóvenes que se disponían a poner en marcha una raza humana.

Había una zona fértil con forma semicircular y la cuna de una civilización junto con algunas otras cosas que los sumerios combinaron para inventar la escritura, aunque no escribieron novelas ni cuentos cortos. Solamente escribían sobre tablillas de barro. Los egipcios construían cosas gigantescas con lo primero que les llegaba a las manos. Surgió el judaísmo, sin que se haya conseguido nunca aplastarlo. Por la misma época (o un poco más tarde, si tenemos en cuenta a los fenicios) vivieron los antiguos griegos. A éstos los siguieron los griegos menos antiguos, a los que siguieron, a su vez, otros griegos todavía menos antiguos. Los diferentes períodos de los griegos pueden distinguirse por el grado de ridiculez que muestran las cosas que colocaban en la parte alta de sus columnas. A menor ridiculez, mayor antigüedad. Los griegos inventaron el teatro de aficionados y los interminables poemas sin rima. Fue un alivio para todos que terminara su época dorada. La filosofía griega, sin embargo, ha sobrevivido a través de los siglos y nos ha proporcionado conceptos tan modernos como el del átomo y el del amor platónico, en el que nadie consigue acostarse. El griego más famoso, Alejandro Magno, ni siquiera era griego. En lenguaje moderno lo llamaríamos yugoslavo. Conquistó lo que en aquella época se pensaba que era el mundo, pero le obligaron a devolverlo. Mientras tanto, en China estaban los chinos. Se alzó Roma y se vino abajo. Las hordas bárbaras bajaron de dondequiera que bajaran las hordas bárbaras. Quemaron la Biblioteca de Alejandría y destruyeron la mayor parte de las obras literarias de la Antigüedad, haciendo que les brillaran los ojos a todos los que se han visto obligados a estudiar a los clásicos. Los bárbaros, como tenían tiempo de sobra, inventaron el feudalismo, pero resultó ser demasiado complicado para sobrevivir en otro lugar que no fuera el léxico empleado por los

sociólogos liberales al hablar sobre Sudamérica. Se propagaron las pestes bubónicas, la Cristiandad y el uso del arado con vertedera. En Francia existieron tantos reyes que se llamaban Luis que tuvieron que numerarlos. Colón descubrió la República Dominicana. Se demostró que la Tierra estaba por ahí, en algún lugar, y que era redonda; en lugar de estar aquí mismo y ser plana. Hubo una larga serie de debates religiosos que provocaron la muerte de cualquiera que tuviera un coeficiente intelectual superior a 50. Praga fue defenestrada, Polonia dividida —los rusos aún tienen la parte que cogieron. Napoleón amenazó a Europa. Luego dejó de hacerlo. La industrialización llegó a Inglaterra y posteriormente se marchó. Hubo unas cuantas guerras más, normalmente contra los alemanes, aunque últimamente ya no, porque otra vez somos amigos. Norteamérica contó con una revolución, una gran rebelión, una depresión, el «New Deal», y luego tuvo algunos problemas con la gente joven, a finales de los sesenta. Y así llegamos al presente: domingo día 1 de febrero, a las 10,45; no, a las 10,46. Disculpados, pero tenemos que salir a comprar el *Times* y a preparar el desayuno para nuestros ligues.

# Un experimento intelectual

---

Hace no mucho realicé un experimento intelectual. Leí un ejemplar de la *New York Review of Books* (volumen XXXI, núm. 7, 26 de abril 1984) y después me puse a ver en la televisión los programas de la tarde con mayor audiencia (lunes 23 de abril 1984, 19,30-22,00 h).. Compararlos me daría, esperaba yo, alguna pista para resolver un antiguo dilema: ¿Qué es peor, ser listo o ser estúpido?

El experimento parecía justo; la *New York Review of Books* es, sin lugar a dudas, inteligente, y la televisión, como bien se sabe, un plomo. Soy imparcial. Soy listo para algunas cosas: ni veo la televisión ni leo la *New York Review*. En lo que a otras cosas se refiere, soy más bien bruto.

## Datos básicos

---

Empecé a leer la *New York Review* a las tres de la tarde. El artículo principal estaba escrito por Harold Bloom, catedrático de Humanidades en Yale. Se trataba de una crítica de *Walt Whitman: El desarrollo del poeta*, de Paul Zweig, aunque apenas se mencionaba el libro. El señor Bloom utilizaba alrededor de cinco mil palabras para decir que Walt Whitman era un poeta tremendamente importante que se masturbaba muy a menudo.

El escrito tenía muchas frases de este tipo: «Las verdaderas dificultades a la hora de leer a Whitman empiezan (o deberían empezar) con su original e inquietante cartografía psíquica», y contenía citas de Whitman tales como:

*¡Oh gran estrella desaparecida —  
oh la lobreguez que oculta a la estrella!  
¡Oh manos crueles que me tenéis impotente —  
oh alma mía desvalida!*

El señor Bloom decía: «Sólo una élite puede leer a Whitman». Puede ser por esto por lo que siempre pensé que el poeta era un charlatán obsesionado consigo mismo, y que tenía un oído más duro que una tapadera de latón. «¿Cómo alguien de una naturaleza tan idiosincrásica como la de Whitman —se preguntaba Bloom— se convirtió en algo tan sumamente fundamental para la práctica totalidad de la cultura

literaria americana que le siguió?» No tengo ni la más remota idea.

Había otros once artículos y un poema en este número de la *New York Review*. Algunos de ellos se merecen un breve comentario:

Neal Ascherson hacía la crítica de *Un diario de Varsovia, 1978-1981*, de Kazimierz Brandys, y de *La primera polka*, de Horst Bienek. El señor Brandys era comunista, pero consiguió curarse. Tras veinte años de estancia en el Partido Comunista Polaco pensó que el comunismo, por lo menos cuando hay rusos por medio, no es una buena idea. Sin embargo, el movimiento de Solidaridad lo cogió por sorpresa. Actualmente vive en Nueva York y escribe libros sobre el hecho de estar confundido.

*La primera polka* es una novela que aborda el tema de la vida en la Alta Silesia. Los habitantes de esta zona se hallaban inquietos porque no eran capaces de decidir si eran polacos o alemanes. Y en esto llegó la Segunda Guerra Mundial.

Gabriele Annan hacía la crítica de *Colette*, de Joanna Richardson, y de *La colección de cuentos de Colette*, editada por Robert Phelps. Entiendo que Colette utilizaba el lenguaje con gran belleza, pero no tenía nada que decir. La señorita Annan sí tenía mucho que decir (una columna de cien pulgadas) .*La colección de cuentos de Colette* incluye todos los cuentos obscenos, pero deja fuera *Gigi*.

Milan Kundera contribuía con un ensayo titulado *La tragedia de Europa Central*. El señor Kundera, que vivió en Europa Central, piensa que sus pequeños países están muy bien. Por lo menos estaban muy bien hasta la llegada de la versión rusa del comunismo. Si no hay quien consiga hacer salir a los rusos (y/o al comunismo) de Europa Central, la cultura se va a esfumar de estos países. La cultura es algo muy difícil de definir, decía el señor Kundera, y, además, parece que se está esfumando de todos los sitios.

Gerald Weales hacía la crítica de *Todos los fieles: cambio y continuidad en la religión de Middletown* (un trabajo colectivo). Entre 1976 y 1981 un grupo de sociólogos llevó a cabo un estudio sobre Muncie, Indiana. Muncie es esa «Middletown» en la que Robert y Helen Lynd fueron los primeros que realizaron estudios sociológicos en 1929. A pesar de contar con una enorme masa de personal, montañas de dinero, la ayuda de computadoras y de tener tiempo de sobra, los sociólogos actuales no están haciendo un trabajo tan bueno como el de los Lynd. El señor Weales comentaba que *Todos los fieles* debería tomarse con una pizca de humor (y con un poco de lima y de tequila, sugiere este autor).

Otros artículos no se merecen ni un breve comentario: La crítica de *El judío errante*, de Stefan Heym, corría a cargo de D. J. Enright. Parecía una novela interesante, pero cuando ya por fin acabé de leer las grandes alabanzas que le hacía el señor Enright, me sentía tan aburrido que ni siquiera podía considerar la idea de comprarla. Michael Wood hacía la crítica de dos libros sobre Alfred Hitchcock,

demostrando que algunas personas son incapaces de experimentar ni siquiera los más pequeños placeres de la vida sin caer en un frenesí de análisis. Y la crítica de Howard Moss de las actuaciones de la Compañía de Danza de Martha Graham en el Lincoln Center constituía un argumento de peso a favor de la idea de que la gente a la que le gusta bailar debería callarse y bailar.

No fui capaz de llegar a entender un artículo, la crítica de Charles Rosen de *El lenguaje musical de Berlioz*, de Julian Rushton. Cuando lo que se escribe contiene comentarios del tipo de «Así es como Schonberg consigue reconstruir rítmicamente el efecto de la consonancia y la disonancia dentro de un sistema no tonal», ya no lo sigo. Entendí, sin embargo, que la tesis del señor Rosen consistía en que la música de Berlioz puede apestar o no.

Hubo otro artículo que entendí demasiado bien. Se titulaba «La guerra de las galaxias de Reagan», y, en él, nueve expertos pertenecientes a la Unión de Científicos Concienciados apoyaban la tesis de que un sistema defensivo de misiles ubicado en el espacio resultaría carísimo, cabrearía a los rusos y, de todas formas, no podría evitar que nos hicieran volar por los aires. Los expertos ofrecían un gran número de datos y de cifras y muchos largos pasajes repletos de reflexiones en apoyo de sus argumentos. Pero me parecía a mí que, haciendo uso del sentido común y del razonamiento inductivo basado en la historia de las armas defensivas, los mismos argumentos se podrían haber expuesto utilizando sólo doscientas palabras.

El poema de Patricia Storange se titulaba «Ilegitimidad». No tenía rima. Del texto se desprendía que ser hijo ilegítimo es un estado incómodo.

En medio de tanta inteligencia había un par de cosas interesantes. Irvin Ehrenpreis hacía la crítica de las *Cartas de Horace Walpole*, edición de Yale en 48 volúmenes realizada por W. S. Lewis. Walpole, cuarto Conde de Oxford, pertenecía al Siglo de las Luces y escribía cartas llenas de viveza y comicidad, cargando siempre contra el mundo que le rodeaba. El señor Ehrenpreis llamaba a esto «estilo de repliegue irónico» y no tenía reparos en citar fragmentos del original. Sin embargo, Ehrenpreis pasaba por alto algunas cuestiones importantes. ¿Qué clase de hombre es el que se gana la vida editando 48 volúmenes extraídos de los apuntes cotidianos de otro? ¿Quién puede gastarse 2700 dólares en comprar una colección de libros como ésta? ¿Dónde iban a colocarlos? ¿Se los había leído todos el señor Ehrenpreis? ¿Y de dónde sacó el tiempo?

La crítica de la biografía de De Gaulle de Don Clark, realizada por Robert O. Paxton, también merecía la pena. El señor Paxton mantenía que De Gaulle tenía una visión pragmática y perceptiva de la política internacional y que su actuación durante los sesenta no estuvo inspirada ni por el antiamericanismo ni por su egocentrismo. Es más, afirmaba Paxton, demostró tener una gran sensatez al marcar distancias entre Francia y la tendencia americana a convertir cada paquete de la C.A.R.E.<sup>[1]</sup> y cada



voto de la O.N.U. en una Gran Cruzada.

Me llevó unas tres horas leer la *New York Review of Books*. Me tumbé un rato con una compresa fría sobre la frente y luego me puse a ver la televisión.

La programación «de mayor audiencia» comienza oficialmente a las siete y media. Tenía la posibilidad de elegir entre *Diversión para esta noche* en la ABC *La rueda de la fortuna* en la CBS y *Enfrentamientos familiares* en la NBC. *Diversión para esta noche* parecía tener el nombre de lo que yo estaba buscando más que de lo que era. *La rueda de la fortuna* sonaba a algo ya demasiado tonto. Elegí *Enfrentamientos familiares* y resultó ser un programa fascinante. Trataba del enfrentamiento entre dos familias americanas completamente normales, vestidas como para ir a la iglesia, volverse a casar o pedir un crédito. Se les hacían preguntas, pero, en lugar de contestarlas, tenían que adivinar las respuestas que daría un centenar de americanos tan completamente representativos como ellos. «Conócete a ti mismo», decían los antiguos griegos; «Conoce a tu vecino», dicen los americanos, mucho más prácticos.

La primera pregunta era: «Citen el invento que haya proporcionado un mayor ahorro de tiempo». La «lavadora» fue la respuesta ganadora; era una contestación realmente buena. La ropa limpia es el emblema de la civilización. Sin embargo, el «horno microondas» aparecía en segundo lugar. ¡Qué asco! La buena cocina es el otro emblema de la civilización. El «coche» y el «avión» tan sólo ocuparon el tercer y cuarto puesto, lo que posiblemente sea un indicio del provincianismo latente. El «lavavajillas» venía en quinto lugar y el «teléfono» en el sexto. Resulta muy representativa de la sabiduría popular americana esta actitud ambigua hacia el teléfono. No hay muchos Horace Walpoles en esta generación.

Podía haberme pasado horas reflexionando sobre esto, o por lo menos minutos, pero ya estaba en el aire otra pregunta: «¿Qué es lo que no deberían hacer los atletas durante su entrenamiento?» «Fumar cigarrillos» aparecía en primer lugar, y con razón de sobra. Pero en la parte inferior de la lista, en quinto lugar, se hallaba «hacer el amor», cosa que no perjudica a los atletas lo más mínimo. ¿Se trataba de un puritanismo recrudesciente que busca justificarse en esta época de culto al cuerpo? Por desgracia, en aquel momento me interrumpió el artilugio ése que al parecer ahorra tiempo: el teléfono. (Supongo que debería comprarme un vídeo, pero lo único que me gusta de la televisión es su carácter efímero). Me vi obligado a prestar menos atención a *Enfrentamientos familiares*, pero conseguí enterarme de que el 35 por 100 de los americanos considera que el rosa es el color más popular para camiones. Cuando por fin mi interlocutor colgó el teléfono, los concursantes estaban participando en un juego de palabras («Cosas que se usan para desplazarse por la ciudad: ... el autobús... los pies...») que resultaba interrumpido por un sonido zumbón y como de pederreta. Carecía de interés, pero producía desasosiego ver a los

americanos que participaban en estos concursos aplaudiéndose a sí mismos cada vez que acertaban. ¿Dónde se fueron aquellas actitudes modestas y aquellas muestras de agradecimiento que, balbuceando, se hacían llegar a los profesores de instituto? A propósito, ¿queda alguien que se ruborice?

A las 20,00 h. tuve que elegir entre *El espantapájaros y la señora King*, en la CBS —que trataría, temía yo, de la madre de Stephen King— ¡*Esto es increíble!*, en la ABC —estaba seguro de que no lo iba a ser— y *Bromas y gazapos de la TV*, en la NBC. Este último parecía tan horrible que no podía perdérmelo, y, en efecto, lo era. Lo presentaba Dick Clark, maestro de ceremonias de *American Bandstand* durante el período más nefasto de la música popular de este siglo, y Ed McMahon, que interviene con un papel muy poco claro en *El show de esta noche*. Hablaban muchísimo entre ellos; creo que en algunas ocasiones contaban chistes.

Los «gazapos» estaban extraídos de otros programas televisivos en los que los actores y las actrices se equivocaban; algunas veces con gracia. Una actriz llamada Deidre Hall luchaba denodadamente con la tercera sílaba de la palabra «infinitesimalmente» —la gracia parecía estar en que los famosos se equivocan tanto como el resto de la gente. Las «bromas» se gastaban a gente muy conocida (o, por lo menos, en el programa se decía que lo eran). Me quedé perplejo. Lo mejor de las bromas es que sirven para vengarse. ¿Qué razón había para vengarse de estas celebridades? ¿Es que la fama ha sustituido a la riqueza como criterio de división de clases? ¿Es el no ser famoso el equivalente moderno de estar oprimido? ¿Están justificados, por lo tanto, los no famosos si se alzan contra los que tienen más prensa?

Una de las bromas, sin embargo, era significativa. Una actriz, de cuya existencia no tenía noticia, era conducida a una «carnicería» con el fin de comprar filetes para una barbacoa. El carnicero sacaba una vaca viva, le mostraba a la actriz de qué parte iba a cortar los filetes y luego se llevaba la vaca a la trastienda. Se oía un disparo seguido del sonido de una sierra de cortar carne. La actriz se quedó aterrorizada y el público conmocionado. ¡Qué lejos ha quedado nuestro patrimonio agrario!

El resto del programa era un bodrio y estaba compuesto en su mayoría por antiguos anuncios televisivos que se exhibían por su supuesto efecto cómico. En otra secuencia, particularmente estúpida, el presentador de esos programas infantiles de humor de por la tarde, David Letterman, realizaba una visita a un congreso de inventores y aprovechaba para burlarse de todo el mundo. Un mejicano había inventado un artilugio que servía para detectar señales de vida en los ataúdes. Tanto el señor Letterman como el público pensaban que esto tenía mucha gracia. Puede que no resulte tan chistoso en un país en el que la atención médica sea deficiente y donde no existan los embalsamamientos. Una mujer negra había inventado un cojín con calefacción para que la gente que viviera en casas frías se mantuviera caliente. Para Letterman también esto merecía una carcajada. Me alegro de que su casa disponga de

una calefacción tan excelente. Yo he utilizado algo parecido cuando tenía que permanecer en un escondrijo durante la caza de patos, y me pareció que era una bendición de los dioses. El público se reía siempre que aparecían extranjeros en la pantalla. Muchos inventores eran de raza oriental y, al parecer, el público los encontraba tremendamente divertidos. Espero que les parezca igual de divertido hacer cola para cobrar el paro.

*Bromas y gazapos de la TV* duraba una hora; el contenido se estiraba mucho. Por cierto, siempre que alguna de las aturdidas víctimas decía «¡Oh Dios mío!», un pitido agudo censuraba la palabra «Dios».

A las 21,00 h. la NBC y la ABC pasaban películas, así que me puse a ver una cosa de la CBS que se titulaba *Kate y Allie*. Según pude averiguar, la situación en esta comedia de situación era que Kate y Allie eran dos mujeres divorciadas que habían cogido una casa juntas, haciendo una el papel de ama de casa y la otra el de padre de familia; también había un montón de niños. El ambiente tenía tintes de lesbianismo, aunque se hacía referencia a lo de salir con hombres. En el episodio que yo vi el padre de familia (no podría precisar si era Kate o Allie) se quedó sin trabajo y el ama de casa empezó a sacar dinero haciendo pasteles caseros. Al final, siguiendo las reglas tradicionales de las comedias de situación, todo volvió al *statu quo* original. Parece que el mensaje era que las labores del hogar y la dedicación a un trabajo resultan igualmente gratificantes. Y es que algunos odian limpiar la casa y otros odian tener que ir a trabajar. La gente debería hacer lo que más le guste, dentro de lo que cabe —una tesis justa y utópica al estilo desenfadado de la clase media americana.

A las 21,30 h. todavía seguían las películas, así que vi *El show de Bob Newhart* en la CBS. Aquí también se trataba el tema del lugar que ocupa la mujer en la sociedad. El personaje que interpretaba el señor Newhart se había trasladado a una ciudad pequeña de Vermont. La gente de allí estaba muy atrasada. En una cena normal los hombres comían en el comedor y las mujeres en la cocina. La mujer del personaje del señor Newhart le plantó cara al asunto y convenció a las otras mujeres para que se rebelaran y se llevaran la cena al comedor. Así lo hicieron, pero acabaron comiendo en una mesa separada de la de los hombres.

He vivido durante años en el norte de Nueva Inglaterra y nunca he visto un comportamiento semejante. Pero tal vez las cenas normales sean así en Los Angeles, donde viven los autores de las comedias de situación.

Para ser justo, supongo que debería haber visto otra media hora de televisión. Pero después de una consideración objetiva y escrupulosa de las evidencias almacenadas hasta ese momento, tomé una decisión: ¡A la mierda con eso!

## **Análisis**

---

En las dos listas que se exponen a continuación he intentado resumir la información recogida en un ejemplar de la *New York Review of Books* y en una velada televisiva.

#### INFORMACIÓN DE LA NEW YORK REVIEW

1. Walt Whitman es un poeta importante.
2. Se masturbaba mucho.
3. Era un tipo difícil de entender.
4. El comunismo es malo cuando los rusos están implicados.
5. Los habitantes de la Alta Silesia no podían decidir si eran polacos o alemanes; luego, la mayoría se murieron.
6. La guerra es mala.
7. El francés de Colette era bueno.
8. Colette era una charlatana obsesionada consigo misma.
9. La *Colección de cuentos de Colette*, editada por Farrar, Straus y Giroux, no incluye *Gigi*.
10. La cultura de Europa Central está desapareciendo.
11. Los rusos son malos.
12. La cultura de todos los países está desapareciendo.
13. La sociología ya no es lo que era.
14. Stefan Heym ha escrito una novela genial, pero complicada.
15. Alfred Hitchcock era un tipo difícil de entender.
16. La Compañía de Danza de Martha Graham ya no es lo que era.
17. El vestuario de la Compañía de Danza de Martha Graham es muy cursi.
18. La música de Berlioz puede apestar o no.
19. Un sistema defensivo de misiles ubicado en el espacio resultará caro.
20. Cabrearé a los rusos.
21. No servirá para nada.
22. La guerra nuclear es muy mala.
23. Ser hijo ilegítimo es desconcertante.
24. Horace Walpole era un escritor de cartas alucinante.
25. Después de todo, Charles De Gaulle jugaba con las cartas sobre la mesa.

#### INFORMACION DE LA TELEVISIÓN

1. Las lavadoras nos permiten ahorrar más tiempo que los aviones y los teléfonos.
2. Los atletas no deberían fumar cigarrillos.
3. Posiblemente tampoco deberían hacer el amor.
4. El rosa es un color muy popular para camisones.
5. Los americanos no se ruborizan cuando se felicitan a sí mismos.
6. Dick Clark y Ed McMahon son muy entretenidos.
7. Los actores son humanos:
8. Es divertido gastar bromas a otros.
9. La carne procede de animales muertos.
10. Los antiguos anuncios de la televisión son tontos.
11. Somos más sofisticados de lo que éramos.
12. Los extranjeros son graciosos.
13. Los de raza oriental son especialmente graciosos.
14. David Letterman también es gracioso.
15. No se puede decir «Dios» en la televisión a menos que uno quiera referirse a Él.
16. Los tradicionales roles sociales de la mujer y del hombre son igualmente gratificantes.
17. Un poco de lesbianismo no está mal, siempre que se ligue también con hombres.
18. La gente debería hacer lo que más le guste, dentro de lo que cabe.
19. El hombre y la mujer deberían ser iguales.
20. La gente de las ciudades pequeñas está atrasada.
21. Hay cosas que no cambian nunca.

Porcentaje de información de la *New York Review* que me resultaba nuevo: 28 por 100.

Porcentaje de información de la *New York Review* que me parecía disparatado: 12 por 100.

Porcentaje de información de la programación televisiva que tenía sentido: 52,4 por 100.

Porcentaje de información de la programación televisiva que me aterrizzaba: 52,4 por 100.

Porcentaje de información procedente de cualquiera de las dos fuentes que merecía la pena transmitir a los amigos o conocidos: 10,9 por 100.

A saber:

Walt Whitman se masturbaba mucho.

El vestuario de la Compañía de Danza de Martha Graham es demasiado cursi.

Charles De Gaulle era un buen tipo.

El rosa es el color más popular para camisones.

Si dices «Dios» por la televisión te lo censuran con un pitido.

## Conclusiones

---

Si lo inteligente es mejor que lo estúpido o viceversa, es un asunto de importancia. A los inteligentes les gustan las pinturas neo-expresionistas, que son terribles. Pero los estúpidos prefieren los vídeos musicales, que también son bastante terribles. La ignorancia es estúpida, pero la educación produce universitarios. De la lógica se podría decir que es inteligente, aunque el marxismo es lógico. La gente inteligente no suele montar broncas en los bares. Pero la gente estúpida no suele fabricar bombas de hidrógeno. Por otra parte, a la gente inteligente nunca se le caería una. ¿O sí? Es algo que tendríamos que saber.

No se puede decir que este experimento de comparar a la *New York Review* con la programación de televisión haya sido decisivo. Sin embargo, surgieron algunas hipótesis válidas:

A) La inteligencia es, en este caso, ligeramente preferible a la estupidez porque es, bueno, más inteligente.

B) Para extraer algo de valor de la *New York Review* hay que leerla a la fría y dura luz de la estupidez.

C) La televisión, para que merezca la pena, hay que abordarla con toda la capacidad intelectual de que uno disponga.

D) Si intentas hacer las dos cosas en el mismo día necesitarás echarte un buen trago.

# Los mitos clásicos puestos al día

*Doce romances de amor de la época dorada helenística convertidos en una docena de historias sobre el amor en Grecia*

---

## Apolo y Dafne

---

Apolo es el hijo de Júpiter, el presidente de los dioses, y de Latona, una antigua novia de Júpiter con la que nunca llegó a casarse. Apolo es el dios de los revólveres, de los seguros médicos y de los complicados aparatos estereofónicos de los hogares. Es, además, el dios del bronceado intenso e igualado.

El primer amor de Apolo fue una chica llamada Dafne; esta historia fue un producto de la cólera de Cupido, el dios de las relaciones interpersonales. Apolo, como corresponde a un dios, tiene muy buena puntería. De hecho, fue su celestial mano la que sujetó la pistola de calibre 44 cuando el Hijo de Sam asesinó a todas las chicas de aspecto enfermizo que no tenían el seguro médico adecuado. Y fue también Apolo el que marcó la trayectoria de las balas que alcanzaron a John Lennon, basándose en la espantosa calidad sonora del álbum de la Plastic Ono Band. Apolo se reía de la reciente decisión de Cupido de utilizar armas automáticas. Cupido insistía en que era necesario hacerlo para adaptarse a los rápidos cambios de las relaciones. Apolo le dijo que él ni siquiera sería capaz de hacer blanco en un superpetrolero con una Uzi, así que Cupido le disparó una de sus ráfagas de compromiso emocional profundo. Luego Cupido disparó un par de balas de las que hacen que las mujeres deseen conseguir un buen puesto de trabajo; y estas balas alcanzaron a Dafne, que era una bella ninfa de esas que se ven en las pistas de tenis. Apolo se enamoró de Dafne inmediatamente, pero ella quería estudiar Derecho. Apolo la seguía por todas partes, molestándola y llamándola continuamente por teléfono a horas intempestivas hasta que Dafne se enfadó y visitó a Diana, la diosa de las mujeres que buscan su propia realización, pidiéndole a la augusta deidad que la convirtiera en una juez de un Juzgado de Familias. Apolo rompió en llanto al observar esta transformación. Pero

seguía amando a Dafne y, hasta hoy mismo, cuando Apolo observa un caso de abuso infantil en el que las heridas del pequeño no están cubiertas ni por la Seguridad Social ni por un seguro médico privado, hace que se arreste a los padres y que el caso se lleve al registro de sumario del juzgado de Dafne.

## **Io**

---

Juno es la primera dama del Olimpo y es la diosa del comportamiento de las mujeres casadas. Vigila muy de cerca a su marido, Júpiter. Un día, cuando Juno estaba ordenando un poco el cielo, vio una gran nube de contaminación que se cernía sobre la zona, generalmente soleada, del sur de California. Juno tuvo la sospecha de que Júpiter había producido esta niebla para ocultar alguna de sus acciones. Así, pues, llamó al dios Zéfiro, una zona de alta presión con masas de aire glacial que produce fuertes vientos locales y temperaturas muy bajas, para que disipara la niebla. Entonces Júpiter fue descubierto en una habitación de un motel con un Datsun. Juno advirtió que bajo la forma del Datsun se escondía una mujer hermosa, transformada para no ser reconocida. Y estaba en lo cierto, porque era Io, hija del dios Inaco, dios del sistema de riego por aspersión del Valle Imperial. Júpiter había pasado toda la tarde con ella en el motel.

Rápidamente Juno se acercó a su marido y empezó a elogiar la belleza del coche que se encontraba en su habitación. Júpiter le explicó que lo acababa de fabricar con el muelle de un somier y con una cámara refrigeradora del tamaño de una habitación y que lo hacía por encargo de una empresa automovilística japonesa. Juno le pidió que se lo regalara. ¿Qué remedio le quedaba a Júpiter? No le gustaba lo más mínimo la idea de tener que entregarle la novia a su esposa, pero ¿cómo podía negarse a concederle a Juno algo tan insignificante como un coche japonés, especialmente un coche tan económico? Así, pues, accedió a ello. Sin embargo, Juno seguía sospechando de él, y le llevó el coche a Argos para que lo vigilara atentamente.

Argos era un monstruo que tenía cien ojos y por lo menos otros tantos micrófonos y aparatos para pinchar teléfonos. Trabajaba para la CIA, a pesar de que la carta constitucional prohíbe que se realicen operaciones dentro del territorio nacional. De todas formas, Argos no podía dormir, o por lo menos no dormía nada bien, si no ingería dos pastillas de Nembutal, pastillas que le había prohibido su médico por miedo a que desarrollara una dependencia a los barbitúricos. De esta forma, Argos mantendría a Io en estrecha vigilancia.

Todos estos acontecimientos pusieron a Júpiter muy nervioso, y decidió llamar a Mercurio. Mercurio preside los grandes negocios, la lucha libre profesional, la organización de las campañas políticas y los procedimientos ilegales para eliminar los residuos tóxicos; en otras palabras, preside todo aquello que requiere astucia, destreza

y dos libros de cuentas diferentes. Mercurio es también el conductor del camión del Correo de los dioses y se viste con un gorro alado y unos zapatos cuyas puntas tienen también dos alitas. Júpiter dio instrucciones a Mercurio para que visitara a Argos y le «presionara un poquito». Por eso Mercurio fingió pertenecer al subcomité de investigación del Senado y estuvo leyéndole a Argos durante horas un libro de normas y regulaciones gubernamentales que hablaba sobre las operaciones clandestinas de espionaje, hasta que a Argos se le cerraron todos los ojos y se quedó dormido. Entonces Mercurio hizo que un grupo derechista de expatriados cubanos le volara la cabeza.

De esta forma, Io logró escapar y se puso a circular por la autopista que conduce a Palm Springs; pero Juno, para que sufriera, provocó una escasez general de gasolina, obligándola a hacer cola durante horas y horas en una gasolinera de Compton, en la que además le robaron los tapacubos. Finalmente intervino Júpiter y, prometiéndole que no volvería a hacer ningún caso a lo, convenció a Juno para que desistiera. Así lo hizo Juno y, por si esto fuera poco, incluso le buscó a Io un papel estelar en una nueva película policiaca de la Paramount; pronto podremos verla participando en una persecución de coches a través de Asia Menor.

## **Hero y Leandro**

---

Leandro era un joven de Santa Mónica y Hero vivía a muchas millas de él, en Laurel Canyon, donde era sacerdotisa de Venus, la diosa de los dobles mixtos, de la pintura de ojos y de los asesinatos con violación cometidos a sangre fría. Todos los fines de semana Leandro corría, como si se tratara de un maratón, todo el camino entre Santa Mónica y Laurel Canyon. Pero un fin de semana, como no hacía muy buen tiempo, Leandro decidió que, en lugar de correr, levantaría pesas. No volvió ni a llamar ni a ver a Hero. Algunas semanas después, Hero vio a Leandro corriendo el maratón con otra chica y se quedó tan descorazonada que se puso también a correr el maratón; ahora se siente muchísimo mejor consigo misma.

## **Diana y Acteón**

---

Diana es la diosa virgen (bueno, en lo que se refiere a los hombres) de la autoafirmación femenina. Es también la protectora de las esposas que han matado a sus maridos disparándoles un tiro en la nuca con una pistola de calibre 38 tras quince o veinte años de matrimonio y que luego quedan absueltas argumentando haberlo hecho en defensa propia, ya que —dicen— sus esposos acostumbraban a azotarlas con un cinturón.

Un día Acteón, un empedernido buscador de trabajo, se encontraba tratando de



conseguir un empleo; accidentalmente vio a Diana desnuda o, según dicen algunos, con un precioso vestido de volantes, que es todavía peor. Diana lo convirtió en un empresario y tuvo que sufrir el acoso de los investigadores de la OSHA<sup>[2]</sup>, que lo obligaron a pegar en todas sus taladradoras carteles con las normas de precaución traducidas a seis idiomas y a dar un casco a cada miembro de su plantilla de contables, así como a construir un nuevo W.C. para las empleadas que le costó 40 000 dólares y que disponía de sofás en los que podían tumbarse cuando tenían el período. Finalmente, lo acosaron hasta dejarlo en bancarrota.

## **Pigmalión**

---

Pigmalión era un fotógrafo de moda; un homosexual que odiaba a las mujeres. Sin embargo, descubrió a una modelo al verla trabajando como camarera en Redondo Beach. Le arregló el pelo, la maquilló y le enseñó a vestirse bien; al acabar, estaba tan guapa que se enamoró de ella, a pesar de ser maricón. Pigmalión rezó a Venus, la diosa de la sección de ocio y estilo, para que transformara a la modelo en una mujer real y —¡qué milagro!— atendió su ruego. Y vivieron felices y comieron perdices... hasta que la modelo conoció a un actor de cine y se marchó con él a Kauai.

## **Orfeo y Eurídice**

---

Orfeo era hijo de Apolo y de la musa Radio-cassette del Coche. Cuando Orfeo era un niño, su padre le regaló un walkman de la marca Sony y una colección de cintas de Bix Beiderbecke. Nadie podía sustraerse a los encantos de esta música. No fueron los parientes y los amigos de Orfeo los únicos que se quedaron extasiados con estas melodías, sino que incluso los accionistas de la Bolsa pudieron saborear la tranquilidad de un día de poco movimiento gracias a las exquisitas improvisaciones melódicas de la corneta de Beiderbecke, que podía hacer incluso que las cotizaciones más altas bajaran un entero o más.

Orfeo se enamoró de la bella Eurídice; desgraciadamente, ella pisó una célula cancerígena durante la luna de miel y murió, como en los guiones de las malas películas. Orfeo marchó al otro mundo en busca de su amada. Allí se interpuso en su camino Cerbero, el enorme perro de las tres cabezas. Una de sus cabezas representaba la inefectiva legislación sobre la utilización de armas de fuego; la segunda, el desempleo, y la tercera, la indulgencia de los jueces y el retraso de los tribunales en lo referente a la resolución de casos pendientes. Sin embargo, Cerbero le cedió el paso cuando Orfeo le dejó ponerse el walkman en la cabeza del desempleo para escuchar «In a Mist». Después, Orfeo habló con una serie de personajes del otro mundo y resultó que muchos eran, como él, aficionados a la música de Beiderbecke.

Accedieron a que Eurídice rompiera el contrato de la película, en la que se había muerto de ese tipo especial de cáncer que sólo padecen las actrices (y que les permite conservar su belleza incluso después de haberse sometido a un tratamiento de quimioterapia de seis meses de duración). La única condición era que Orfeo no viera nunca los vídeos de lo que Eurídice hizo cuando estuvo asociada con conocidos miembros de la mafia. Pero Orfeo no pudo evitar echarles una ojeada y su matrimonio se fue al traste.

## **Los pretendientes de Penélope**

---

Penélope era la esposa de Ulises, un héroe de la guerra que ostentó el cargo de oficial en Vietnam. Estuvo en el extranjero durante un período muy largo de tiempo y Penélope creyó que no volvería nunca. En vista de esto, tuvo un montón de pretendientes. Pero resultó que Ulises sí regresó y al regresar mató a todos los amigos de Penélope. Hubiera ido a la cárcel si el jurado no hubiera dictaminado que padecía el síndrome de estrés pos-vietnamita, debido al cual, durante un tiempo, no estuvo en su sano juicio.

## **Eco y Narciso**

---

Eco era una ninfa de esas que van a las saunas, a los baños turcos y a los jacuzzi, que nunca tenía nada original que decir; Narciso arrastraba un desarreglo de la personalidad de tipo narcisista y era algo neurótico. Salieron juntos durante un tiempo, pero la cosa no prosperó. Ahora ella trabaja como ayudante de producción en Lorimar y él está intentando trabajar como modelo.

## **Píramo y Tisbe**

---

Píramo era el chico mejor parecido y Tisbe la chica más guapa del colegio de Tarzana. Pero, a pesar de que vivían puerta con puerta, sus padres no los dejaban salir juntos porque cada una de estas dos familias pensaba que la otra no era judía. Así que lo único que podían hacer Píramo y Tisbe para verse era quedar en el club de tenis o en las fiestas o en el colegio o en la playa o en el centro comercial o en bailes o durante los fines de semana.

Una noche, Píramo y Tisbe quedaron en verse secretamente en la orilla de un canal de Venecia. Tisbe llegó primero, y todavía no había aparecido Píramo cuando se vio perseguida por una pandilla de gamberros mejicanos; al huir se le cayó el monedero. Píramo llegó poco después al lugar donde suponía iba a reunirse con Tisbe; vio el monedero en el suelo y todo el contenido desparramado por la acera.

«¡Ay de mí! —dijo Píramo—, a Tisbe la ha perseguido una pandilla de gamberros mejicanos y, sin lugar a dudas, la habrán violado; ahora tendrá todo tipo de complejos sobre el sexo y deberá ir a sesiones de terapia de grupo, y, además, sus píldoras anticonceptivas están tiradas aquí por el suelo, aplastadas por la gente que pasa patinando. Ahora seguramente no va a querer follar hasta que no le receten otras. Creo que me voy a volver maricón». Pero resulta que Tisbe logró escaparse de la pandilla de mejicanos y regresó al lugar donde había prometido encontrarse con Píramo justo en el momento en que éste intentaba ligar con un miembro de otra pandilla de gamberros mejicanos. Así que los violaron a los dos.

En este mismo lugar, las tres Parcas, Cloto, Láquesis y Atropo —que son quienes entretejen los hilos del destino humano para fabricar pantalones informales y quienes ordenan que se les alarguen o acorten los bajos para determinar la duración de sus vidas mortales—, han hecho que se plante un moral con unas moras tan rojas como la sangre. Pero esto no tiene nada que ver con nuestra historia, ya que fue resultado de un accidente de coche que ocurrió anteriormente.

## **Plutón y Proserpina**

---

Proserpina era la hermosa hija de Ceres, la diosa de las subvenciones al sector agrario, encargada de mantener el equilibrio entre el desarrollo económico y las pretensiones de los ecologistas. Proserpina acostumbraba a citarse con Plutón, un jefazo del otro mundo. Se fugaron y contrajeron matrimonio en Reno, y luego Plutón se la llevó al infierno o al Congreso Nacional del Partido Demócrata del año 1948 (resulta difícil distinguirlos en lo que se refiere al humo y al ruido). Ceres montó en cólera. Buscó a su hija por todas partes y en su desesperación difundió el anublo del trigo, los gorgojos, las enfermedades de las hojas y la erosión del suelo; creó también un sistema burocrático realmente incompetente en el Departamento de Agricultura del gobierno de Truman, sembrando así un gran desasosiego entre la humanidad. Finalmente, durante el discurso de los juicios sobre delincuencia organizada del comité Kefauver del Senado, se descubrió cuál era el paradero de Proserpina. Ceres envió a su abogado para que pactara con Plutón; a cambio de conseguir su inmunidad en los procesamientos federales, Plutón permitió que Proserpina visitara en primavera y en verano a su madre, que vivía en la granja de hortalizas de los Ceres, cercana a El Centro. Y así es como se produjeron las diferentes estaciones del año. Desde entonces hasta hoy día tenemos durante la mitad del año inundaciones, sequías y bajadas del precio de los bienes de mercado; y en el resto del año tenemos contrabando de drogas, chantajes, asesinatos y robos.

## **Cupido y Psique**

---

El mito de Cupido y Psique es muy difícil de entender. Psique era una hermosa joven de la que se enamoró por accidente el dios que hace que la gente te caiga bien, al dispararse a sí mismo un tiro en el pie. Se casaron, pero era un matrimonio muy libre en el que se daba por sentado que Psique apenas vería a Cupido. Sin embargo, ocurrió que lo vio bastantes veces y tuvo que sufrir los malos tratos de su madre, la posesiva Venus. No obstante, todo a la larga salió bien y Psique consiguió la inmortalidad cuando su fotografía apareció en la portada de la revista *People*.

El verdadero significado de este mito sólo se entenderá si se realiza un psicoanálisis de varios años de duración bajo la dirección de un psiquiatra freudiano, que necesitará utilizar palabras como «psique» para explicar conceptos vagos que probablemente no debería haber utilizado.

## **Venus y Adonis**

---

Gran parte de los problemas de Cupido posiblemente guardan relación con el hecho de que su madre, Venus, se enamorara en cierta ocasión de Adonis, un esquiador profesional; Cupido fue testigo de la muerte de aquel joven, en un accidente de telesilla. Venus se quedó terriblemente apenada y convirtió al infortunado corredor de slalom en un vibrador de uso íntimo de duración ilimitada. A consecuencia de esto, Cupido todavía muestra síntomas ambivalentes respecto a las diferentes formas en que las mujeres expresan, en la práctica, sus necesidades sexuales.

# Ponte en marcha, coge la onda, llega tarde el lunes a la oficina

---

Cada generación encuentra la droga que necesita. El hombre de los cincuenta, aparte del engranaje de la empresa, se atontaba con sus martinis secos. El hippie idiota que parloteaba en su pinito disponía de drogas alucinógenas para que todo pareciera intelectual y místico. Los pasmados de los setenta tomaban cocaína para colocarse, y los niños fríos y egoístas del año 1985 creen que el éxtasis les permitirá querer y ser queridos. Las drogas son como la comida de los animales domésticos. Son como una fiesta de cumpleaños sin invitados; los únicos regalos que reciben son los que tú mismo te compraste. Yo personalmente no he probado ninguna droga nueva desde hace quince años. El hombre maduro —equilibrado, razonable, que se enfrenta con el mundo y consigo mismo sin vacilaciones— no necesita tomar drogas. Bueno, si se exceptúa un martini de vez en cuando, o tres, o cinco y una raya de cocaína si sale a bailar por la noche y un poco de champán y un canuto y una buena cantidad de Tylenol, de cócteles de vodka, de valium y..., ¡qué demonios!, ¿quién tiene éxtasis?

Resulta que casi todo el mundo tiene. «Intuyes cosas increíbles», decía el director de una revista. «Te sientes unido a todos los que están contigo», decía un diseñador de joyas. «¡Oh Dios!, ji, ji, ji...», decía una actriz de segunda fila. «Tus barreras se rompen», decía otro. A mí me lo dio un ejecutivo de Manhattan. Cuando lo tomé estaba con él, con una joven amiga nuestra y con un periodista de Tejas.

Aquella noche nos visitó una media docena de personas y no puedo deciros —aquí tenéis una de las razones por las que se dice que esta droga es la de la amistad— si estaban colgadas o no. Bueno, con una excepción. Mi amiga L llegó con un ligue muy formalito y un poco estúpido que se sentía francamente incómodo al ver a unos pasotas, casi cuarentones y de aspecto muy normal, tan completamente alucinados por las drogas. Llevaba un abrigo sport italiano con unas hombreras que eran como dos trozos de queso cheddar y con un dibujito que hacía pensar en las interferencias de la televisión. Lo cierto es que no me sentí unido a él y la verdad es que hubiera necesitado un pegamento muy fuerte para unirme a él. Parecía como si estuviera

intentando recordar el número de teléfono del servicio de ayuda a los intoxicados; se marchó muy pronto.

El éxtasis tenía el formato de una tableta grande y lisa. Se suponía que la habían fabricado antes de que fuera declarado ilegal; pero a pesar de ello parecía —por lo menos a este hippie jubilado— como si se hubiera fabricado a mano, con un artilugio casero para hacer pastillas. La dosis que había que tomar era... ¡déjalo! Recuerdo haber tenido largas conversaciones, tumbado en el suelo, sobre miligramos y microgramos en los días en que parecía que estaba doctorado en farmacología callejera. Pero la droga sólo se consume en dos tipos de dosis: excesiva e insuficiente. La que tomamos se ajustaba a esta clasificación general —era mejor que quedarse solo en casa por la noche viendo en la tele a David Letterman y no tan buena como para que la policía tuviera que registrar la casa.

Lo primero que tienes que hacer es esperar un rato, entre media hora y cuarenta y cinco minutos. Luego sientes un suspiro de resignación en el cerebro. Le dices:

—Sí, he vuelto a molestar a tus sinapsis. Intenta pensar que se trata de cólera o de lujuria. También estas dos cosas producen alteraciones químicas en la corteza cerebral y cambian...

—¡Por favor, cállate! —dice el señor Cerebro. Entonces, el Tribunal Supremo del Cuerpo se pone a deliberar.

—¿Vamos a recibir bien a este intruso o nos va a dar un paro cardiaco? Necesitamos cagar, dormir, vomitar y bailar. No, estoy bromeando. No necesitamos nada de esto, sólo sentir algo grande. No se trata de euforia exactamente, ni de un sobrecogimiento religioso, sino simplemente de una gran sensación de bienestar.

—No sigas —dice el señor Cerebro.

—¡Ahhh! —dice el ejecutivo de Manhattan.

—¡Huy! —dice el periodista de Tejas.

—¡Um! —dice la joven.

Yo digo:

—¡Joder! Esto no está nada mal.

Tenía que concentrarme mucho para poder abrir la cerradura de la puerta cada vez que llegaba gente nueva. Había un montón de tiradores, de cadenas y de otros dispositivos similares, que resultaban tremendamente complicados, aunque no estaban fuera del alcance de un tipo inteligente como yo; sobre todo si se trata de recibir a una gente tan maja en una casa tan bonita como la que yo tengo.

Todo esto resulta un poco exagerado, pero la droga produce esta exageración. No me refiero a lo de la gente, la gente es muy maja. Me refiero a lo de mi casa de Nueva York, que casi no se merece que la llame casa. Es una buhardilla grande que está hecha una mierda y que tiene ese aspecto que sólo pueden tener las buhardillas de Nueva York que están hechas una mierda; bueno, el espacio es como el planeta

Neptuno y la decoración parece que se le encargó a una manada de jabalíes. Si tomaras L.S.D. aquí, te morirías. Acabarías en Winter Park, en Florida, suplicando a los vejestorios de tus papaitos que te metieran en un reformatorio. Pero al tomar éxtasis, esta porquería de casa se convirtió en un sitio ideal para dar fiestas, en una habitación enorme y alegre en la que podías apagar los cigarrillos en el suelo y dejar la copa en cualquier sitio sin preocuparte de que quedara la marca sobre el chifonier Hepplewhite. ¡Qué sentimiento más extraño el de sentirse tan tremendamente contento de no tener un chifonier Hepplewhite! Y la verdad es que ni siquiera sé lo que es un chifonier Hepplewhite.

No creo que se haya escrito mucho sobre «la capacidad de apreciación bajo los efectos del éxtasis». Pero incluso el imbécil del abrigo sport me caía bien. Seguro que en el fondo era una buena persona y que lo único que le pasaba era que se encontraba a disgusto porque no podía encontrar en su abrigo de Armani el canal 7 de la televisión. Nuestra colección de elepés no pasaba de los primeros éxitos de Ry Cooder y *Lo mejor de Joan Baez* —los temas que escuchan los progres en los ascensores con hilo musical. La música es el alimento del amor, pero ¿qué alimenta esta música de los ascensores? Las drogas del amor, supongo. Como corresponde a un típico soltero, había preparado un *buffet* espantoso que consistía en unas rodajas de salchicha, unas galletas integrales y un poco de queso jalapeño. No lo probamos, lo que demuestra que no habíamos perdido del todo el juicio. (Una empresa farmacéutica alemana patentó el éxtasis a fin de utilizarlo como supresor del apetito; se hallaba en lo cierto). Sin embargo, los elogios a mis esfuerzos culinarios fueron muchos, aunque no venían a cuento. Parece que todo era digno de elogio.

Con el éxtasis te sientes envuelto en olas de alegría y de felicidad, aunque también hay veces que te pones enfermo, como le pasó a la chica. Pesa cien libras, pero tomó la misma pastilla que los hombres. Le sacábamos seis pulgadas de altura, y no es precisamente que nuestros tipos sean como para anunciar ropa interior de Calvin Klein. Una hora después de que comenzara a hacerle efecto la droga, empezó a sentir un sudor frío, el corazón se le disparó y sintió ganas de devolver. Estuvo así durante diez minutos. Nosotros simplemente sudábamos, movíamos un poco las mandíbulas, bebíamos litros y litros de cerveza e íbamos a hacer pis cada tres segundos.

Estábamos sentados, hablando como si fuéramos adolescentes, es decir, larga y bulliciosamente, de cosas que luego no podíamos recordar; nos enroscábamos en las sillas, sonreíamos, nos tambaleábamos ligeramente y nos sentíamos maravillosamente bien, como en la gloria.

—¿Ya estás bien? —pregunté a la joven.

—Sí, claro —dijo—, me siento muy bien, me lo estoy pasando muy bien. Me gusta estar con esta gente, pero... —me miró con esa mirada que tienen las mujeres

que se erigen protectoras irrefutables de la especie humana... siempre me lo paso bien, siempre me gusta estar con esta gente, así que no entiendo cuál es el propósito de todo esto.

¡Y ya está! Eso es todo lo que pasa, que te sientes maravillosamente bien.

¿Por qué el hombre tiene esa necesidad —profunda, importante e incluso ilegal— de pasarlo bien? Según un artículo atiborrado de documentación aparecido en la revista *New York* (20 de mayo de 1985), el éxtasis es 3,4 metilenedioximetanfetamina, un isómero opuesto (o reflejo) de la molécula activa de algunos alucinógenos. Su composición química es parecida a la de la mescalina y —¡fijaos bien!— a la del descongestionante nasal Suda-fed. Yo diría que su efecto es como una mezcla de estas dos cosas. Para mí era como una sofisticadísima anfetamina de muy alta calidad. Te cuelgas sin tener que sufrir temblores (aunque tampoco te da tanta energía como para poder preparar los exámenes finales). Cuando se pasan las molestias, lo único malo del cuelgue es la pasión desenfrenada que sientes por los cigarrillos y esa sensación como de estar pegajoso que es común a la mayoría de las drogas. Resulta fácil mantener la calma. Si los de la Delta Force<sup>[3]</sup> llamaran a tu puerta, serías capaz de explicarles tranquilamente que los terroristas de la OLP viven arriba, en el 5.º-B, y no en tu casa. Aunque también podrías darle las gracias al jefe de la expedición por ser quien es y decirle que su uniforme es muy bonito.

Supongo que si lo intentaras con empeño, podrías incluso llegar a perder los papeles. En el artículo de la *New York*, el doctor Ronald Siegal, un farmacólogo de la UCLA, afirma: «Uno de nuestros psicoterapeutas tomó esta droga y desapareció; lo encontramos una semana más tarde dirigiendo el tráfico». Yo diría que por fin encontró un trabajo que tenía algún sentido.

Por otra parte, hay quienes afirman que el éxtasis produce el «psicoanálisis instantáneo». En un artículo de la revista *Life*, «Los problemas del éxtasis» (agosto de 1985), un psicólogo anónimo asegura que «una sesión de cinco horas puede equivaler a cinco meses de terapia regular. Podría hacer que nosotros nos quedáramos sin trabajo». Probablemente es una buena idea la de que la gente como él se quede sin trabajo, pero no veo qué tiene que ver con las drogas.

Respecto a lo de las visiones interiores, la gente no deja de decirme que tiene «visiones interiores muy reales que se quedan muy grabadas». Pero lo que nunca me dicen es en qué consisten estas visiones. ¿Se trata de visiones muy cualificadas, como la de la segunda ley de la termodinámica o el Teorema de Pitágoras? ¿O se trata de cosas como «por fin me di cuenta de que, en el fondo, yo soy yo»? Nadie lo dice. En lo que a mí respecta, no logré nunca formular una teoría del campo unificado ni nada que se le parezca.

Para disfrutar plenamente de las drogas tienes que desear escaparte del sitio



donde te encuentras. Pero es más difícil escapar de algunos sitios que de otros. Este es el problema que se les presenta a los adultos cuando consumen drogas. A los adolescentes que se sienten desengañados de la vida les resulta fácil huir. Pero ¿qué droga es capaz de conseguir que un adulto se escape, por ejemplo, de sus deudas?

Si imaginas que tu mente es un número circense de animales (una metáfora tan válida como cualquiera, ya que no se sabe de qué forma las drogas psicoactivas actúan sobre el cerebro), el éxtasis estaría situado justo en el interior de la jaula y agarrando un tubo de plomo le pegaría un golpe en la cabeza al oso de la ansiedad. Haría que los tigres y los leones se subieran a sus taburetes, pareciendo animalitos de esos de peluche que se ganan en las tómbolas. Y haría que salieran a escena los adorables fox-terriers vestidos con sombreritos de fiesta, que dieran vueltas sobre sus patas traseras, que cabalgaran montados en ponis y que saltaran a través del aro durante horas y horas.

Luego, poco a poco, el efecto desapareció; también de la misma forma desaparecieron mis invitados.

Dormí mal, levantándome a cada momento para ir al servicio. Al día siguiente todavía tenía droga dentro del cuerpo. La ducha me sentó maravillosamente. Me encontraba bien. Estaba, eso sí, un poco desorientado, como si estuviera en la habitación de al lado y no me pudiera oír bien.

No es un afrodisíaco, por lo menos para los hombres. Claro que cuando estás rozando los cuarenta años, ¿qué afrodisíacos hay? Llamé a la chica para hacerle una pregunta estrictamente científica (bueno, más o menos científica):

—¿Tuviste ganas de hacer el amor?

—No me hubiera importado —respondió ella.

Al segundo día todos los efectos habían desaparecido, pero me sentía cansado y deprimido. Los efectos que sufres *a posteriori* son bastante considerables, teniendo en cuenta que el cuelgue es tan infantil. Mucho rollo para poca cosa. «Ponte en marcha. Coge la onda. Llega tarde el lunes a la oficina».

Lo que pasa es que yo viví la época en la que las drogas eran drogas. Entonces teníamos un chocolate que con sólo dar una calada hacía que te creciera el pelo y que tus padres se volvieran completamente histéricos cuando te sentabas en la mesa. Una sola calada de aquellas drogas podía convertir a una niñita católica en una perversa arrastrándose a cuatro patas, apagar el ego como si fuera una vela, hacer girar los neumáticos de la Gran Rueda de la Existencia y conseguir que tus ojos pusieran huevos. ¿Que si veíamos a Dios? ¡Joder!, podías lograr que bajara a tu bañera y lavarle la boca con jabón de hierbas. Y eso si dividías los sellos en cuatro partes. Para lo de las visiones interiores, prueba las setas alucinógenas mezcladas con mescalina y cerveza Anchor Steam. El mismísimo Gautama Buddha te visitaba y se ponía a escribir el Camino de ocho vías en el espejo de tu cuarto de baño con una barra de

labios. Teníamos drogas que hacían que te sintieras inmortal durante treinta y seis horas. ¿Y qué voy a decir de esa vez que el demonio de los nueve culos del peyote me peló la cabeza como si se tratara de una naranja y vomitó la *Enciclopedia Británica* dentro de mi cráneo vacío? Eso era lo que significaba en los viejos tiempos estar colgado.

El éxtasis es una droga para perritos falderos. «El Acido del Bebé de San José», decía el periodista de Tejas. El efecto psicológico que produce es justo el necesario para hacerte pensar que te has tomado algo más fuerte que un whisky doble con hielo. Y resulta un poco tonto todo eso de la sinceridad, la confianza mutua y la profundidad de sentimientos. Por eso no estaría bien que animara a mis lectores a probarla. Vosotros sois como mi familia. Existe un vínculo, unos sentimientos recíprocos de lealtad e interdependencia, entre los escritores y los lectores. No sería capaz de hacer nada que dañara esa conexión humana tan fundamental. Creo que hasta ahora no he tenido la valentía de decirlo, pero os quiero. Os quiero a todos. Tengo la necesidad de comunicaros personalmente este sentimiento. Voy a coger el coche y a viajar por todo el país para daros a todos un fuerte abrazo; lo haré en cuanto llame a mi amigo, el ejecutivo de Manhattan, para ver si tiene un poco más de esa porquería, de éxtasis.

## Una reflexión larga y detallada sobre los últimos quince minutos

---

Estos quince minutos han sido muy importantes para Norteamérica. Han sido quince minutos de consolidación, de reflexión y de autoafirmación. Yo, por mi parte, me di cuenta de que tenía una buena resaca y una inminente necesidad de ir al servicio. Podrían llamarse «mis» quince minutos. «Dame quince minutos», grité cuando se me advirtió que debería estar dándole a la máquina de escribir para ganarme el pan. Pero es simplificar mucho las cosas ver este cuarto de hora simplemente como un período en el que cada uno se ocupaba de sus cosas. No puedo hablar por boca de otros, pero, en lo que a mí respecta, me las tuve que ver con la maquinilla eléctrica, que estaba completamente atascada porque alguien, no yo, se había estado afeitando las piernas con ella. También estuve entretenido durante un buen rato con el tapón del bote de aspirinas, especialmente diseñado para que los niños no puedan abrirlo; y eso que yo no tengo niños. De alguna forma, esto muestra qué tipo de cosas preocupaban a América durante estos novecientos segundos de Historia. Muchos norteamericanos sin hijos han accedido —afirmando que por su parte no hay ningún problema— a que el gobierno instale este tipo de dispositivos (en los que hay que empujar, presionar, hacer girar, remover y tirar) en los tapones de los botes de aspirinas; y han accedido para asegurar el bienestar de los hijos de los otros. Es un tema que no les preocupa. Pero a mí me preocupa mucho y me seguirá preocupando mientras estos artilugios estén también a prueba de los adultos con resaca, y me vea obligado a romper la parte de arriba del bote con el borde del fregadero para lograr que salga una aspirina. De hecho, me preocupa tanto que me gustaría hacer lo mismo con la cabeza del cabrón que los inventó. A lo largo de estos minutos, muchos americanos, entre los que me incluyo, tenían relaciones muy intensas con otra gente. Con novias muy animadas, por ejemplo, que ya llevarían una hora despiertas tirando las migas de los bollos del desayuno sobre la cama; y con misteriosos emisarios del servicio de mantenimiento del bloque de apartamentos, que estarían diciendo en español que iban a cortar el agua. Aparte de esto, fueron también los quince minutos de la mujer norteamericana. Era la hora en que uno podía oír la

voz de la mujer norteamericana; oí cosas como «no me he colocado el diafragma», y también «¡Para! ¡Me vas a despeinar!».

Sin embargo, los quince minutos no han estado exentos de problemas y dificultades. En ciertos sectores fue un cuarto de hora de estancamiento. Los negros han hecho muy pocos progresos económicos desde las 8,45 de esta mañana. Muchos no tienen empleo y los que lo tienen van a llegar tarde al trabajo si no se dan prisa. También, teniendo en cuenta que algunos expertos afirman que a cada minuto que pasa perdemos poder militar y prestigio internacional, hemos perdido, sin duda, quince minutos de poder militar y de prestigio internacional, ¿Y respecto al desarrollo cultural? ¿Qué progresos se han hecho en el campo de la literatura y del arte? ¿Cuál es el resultado de estos quince minutos? En mi opinión, ninguno, a excepción de un tema de sonido estridente del nuevo disco de Police; disco que una cierta señorita puso hace unos treinta segundos y que —yo le dije— se lo iba a romper en la rabadilla si no lo quitaba, porque tengo la cabeza como si me estuvieran estallando dentro las bombas de un comando terrorista palestino. El tiempo también ha sido extraño durante este período. O eso, o que la gente del piso 19.º-E ha vuelto a tirar cosas por la terraza. Quizá sea demasiado pronto para tener una visión general, una percepción adecuada, de este período de tiempo tan extraordinario. Tal vez deberíamos esperar hasta que sean las 9,30 y nos hayamos tomado otra taza de café, si no fuera porque a esa hora es cuando viene la mujer de la limpieza y me dice que me salga de aquí porque todo mi escritorio está lleno de hojas de escribir arrugadas. Quizá me vaya al cine. ¿Hay algo más deprimente que ir a ver una película solo y por la mañana? Me pregunto por qué. Es incluso más deprimente que beber por las mañanas. Por lo menos lo de beber por las mañanas conlleva el pequeño regusto de estarse comportando mal; creo que me voy a tomar ahora mismo una copita para reanimarme. Es una cosa nueva que he inventado. Lo llamo «Chicken Shot». Es como el «Bull Shot». pero se hace con vodka y sopa de fideos con pollo de la marca Campbell. Bueno, es una broma; me apetece un cóctel de vodka y zumo de tomate. Ahora son casi las nueve y está saliendo el sol. De hecho, el sol está sobre algún lugar del barrio de Queens, más o menos sobre el aeropuerto de La Guardia; eso es lo que parece desde aquí. Está exactamente encima del aparcamiento donde —acabo de recordarlo— he dejado el coche aparcado durante dos semanas y donde cobran unos 16,50 dólares por día. ¡Mierda! Bueno, ya sabéis lo que quiero decir. Cuando se termina una era se siente algo dulce y amargo a la vez. Mi pequeña glotona se ha ido a trabajar. Creo que voy a ventilar un poco el cuarto. Miras hacia atrás y piensas en todas las cosas que podías haber hecho, en las cosas que deberías haber dicho y que no dijiste, cosas como por ejemplo: «¿Dónde diablos está el desayuno, eh?» o «Con esos vaqueros italianos tus muslos parecen el oleoducto de Alaska». Pero ¿de qué sirve lamentarse del pasado? Miremos hacia delante para ver qué nos van a traer los

próximos quince minutos. Probablemente el correo; espero que no. Mi cuenta en el restaurante Elaine's alcanza cifras disparatadas. ¡Oh, Dios mío!, es otra vez el tipo español del servicio de mantenimiento. ¿Qué quiere decir con eso de que no vamos a tener agua hasta el próximo miércoles? ¡Joder! Pero lo importante es tener una perspectiva amplia. Dentro de treinta minutos parecerá que todo esto ocurrió hace media hora.

# La política mundial

# Los nazis de la salud

---

El presidente Reagan ha luchado contra miles de cosas que amenazaban el estilo de vida americano, y ha dejado fuera de combate a la mayoría. En el Congreso ya no se conceden subvenciones a los liberales. A Libia le han hecho tragar un vomitivo. A los controladores aéreos les han dicho que se vayan a la cama sin cenar, y lo mismo a sus familias. E incluso se ha arreglado ese asunto tan manido de «los pobres están siempre a nuestro lado». Supongo que, como ya ha terminado lo de las políticas antisegregacionistas y lo de los autobuses gratuitos para escolares pobres, ahora estarán los unos al lado de los otros.

Pero existe una amenaza para la civilización occidental, un asalto al mundo libre, algo que pone en peligro todo lo que nos parece importante, y el presidente todavía no lo ha afrontado. Hablo de los tapones a prueba de niños. Ahora bien, un tapón de botella a prueba de niños es algo que está bien para un niño que ni trabaja ni tiene grandes responsabilidades en su vida y que puede perder todo el día adiestrándose en la técnica de conseguir abrir las botellas de lejía y de otros productos de limpieza; una diversión muy practicada por los niños, como puede atestiguar cualquiera que haya observado a un niño de tres años enfrentándose al tapón de un bote de insecticida con la pericia de un relojero suizo de la época anterior a los Seiko. Pero un frasco de aspirinas equipado con este dispositivo es como un nudo gordiano para un adulto que le dé a la bebida. Como consecuencia de esto, nuestra nación se ve debilitada.

La vida está llena de pena y de dolor; es un hecho que sin duda conmueve profundamente a cualquier norteamericano perspicaz. Y es por esto por lo que ningún ciudadano de los Estados Unidos que tenga un coeficiente intelectual superior a 110 está sobrio después de las seis de la tarde. Sin embargo, hemos permitido que la forma más efectiva de curar dolores de cabeza que existe en nuestro país se encuentre tan perfectamente cerrada como la tumba de Amenhotep IV. ¿Cómo puede nuestra élite de expertos hacer frente a la hegemonía soviética, hacer que bajen las tasas de interés sin que aumente la inflación y formular un tratado marítimo viable si sus cráneos están latiendo al ritmo de la banda sonora de la película *Zulu Dawn*? Allen Ginsberg afirma que vio cómo la locura destruyó las mejores mentes de su generación. Yo he visto cómo las mejores mentes de mi generación van a por la botella de Anacin armadas de un martillo.

Hay una solución muy fácil: colocar en un lugar difícil de alcanzar todas las sustancias peligrosas que haya por casa, por ejemplo en una cuna o en un parque de niños, y colocar a los niños debajo del fregadero. Pero en realidad, los tapones a prueba de niños son solamente un aspecto de un problema mucho mayor. La semana pasada me sentía deprimido y no sabía por qué. Mis asuntos financieros no iban peor de lo que van normalmente. Con mi novia tampoco tenía otros problemas que no fueran los de siempre. Que yo supiera, no estaba pendiente de ningún juicio criminal. Y sin embargo, me sentía triste. Pasaron muchos días antes de que me diera cuenta de cuál era el motivo: mi coche me estaba mosqueando. No me gustan los cinturones de seguridad. Me hacen sentir como un capitán de barco del siglo XIX. Si el coche va a estrellarse, es cosa suya. No pueden obligarme a permanecer a bordo. Sin embargo, cada vez que me resisto a abrocharme el chisme ese, el coche me regaña emitiendo un terrible sonido electrónico. Y esto no es nada comparado con el chillido que pega cuando abro una puerta sin haber quitado la llave de contacto. También tiene otros ruidos, bastante groseros, y unas lucecitas muy molestas; todo ha sido colocado para permitirme saber si estoy haciendo algo que puede ser potencialmente perjudicial para mi salud. Algunos nuevos modelos de coche incluso tienen grabaciones que te hablan de tus hábitos temerarios con el mismo tono que emplean las esposas en las finales de los campeonatos de fútbol. Me dicen que ésta es la tendencia del futuro. Preveo el caos. Todo el odio reprimido que hay en esas familias en las que los maridos, enloquecidos por continuos roces de convivencias, asesinan a la esposa y a los hijos y se resisten durante horas a entregarse a la policía, se dirigirá ahora contra el coche. Por enésima vez el Malibu Classic le recordará al borracho pistolero que se ha dejado el maletero abierto y entonces... ¡pum pum! Es un asunto muy grave. Se puede conseguir otra familia a través de las organizaciones de caridad de forma gratuita, pero un coche cuesta 10 000 dólares.

Hablando de automóviles os diré que les ha ocurrido algo que es mucho peor que su nueva afición a refunfuñar y a reñir. Se han convertido en chismes aburridos y complicados de forma redondeada, dotados de enormes parachoques y barras protectoras; la parte que está debajo del capó parece el interior de un videojuego Atari. Recordaré a los lectores más jóvenes que antiguamente el coche era una máquina muy sencilla, algo así como un cortacésped de esos en los que uno se puede montar encima; pero era mejor, porque no tenías por qué cortar el césped. Lo ponías en marcha, ibas a la velocidad que te daba la gana y además te podías permitir muchas libertades constitucionalmente garantizadas que normalmente se reducían a hacer el amor y a tener accidentes. Aquello se acabó. En nuestros días si un coche no puede caerse desde Gateway Arch sin que le pase nada o si emite vapores que resulten más nocivos que el perfume *Evening in Paris*, el gobierno federal no te permitirá tenerlo; porque cincuenta y cinco millas por hora es una velocidad que está



bien para aparcar el coche en doble fila, pero no para circular por Chicago.

Esas medicinas que son casi tan difíciles de abrir como un camión blindado, esos automóviles que te riñen electrónicamente y esos límites de velocidad tan prudentes que sólo sirven para los cobardes, son cosas muy molestas que responden a un esquema común. Hace poco compré un machete para cortar madera. Tenía pegada una pegatina de colores chillones en la hoja que me recomendaba cubrirme los ojos al utilizarla; sujetas al mango iban unas gafas de plástico muy feas que resultaban incomodísimas y que te hacían ver el mundo como si fueras un pez (aunque si de verdad los peces tuvieran los ojos así, podríamos pescarlos con bates de béisbol en lugar de utilizar esas cañas tan caras). Las cajas de cartuchos para escopetas tienen ya las tres solapas llenas de advertencias y consejos sobre todo lo referente a disparar; lo único que les falta es advertir que lo mejor que se puede hacer es no comprar la escopeta. Y las páginas de los periódicos que antaño estuvieron repletas de emocionantísimas historias sobre el cuerpo de bomberos y la policía, de escándalos políticos y de follones internacionales, están ahora llenas de artículos que tratan de las malas condiciones de los vertederos de productos químicos y tóxicos, sobre los tostadores de pan que tienen que retirarse del mercado por ser perjudiciales y sobre las sustancias cancerígenas que contienen todas las cosas buenas que hay en este mundo.

Está ocurriendo algo en Norteamérica; no es que sea algo peligroso, sino más bien excesivamente saludable. Mis viejos amigos hacen que me dé cuenta de esto. Yo soy un niño del *baby boom*, una generación que no es que destaque precisamente por tomar una postura sana y precavida frente a las cosas. Sin embargo, los de mi época, de repente, están dejando de beber y de fumar y reduciendo la cantidad de café, de azúcar y de sal. Ahora se niegan a comer carne magra y frecuentan restaurantes cuyos menús me incitan a subirme a una silla y gritar: «¡Conejitos, conejitos, la comida está ya lista!» ¡Y en esto ha acabado la generación del Weather Underground y del Festival de rock de Altamont! ¡Y todo en nombre de la salud! Nuestra nación ha superado muchos enfrentamientos internos: el del Norte contra el Sur, el de los blancos contra los negros y el de los trabajadores contra los patronos. Pero dudo que el país pueda superar el enfrentamiento que existe entre los fumadores y los no fumadores.

De la misma forma que antes todo se explicaba en nombre del patriotismo, ahora todo se explica en nombre de la salud. ¡Mejor besarle el culo a un moro que tener una sola central nuclear en nuestro país! Haremos que todos los mecánicos americanos aprendan japonés en lugar de fabricar coches cómodos. Y comeremos plátanos comunistas antes de arriesgarnos a que se produzcan manifestaciones violentas por lo de Nicaragua. (A menos, claro está, que se descubra que los plátanos también producen cáncer). Todo esto es una traición. La historia de Norteamérica está llena de

peligros. ¿Cuántos simulacros de naufragios se realizaron durante el viaje del Mayflower? ¿Dónde estaban los detectores de incendios de la cabaña de los Lincoln? ¿Quién comprobó si los indios fabricaban su pintura de guerra con tinte rojo del número 2? Fue esta América llena de gigantescos, apasionantes y maravillosos peligros la que atrajo a gentes de todo el mundo —inmensos cielos llenos de tormentas de nieve y de tornados, montañas majestuosas de tonos morados en las que uno se jugaba la vida y llanuras fértiles repletas de fieras salvajes y aborígenes armados. América es un país peligroso. La seguridad no tiene cabida en estas tierras.

De hecho, la seguridad no tiene cabida en ningún sitio. Todo lo divertido es peligroso. Las carreras de caballos, por ejemplo, son muy peligrosas. Pero si se intentara inventar un caballo que no fuera peligroso, el resultado sería una vaca (un animal que en las carreras no resultaría nada vistoso). Y todo lo que no es divertido, también es peligroso. Es imposible estar vivo y a la vez sentirse seguro. Ser un objeto inanimado no ofrece peligros, pero nuestros antepasados, las moléculas de carbono, eligieron otro camino; y, habiendo decidido devorar las cosas, tenemos que aceptar que existan otras cosas que de vez en cuando intenten devorarnos. Esto duele, pero el dolor es parte importante de la existencia. Aunque lleváramos inscritas en el dorso de la mano montones de advertencias de peligro, la meteríamos en la boca de un león si supiéramos que no nos iba a doler. Quedan pocos leones, hay que reconocerlo, pero lo que antes he dicho valdría también en caso de que uno se pusiera a jugar con los cuchillos de cocina o con los calentadores cuando están ardiendo. Por medio del dolor el cuerpo nos demuestra lo imbéciles que somos. Un niño que se eduque en un ambiente excesivamente seguro quizá no se dé cuenta nunca de que lo es, por lo menos hasta que se case y su mujer se lo diga. Tampoco se puede evitar la muerte. La muerte es más importante incluso que el dolor. La muerte se inventó a fin de que pudiéramos evolucionar. La teoría de la selección de Darwin no funciona si los seres no se mueren. Si no fuera por la muerte seguiríamos siendo amebas y tendríamos que comer las cosas rodeándolas con el culo. Además, si no hubiera muertes, el número de ancianos aumentaría extraordinariamente y la Seguridad Social ya no da abasto.

Por lo tanto, las personas que tienen moral y son humanitarias y patrióticas deben hacer lo siguiente: fumar, beber, conducir como locos, utilizar armas, tener Corvairs, tomar sacarina, dejar por toda la casa frascos de medicamentos sin etiquetas, meterse en peleas, encender el fuego para la barbacoa con gasolina, meter la cabeza en bolsas de plástico y correr descalzos sin estar vacunados contra el tétanos.

Pero no sé por cuánto tiempo podremos seguir así. Las tropas de la salud se están extendiendo por el país. Yo, personalmente, creo que se trata de una conspiración, una conspiración llevada a cabo por los Nazis de la Salud que gritan «¡Heil Salud!» y que pretenden acabar con la libertad y con las grandes y bulliciosas fiestas. Los Nazis de la Salud abogan por el control de las armas de fuego, por el ejercicio físico

intensivo y por la comida integral. Lo único que puede resultar de todo esto es un pueblo desarmado, agotado y medio muerto de hambre, dispuesto a aceptar todo tipo de dictaduras. No sé cuál es el objetivo final de los Nazis de la Salud, pero la existencia de esos pijamas antiinflamables para niños me hace pensar que esta organización totalitaria pretende utilizar algún día a mis hijos como tenazas para atizar el fuego. Por otra parte, esta dictadura resultará muy segura, pues no contará con aviones bombarderos, ni con tanques, ni con esas enormes piezas de artillería que son lo único divertido del totalitarismo.

El presidente Reagan ha dejado entrever su intención de hacer frente a estos Nazis de la Salud. James Watt ha sido el ministro del Interior más peligroso que hemos tenido en los últimos tiempos. Se han revocado algunas de las disparatadas leyes que introdujera el gobierno de Carter para proteger a los ciudadanos, por ejemplo la norma de que todos los coches llevaran un globo aerostático bajo el cuadro de mandos. Pero parece que el presidente aún no es consciente de la falta absoluta de peligro que podría sufrir nuestro país. Puede que sea porque no hace mucho que intentaron asesinarlo. Eso está bien para él; lleva una vida muy peligrosa. Pero ¿qué pasa con el resto de nosotros, con la gente normal que está pidiendo a gritos el riesgo y el peligro? Espero que el presidente Reagan se acuerde de nosotros cuando reduzca el presupuesto federal. El sistema de misiles MX parece ser algo peligroso, pero si resulta demasiado caro, que nos aumente un poco el presupuesto de la Amtrak y a ver si nos morimos todos en un horripilante accidente de tren.

# Un barco lleno de tontos

---

Nunca llegué a entender cuál era el objetivo de aquel viaje. Estaba apoyado en la barandilla del barco *Alexander Pushkin* contemplando las extensas y onduladas orillas del Volga. Había algunos pequeños campos sembrados de un trigo que ni siquiera a finales de julio era lo suficientemente alto como para tapar los surcos del arado, que descendían por las laderas causando una terrible erosión. De vez en cuando se veía una vaca esquelética pastando en un campo raquítico y descuidado. Pero la mayor parte del terreno estaba vacío, sin sembrar, sin hierba, sin cultivar. Yo estaba rodeado de cabezas igualmente estériles.

Estaba haciendo lo que se llamaba el Crucero de la Paz por el Volga, un viaje a la URSS de dieciséis días de duración que incluía una travesía en barco de nueve días: habíamos salido de Rostov y navegábamos hacia el norte por el río Don, atravesando el canal Don-Volga y siguiendo río Volga arriba hasta llegar a Kazan. Todos los pasajeros, 160, eran americanos. La mayoría eran activistas que pertenecían a organizaciones antinucleares y líderes de grupos pacifistas que parecían restos de la generación de los sesenta. Algunos otros provenían de la vieja izquierda. Los pacifistas hablaban de la paz, generalmente en términos de holocausto atómico. Los izquierdistas hablaban de paz, generalmente en términos de relaciones soviético-americanas. El programa del Crucero de la Paz consistía en que todo el mundo hablara sobre la paz. Y el gobierno soviético había enviado cinco «expertos en la paz» para que también hablaran sobre la paz.

Pregunté a algunos de mis acompañantes cuál era el objetivo de todo aquello.

«El holocausto atómico es el tema más importante con que se enfrenta la humanidad», decían los pacifistas.

«El holocausto atómico y las relaciones entre soviéticos y americanos», decían los izquierdistas.

¿Y qué pasa con los pacifistas rusos disidentes? ¿Tenéis interés en hablar con ellos?

«No tienen por qué existir organizaciones de pacifistas disidentes en la Unión Soviética», decían los de la izquierda. «La Unión Soviética dispone ahora de la organización pacifista mayor del mundo. En Norteamérica las organizaciones de pacifistas disidentes son muy importantes porque la política exterior americana es

pro-bélica. Pero la Unión Soviética está a favor de la paz porque en la Segunda Guerra Mundial murieron veinte millones de soviéticos».

«Bueno, si nos encontramos con alguno...», decían los pacifistas.

¿Cabía esperar que los «expertos» soviéticos dijeran algo que no hubieran dicho ya otros expertos soviéticos?

«Las relaciones entre soviéticos y americanos son muy importantes», decían los izquierdistas.

¿Es que vamos a convencer a esos expertos de que su gobierno tiene que retirar las tropas de Afganistán?

«¿Qué?», decían todos.

¿Podrían quizá los izquierdistas convencer a los pacifistas de que tomaran una postura más política?

«¿Qué izquierdistas?», decían los izquierdistas.

#### **VIERNES 16 DE JULIO DE 1982**

Lo que me impulsó a realizar este Crucero de la Paz por el Volga fue el anuncio de media página que aparecía en la revista *The Nation* del 27 de febrero de 1982. Decía: «Descubra por sí mismo qué es lo que está pasando en la capital y en el interior de la Unión Soviética uniéndose a *The Nation* para realizar este verano un apasionante viaje a la Unión Soviética por un precio muy razonable».

Debo confesar que profeso un gran cariño a la izquierda de los viejos tiempos y a esa recopilación de sus riñas y trifulcas que es *The Nation*. Pero no hay que olvidar que pertenezco al partido republicano y considero el socialismo como una violación del principio americano que afirma que no se deben meter las narices en los asuntos de los otros a no ser que se haga para sacar pasta. Sin embargo, soy incapaz de permanecer impasible ante los viejos socialistas, ante los veteranos de la guerra civil española y ante los diez de Hollywood.

Pero, a decir verdad, no había tenido ningún contacto con los viejos izquierdistas. Suponía que serían admirables y antipáticos, como Lillian Hellman, o brillantes y misteriosos, de esos que lo niegan todo, como Alger Hiss, o —mejor aún— duros y cínicos pero todavía dispuestos a luchar contra la opresión, como Rick en *Casablanca*. Lo que no me esperaba era aquel grupúsculo de treinta vejestorios gruñones que encontré en el aeropuerto Kennedy; perdían sus equipajes de mano, no podían encontrar los servicios de señoras, chillaban a los empleados de la compañía aérea y preguntaban doscientas veces en qué puerta tendríamos que estar tres horas y media más tarde.

Eran gentes de izquierdas, de eso no cabía duda. Entre ataque y ataque de nerviosismo, te contaban lo maravillosa que era la Unión Soviética: las pensiones

eran altísimas, la vivienda muy barata y prácticamente te pagaban el servicio médico. Creedme, no se sabe lo que es el aburrimiento hasta que no te coge por banda una vieja de sesenta años que se pasa toda la tarde pregonando la maldad de la política exterior americana y para colmo te enseña además las fotos de sus nietos. Esta gente creía que la Unión Soviética era perfecta en todos los aspectos, pero todos se traían su propio papel higiénico.

#### SABADO 17 DE JULIO

El anuncio prometía emoción y estaba seguro de que sería muy emocionante entrar en la Unión Soviética. Los rusos son expertos en convertir el paso por la frontera en un acontecimiento emocionante. Pero lo único que hicimos nosotros fue pasar cuatro horas en una cola. «El retraso es comprensible», decía una señora que había estado quejándose toda la noche del vuelo a Moscú. «Es que hay muchas fuerzas reaccionarias intentando destruir la Unión Soviética». Si las fuerzas reaccionarias son sensibles a la falta de personal y al mal trato de los equipajes, lo van a pasar muy mal en el aeropuerto de Moscú.

Sólo hubo un momento de emoción y fue cuando le entregamos los pasaportes al oficial que estaba en la pequeña cabina acristalada del control de pasaportes. Tendría unos diecisiete años, llevaba un uniforme que le sobraba por todas partes y un sombrero que le quedaba enorme. Puso una cara horrible y gritó:

—¿Apellitof? ¿Numbre? ¿Lugaf te nacimientof? ¿Fech te nacimientof?

Una del grupo había nacido en Kiev. Le dijo que su «lugaf te nacimientof» era Rusia.

—¿Fech te nacimientof?

—1915 —dijo ella.

—¿Cuánto marchar? —gritó el oficial.

—1920.

—¿Razón marchar? —chilló él.

Aunque parezca increíble, os juro que la mujer se avergonzaba.

—No sé. Fue por mis padres.

Luego cogimos un autobús que echaba muchísimo humo y que tenía la caja de cambios hecha polvo; vimos enormes y horribles bloques de apartamentos y más enormes y horribles bloques de apartamentos y más y más enormes y horribles bloques de apartamentos; atravesamos Moscú al anochecer, envuelto en neblina y contaminación; pasamos por calles desiertas. No había luces de neón, ni carteleras, ni agitación, ni mucho tráfico; durante una hora y media todas las cosas parecían iguales, polvorientas y ligeramente ladeadas. «Hay quienes dicen», dijo una señora de izquierdas que tenía el pelo de color naranja y que llevaba unos pendientes tan

grandes como una sopera, «que la Unión Soviética es muy deprimente. No entiendo cómo pueden decir eso».

Paramos delante de un hotel moderno con inmensas vidrieras que era una copia perfecta de un Grand Hyatt, y me dirigí al bar. Era más o menos como cualquier bar de un hotel de la cadena Grand Hyatt. Allí había un gordinflón borracho, con la cara roja y saturado de alcohol. Al parecer, hablaba inglés. Por lo menos, le gritaba en ese idioma al camarero.

—Un vaso de aguardiente —dijo. Le dieron vodka.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le pregunté.

—Ja-ja-ja... ¡Soy de Frankfurt! —dijo.

—Un whisky —ordené al camarero—. ¿Dónde ha estado? —dije al borracho. El camarero me puso un vodka.

—En Afganistán, ¡joder! —dijo el borracho. ¿Afganistán? Aquello podía resultar emocionante.

—¿Afganistán? —le dije; pero se cayó del taburete.

#### DOMINGO 18 DE JULIO

Los izquierdistas de mi grupo se encontraron con otros tres o cuatro grupos en el hotel moscovita. La mayoría de los otros eran pacifistas. No sé por qué mi grupo hizo este Crucero de la Paz ni por qué me incluyeron a mí en este grupo. Lo cierto es que no eran de la revista *The Nation*. «*The Nation* contiene demasiada propaganda antisoviética», dijo un hombre barrigudo que fumaba en una pipa que tenía un mango ridículo, de forma curvada.

De hecho, no había nadie de *The Nation* en el crucero, a excepción de un subeditor de la sección de crítica literaria. Descubrí posteriormente que si el anuncio de este viaje se había publicado allí era en gran parte porque *The Nation* recibía una comisión por cada pasajero que se apuntaba. En el anuncio aparecía una lista de otros patrocinadores: Asociación de la Reconciliación, Consejo Nacional para la Amistad entre Soviéticos y Americanos, A favor de una Paz Duradera, Liga internacional de Mujeres para la Paz y la Libertad y Liga Mundial de la Hermandad. Algunos pasajeros de otros grupos pertenecían a estas organizaciones, pero la mayoría, al parecer, iba en representación de sus minúsculas organizaciones pacifistas. Si no les metías inmediatamente un calcetín en la boca, te largaban un rollo sobre sus organizaciones.

Lo primero que hicimos fue visitar la tumba de Lenin. Estaba oscurísima y hacía un frío horrible; había que dar la vuelta alrededor de los tres lados de la urna de cristal. Era como visitar con el maestro de la escuela la sección de predadores nocturnos del edificio de los reptiles del zoo —¡Guardad silencio!

«Tiene cara de poeta», dijo nuestra hermosa guía de Intourist, Marya. Es cierto, tiene una cara maligna, de loco, de fanático, igual que la de Ezra Pound.

A los izquierdistas no se les escapó ni un sollozo, cosa que me pareció muy mal. ¡A mí me conmueve el monumento a Lincoln! Tuve que explicar quién era John Reed cuando paseábamos por las murallas del Kremlin. «¡Ah, sí!», dijo la mujer del pelo naranja, «Warren Beatty en *Rojos*». Aquel día llevaba unos pendientes que parecían lámparas de mesa. «¡Qué maravilla!», dijo, mientras nos enseñaba la Plaza Roja como si se tratara del último jersey que acababa de tejer. «¡No hay nadie!» La plaza estaba acordonada por soldados.

Volví al hotel para tomarme otra copa.

Nos pasamos el día realizando un tour que era la versión soviética de un tour de Gray Line: se visitaban por lo menos treinta sitios que no tenían ningún interés. A los no iniciados todos los edificios rusos les parecen o bien monumentos tipo Gran Ejército de la República o bien proyectos federales de urbanización para las clases bajas, aunque sin graffitis. Existen algunas excepciones procedentes de la época de los zares, pero haría falta arreglarles los jardines. Hay un monumento cada dos metros. Monumentos a una cosa, monumentos a otra cosa, monumentos al Comité Permanente del Segundo Congreso Nacional de los Trabajadores del Yeso y de la Cal, monumentos a las Madres de las Madres de los Mártires de la Guerra, monumentos al inventor de la Correa de Transmisión Flexible. «Aquí delante tienen un monumento al monumento del fondo», explicó Marya.

Durante un breve descanso entre monumento y monumento, Marya nos preguntó:

—¿Desean formular alguna pregunta sobre la Unión Soviética?

—¿Dónde puedo conseguir un...? —pero los izquierdistas fueron más rápidos que yo.

—¿Qué tanto por ciento del salario de un obrero supone el coste de la vivienda? —preguntó uno.

—¿A qué edad se jubila la gente en la Unión Soviética? —preguntó otro.

—¿Qué tanto por ciento del salario anual más alto de la vida laboral de un trabajador soviético supone la pensión que recibe cuando se jubila?

—¿Los estudios superiores son gratuitos en la Unión Soviética?

—¿Qué pasa aquí con el paro?

Marya respondió a todo, señaló algunos otros monumentos y preguntó:

—¿Desean ustedes formular alguna otra pregunta sobre la Unión Soviética?

La misma persona que había hecho la primera pregunta volvió a preguntar exactamente lo mismo. No daba crédito a mis oídos.

—¿Qué tanto por ciento del salario de un obrero supone el coste de la vivienda?

Y aquello puso el motor en marcha.

—¿A qué edad se jubila la gente en la Unión Soviética?



—¿Qué tanto por ciento del salario anual más alto de la vida laboral de un trabajador supone la pensión que recibe cuando se jubila?

—¿Los estudios superiores son gratuitos en la Unión Soviética?

Marya volvió a responder a las preguntas. Al ocurrir esto por tercera vez, empezó a perder los papeles. Rellenaba con sus palabras los huecos que había en la visita turística:

—¡Miren!, allí tenemos un edificio. Y allí otro. Y en aquella parte un grupo de edificios todos juntos. Y aquí (suspiraba con alivio) tenemos muchos monumentos.

Durante toda la estancia en Rusia, siempre que tenían una oportunidad, comenzaban otra vez a hacer las mismas preguntas y además con las mismas palabras. Me alegra confesar que la única respuesta que recuerdo es la del desempleo: «No existe el paro en la Unión Soviética. La constitución soviética garantiza el trabajo a todo el mundo». Una idea bastante alarmante, diría yo.

Más tarde, cuando logré escaparme de las excursiones en autocar y me puse a pasear por mi cuenta, fueron los rusos de la clase trabajadora los que se acercaron a hacerme preguntas; no las típicas preguntas como «¿Es usted extranjero?», sino preguntas complicadas formuladas a mucha velocidad y en ruso. Quizá era porque iba muy bien peinado y llevaba corbata (dos cosas raras para ellos) por lo que pensaban que, como a mí se me permitía la entrada en las tiendas de peines y corbatas, debía ser un oficial privilegiado del partido que estaba al tanto de todo. Después me he planteado que a lo mejor lo que querían saber era: «¿Qué tanto por ciento del salario de un obrero supone el coste de la vivienda?»

## LUNES 19 DE JULIO

Una de las que estuvieron preguntando en el autobús se encontraba a mi lado cuando esperábamos para coger el avión a Rostov. Miró los aviones de la Aeroflot que estaban en la pista y logró formular un comentario que era a la vez ingenuo, gratuito y maternal, lleno de ardor progresista.

—¡Aviones! —dijo—. ¡La Unión Soviética tiene miles y miles de aviones!

Nunca llegué a saber cuál era el aspecto físico de esta señora. No llegaba a medir ni cinco pies y lo único que podía ver era un cogote teñido con henna por el que asomaba una mandíbula que se movía a una velocidad vertiginosa. Tenía esa sorprendente habilidad, que poseen algunas personas mayores, de dejar que la mente se les escape por la boca. Decía cosas como: «Bueno, pues aquí estoy, con el cinturón de seguridad abrochado, en el asiento del avión; tengo las manos entrelazadas sobre el regazo y voy a mover los pies un poco para colocarlos encima del bolso de mano y me voy a poner el abrigo por los hombros, ¡vaya!, estoy sentada justo encima de él pero me voy a correr un poco, así, y a ponérmelo por los hombros...» y esto durante

horas, durante todo el camino a Rostov.

Los pacifistas, especialmente los mayores, eran estéticamente más «interesantes» que los izquierdistas. Alguien debería decirle a un hombre de sesenta años la pinta que tiene cuando se pone sandalias de plástico, pantalones cortos y una camiseta de color verde menta con imitaciones de Kenneth Patchen impresas en la parte delantera.

El comportamiento de los pacifistas también era más tonto que el de los izquierdistas. Estuvimos con un matrimonio cuáquero; él era sacerdote y ella sacerdotisa. Pero no eran el tipo de cuáqueros que uno normalmente se imagina. Actuaban como si fueran actores de Hollywood.

Imagínate que se te acercara un cuáquero en el aeropuerto de Los Angeles, intentando que le dieras un donativo a cambio de una chapa de William Penn. No es que hicieran eso, pero siempre parecía como si estuvieran a punto de intentarlo. El caso es que los miembros de esta pareja tenían apellidos diferentes. Cuando cogimos el barco en Rostov, un pasajero se acercó a devolverle al marido un libro.

—Lo siento —dijo la mujer desde la puerta del camarote—... no se encuentra aquí.

—Pero ¿no puedo dejarle el libro a usted? —preguntó el pasajero—. ¡Es de su marido!

—No somos la misma persona —dijo la esposa. Mi compañero de camarote no era izquierdista.

—No soy prosoviético —dijo, mientras observaba cómo yo sacaba de la maleta una corbata llena de dibujitos de patas—. Soy un pacifista retirado. No quiero decir que esté retirado del activismo pacífico, ya me entiende.

Se le había derramado una botella de Camphophenic dentro de la maleta, tenía problemas intestinales producidos por la comida y no podía poner el aire acondicionado porque se podía pillar un catarro; así que durante todo el camino a Kazan, el olor de nuestro camarote era como el de los servicios de una fábrica de Vick's.

Después de otras tres excursiones en autocar, me dijo:

—Este país es como un gran club. ¿Sabes que aquí no hay paro? ¡La Constitución soviética garantiza un puesto de trabajo a todo el mundo!

## MARTES 20 DE JULIO

Por suerte, había otra gente con quien hablar. En realidad, con la mayoría no podías hablar porque eran rusos y no hablaban inglés —se podría decir que eran una mayoría silenciosa. En el vuelo a Rostov, me senté al lado de un tipo llamado Ivor. Hablaba muy poco inglés pero valía para el mimo. Consiguió comunicarme que era ingeniero. Yo conseguí comunicarle que era americano. Parece que esto le satisfizo.

Me dijo que, si quería, podía ir con él a visitar a su familia. Le expliqué lo del crucero enseñándole el folleto, en el que había una foto del barco. Le expliqué gesticulando que sería mejor que permaneciera cerca del barco. Me dio una revista especializada en ingeniería (en ruso, sin ilustraciones) y yo le di unas tarjetas postales de Nueva York. Nos despedimos en el aeropuerto de Rostov, con gran profusión de apretones de manos.

El barco permaneció en el puerto de Rostov hasta la noche del miércoles. En Rostov hay también cantidad de monumentos, y los autocares turísticos se alineaban en el muelle. Pude oír a alguien, dentro de uno de ellos, preguntando:

—¿Qué tanto por ciento del salario de un obrero supone el coste de la vivienda?

Me disponía a entrar en el autobús con el resto del rebaño cuando alguien me agarró por el brazo; era Ivor.

—Ven —indicó con gestos.

Me escapé por el embarcadero. Nos metimos en un barco lleno hasta los topes de rusos e hicimos un viaje de dos horas por el río Don. Ivor compró una botella de champán. Empezó a explicarme con dificultad, gesticulando de vez en cuando con las manos y haciendo dibujitos en mi cuaderno de reportero.

Su padre había estado en el frente cuando los ejércitos del Este y del Oeste se encontraron en Alemania en 1945. Al parecer, los americanos se habían bebido todas las botellas de alcohol que había entre Omaha Beach y la línea Oder-Neisse, y acogían maravillosamente a sus aliados rusos. «Ingleses, ¡bah!», decía Ivor, «franceses, ¡bah!», pero los norteamericanos eran muy buenos chicos; mucho aguardiente, mucho coñac y mucho vino para todos. ¡Hay que ver cómo bebían aquellos buenos chicos norteamericanos! Así que el *vada* de Ivor le había hecho prometer (decía, con la mano en el corazón y señalándose a sí mismo) que (y lanzaba un dedo al aire) si se encontraba con un norteamericano (me estrechó la mano y me señaló con el dedo) lo invitaría a muchas copas. «¿*Da?*» (un brindis, un apretón de manos, otro brindis, otro apretón de manos).

Detrás de Ivor había un gigantón de sesenta y muchos años, una especie de cruce entre Krushchev y un viejo Arnold Schwarzenegger. Me miraba intensamente, con el oído atento a nuestra conversación en lengua extranjera. Llevaba una camiseta y un abrigo de gala con una línea de medallas sobre el pecho.

—¿*Deutsch?* —me preguntó con gravedad.

—*Nyet deutsch* —dije—. Norteamericano.

Sonrió con verdadera satisfacción.

—¡Aliado! —dijo. Era la única palabra inglesa que sabía. Sacó una cartera que contenía lo que supongo eran recomendaciones y su licenciamiento honroso—. ¡Aliado *amerikanskii!* —dijo dándome una palmada en el hombro. Naturalmente, ordenó que nos trajeran a Ivor y a mí unas buenas copas de brandy. Brindé con él,

utilizando la única palabra de ruso que conozco: «¡Tovarishch!» Hizo venir a su pequeño nieto para que me diera la mano.

—Ahora el pequeño podrá decir que ha conocido a un norteamericano — explicoteó Ivor. Volví a brindar con el hombre grande. Él, a su vez, me dedicó un largo brindis; según lo que pude entender de la traducción de Ivor, habíamos bebido para que Norteamérica y Rusia estuvieran otra vez aliadas en una guerra contra China.

Yo pedí más coñac, Ivor pidió cerveza y el tipo grandón pidió más coñac todavía.

Cuando el barco amarró, fui con Ivor a una cervecería que estaba situada en un sótano; lo que hacían allí era alinear las jarras de medio litro y llenarlas con una manguera de goma desde una distancia de cuatro pies. Los clientes cogían media docena de jarras a la vez y se las bebían una tras otra puestos en pie alrededor de unas enormes mesas de madera. Allí no había problemas de comunicación. Hablamos de mujeres («Ah, ¡maravillosas!» «¡Oh!, ¡un gran problema!»), de política internacional («Irak, ¡bah! Irán, ¡bah!»), del valor relativo del socialismo frente al sistema de libre mercado («Socialismo, bastante responsable *nyet* divertido. Capitalismo *nyet* responsable, mucho divertido») y me parece que de literatura («Y *el Don fluye lentamente* —¡bah!, demasiado largo»). Luego fuimos a otro bar que estaba en el piso de arriba de un hotel para turistas y seguimos bebiendo. Yo no quería dejar a los míos en mal lugar. Además, tenía que respetar la opinión del padre de Ivor.

Ivor y yo nos dimos un abrazo de despedida; volví a mi pestilente camarote, el único lugar donde podía desmayarme. La mujer esa que tenía el cerebro en la boca se hallaba en la parte de arriba de la pasarela del barco.

—Supongo que usted no será uno de esos que vienen a ver la Unión Soviética a través del culo de un vaso de vodka —me dijo.

## EL ENEMIGO SE ENCUENTRA ENTRE NOSOTROS

En el barco, lógicamente, había también un montón de rusos. Entre ellos, los cinco expertos que mencionaba el anuncio. Cambiaré sus nombres, no sea que algunas de mis citas modificadas o de mis exageraciones poéticas den lugar a equívocos, haciendo pensar a la CIA que podría «utilizar» a alguno de estos soviéticos. Nadie merece que lo molesten esos zorros licenciados por la universidad de Yale que ni siquiera pudieron entrar en la escuela de Derecho.

En realidad, dos de los expertos eran periodistas. Natalia era una agradable mujer rubia de unos cuarenta años que no tenía mucho que decir. Nikolai era un fornido treintañero que se vestía y se comportaba de una forma completamente occidental. Había vivido en Suiza y en Austria durante siete años, trabajando como corresponsal en el extranjero; llevaba una sahariana como la que llevaría cualquier otro

corresponsal en el extranjero, y era tan fanfarrón y tan buen bebedor como cualquier otro periodista. Comprendí que aquel trabajo no era mucho para él. Nikolai no tomaba notas en las conferencias sobre la paz; Natalia tomaba muy pocas.

Había un tercer experto, Orlonsky, un personaje de aspecto siniestro, con una cara medio rusa medio tártara y con los ojos completamente rasgados. Resultó ser un economista del Instituto Soviético de Estudios sobre Estados Unidos y Canadá, trabajo del que estaba bastante harto; se había apuntado al crucero con la intención de perfeccionar su inglés para asistir a una conferencia académica que iba a tener lugar en San Francisco. Según dicen, el Instituto de Estudios sobre Estados Unidos y Canadá se ha suscrito durante seis años a la revista *Village Voice* a fin de enterarse de cómo es la vida en las zonas rurales americanas. Pero Orlonsky parecía ser un tipo muy vivaz. Quería hablar del papel que juega la demanda dentro del maravilloso sistema americano de distribución de bienes y preguntó si los institutos de economía de la administración Reagan estaban haciendo el loco o algo por el estilo. También quería saber lo que había pasado con nuestra industria automovilística. Pero los norteamericanos querían hablar de la paz y de las relaciones entre soviéticos y americanos.

Otros dos de estos expertos oficiales eran el doctor Bullshovich, del Instituto de Economía Internacional y Relaciones Internacionales de la Academia Soviética de Ciencias y el catedrático Guvov, del departamento de Filosofía y Sociología de la Universidad de Moscú. El Dr. Bullshovich era un tipo delgado, de carácter seco, cuyo humor jesuita no llegaban a entender sus contertulios. En los descansos que tenían lugar entre un acto pacifista oficial y el siguiente, acostumbraba a esconderse. Guvov era un bufón doctrinario con aspecto de vaca lechera; a los izquierdistas les caía muy bien. «No es catedrático», me comentó posteriormente un miembro de la tripulación. «Se podría decir que es un instructor. Debería estar dando clases en academias militares».

Aparte de los expertos había unas treinta personas entre oficiales, marineros, camareras, camareros y otros empleados del barco. Algunos de los tripulantes de rango superior hablaban inglés, aunque normalmente no lo confesaban. Preferían mirar hacia otra parte cuando los norteamericanos empezaban a quejarse. Es que los norteamericanos se quejaban mucho, sobre todo los de izquierdas. Cuando las alabanzas a la Unión Soviética cesaban, se podían oír cosas de este estilo: «Hay demasiado ruido, demasiadas olas, demasiado viento. Los cojines son demasiado duros. ¿Pero qué es ese olor? La comida es horrible, demasiado grasienta. ¿No puedo pedir otra cosa? Pero es que yo pedí otra cosa. ¿No ha dicho alguien que podía pedir otra cosa? Estoy segura de que puedo pedir otra cosa si me da la gana y además señorita, un calcetín de mi marido se ha perdido en la lavandería. Son unos calcetines muy caros y se ha perdido uno».

Había media docena de guías de Intourist para traducir las quejas, o al menos para fingir que las traducían. Antes de que transcurrieran dos días de viaje ya empezaron a sentirse agobiados.

**MIÉRCOLES 21 DE JULIO.  
POR LA MAÑANA TEMPRANO**

Cuando recobré la conciencia, tras la expedición que realicé con Ivor, fui tambaleándome hasta el bar del barco. Habíamos zarpado mientras me dormía, y el movimiento del barco se sumaba al movimiento de mi esófago. Mi aspecto no debía ser muy bueno. Nikolai estaba sentado en un taburete al lado de una de las guías de Intourist, una señorita morena y de aspecto serio llamada Sonya. Me agarré a la barra con las dos manos e intenté decidir cuál de aquellos zumos rusos resultaría menos asqueroso en caso de vomitar.

—Necesitas un vodka —dijo Nikolai llamando al camarero.

Me bebí aquella horrible cosa.

—Bueno —dijo Nikolai—. ¿Cómo es que tenéis de presidente a Reagan?

—Mira, yo le voté —dije—. ¿Cómo es que vosotros tenéis a Breznev? Nikolai se echó a reír.

—Yo no tengo una responsabilidad tan grande.

—¿Le está gustando la Unión Soviética? —preguntó Sonya.

—No —dije.

Se quedó preocupada.

—¿No? ¿Por qué no?

—Demasiados americanos.

Sonya tomó una postura de estricta neutralidad.

—Yo no he conocido a muchos americanos —dijo Nikolai—. Todos son así, ¿no? —hizo un gesto señalando a los que se encontraban en el barco, me guiñó un ojo y me pidió otro vodka.

—No precisamente —dije yo.

—Puede que éstos sean un poco mayores —dijo Sonya con el aire de quien expone un argumento evidentemente falso—. Pero están a favor de la paz —añadió con un tono más alegre.

—Sí —dije yo mostrando mi conformidad—. Son progresistas. Son muy progresistas. Son tan tremendamente progresistas que creo que he convencido a casi todos de que tienen que desertar.

—No, no, no —dijo Nikolai.

**MIERCOLES 21 DE JULIO.  
POR LA MAÑANA, MUCHO MAS TARDE**

Atracamos en una isla completamente desolada, cerca de Volgodonsk. Uno de los expertos pacifistas norteamericanos, miembro del Comité de Amigos Americanos de las Fuerzas Armadas, organizó un partido de voleibol entre los americanos y la tripulación.

—Bueno, vamos a jugar. ¡Y a jugar duro! —dijo al equipo americano—. Pero no olvidéis que sólo jugamos para divertirnos.

Los rusos los machacaron.

Aquella noche los rusos me invitaron a ir a la oscura bovedilla; tenían docenas de botellas de cerveza, pan, queso y un enorme pescado en salazón.

Sonya estaba preocupada por mi republicanismo.

—¿No estás a favor de la paz? —me preguntó.

—Durante la guerra de Vietnam pelear mucho por la paz (si hablas mucho con los rusos acabas expresándote así de mal), me manifestaba por la paz, luchaba contra policía por la paz, aguanté los gases lacrimógenos por la paz —dije—. Estoy harto de la paz. Muy peligrosa.

Orlonsky empezó a reírse, haciendo luego con la cabeza un gesto de desaprobación.

—Vietnam muy mal.

—Guerra en países asiáticos muy mal —dije—. Y algunos países no se aprenden la lección.

Todos se rieron.

—Y en Oriente Medio... —dijo Sonya divertida, señalándome con el dedo—... los aliados de alguna gente también no aprenden.

—La guerra es muy mala —dijo Nikolai—. Quizá Estados Unidos y la Unión Soviética van a guerra por Líbano. ¡Ja! ¡Ja!

Esta idea parecía hacerles mucha gracia a los rusos; casi se caían de las sillas.

—De todos países de Oriente Medio, ¿por qué escogéis aliado sin petróleo? —dijo Orlonsky.

—De todos los países de Europa, ¿por qué escogéis Polonia? —dije yo.

—¿Queréis hacer un intercambio? —dijo Nikolai.

—También, como parte de acuerdo, podéis quedaros con Sudáfrica —dije.

—Le diremos a Reagan que tú progresista —dijo Orlonsky.

—P. Cheh (P. J). ponía cara de disgusto cuando leía el *Pravda* esta mañana. No creo que él sea progresista —dijo Sonya.

—Oh sí, él progresista —dijo Nikolai—. No te olvides, Sonya, ha convencido a casi todos americanos en barco para desertar.

Un sonido ahogado salió de la garganta de Marya. Sonya se puso muy seria.

—¡Progresistas! —suspiró—. ¡Hay que hacer todo ser perfecto para ellos!

JUEVES 22 DE JULIO

El primer encuentro del programa se celebró cuando nos hallábamos navegando por el pantano de Tsimlyansky, cuyas aguas contenían una notable cantidad de impurezas. La coordinadora del encuentro era una mujer americana de unos sesenta años, fuerte, baja y con demasiada energía. La llamaremos señora Abubilla, para que no nos ponga una demanda, y también porque el exceso de veracidad no conviene a los relatos de viejas. La señora Abubilla era una experta en educación infantil, y desde luego, tenía personalidad de maestra; de ese tipo de maestras que provocan en los niños sensibles el deseo de volver secretamente a la escuela, por la noche, para pintar con un aerosol en las paredes de los pasillos imágenes del acto sexual.

La señora Abubilla presentó a los expertos soviéticos y a sus homólogos norteamericanos al reverendo Cabezón (no era éste su verdadero nombre) y al entrenador del equipo de voleibol, Nick Pelota (tampoco era éste su verdadero nombre). Nick era un político, un político de esos que para ser elegidos por el ayuntamiento de la ciudad de Jovenburgo, organizan unas campañas electorales a favor del ecologismo y en contra del desarrollo urbano. Sonreía demasiado. El reverendo Cabezón era un joven parecido a Ichabod Crane. Nunca supe a qué Iglesia pertenecía; a lo mejor era un metodista zen. O se estaba dejando barba o no sabía afeitarse.

La señora Abubilla abrió el acto; aquella voz tan maternal me hizo retroceder veinticinco años en el tiempo, devolviéndome al terrible ambiente del cuarto curso. La tarde era preciosa; lucía el sol, el cielo estaba despejado y soplaban una agradable brisa. La reunión tenía lugar en la cubierta del barco, pero los participantes, 120 aproximadamente, se apelotonaban bajo el toldo, quedándose encajonados entre el armazón del barco, donde apenas se podía respirar.

Los pacifistas tomaban notas. Me podía imaginar sus informes: hojas y hojas de papeles mal grapados que habrían fotocopiado esquivando la mirada del jefe y que luego distribuirían las organizaciones anodinas que ellos representaban. «Mi interesante viaje de la paz a través de la Unión Soviética»; «Una visita a la URSS interesante y agradable, con la paz como objetivo»; «No *Guerra y paz* sino *Paz y paz*» (uno de los títulos más ingeniosos); «La paz en la Unión Soviética; un interesante viaje a este país». Puede que América se aburra tanto que acepte el desarme nuclear.

Le tocó el turno a Nick Pelota. Decía lo de siempre. Afirmaba que los norteamericanos tendrían que cargar con la mayor parte de la culpa en caso de que se produjera una guerra nuclear. No se equivocaba en lo que decía; por lo menos los



datos eran correctos. De repente, y en contra de mi voluntad, me enfadé muchísimo. ¡Insultar así a su propio país delante de un grupo de extranjeros...! No me importaba si Nick tenía razón en la mayor parte de lo que decía, ni me importaba si lo que decía era completamente cierto, si todos y cada uno de los detalles eran ciertos. Hacía años que no me cabreaba así. Tuve que marcharme de allí y meterme dentro del barco. Sentía vergüenza ajena; pensé que me hubiera sentido igual de avergonzado si él hubiera sido ruso y hubiéramos estado navegando por el Mississippi. El grandón del abrigo de gala lleno de medallas, mi aliado, no diría ese tipo de cosas si estuviera a bordo del *Delta Queen*.

Me tomé una copa y volví a la reunión. Le tocaba hablar al reverendo Cabezón, de la Coalición de Princetown para el desarme. Decía exactamente lo mismo.

—Ahora es el momento de hacer a Nick Pelota y al reverendo Cabezón algunas preguntas interesantes —dijo la señora Abubilla.

—Señor Pelota —dijo un hombre muy gordo—, es tan sólo una pregunta hipotética, pero por la forma en que usted hablaba de los Estados Unidos como si fueran en última instancia los culpables de la carrera de armamentos, ¿no podría yo, si fuera anticomunista, afirmar, hablo hipotéticamente, claro está, que usted es un agente soviético pagado? —Y añadió apresuradamente—: Por favor, no quiero que nadie tome mis palabras al pie de la letra.

Pero las tomaron al pie de la letra. Acribillaron al hombre gordo con sus críticas. Sus chillidos de indignación llegaban hasta las orillas del Don.

—¡Qué cosas más horribles dice! —gritaba una de las señoras izquierdistas. Sin duda estaba muy cabreada, seguro que muchos amigos suyos habían sido agentes soviéticos durante años sin que nunca nadie les pagara por ello.

Estuve a punto de meterme en la discusión para defender al gordo, pero ya era tarde. Ya estaba haciendo todo lo posible para disculparse ante Nick.

—¿Qué tanto por ciento del salario de un obrero supone el coste de la vivienda en la Unión Soviética? —preguntó un izquierdista. El reverendo Cabezón no supo responderle, en vista de lo cual la señora Abubilla contestó el resto de las preguntas.

**VIERNES 23 DE JULIO;  
POR LA MAÑANA, MUY TEMPRANO**

Intenté explicarle a Nikolai mi ataque de patriotismo.

—¿No te pasaría a ti lo mismo?

Pero parece que no me entendía. Lo dejé.

Seguimos bebiendo. Unos veinte minutos después, Nikolai me dijo:

—A mí no me pareció tan interesante el discurso de Nick. —Su cara era completamente inexpresiva.

—Para oír eso, mejor me leo el *Pravda*.

Una vez en Volgogrado, nos llevaron al monte Momayev, donde millones de personas murieron defendiendo el lugar en la época en que todavía llevaba el nombre de Stalin. Uno de los izquierdistas empezó a meterse conmigo porque me había vuelto a poner el traje y la corbata. Pero al fin y al cabo, íbamos a visitar un cementerio.

Los izquierdistas iban cargados con una corona de laurel; ver cómo la colocaban, vestidos con aquellas camisetas de deporte, era superior a mis fuerzas. Había también una estatua de la «Madre Rusia» de cincuenta y dos metros de altura en la cima de la colina; resultaba muy interesante para quien nunca hubiera visto un pezón de hormigón de más de cuatro pies de ancho.

Aquella tarde, después de haber pasado cuatro días en el barco, descubrí que había americanos de verdad a bordo. Algunos turistas normales habían caído en aquel marasmo de personas tan tremendamente compasivas y tan fuertemente comprometidas. Bien fuera por el precio o por casualidad, el caso es que habían elegido este viaje y que se encontraban tan felices como si se hubieran apuntado a una migración de lemmings.

Cuando volví del monte Momayev, observé que había una persona de aspecto normal tomando tranquilamente el sol en la cubierta; llevaba una camiseta de Air América, las antiguas líneas aéreas del Sureste de Asia financiadas por la CIA.

—¿Por qué hizo usted este viaje? —me preguntó al verme mirar su logotipo.

—Supongo que por masoquismo —dije, y volví a mirar su camiseta. Se estiró inflando el pecho:

—¡Esto debería asustar a esos cabrones!

Pertenecía a un grupo de doce personas, todos amigos y procedentes de Nuevo Méjico, que viajaba por su cuenta. Hasta aquel momento, se habían divertido muchísimo en la URSS. Decían que era un lugar estupendo siempre que se pudiera beber como un ruso y marcharse como un americano. Se habían apuntado al crucero sin tener la menor idea de la sesión de paz que les aguardaba; en cuanto subieron al barco, se encerraron en el salón, de la cubierta de paseo, ahuyentando a los izquierdistas con sus fuertes acentos de la zona Oeste y a los pacifistas con la humareda de sus cigarrillos. Parece que los pacifistas se asustan mucho más si fumas que si votas a Reagan.

Los integrantes de este grupo se habían convertido en los protegidos de la camarera. Les permitía que se llevaran al salón los vasos, el hielo, las botellas y toda la vajilla. No aceptaba sus propinas, pero Billy, un arquitecto de Santa Fe, fue al mercado de Rostov y le compró un gran ramo de flores. Se puso roja hasta la clavícula.

Estaban alucinados con los otros pasajeros, no por sus creencias políticas sino por

la grosería con que trataban a la tripulación.

—¡Y con la que se tratan entre ellos! —decía Sue Ann, una jefe de ventas de una inmobiliaria—. Nunca en mi vida he visto a los matrimonios insultarse de esa forma.

Cuando se llegó al tema de la política, Tom, un ex-oficial de la AID<sup>[4]</sup> que había trabajado en Vietnam para el Ministerio de Asuntos Exteriores, dijo:

—A fin de cuentas, no ha habido ninguna guerra realmente importante desde que se inventó la bomba atómica.

—Yo vivo en Alamogordo —dijo Sue Ann—. Seguro que esos cabrones se asustarán cuando se enteren.

Desde luego, aquello sí inquietó a algunos pacifistas; lo de la camiseta de Air América, no —nadie sabía lo que era.

#### COMO FUNCIONAN LAS RELACIONES ENTRE SOVIETICOS Y AMERICANOS

Aquella tarde, a la hora de la cena, la señora Abubilla invitó a subir a bordo a siete u ocho jóvenes rusos que pertenecían al club local de la amistad entre soviéticos y americanos. Me fijé en cómo devoraron la carne. Su presidente era un joven muy ortodoxo, que sin lugar a dudas acabaría siendo en el futuro secretario del Comité de Mentiras sobre la Producción de Trigo. Tenía una guitarra dos veces más grande que las normales y miraba a su alrededor de forma inquisitiva. Los otros, sin embargo, parecían buenos chicos. Yo estaba sentado entre Alexei, un capataz que parecía tener unos doce años, y Boris, un ingeniero (prácticamente todo el mundo en Rusia es ingeniero, tan ingeniero como nuestros ingenieros de saneamientos).

Alexei quería hablar de la música rock. Su inglés no era peor que el de la mayoría de los críticos de la revista *Rolling Stone*.

—Abba mucho malo. ¡Rock duro! ¡Bravo! ¡Led Zeppelin! ¡Bravo! ¡¡Y Kiss!! ¡Lo que más gusta rock duro, duro! ¿Sabes el grupo Time Machine?

Se emocionó mucho al ver que un norteamericano reconocía el nombre del mejor grupo ruso de rock.

—Bueno como Beatles. ¡Pero mejor rock duro americano! ¡Bravo! Una cosa mala que muchas estrellas de rock siempre muriéndose por licor y —miró de reojo al presidente— por otras cosas.

Boris quería hablar de coches. En su opinión, Rusia necesitaba tener coches mucho más rápidos.

—Yo quiero coche rápido —dijo.

Los norteamericanos querían hablar sobre la paz y sobre las relaciones soviético-americanas.

Después de la cena fuimos a la sala de música de la cubierta de lanchas con unos diez norteamericanos —la mayoría izquierdistas— y con Marya, que hizo el papel de

intérprete. Entre los izquierdistas se encontraba una mujer en la que no había reparado antes, a pesar de que era sorprendentemente fea. No es que tuviera ese tipo de fealdad que es producto del nacimiento, sino esa otra fealdad que es el resultado de largos años de malhumor, piques y pequeñas maldades. Todas estas cosas hacían que su cara guardara un notable parecido con la de las ratas, las fieras y los murciélagos.

El presidente dijo:

—Estamos mucho agradecidos de encontrarnos aquí. Inglés nuestro no es tan bien. Pero con vosotros practicar ahora más.

A continuación todos los chicos rusos hicieron su presentación y nos explicaron, de la mejor forma que pudieron, cuáles eran sus profesiones.

La mujer fea, dirigiéndose a Alexei, le preguntó con gran aspereza:

—¿Cuántas mujeres en Rusia trabajan en la construcción? Alexei intentó contestarle:

—En construcción mayoría que estudian es masculino, querer decir hombres, pero también hay algún chicas si... —no pudo continuar.

—¿Chicas? —chilló la vieja asquerosa—. ¡Chicas! ¡Nosotros no llamamos chicas a las mujeres! ¡Es un insulto!

Los jóvenes rusos la miraron atónitos. El carcamal dirigió su furia contra Marya:

—Explíqueles que llamar chicas a las mujeres es algo denigrante.

Marya dijo algo en ruso para apaciguar los ánimos. El presidente, titubeando, comenzó a disculparse, pero la mujer fea le interrumpió:

—Hay algo que me gustaría saber —miró con desprecio los vaqueros de Alexei—. ¿Por qué a la juventud europea, incluso a la de los países socialistas, le gusta esa horrible música popular norteamericana y esos vaqueros tan indecentes?

Marya hizo una traducción que parecía dolorosamente literal. Las caras de los rusos se congelaron; podías ver la gran cara pública rusa, seria pero inexpresiva, mitad cara de póquer y mitad la cara que pusieron los soldados en la película *You'll Never Get Rich* cuando Phil Silvers pidió voluntarios.

No es fácil conseguir que un ruso, estando sereno, actúe de forma impulsiva; sin embargo, agarré a Marya por la manga de su camisa y la convencí para que fuéramos al bar a buscar unas botellas de cerveza. Cuando volvimos, en la habitación todavía reinaba el silencio. El presidente no quería beber, pero el resto de los rusos parecía feliz de poderse esconder tras las botellas. La mujer fea, muy complacida de sí misma, esperaba a «que le dieran alguna respuesta». Los otros norteamericanos comenzaron a ponerse nerviosos. Por fin, el marido de la mujer en cuestión empezó a hablar. Otra vez llevaba puestos los pantalones cortos y la camiseta de Kenneth Patchen.

—¿Qué tanto por ciento del salario de un obrero...? Había que hacer algo. Yo me

puse en pie.

—Creo que es muy injusto monopolizar la camaradería y la cooperación internacional de estos jóvenes soviéticos —dije—. Hay otro grupo de norteamericanos en el salón que está deseando hablar con nuestros invitados sobre las relaciones soviético-americanas y...

—¡Oh, sí! —dijo Marya, y señaló el pasillo mientras parloteaba en ruso. El grupo de Nuevo Méjico se quedó un poco sorprendido al vernos aparecer, pero se mostraron tan hospitalarios como siempre.

—Estamos mucho agradecido de estar aquí —dijo el presidente—. Inglés nuestro no...

—¡A la porra todo eso! —dijo Tom—. Tócanos una canción con ese chisme.

La canción resultó ser bastante buena y Sue Ann logró incluso convencerlo para que tomara una copa al terminar.

#### SABADO 24 DE JULIO

A la sombra del toldo se celebró otro encuentro sobre la paz, y esta vez les tocaba hablar a los rusos. Llegué un poco tarde, sin tener otra excusa que la falta de ganas. La señora Abubilla estaba abriendo la sesión.

—Es mejor que contesten los expertos soviéticos en vez de nuestros periodistas —estaba diciendo cuando entré.

Salí a tomarme una cerveza. En realidad, me tomé tres.

Cuando volví, Gugov, el bufón, ya había terminado su discurso y estaba contestando a alguien que le había preguntado si Solzhenitsyn era simplemente un mal escritor o si era también espía. Llevaba puestos unos cómicos vaqueros Levi's de imitación que tenían en la parte del culo un parche de plástico, del tamaño de una ensaladera, en el que se leían las palabras TEXAS JEAN.

—Solzhenitsyn sólo utilizó los tonos grises para pintar a la Unión Soviética —dijo. Los izquierdistas aplaudieron vigorosamente.

—La crítica —apuntó Gugov— origina los problemas que sufren las democracias.

Era hora de tomar otra cerveza.

Parece que algunos pacifistas empezaban a darse cuenta de que algo iba mal. Cuando regresé del bar por segunda vez, uno de ellos, dirigiéndose a Gugov, estaba diciendo:

—Muchos de los norteamericanos que están aquí han reconocido los errores de la política exterior norteamericana. ¿Cómo es que ningún soviético reconoce los errores de su propio gobierno?

—Nosotros no criticamos la política exterior de nuestro gobierno —dijo Gugov—

porque coincidimos en todo con ella y la aprobamos.

El que había hecho la pregunta se quedó anonadado. Sin embargo, todos los izquierdistas y también unos cuantos pacifistas aplaudieron.

Ya estaba bien de encuentros por la paz. Lo siento, pero este reportero ya no asistió a ningún otro acto que tuviera que ver con la paz.

## EL BARCO DEL ODIO

Los izquierdistas y los pacifistas estuvieron hablando la mayor parte del día. No discutían. No analizaban. No hacían observaciones. Lo único que hacían era demostrarse que coincidían en todo; la similitud de pareceres les producía un estado febril, de enajenación mental. Coincidían en el tema de Reagan, en el de la congelación de la carrera de armamentos, en el de la maldad de Israel, en el de los peligros de la guerra y en el de la necesidad de la paz.

Saqué la conclusión de que estaban locos.

Observé que mi compañero de camarote le estaba escribiendo una carta a su mujer. Más que una carta era una exhortación política:

«Nosotros los norteamericanos tenemos que repudiar a la administración Reagan...»

Y todo esto se lo contaba a su mujer, con la que llevaba casado treinta años.

Locos. Y además estúpidos.

Uno que provenía de algún estado del centro y que se parecía a Millicent Fenwick me dijo:

—Mire, si los que hicieron subir a Reagan consiguen su objetivo, acabarán quitándole a las mujeres el derecho al voto.

Al pasar por las esclusas del canal Don-Volga aquella mujer que tenía la corteza cerebral directamente conectada con la boca se acercó parlotando al lugar de la barandilla donde yo me encontraba.

—¿Verdad que es maravilloso? —dijo, mirando una gigantesca muralla gris de cemento—. En la Unión Soviética hay unos ingenieros francamente maravillosos.

Yo le dije que sí, que era un trabajo impresionante.

—¡Maravilloso, maravilloso, maravilloso, maravilloso! —dijo. Se asomó a la barandilla—. ¿Y de dónde sacarán toda esa cantidad de agua?

Los guías de Intourist estaban desesperados, a los expertos soviéticos se les agotaba la paciencia y los de la tripulación estaban clarísimamente disgustados y cada día empezaban a beber más pronto.

El médico del barco, un tipo de aspecto ordinario, despistado y con los ojos enrojecidos, había empezado a hacer experimentos; basándose en las diarreas que padecía la mitad de los norteamericanos. Marya representaba la comedia de

acompañarlo durante las visitas, haciendo las veces de traductora. Los rusos no querían explicarnos en qué consistía la broma, pero sé de un pacifista que fue a contarle su enfermedad y que volvió con un laxante y un vaso de licor de trigo de 200 grados. No volví a verlo hasta que pasaron treinta y seis horas.

## DOMINGO 25 DE JULIO

Estaba borracho.

### ¿QUÉ ES LO QUE OCURRÍA EN LA CAPITAL SOVIÉTICA Y EN EL INTERIOR DEL PAÍS DURANTE AQUEL VERANO EN EL QUE REALIZAMOS UNA VISITA A LA URSS EMOCIONANTE Y ECONÓMICA ORGANIZADA POR «THE NATION»?

Sé que nunca llegaré a entender qué era lo que los norteamericanos creían estar haciendo en Rusia, pero tampoco tengo claro qué era lo que creían los rusos que les estaban permitiendo hacer.

Evidentemente, se había aprobado oficialmente el Crucero de la Paz por el Volga. En Rusia no ocurre nada que no se apruebe. Pero aunque los soviéticos lo hubieran aprobado, no parecían muy interesados. En una de las ciudades donde paramos, un reportero local subió a bordo para hablar con Nick Pelota. Cuando Nick terminó de insultar a los Estados Unidos y empezó a apuntar que la Unión Soviética también estaba involucrada en la carrera de armamentos, el reportero simplemente dejó de escribir. Esta fue toda la atención que nos prestaron los medios de comunicación.

Supongo que estábamos bajo vigilancia. Vi que Sonya apuntaba todo lo que se decía en las reuniones, pero me parecía que prestaba más atención a lo que decían sus compatriotas. Algunos pacifistas sospechaban que sus habitaciones habían sido registradas. Una mujer advirtió que las cremalleras de sus bolsas habían sido cerradas con un cuidado exagerado. A otra mujer le desapareció un ejemplar de *Pedro el Grande*.

—No se moleste en buscarlo —dijo una de las guías de Intourist cuando la mujer comenzó a montar un escándalo—. Seguro que se cayó detrás de la litera cuando la camarera hizo la cama. Le resultará muy difícil buscarlo allí, así que la camarera se lo buscará durante la cena.

Aquello parecía muy sospechoso. Pero el libro no reapareció misteriosamente después de la cena, ni siquiera apareció con algunas páginas arrancadas; quizá se había perdido de verdad.

Ni al grupo de Nuevo Méjico, que era abiertamente pro-americano, ni a mí nos molestaron. Un día, Nikolai y Sonya me llevaron a dar un agradable paseo por el Volga en una lancha a motor; como no sabía por qué lo hacían, sospechaba que mientras tanto estarían aprovechando para registrar mi camarote. Por eso recurrí al

viejo truco de Ian Fleming de pegar un pelo con saliva sobre la puerta del armario; cuando volví seguía en su sitio.

Si a los izquierdistas les estaban pasando cosas, desde luego no las comentaban.

Una mujer del grupo de izquierdistas, la que se avergonzaba de haber dejado la Unión Soviética cuando era niña, tenía familiares en Moscú y sé que fue a visitarlos.

Al pasar por la aduana, al final del viaje, la registraron detenidamente y estuvieron interrogándola durante tanto tiempo que incluso tuvieron que retrasar la salida del avión. El jefe del grupo afirmó que todo se debía a que había perdido uno de sus justificantes del cambio de moneda.

Fuera cual fuera la actitud oficial de los soviéticos hacia nosotros, la actitud personal estaba muy clara. Los rusos, después de tomarse unas copas, hacían una y otra vez comentarios que empezaban: «Yo no soy antisemita, pero...» Y desde luego, a juzgar por los apellidos, muchos de los de nuestro grupo eran judíos.

Un miembro de la tripulación, que atravesaba esa fase de la borrachera en la que se habla con toda sinceridad, me comentó:

—¿Sabes que Breznev está casado con una judía? Muchos miembros del Presidium están casados con judías. Por eso no podemos actuar con firmeza contra Israel.

Pero los pacifistas y los izquierdistas no se enteraban de nada de esto, o simplemente lo pasaban por alto considerándolo como mero antisionismo. Lo único que de verdad les preocupaba era la CIA. Estaban convencidos de que tenía que haber un agente de la CIA en el barco. Apunté que el hombre gordo tenía toda la pinta de ser un provocador. Pero ellos habían decidido que era un tipo majo, ya que se había disculpado ante Nick. Alguien me dijo que los izquierdistas sospechaban de mí —aquel traje y aquella corbata. Pregunté a Nikolai que de quién habían partido las sospechas.

—De todos —dijo riéndose.

## LUNES 26 DE JULIO

Creo que los rusos habían llegado a la conclusión, tanto de forma privada como oficial, de que esta gente del Crucero de la Paz por el Volga era una gente insignificante que de ninguna forma podía influir en la política norteamericana.

Cuando llegamos a Togliatti, los izquierdistas manifestaron su deseo de visitar la fábrica de automóviles Lada, una de las fábricas más modernas de la Unión Soviética. Estaban muertos de ganas de ver auténticos «obreros». Pero no entraba en el programa. Nuestras guías de Intourist intentaron, sin gran empeño, convencer a los de la oficina local de Intourist para que nos permitieran visitar la fábrica; pero el grupo era demasiado grande, había que ponerse en contacto con demasiados oficiales,



tardaría demasiado en organizarse, etc. Los izquierdistas se quedaron muy disgustados y esta vez ni siquiera disculparon al sistema soviético.

Mientras tanto Nikolai, no se sabe cómo, se había puesto en contacto con los directores de la fábrica de Lada y les había informado de que yo trabajaba para la revista *Car and Driver*. Sólo soy editor asociado, pero si fuera redactor jefe tampoco podría influir mucho en la FTC<sup>[5]</sup>, en la DOT<sup>[6]</sup> y en la política de la administración Reagan que impide que los rusos exporten coches a Estados Unidos. Pero yo era, sin embargo, un representante del mundo real. Y aquella misma tarde un coche enorme conducido por un chófer me esperaba en el muelle para llevarme —a mí, el único del barco que había reconocido ser republicano— a visitar la fábrica de Lada.

### TODOS LOS OTROS DIAS DEL VIAJE

El martes 27 yo ya había finalizado el viaje, por lo menos mentalmente. Todavía quedaban dos días para que terminara el crucero y seis días de estancia en Rusia, pero yo ya me sentía ausente.

Este sitio, después de un tiempo, acaba agotándose. No hay ni un ángulo de noventa grados ni una línea recta en todo el país. Todo el cemento se está desmoronando porque la mezcla tiene demasiadas impurezas, y da la casualidad de que todo está hecho de cemento. Vi edificios en construcción cuyas fachadas ya se estaban cayendo. Y todo lo que está bien construido resulta que no lo han construido ellos. El aeropuerto de Moscú lo construyeron los alemanes occidentales; la copia del Grand Hyatt, los franceses; la fábrica de Lada, los italianos, y el propio barco era de fabricación austriaca.

Lo de la contaminación de las ciudades es grotesco. Parece que ninguna máquina funciona bien. Y la única actividad comercial que se apreciaba en las orillas del Volga consistía en llevar arena y postes de telégrafos de un puerto a otro.

Los de Nuevo Méjico se inventaron un concurso: el primero que viera una grúa con un trabajador dentro ganaría una botella de champán. No la ganó nadie. Los solares de construcción estaban casi desiertos. Pregunté a Orlonsky dónde estaban los obreros, pero se hizo el listo. «A lo mejor están comiendo». Eran las 10,30 h. de la mañana.

Los pocos restos que quedan de la antigua y hermosa arquitectura se están pudriendo; han caído en el olvido y esperan que los tiren abajo por su falta de modernidad. Rusia apesta a cuerpos sucios, a horrible tabaco balcánico y a un desinfectante que por lo visto distribuyen diariamente con un camión-cisterna; se trata de un producto químico que huele a tierra mohosa, como si los gamberros hubieran estado removiendo el cementerio, como si los ratones hubieran entrado en una despensa llena de champiñones.

Todos los pequeños detalles acaban molestándote. Es difícil soportar un lugar tan opresivo, tan deprimente.

Paramos en Ulyanovsk, lugar de nacimiento de Lenin. No es fácil orientarse en esta ciudad. Coges la avenida de Lenin hasta llegar a la calle Lenin, sigues recto hasta llegar a la plaza Lenin y luego tuerces a la izquierda y sigues por el bulevar de Lenin hasta que te encuentras con la rotonda de Lenin y con el callejón de Lenin. No te pierdas el monumento al perro de la hermana de Lenin.

Tampoco es que haga falta orientarse. No hay nada que ver. A mediodía ya estábamos como cubas en el bar. Los de Nuevo Méjico y yo nos volvíamos locos por tomar una hamburguesa con queso y escuchar una guitarra hawaiana; hubiéramos llegado a matar por conseguir unas botellas de Budweiser y por correr por una autopista a 100 millas por hora en un Cadillac Coupe de Ville. Pero no había nada que hacer, excepto beber. Así que bebimos y nos pusimos a contar chistes: chistes viejos, chistes malos, chistes verdes.

Luego irrumpimos en medio de la cena de los progresistas. Los izquierdistas y los pacifistas se enfadaron muchísimo. La señora Abubilla fue la única que tuvo el valor de acercarse a nosotros. Preguntó que de qué nos reíamos.

—De lo del sexo —dijo Sue Ann.

—¿Y por qué es tan gracioso lo del sexo? —dijo la señora Abubilla.

—Bueno, si no te acuerdas, cariño...

La señora Abubilla se retiró. Nos pusimos a cantar. Cantamos *Hilos de plata y agujas de oro* y *Danny Boy* y lo de:

*Mi madre condones vende a hombres del mar,  
Mi padre los pincha con un alfiler,  
Mi hermana a las otras las hace abortar,  
¡Dios mío!, el dinero fluye por doquier.*

Los progresistas no pudieron conseguir que los rusos nos pararan. Por el contrario, los rusos bajaron de la bovedilla y también se pusieron a cantar; cantaban a pleno pulmón canciones rusas coreadas por patadas y golpes de vasos. Se nos acercaron entonces algunos pacifistas y luego más; también se pusieron a cantar. Cantaban *América la Bella*, *Bendita sea América* y todos los versos del himno nacional; la cacofonía era total. Nos pusimos a bailar y la orquesta del barco intentó tocar el «jitter-burg»<sup>[7]</sup>. Los rusos brindaban y nosotros brindábamos también:

*Al águila de América,  
Que cuanto más alto vuela, más chilla.  
¡Y el que quiera follar con el águila,  
Que aprenda a volar!*

Y los rusos decían:

*A la Madre Rusia:  
¡Quien venga con una espada,  
Morirá por una espada!*

Y alguien dijo: «De parte de los cabrones de este lado a los del otro». Nos bebimos todo lo que teníamos a mano, incluido el licor de trigo del médico. Cantamos, bailamos y seguimos bebiendo hasta que nos desplomamos sobre las mesas, celebrando el triunfo de la paz y de las relaciones soviético-americanas.

No hay nada que reseñar del resto del viaje a excepción de una terrible resaca de gris y verde; tengo un vago recuerdo del Kremlin Blanco de Kazan, que me puso dolor de cabeza, y de la orquesta que nos despidió por la mañana tocando algo que me parecía muy apropiado: *El himno de guerra de la República*. Luego volamos a Moscú —mal tiempo durante todo el trayecto— y volvimos al hotel aquel, estilo Grand Hyatt.

Había un grupo ruso de pop tocando en el salón; era música de balalaica, pero tocada con guitarras eléctricas y al ritmo de Donna Summer. Los de Nuevo Méjico siguieron hasta Leningrado y yo me quedé solo en el bar, esperando durante un día y medio mi vuelo de regreso. Se me sentó al lado un turista inglés.

—¿Lleva aquí mucho tiempo? —dijo—. ¿Ha viajado por todo el país?

—¡Incluso he visto la otra cara de la maldita luna! —le dije—. Whisky —pedí al camarero.

Me puso vodka.

# Payasos, pistolas y pasta

El día anterior a las elecciones presidenciales filipinas de 1986 un camarero de Manila me contó este chiste: «El presidente Marcos y el general Ver están en el infierno. El general Ver está hundido hasta el cuello en brea hirviendo. El presidente Marcos está hundido hasta las rodillas. El general Ver le dice:

»—Mira, he sido tu brazo derecho durante veinte años y he hecho cosas terribles, pero no tienen ni punto de comparación con las que tú has hecho. ¿Cómo es que tú sólo estás hundido hasta las rodillas?

»El presidente Marcos dice:

»—Es que estoy subido a los hombros de Imelda».

Un taxista me contó este otro: «Imelda y sus hijos, Irene, Imee y Bongbong (no es ninguna broma, así es como llaman a Ferdinand, Jr., el hijo de Marcos, que tiene veintisiete años) están volando sobre Filipinas en su avión particular. Irene dice:

»—Mami, desde luego la gente de Filipinas nos odia. ¿No podríamos hacer algo?

»—Tengo una idea —dice Bongbong—. Vamos a tirar diez mil paquetes desde el avión; cada paquete con cincuenta pesos dentro. La gente podrá comprar arroz y pescado, y nos adorará.

»—Tengo una idea mejor —dice Imee—. Sólo tiraremos cinco mil paquetes, pero cada paquete tendrá cien pesos dentro. La gente podrá comprar pollo y carne de cerdo y nos querrá todavía más.

»—La mejor idea es la mía —dice Imelda—. Tiraremos sólo un paquete y la gente nos adorará para siempre.

»—¿Y qué habrá dentro de ese paquete, mami? —dicen los niños.

»—Vuestro padre».

En Tondo, el mayor gueto de Manila, observé que un chaval que vendía tabaco había colocado un retrato del presidente Marcos en la parte delantera del cajón de los cigarros. Mi acompañante, que hablaba tagalo, el dialecto local, le preguntó:

—¿Por qué llevas ahí un retrato de Marcos?

El chico recorrió el perfil del presidente con la uña del dedo pulgar y dijo:

—Me gusta arañarle la cara.

Fui con algunos compañeros periodistas a un bar de la calle del Pilar, en el barrio chino, donde inmediatamente nos vimos rodeados de prostitutas. Como está

prohibido vender alcohol a los filipinos durante la noche anterior a las elecciones, la zona estaba muerta. Una docena de chicas de suave piel, de un color como el de la mantequilla de cacahuete, ataviadas con diminutos biquinis blancos, se restregaban contra nosotros como si fueran gatitos. Alguien les pidió unos zumos de naranja que costaban cinco dólares cada uno. Para justificar que el precio de la ronda se incluyera en mi cuenta de gastos, les pregunté:

—¿A quién vais a votar?

Las chicas hicieron el signo de la L con los dedos índice y pulgar. Este es el símbolo de la UNIDO/PDP-LABAN, la coalición que apoyaba a Corazón Aquino.

Mi chica favorita, Dolly, que tenía una cara como las de esas bellezas hawaianas de labios carnosos y un cuerpo que podía hacer cometer pecados de pensamiento a una distancia de cien yardas, jugaba a pegarme en la nariz.

—¡Laban! —dijo. Esto significa «lucha» en tagalo—. Yo voy a votar a Cory. Las otras chicas soltaban risitas infantiles.

—No tiene edad para votar —dijo una de ellas.

—Todas nosotras estamos por Cory —dijo otra—. Incluso las mama-sans están a favor de Cory.

Las mama-sans son una mezcla de madames y de madres para las conejitas de estos establecimientos. Ellas alquilan las chicas, se aseguran de que consumas y te ponen una «multa» si te llevas alguna a casa.

Se lo pregunté a una mama-san, y me respondió lo mismo:

—Aquí toda la gente está a favor de Cory. Sólo los propietarios quieren a Marcos.

Yo no estaba tan seguro de eso. Fui a ver a uno de los propietarios, un matón australiano que regentaba uno de aquellos bares de chicas de la calle del Pilar. Era un hombre rubio y fornido de unos cuarenta años; tenía unos ojos mequinos de color azul y un acento tan fuerte como las ganas de echarme a correr que tendría yo si lo viera empezar a montar una bronca. Su oficina era una habitación sin ventanas del piso de arriba. La mesa estaba cubierta de billetes de mil pesos agrupados en fajos atados con gomas.

—El negocio de los turistas se ha ido a la mierda —dijo el australiano—, y todavía se pondrán peor las cosas con toda esa basura que vosotros los periodistas estáis escribiendo sobre las elecciones. Pero hay que hacer algo por los filipinos, ¿verdad? No pueden aguantar más, ¿no? Tendrán que ir a la montaña a unirse al Nuevo Ejército del Pueblo o hacer algo por el estilo.

Matones, putas, taxistas, moros callejeros *barmans* —esta gente es conservadora por naturaleza. Si pierdes su apoyo, vas de culo. Lo mejor que puedes hacer es coger tu maleta Vuitton estilo dictador y rezar para que las fuerzas aéreas norteamericanas te busquen, como a Baby Doc, un sitio agradable.

El que piense que en Filipinas las elecciones estuvieron muy «reñidas» es que no

entiende nada. Fue una especie de desahogo nacional. Fue un enfrentamiento entre los que tenían escrúpulos y sentido común y los que eran ciegamente leales, miedosos y corrompidos.

Marcos, como los buenos jefes de las bandas criminales, sabía conseguir la lealtad. Uni6 a los dos partidos pol3ticos tradicionales y los fusion6 en un partido suyo propio que carec3a de ideolog3a, el Partido de la Nueva Sociedad, la KBL. Declar6 la ley marcial, para no tener que dejar la presidencia en 1972; luego reform6 la constituci6n de forma que pudiera gobernar por decreto y ser reelegido perpetuamente. Hizo que sus pistoleros mataran a algunos de sus enemigos, encarcel6 a otros y oblig6 al resto a expatriarse. Despu6s arruin6 la econom3a filipina al conceder monopolios sobre todas las industrias —desde el procesamiento del az3car y la copra hasta la importaci6n de trigo— y al invertir ingentes cantidades de dinero estatal en corporaciones d3biles y corruptas; un sistema que se conoce con el nombre de capitalismo del amiguismo.

Seg3n la revista *Newsweek*, algunos economistas norteamericanos y filipinos estiman que Marcos y sus amigotes se llevaron del pa3s unos 20 billones de d3lares. No es que estemos hablando simplemente de algo como la colecci6n de pieles de Michele Duvalier; 20 billones de d3lares es m3s de la mitad de la producci6n nacional bruta de Filipinas, una cantidad que bastar3a para convertir el archipi6lago en Hong Kong II. A modo comparativo, el total de la ayuda de Estados Unidos a Filipinas desde su independencia, en 1946, no llega a alcanzar los 4 billones de d3lares.

Los reporteros que trabajamos en pa3ses del Tercer Mundo decimos a menudo: «No es tan sencillo». Por ejemplo: «Lo de Israel y la OLP no es tan sencillo» o «Lo de la contra y los sandinistas no es tan sencillo». Pero en Filipinas era as3 de sencillo. Incluso era todav3a m3s sencillo. Ferdinand Marcos es una escoria humana, una despreciable bolsa de basura corrompida por el poder, un bastardo mentiroso y cruel que deber3a haber sido arrastrado por las calles de Manila con las orejas clavadas al parachoques de un cam3n.

## **Payasos, pistolas y pasta**

---

La expresi6n que tradicionalmente se utiliza para describir las elecciones filipinas, «payasos, pistolas y pasta», no resulta demasiado adecuada. S3 que todo el mundo ha o3do hablar de que estas elecciones estaban compradas. ¡Y con qu3 descaro, Dios m3o! Estaba todo m3s ensayado que las actuaciones del programa *S3bado Noche en directo*.

Marcos controla completamente la televisi6n filipina. El presentador del canal 4 de Manila era un gilipollas de sonrisa falsa llamado Ronnie Nathanielz. Por su

apariencia y su forma de hablar parecía una especie de Don Ho caído del infierno. Allí se le conocía como el TV Ronnie Sip-Sip Tuta. En tagalo *tuca* significa «cachorro» o «perrito faldero» y *sip-sip*, algo peor que lamer culos. El informativo de TV Ronnie empezaba así: «Buenas tardes, señores telespectadores, y bienvenidos al popular informativo del canal 4. Esta noche continuaremos cubriendo de una manera imparcial las honradas, justas y tranquilas elecciones filipinas, en las que el admiradísimo presidente Ferdinand E. Marcos ha dejado muy atrás a sus adversarios, según nos comunican fuentes bien informadas».

No me lo estoy inventando. Si hubieras estado escuchando el canal 4 durante más de un minuto habrías empezado a darte puñetazos en las orejas para intentar sacarte de la cabeza aquel asqueroso zumbido.

Después de las noticias, el canal 4 emitía un reportaje realizado por la COMELEC, la comisión gubernamental de las elecciones. Un funcionario, por ejemplo, aparecía mostrando a la cámara una urna vacía («¡Nada por aquí, nada por allí!»); luego enseñaba los sellos y las cerraduras que llevaría la caja, demostraba cómo la urna sería cuidadosamente trasladada de un lugar a otro siempre bajo custodia militar y otras cosas por el estilo. Parecía que las elecciones las estaba preparando el club de magia de un instituto.

El día de las elecciones, entre setecientos y mil corresponsales extranjeros repartidos por todo el país pudieron observar cómo se destruían los censos electorales, cómo se robaban las urnas, cómo a los observadores de la oposición no se les permitía entrar en los colegios electorales y cómo los camiones del ejército llenos de «votantes móviles» se trasladaban de un colegio electoral a otro. Lo único que le quedó por hacer a Marcos fue amaestrar a los animalitos del circo para que votaran.

Una media hora antes del cierre de los colegios electorales dije a mi conductor que me llevara a su zona electoral, ya que él también tenía que votar. Era un barrio de clase media muy agradable, Bay Palms. Todo transcurría apaciblemente en el colegio electoral; los electores hacían cola de una forma ordenada y las urnas estaban tapadas por cortinas para que el voto fuera secreto. A una cierta distancia de las urnas —la distancia oficialmente establecida— algunos partidarios de Aquino, pacíficos y entusiasmados, estaban empezando a reunirse.

Los militares estaban justo en el centro del grupo, había un batallón entero, armado hasta los dientes; un general, subido a un camión, gritaba a través de un megáfono. Los voluntarios del MAMFREL, el Movimiento Nacional para las Elecciones Libres, estaban casi llorando.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Los militares han llegado para cerrar el colegio a la hora en punto —dijo una mujer con aspecto maternal—, y eso que la gente que está haciendo cola tiene derecho a votar porque se puso en la cola antes de las tres.

—No entiendo.

—En la zona de Bay Palms la gente está en contra de Marcos —dijo ella—, y en la zona de al lado, en Guadalupe, que está sólo a una milla, nuestros voluntarios están pidiendo ayuda. Hay mucha violencia y muchos matones y han robado las urnas; y nosotros les hemos pedido a los militares que fueran a poner paz en Guadalupe, pero en lugar de ir, ellos siguen aquí para asegurarse de que este colegio se cierre a la hora.

Regresó mi conductor.

—No puedo votar —dijo—. Están decididos a cerrar el colegio a la hora en punto. Volví al hotel y pedí una copa. Después de un momento, un equipo de la televisión australiana entró corriendo en el bar; tenían los ojos como platos.

—¡En Guadalupe... —gritó uno— hay mucha violencia, está todo lleno de matones y están robando las urnas!

—¡Y dispararon contra nosotros! —gritó otro—. ¡Y nos robaron la cámara a punta de pistola, la destrozaron y se quedaron con la cinta del vídeo!

Los australianos, tontos como son, llamaron a la policía. Al cabo de un rato llegó al bar una pareja de sebosos policías del Servicio de Investigación Criminal; tomaron varias copas, que se incluyeron en la cuenta de los australianos, y sugirieron, sin mucha sutileza, que si les daban 10 000 pesos quizá se pudiera encontrar la cinta del vídeo, pero que probablemente tendrían que esperar a que acabaran las elecciones.

Me subí a la habitación y rebusqué en mis maletas por si me hubiera dejado alguna droga olvidada. TV Ronnie estaba en antena, hablando con el jefe de policía de la zona Metro Manila.

—Es cierto —decía el policía—, no tenemos informes de que haya habido ningún tipo de problema en relación con las elecciones de la zona Metro Manila.

## **Un asesinato salvador**

---

«La violencia enturbió las elecciones»; es una bella frase. Nos trae a la cabeza imágenes de adolescentes armando follones y emborronando los carteles de las elecciones. Fui con el fotógrafo Tony Suau a investigar uno de estos turbios incidentes, un enfrentamiento que tuvo lugar cerca de la ciudad de Moncada, en la provincia de Tarlac, a unos 130 kilómetros al norte de Manila.

El asesinato político en Filipinas se llama «salvamento» —la víctima «se salva del comunismo». No se trataba de uno de esos asesinatos famosos que salían en los periódicos de Estados Unidos o incluso de Manila. Los periódicos de la oposición le dedicaron un párrafo en el que el nombre del sujeto aparecía escrito incorrectamente. Se llamaba Arsenio Cainglet y era un agricultor arrendatario de un barangay rural conocido como Banquero Sur.

Arsenio era el representante del UNIDO (un partido de la oposición) en el



barangay. Tuvimos que alejarnos mucho de la carretera pavimentada para encontrar su casa; atravesamos kilómetros y kilómetros de campos de arroz salpicados de bambúes y palmeras cocoteras. Todo era igual que en las fotos que mis amigos los reclutas me traían de Vietnam. En una cabaña que hacía las funciones de ayuntamiento de Banquero Sur y de centro médico me encontré con dos miembros de la CHDF, las Fuerzas Civiles de Defensa Nacional, que se supone sirven para hacer frente a las guerrillas, pero que más bien son una subdivisión local de la KBL. Parecían un par de borrachos a los que alguien había dado unos M-16s. Eran de aspecto huraño, pero por lo visto la cámara de Tony los asustaba mucho. Me conmovió observar el poder y la omnisciencia que en aquel momento se le atribuía a la prensa extranjera. De todas formas, poca gente de ojos azules se aventuraba a internarse en Banquero Sur. Nos indicaron el camino hacia la casa de Arsenio.

Varias docenas de personas, todas muy afligidas, se apelotonaban en el jardín. A unos veinte metros, tres policías uniformados rodeaban a un hombre gordo vestido de paisano.

—Por favor, no mencionen mi nombre —dijo el agente Ramos del Servicio de Investigación Criminal. Llevaba un enorme anillo de oro y un Rolex, también de oro; dijo que no podía aportar más datos sobre el caso—. El señor Llamas, el alcalde, lo está investigando —dijo señalando, a un hombre delgado de unos sesenta años que, fumando sin parar, hablaba con la gente del jardín. Al darme la vuelta el agente Ramos y sus policías se esfumaron.

En realidad, Rodolfo D. Llamas es ex-alcalde y no de Moncada, sino de la ciudad vecina, Paniqui. Se encontraba allí por ser el Coordinador de Distrito del UNIDO.

El día anterior, al amanecer, Arsenio Cainglet se hallaba sentado delante de la casa con su gallo de pelea favorito en las manos. Llegó hasta allí un coche conducido por un hombre vestido de paisano. Según la descripción de los campesinos, «llevaba un gran sombrero y una chaqueta enorme». Efectuó cinco disparos sobre Arsenio con una 45 automática. Arsenio dijo: «¿Bakit? ¿Por qué?» Y murió en el acto. Tenía cuarenta y tres años y era padre de nueve hijos, el menor de un año y el mayor de dieciocho.

—Arsenio me estuvo buscando hace un par de días —dijo Llamas—, pero yo estaba en Manila por asuntos de las elecciones. Lo habría llevado a un lugar seguro si me hubiera enterado a tiempo.

Dijo que él le había dado dinero a su propia familia y los había hecho salir de la ciudad.

—Yo entro en mi casa por la puerta de atrás.

La casa de los Cainglet estaba hecha de cañas de bambú entrelazadas con clavos y cuerdas y estaba colocada sobre unos pilares. Para llegar a las dos habitaciones con que contaba era necesario subir cuidadosamente por una escalera de bambú colocada

casi en posición vertical. Podía sentir cómo se tambaleaba con nuestro peso. Habían conseguido subir el ataúd hasta allí, no se sabe bien cómo; se trataba de una caja rústica, pero cuidadosamente tallada, con adornos dorados y con una tapa de cristal como la de un relicario. La madre de Arsenio, una mujer de edad avanzada y de escasa estatura, intentaba abrazar el ataúd mientras lloraba desgarradoramente y restregaba su frente contra el cristal. El muerto tenía rasgos mejicanos y su aspecto era muy agresivo; el pelo, negro y liso, estaba peinado hacia atrás y su rostro, sin vida, mostraba una expresión de ira que ninguna funeraria americana hubiera podido conseguir.

—La KBL estaba intentando convertirlo... —dijo Llamas—, hacer que cambiara de bando, pero él se resistía.

La luz del sol inundaba la pequeña casa, filtrándose por las paredes e incluso por el suelo. Habían preparado algo de comida para los asistentes, colocándola sobre una mesa situada junto a un altar que tenían en la casa. La viuda de Arsenio extendió su mano, mostrándome una de las balas del calibre 45 que había sido extraída del cadáver. Tenía una expresión que no creo que exista en nuestra cultura, una especie de sonrisa llena de odio.

Cory Aquino ni siquiera ganó en aquel barangay. El resultado de la votación había sido Aquino, 99; Marcos, 206. Pregunté a la gente que estaba en la casa —la hija mayor, que había estudiado en el instituto, hacía las veces de traductora— si este resultado reflejaba el sentimiento político del pueblo. Soltaron risas de desaprobación. Los que estaban de luto se asustaron. Algunos se rieron. Luego callaron.

—No quieren hablar —dijo la hija—. Tienen miedo.

Cuando salí, Llamas me sugirió de forma indirecta que lo acompañara hasta la carretera pavimentada. Lo escoltaban en su viaje cuatro guardaespaldas.

## **Cuatrocientos años en un convento, cincuenta en un burdel**

---

Filipinas perteneció a España de 1521 a 1898, y a Estados Unidos de 1898 a 1946. Los expertos resumen este período con la frase «cuatrocientos años en un convento, cincuenta en un burdel». Hoy Manila parece una especie de Viejo Marino que ha sobrevivido a todo. Los bulevares presentan un aspecto sombrío y descuidado, y por encima de ellos se extiende una redcilla sucia de cables telefónicos y de la electricidad. Los edificios de cemento, típicos del Tercer Mundo, han adquirido un color tan gris como el de la carne muerta, debido a la polución enfisematosa. La iluminación de las calles no tiene orden ni concierto. Lo mismo ocurre con la limpieza de las calles. Las propias calles están llenas de baches gigantescos. Los incendios parecen ser muy frecuentes. Las visitas de los bomberos no tanto. Hay

montones de edificios destrozados por el fuego. De vez en cuando se ven restos de lo que debió de ser la encantadora arquitectura de la antigua Manila: casas cuyas partes superiores sobresalen, con tejados de cinc y con rejas en las ventanas. Ahora estas casas se curvan hacia abajo, desvencijadas. Parece que no las han pintado desde la ocupación japonesa. De hecho, la primera impresión que tienes de Manila es la de una ciudad derrotada, todavía ocupada y explotada por alguna fuerza hostil. Que es, más o menos, lo que ha sucedido. Imelda Marcos fue la gobernadora de la región de Metro Manila durante la década pasada. Se ve su huella en algunos edificios enormes de brutal modernidad que se alzan, sin venir a cuento, sobre el desorden exhausto de Manila. Así, por ejemplo, el Complejo del Centro Cultural, colocado casualmente sobre un terreno ganado al mar, desfigura completamente la bahía de Manila. Uno de sus edificios es la Filmoteca de Manila, que Imelda ordenó terminar precipitadamente para que estuviera a punto para el Festival Internacional de Cine de 1982. Existe una historia según la cual el tejado de cemento, fabricado apresuradamente, se hundió; quedaron atrapados en el cemento todavía blando más de cuarenta obreros. No se intentó rescatarlos, ya que hacerlo hubiera impedido que la obra se finalizara a tiempo. El suelo se colocó sobre sus cadáveres. Al parecer, Imelda realizó más tarde un exorcismo para expulsar del edificio a los fantasmas malignos.

Durante las elecciones era normal entre los periodistas ir primero a Forbes Park, un suburbio de Manila donde los amigos de Marcos nadaban en dinero, y después trasladarse rápidamente a los guetos del centro —«Manila, ciudad de contrastes». Tony Suau estaba filmando un partido de polo en Forbes Park cuando uno de los jugadores, aprovechando un descanso, se nos acercó a caballo y dijo: «Y ahora os iréis a Tondo, ¿no?»

Yo, por mi parte, visité una zona bastante violenta. Estaba ocupada casi exclusivamente por pandillas de gamberros, por adolescentes que llevaban tatuajes enormes en los brazos, piernas, espaldas y en no sé qué otros lugares. Las pandillas tienen nombres como Sigue-Sigue Sputnik y Pandilla Bahala Na (Bahala Na significa «me da igual»). Sus miembros se rajan el pecho para hacerse cicatrices rituales, una por cada persona que matan. Cada pandilla tiene un territorio y siempre hay algunos chicos armados con garrotes vigilando la entrada.

En realidad, el lugar estaba bastante limpio. Habían pintado en las paredes unos murales religiosos muy bonitos de colores brillantes. Había estanques con peces y huertos para los residentes. Lo que estoy describiendo es, sin embargo, la cárcel de Manila. Es un sitio relajante que las familias y los amigos pueden visitar a cualquier hora del día. No hay celdas, sino pabellones, y allí duermen los prisioneros sobre sendas tarimas. Si lo desean, pueden construirse pequeñas cabañas para ellos.

Resulta difícil saber qué decir de un país donde el único alojamiento barato decente es la trena.

El director, un hombre barrigudo de carácter alegre, me recibió en su despacho al tiempo que se ponía unos pantalones de chándal de la marca Adidas. Fue el único seguidor incondicional de Marcos que tuve la oportunidad de conocer. «Esta debe ser una sociedad muy libre y muy abierta, a juzgar por la libertad de expresión», dijo el director hablando sobre las elecciones. Lo felicité por el buen estado de su cárcel. Él me invitó a un Sprite.

Los auténticos guetos son otra cosa. He visto pocas zonas tan pobres como las de Tondo; casas antiguas y asquerosamente sucias abarrotadas de gente pobre y apestando a basura y a estiércol. Pero hay zonas peores, zonas llenas de desamparados, donde la gente se refugia debajo de cartones, dentro de cajas de embalaje, tras periódicos sujetos con chinchetas. Papá te llevaría directamente a su cuarto, con la zapatilla en la mano, si descubriera que tenías la jaula del hamster en tal estado.

El mundo es un lugar terriblemente pobre y a lo mejor siempre lo ha sido. No creo que peque de ingenuidad al hablar de esto. Pero Filipinas es un país angloparlante en el que el 89 por 100 de la población está alfabetizada. Tiene buenas tierras, recursos naturales y una clase media culta. Tiene facilidades para entrar en el mercado americano y está situado en el extremo occidental del Pacífico, la única zona del mundo que hoy día muestra una gran expansión económica. Tal situación es inexcusable.

Y cuando piensas que realmente te vas a poner enfermo de ver lo que ves, llegas a Smoky Mountain.

Este es el vertedero principal de Manila, una enorme montaña de basura podrida de cincuenta pies de altura; y la gente vive dentro de esta basura —ancianos, mujeres embarazadas, niños pequeños... El pueblo está compuesto por chozas asquerosas, chabolas y otros habitáculos contruidos entre los excrementos y el fango. Los mugrientos hogares estaban tan apelonados que apenas podía abrirme paso. En algunas partes el camino no medía ni un pie de ancho y me hundí en la mierda hasta los tobillos.

Para comer, la gente recoge los desperdicios de la basura. Beben el agua de los arroyuelos que corren por allí, que también les sirven para bañarse. Los niños tienen heridas supurantes, los viejos tienen los ojos comidos por las úlceras; hay personas mutiladas yaciendo entre los desechos. Viven peor que las aves carroñeras, amontonando trozos viejos de plástico para venderlos luego. Aparte de esto, hay pocas cosas en la basura que tengan algún valor. Esta gente ni siquiera puede conseguir basura de buena calidad.

En Smoky Mountain no sientes asco ni náuseas, solamente un estremecimiento helado. Miré hacia arriba y vi un enorme torbellino de despojos ascendiendo en espiral por encima del vertedero; un torbellino que podría incluso arrastrar consigo a

la malnutrida Dorotea, conduciéndola hasta el sucio Oz.

Volví al hotel y me puse unos zapatos Bass Weejuns. Me habían dicho que Imelda no permitía que se entrara en el Palacio Presidencial con zapatos con suela de goma. Tiene fama de estar más loca que una rata enjaulada y las estatuas de los jardines del palacio lo prueban; parece que ha saqueado una fábrica mejicana de fuentes para pájaros.

En el palacio de Malacanang tenías la impresión de estar tratando con gente que no estaba bien de la cabeza. En la puerta te inspeccionaban cuidadosamente el calzado y las grabadoras portátiles. Yo llevaba colgado del cuello un pase de prensa con la foto de Tony Suau. Tony y yo nos parecemos tanto como Moe y Curly, pero esto no pareció preocupar lo más mínimo a los guardias.

La sala de recepción la había diseñado, evidentemente, un decorador de Las Vegas al que obligaron a punta de pistola a dejar a un lado el buen gusto. Me explico: tenía el techo de parquet; las lujosas cortinas eran de color rojo, la lujosa alfombra era de color rojo y la lujosa tapicería de las sillas doradas de imitación de bambú era roja. Los candelabros, del tamaño de las carrozas de los desfiles, eran de madera y estaban tallados a mano; muy mal, por cierto. El aire acondicionado no funcionaba.

Era el día después de las elecciones y el presidente Marcos ofrecía una rueda de prensa. Verlo en persona no resultaba nada interesante. Tenía la cara rechoncha, casi translúcida. Se parecía a Nixon, aunque estaba menos nervioso, y a Mao, aunque menos muerto. Hacía predicciones sobre la ventaja que sacaría a los otros, predicciones que se convirtieron en realidad cuando el cuerpo legislativo —dominado por su KBL— efectuó el recuento. Mentía tranquilamente, acusando a la prensa de inventarse muchas cosas y a la oposición de llevar a cabo amenazas y estafas. Uno de los periodistas le pidió que hablara de sus propias amenazas y estafas. Marcos replicó:

—¿Por qué la oposición no ha hecho esta petición a las autoridades? —que no eran sino él mismo.

Un reportero del *Manila Times*, partidario de Aquino, preguntó:

—¿Qué ocurrirá si no se llega a un acuerdo sobre quién ganó las elecciones?

—¿Qué cree usted que ocurrirá? —contestó Marcos. Por un momento pensé que no se trataba de una amenaza, sino que realmente no lo sabía.

Me quedé medio dormido en la silla de imitación de bambú y me desperté repentinamente al final de la sesión, en el momento en que Marcos estaba diciendo:

—Si ven que una monja toca una urna, tengan por cierto que se trata de un acto ilegal.

¡Este país es como una pesadilla! Y como muy bien saben los directores de películas de terror, para fabricar una auténtica pesadilla hace falta añadir algún ingrediente familiar y desenfadado. Tendrá que ser mamá la que esté comiendo

culebras en el cuarto de los juguetes.

En Filipinas el ingrediente familiar y desenfadado es el propio pueblo filipino, una gente verdaderamente agradable, alegre, hospitalaria y siempre educada. Incluso la policía antidisturbios y los matones de Marcos eran educados cuando no se encontraban ocupados aterrorizando a alguien. Las pandillas de gamberros sonreían desde la cárcel. Los moribundos de Smoky Mountain también te sonreían. Cuando le preguntabas a un taxista por el precio del viaje te decía: «*Ikaw ang bahala*» («Lo que usted quiera»). Incluso en el peor tugurio del barrio chino el ambiente era como el de las comidas del Club Rotario.

Vimos una manifestación contra el imperialismo delante de nuestra embajada. Uno de los manifestantes se acercó a Betsy West, la directora del programa *Nightline* de ABC-TV, y le dijo:

—Si pudiera esperar cinco minutos, por favor... vamos a quemar la bandera americana.

## Monos blancos

---

Uno se podía divertir un poco con el equipo de observadores del Congreso estadounidense.

El presidente, el senador de Indiana, Richard Lugar, se dedicó a meter la pata hasta el fondo desde el principio. Los periodistas lo llamaban senador Stepford, por sus movimientos entrecortados y sus respuestas mecánicas. Después de pasar un par de horas observando desinteresadamente el transcurso de la mañana del día de las elecciones, Lugar dijo por el canal 4 de Manila que todo parecía marchar muy bien y que solamente había algunos problemillas técnicos. El canal 4 emitió estas declaraciones otra vez a lo largo del día. A la mañana siguiente, muy temprano, Lugar bufaba de indignación y le dijo a Tom Brokaw: «Es un recuento muy, muy sospechoso». Pero aquello no lo recogió la televisión local.

El representante de Pensilvania, John Murtha, no estaba tan mal, por lo menos como persona. Me topé con esta mole de tío durante el recuento de votos en el ayuntamiento de Pasay, un suburbio obrero de Manila. Vi que intentaba hablar como lo hacen los hombres de estado sobre «el compromiso apasionado de los filipinos con la democracia», expresión que los reporteros estaban reduciendo a algo como «compromiso democrático filipino». Pero la indignación se le notaba a pesar suyo. «¡Ya ven ustedes lo que está pasando! —gritó desafortadamente—. ¡Pueden ver cuál es la voluntad del pueblo!» Y dijo que los periodistas, en lugar de acompañarlo, deberían repartirse y visitar todos los centros electorales que pudieran. «Ustedes son la última esperanza», decía. (Cosa que nunca me ha llamado ningún político; es más, que nadie me ha llamado nunca).

La mayoría de estos burócratas me decepcionaron mucho. El senador de Massachusetts, John Kerry, era uno de los fundadores de la Asociación de Veteranos de Vietnam contra la Guerra, pero más bien parecía un osito de peluche dentro de aquel tinglado.

El domingo por la noche, dos días después de las elecciones, dimitieron treinta operadores de ordenadores del COMELEC como protesta por la falsificación de los resultados electorales. Partidarios de Aquino y voluntarios del NAMFREL se llevaron a los operadores —la mayoría de ellos mujeres jóvenes— a una iglesia; centenares de personas se situaron alrededor de ellos para servirles de barrera defensiva.

Al periodista de la *Village Voice* Joe Conason y a mí se nos había filtrado una información que daba cuenta de la dimisión colectiva; nos dirigimos hacia la iglesia y allí encontramos a Bea Zobel, una de las colaboradoras más importantes de Corazón Aquino. Estaba muy exaltada y decía: «Las mujeres están aterrorizadas. Les da miedo irse a casa. No saben qué hacer. No sabemos qué hacer». Entre Joe y yo sugerimos a la señorita Zobel que fuera al Hotel Manila y se trajera a algunos miembros del equipo de observadores del Congreso. Volvió con Kerry, pero éste no hizo nada.

Kerry dijo más tarde que no había querido hablar con los empleados del COMELEC en aquel momento porque no tenía autorización. Era un pretexto absurdo. Lo condujeron a una zona que había sido acordonada para impedir la entrada de los periodistas y la muchedumbre; allí estaban sentados los operadores de ordenadores. Para hablar con las mujeres lo único que tenía que haber hecho era alzar la voz. No puedo decir por qué se negó a hacerlo. Pero sí os puedo decir lo que hubiera hecho un enérgico representante del gobierno estadounidense. Hubiera gritado: «Si teméis por vuestra seguridad, os llevaré a la embajada americana y pobre del que se atreva a detenerme». Pero lo único que hizo Kerry fue dar vueltas —como si estuviera en un desfile de modelos— con una expresión pensativa y preocupada.

Antes de que el equipo de observadores del Congreso volviera a casa, Lugar leyó un insulso comunicado oficial, una serie de parrafadas huecas con tal cantidad de abreviaciones inventadas que un corresponsal de la televisión de Hong Kong se vio obligado a preguntar: «Para los que el inglés no es la lengua materna, ¿podría, por favor, explicar lo que quiere decir?» Puede que estos tipos hablaran con mucha decisión en los Estados Unidos, pero llegada la hora de la verdad decían tantas bobadas como el oráculo de Delfos.

Ahora se están dando palmadas en la espalda como buenos bipartidarios, felicitándose por haber sabido llevar con tanta brillantez un asunto de política exterior tan delicado. Sin embargo, lo único que vieron los filipinos durante tres semanas fue al presidente Reagan cambiando de postura, al compás de la opinión pública, sobre el tema de si Marcos era o no era un buen tipo. La administración no llegó a «expulsar

al cabronazo» prácticamente hasta que Ferdinand e Imelda deshicieron las maletas en Guam. No creo que haya palabras para describir el amor tan profundo que los filipinos hubieran sentido hacia nosotros si nos hubiéramos puesto de parte de los buenos y nos hubiéramos quedado allí. Pero, como señalé a mis amigos filipinos, las cosas podían haber salido peor: podíamos haberle prestado a Marcos unos B-52s, como a Nguyen Van Thieu.

## **El recuento**

---

Lo primero que hice en la mañana del día siguiente a las elecciones fue ir con Tony Suau a observar el recuento de votos en el Ayuntamiento de Makati, la principal zona de negocios de Manila. Quedaba claro, incluso antes del cierre de los colegios, que Marcos tendría que hacer trampas antes, durante y después de la votación. Cory Aquino había hecho surgir la indignación del pueblo y todo estaba a punto de estallar.

Las urnas, cajas de aluminio del tamaño de un cajón de frutas, las habían traído de los colegios electorales de Makati y las habían guardado en un almacén que estaba detrás del Ayuntamiento. Dos mil partidarios de Aquino rodeaban ambos edificios. Los voluntarios de NAMFREL, con los brazos unidos, formaron un pasillo humano que partía del almacén, cruzaba la plaza, atravesaba el sótano del Ayuntamiento, subía por la escalera hasta el tercer piso y continuaba por un pasillo que daba a una sala de asambleas. Cada urna era transportada, a lo largo de este pasillo, por un grupo de seis personas dispuestas en forma triangular; todos colocaban por lo menos una mano sobre la urna.

Tony y yo nos hallábamos en el segundo piso con uno de estos grupúsculos móviles que nos había hecho el favor de pararse a mitad de camino para que pudiéramos entrevistar a sus componentes. Entonces escuchamos algunos gritos y chillidos que provenían del hall.

Uno de los policías del Ayuntamiento había empezado a discutir con la cadena humana del NAMFREL, luego habían empezado a empujarse unos a otros y una adolescente había sido golpeada en la cabeza.

La masa se enfureció. Entonces bajamos Tony y yo, con tan buena suerte, que nos vimos atrapados en la parte delantera de aquel disturbio en potencia y aplastados contra las puertas interiores del hall que los policías habían dejado cerradas después de escapar. La muchedumbre se replegaba, preparándose para un segundo ataque; los policías regresaron y empezaron a cargar. Una porra, silbando, pasó por delante de mis narices. A Tony le dieron en un hombro.

¡Qué divertido! Era como cuando tomábamos el despacho del rector en los años sesenta. Me moría de ganas de subirme a una de las fuentes de agua y gritar: «¡Que se pare la guerra!» Un sentimiento bastante inadecuado, ya que aquello no era una



guerra, y si lo hubiera sido, la muchedumbre hubiera estado muy de acuerdo.

Los policías volvieron a cargar, actuando de una forma bastante comedida, a decir verdad. La mayoría de ellos se limitaba a defenderse; en muy pocas ocasiones utilizaron las porras. Eché un vistazo y vi que unos cuatro o cinco policías estaban empujando hacia atrás a Tony. Detrás de él una docena de personas lo empujaba hacia delante, gritando: «¡Un periodista extranjero! ¡Cubra esto!»

Finalmente, aparecieron un jefe del NAMFREL, un sargento de la policía y el teniente de alcalde de Makati; llevaban megáfonos y consiguieron poner orden. La policía se comprometía a dejar de vapulear a la gente si ésta se comprometía a no impedir que los funcionarios realizaran su trabajo, aunque era sábado y los únicos funcionarios que estaban realizando su trabajo eran los policías.

La paz duró cinco minutos. Tony y yo nos encontrábamos en el hall con unos cuantos policías y algunos partidarios de Aquino que habían accedido a dejar de gritarse unos a otros para que pudiéramos entrevistarlos. Entonces escuchamos algunos gritos y chillidos que provenían de la parte posterior del edificio.

Un Mercedes había intentado entrar en el aparcamiento del Ayuntamiento.

Los del NAMFREL se enfurecieron. Primero bloquearon la entrada. Luego, cuando el coche intentó salir, bloquearon la salida. Finalmente la policía tuvo que intervenir, cogiendo a los dos ocupantes del coche y abriéndoles paso hasta el Ayuntamiento.

—¿Quién iba en el coche? —grité a la muchedumbre.

—No sabemos.

Me pareció una respuesta bastante tonta.

—¡No, no! —exclamaba la muchedumbre—. ¡A lo mejor han venido a entregar algo...! ¡Parecía que llevaban sobres...! ¡Sobres del tamaño de las hojas de hacer el recuento!

—¡Han venido a entregar hojas de recuento falsas!

La muchedumbre triunfante llegó a esta conclusión, y todos se pusieron a balancear el coche de un lado a otro.

Me acerqué hasta el coche, pegando la nariz a las ventanillas de cristales oscurecidos. En su interior, en el suelo, había un par de rifles M-16. No sabía quiénes eran aquellos tipos, pero lo más probable es que no fueran benévolo**s** embajadores de las Hermanitas de los Pobres.

Abandonaron el edificio escoltados por la policía y se metieron en el Mercedes. No conseguí verlos bien. La muchedumbre se apelotonaba contra el coche. El conductor apretó el acelerador. La muchedumbre comenzó a golpear los guardabarros y el capó. La policía comenzó a golpear a la muchedumbre. A uno le abrieron la cabeza y le corrió la sangre por toda la cara. Por un momento se produjo un empate, pero el coche tenía más fuerza. Milagrosamente nadie quedó aplastado bajo las

ruedas. El coche, a gran velocidad, se abrió paso entre la muchedumbre, tirando a la gente al suelo. Cuando se levantaron se lanzaron tras el Mercedes, tirándole piedras y trozos de las migadas aceras de Manila. ¡Estaban enfadados los chicos!

Aquella noche fui al café de moda de Manila, el Hobbit House, para ver a Freddie Aguilar, el «Bob Dylan de Filipinas», según los carteles. Es un poco injusta la comparación: Freddie es más guapo, toca bien la guitarra, sabe cantar y las letras de sus canciones tienen sentido.

Muchos clientes del Hobbit House tenían el pelo largo, como Freddie, que desde el escenario gastaba bromas como la de preguntar si había algún partidario de Marcos entre el público. La clientela, moderna como era, se partía de risa y le pedía a Freddie que cantara más canciones-protesta. Incluso coreaba sus temas. Todo estaba decorado, la carta incluida, al estilo de Greenwich Village, Old Town o North Beach allá por 1963. Por añadidura, como ocurre siempre en Filipinas, había un detalle espeluznante: todos los camareros y las camareras eran enanos. Me tiraron del dobladillo de la americana para conducirme a la mesa. Se movían entre nosotros — sus cabezas a la altura de nuestros ombligos— repartiendo consumiciones y recogiendo propinas; sus cabecitas eran lo único que se veía asomar por entre las mesas. De aquello no se podía olvidar uno ni tomando una docena de copas.

Al día siguiente asistí a una misa de protesta en la iglesia de Baclaran. Había más gente de la que cabía, todos apelotonados, como si de una coral se tratara. Los norteamericanos se hubieran desmayado, habrían empezado a pegarse, o habrían sufrido ataques cardiacos, pero los partidarios de Aquino sonreían y hacían con la mano el signo de la L. Llevaban ropas de color amarillo (como en la canción *Ata un lazo amarillo alrededor del viejo roble*) en memoria de Benigno Aquino, el marido de Cory, que murió asesinado. Cuando se presentó Cory en persona, un estremecimiento sobrecogió a la muchedumbre, como una versión de la «ola» realizada por ciudadanos concienciados.

«¡COOO-RY! ¡COOO-RY! ¡COOO-RY!», voceaban, aunque no como lo harían los fans de los grupos de rock. Estaban allí para ayudarla. Estaban allí para protegerla. Estaban allí para arreglar el mundo.

La homilía corría a cargo del cardenal Jaime Sin, cuyo insólito nombre provocó que en los periódicos locales aparecieran titulares tales como «SIN<sup>[8]</sup> EXIGE SOBRIEDAD». Pidió a los empresarios que se mostraran comprensivos con sus empleados si éstos tenían que pedir tiempo libre para participar en los disturbios que se avecinaban.

Entonces Cory subió al púlpito para hablar y una parte de la muchedumbre —los periodistas extranjeros— se enfadó considerablemente; empezaron a empujarse y a darse patadas y codazos al esforzarse por conseguir una mejor visibilidad. Me aplastaron contra la base del púlpito, que tenía una altura de cinco pies; mi barbilla

prácticamente tocaba la parte delantera de las zapatillas amarillas de Cory. No podía evitar mirar por debajo de su vestido. Es una mujer muy directa, tiene aires de maestra de escuela y siempre va derecha al grano. Su carisma parece venir de la propia ausencia de cualidades carismáticas —una ciudadana normal y corriente ennoblecida por las circunstancias. Era como si Harry Truman hubiera sido asesinado por Thomas E. Dewey y Bess continuara la lucha. A propósito, tiene unas piernas muy bonitas.

La muchedumbre comenzó a cantar *Bayan Ko* («*Mi país*»), el himno de la campaña que se escribiera en los años treinta, durante la ocupación americana. Cantaban con esa voz clara y armoniosa con la que parecen nacer los oprimidos. Las palabras, en tagalo, significan:

*Tomaron mi país y lo llevaron a la miseria.  
A los pájaros se les dio la libertad de volar.  
Si los metes en jaulas, lloran  
Como llora un país hermoso  
Que no tiene libertad...  
Filipinas, yo te adoro  
Nido de lágrimas y sufrimiento  
Mi ambición es verte libre.  
Si nuestra gente se une  
Así ocurrirá.*

Allí estaba yo, junto al altar, con el resto de los periodistas. Al ver aquellas caras tan simpáticas y decididas, sintiéndome lleno de esperanza, comencé a llorar. Me quedé quieto como un tontorrón, con las lágrimas corriéndome por la cara. Aquello me traía recuerdos de veinte años atrás, de cuando también formaba parte de una muchedumbre —las reuniones, las marchas, la alegría de saber que estábamos en lo cierto, el romanticismo en medio de los gases lacrimógenos. Me acuerdo de aquella maravillosa lucha contra los prejuicios, la pobreza, la injusticia... Amanecía un nuevo día. Y me acuerdo de cómo todo se desvaneció y se convirtió en una mierda.

## **Aquellos orientales inexpresivos**

---

Quizá no debería haber desperdiciado los Kleenex. Quizá sí. No lo sé. Quedaba claro que Marcos era un cerdo y que ya era hora de que lo colgaran de un gancho para que se curara al humo. Pero había otras cosas en Filipinas que no estaban tan claras.

¿Dónde estaban los guerrilleros, el Nuevo Ejército del Pueblo (NPA) —el interrogante que se alzaba sobre el futuro de Aquino— mientras ocurría todo esto?

¿Celebrando el carnaval de invierno? Nadie, al parecer, lo sabía. Hablé con Oswaldo Carbonell, presidente en Manila del Bayan, un grupo ecléctico izquierdista estrechamente vinculado al NPA. El Bayan y el NPA habían planeado el boicot de las elecciones, pero la gente no les había hecho ningún caso. Ahora Oswaldo estaba a la cabeza de una manifestación no muy grande de estudiantes radicales.

—Damos la bienvenida al NPA —me dijo. Y acto seguido añadió—: La gente de Cory está con nosotros.

Y así, mientras los comunistas no hacían nada, Marcos hacía más de la cuenta.

¿Por qué el viejo zorro invitó a un grupo de observadores del Congreso, a un equipo internacional de observadores y a dos batallones de periodistas a venir a seguir unas elecciones que se suponía iban a darle legitimidad y luego se puso a jugar sucio como los tramposos de los combates de lucha libre profesional? Allí estaba: doblado hacia delante, con los pantalones bajados y con el culo pegado a la ventana de la opinión pública.

Al marcharse se dejó aquí un número considerable de delincuentes y colaboradores armados hasta los dientes y con muchísimo dinero. El depuesto presidente no pudo meter en los aviones de carga norteamericanos a todos los cerdos que había estado cebando. ¿Venderán los *super-tutas* sus caballos de polo para comprar caravanas para la gente de Smoky Mountain? ¿Se marcharán los matones a los centros de reeducación cantando alegremente obscenas parodias de *Bayan Ko*?

Y además está lo de la economía. Según he podido averiguar, no hay nadie en ningún sitio que sepa cómo solucionar el problema económico de los países del Tercer Mundo. Tres países subdesarrollados han conseguido últimamente gozar de una cierta prosperidad: Taiwan, Corea del Sur y Singapur; lo han conseguido bajo el mandato de dictadores con mano dura como..., bueno, digamos que como Marcos.

Es hora de hablar del Santo Niño. Se trata de un pequeño amuleto muy popular entre la gente pobre de Filipinas, un Niño Jesús de latón con el pene erecto. Tienes que llevarlo colgado del cuello y si te encuentras en una situación de peligro físico se supone que te lo tienes que meter en la boca.

El sábado día 15 de febrero, ocho días después de las elecciones, el entusiasmo de los manifestantes parecía haber disminuido considerablemente. Cory Aquino llevaba dos días sin aparecer en público. Aquella misma noche la Asamblea Nacional Filipina declaró vencedor a Marcos. Fui corriendo al palacio esperando que hubiera un gran alboroto, pero no lo había; al único que vi fue a Bong-bong con su BMW lleno de pequeños amigotes. El coche estaba saliendo con mucha dificultad por la verja del palacio, pues ya había terminado la fiesta privada con la que se había celebrado la victoria. En el asiento de atrás iba el hijo del embajador de Filipinas en Estados Unidos, tan borracho que casi se caía por la ventanilla.

Aquino había convocado un mitin para el día siguiente. Los partidarios de Cory

iban a realizar una marcha hasta Rizal Park, en el centro de Manila. Yo me dirigí a uno de los puntos de partida, a Quezon City, un suburbio de clase media que era, quizá, la zona de la ciudad que estaba más en contra de Marcos. A la hora señalada sólo había allí unos cuantos centenares de manifestantes que deambulaban de un lado a otro como si no tuvieran nada que hacer. Al final sumarían en total unas mil personas. Un coche que llevaba los ataúdes de dos partidarios de Aquino que habían sido asesinados abría la marcha. (Lo de pasear los ataúdes de los mártires es algo muy popular en Filipinas; es un poco como hacer ondear una camisa cubierta de sangre con el cadáver dentro).

Los manifestantes, cantando, aunque sin muchas ganas, se dirigieron hacia el centro de Manila. Tras un kilómetro de recorrido el número de asistentes se había multiplicado por cinco. Después de andar otro kilómetro se había vuelto a multiplicar por cinco. Sólo en una ocasión, en la Universidad de Santo Tomás, vi a un grupo unirse a la marcha de una forma organizada. En el resto de los casos la gente simplemente aparecía. Durante los seis kilómetros del recorrido la gente nos animó continuamente: colgaban pancartas y banderas en las ventanas e incluso ellos mismos se asomaban y tiraban confeti amarillo que habían fabricado rompiendo en trocitos las páginas amarillas de la guía telefónica de Manila.

Cuando llegamos a Rizal Park —no tardamos mucho porque los manifestantes casi iban corriendo— sumábamos medio millón, todos reunidos alrededor de un destartado escenario móvil.

La multitud estaba más apretada si cabe que en la iglesia de Baclaran. Yo estaba con Tony y con Betsy West, de la ABC. Al advertir que éramos periodistas, la gente nos dejaba pasar; no sé cómo lo hacían, pero ocupaban espacios que no existían. «¡Son corresponsales extranjeros!», gritaban. «¡Dejadles pasar! ¡Corresponsales extranjeros!» Pasamos por las manos de todos hasta que quedamos finalmente colocados en la segunda fila, al lado del pasillo central.

La multitud coreaba: «¡COOORY! ¡COOORY!», emitiendo un ruido terriblemente atronador que hacía que los pulmones y el hígado tintinearan, como el badajo de una campana, dentro de la caja torácica. Luego se pusieron a cantar. Escuchar a medio millón de personas cantando *Bayan Ko* es... es como escuchar a medio millón de personas cantando cualquier cosa. Incluso la sintonía del programa *The Jetsons* hubiera resultado conmovedora.

Cory Aquino se acercó al micrófono. La multitud estaba inmersa en tal estado de frenesí, pasión, éxtasis, raptó, excitación alocada o entusiasmo, que uno tiene que recurrir al diccionario de sinónimos para describir la situación.

Pero ¿acaso pronunció Cory un discurso provocador? ¿Acaso pidió la cabeza de Ferdinand Marcos y exhortó a sus paisanos diciendo: «¡Que reine el caos y que comience la guerra!»?

No, no hizo tal cosa. Con su voz aguda y calmada y sus modales de bibliotecaria esbozó un plan de protesta pacífica. Dijo que se declararían un día de oración en todo el país en el que la gente abandonaría los trabajos e iría a la iglesia. Le pidió a los asistentes que boicotearan siete bancos y algunas otras «sociedades enchufadas» entre las que se incluía la fábrica de cervezas San Miguel. Les pidió que retrasaran el pago de las facturas de la luz y del agua. Y les pidió también que armaran mucho jaleo — forma tradicional de protesta en Filipinas— por las tardes, cuando ella les hablara por la radio, por una emisora de la AM que estaba bajo el poder de la Iglesia. «Y ustedes mismos deberían buscar nuevas formas de protesta no violenta —dijo—. Y luego contarnos cómo resultan».

Eso fue todo. Guardar el dinero en un calcetín, no beber cerveza y hacer mucho ruido con las tapas de los cubos de basura al escuchar la radio. Betsy, Tony y yo nos alejamos rascándonos la cabeza. La multitud se dispersó pacíficamente.

Diez días más tarde tenían el país en sus manos.

# ¡Vaya día!

El despertador sonó con media hora de retraso y yo saqué la vieja Smith & Wesson de 9 mm. que guardo bajo la almohada y le disparé un par de ráfagas al maldito chisme. Aunque todavía tenía los ojos cerrados, conseguí alcanzar con una de las balas el botón de pararlo. ¡Joooder! Odio levantarme por las mañanas, pero estoy seguro de que me van a matar si vuelvo a llegar tarde al trabajo. La semana pasada mataron a un par de ejecutivos: los encerraron en el montacargas y les dispararon un tiro en la cabeza. La verdad es que a pesar de todo me hubiera vuelto a dormir si no hubiera sido por la vieja bruja del piso de al lado. Estaba echando al gato de casa, echándolo para siempre. Le debía haber disparado ya seis balas, pero el maldito bicho se resistía a morir. Chillaba de una forma espantosa. A través de la pared disparé un par de balas en la dirección en que ella se encontraba y después me tiré al suelo y fui arrastrándome hacia la cocina mientras ella me devolvía los disparos. Utilizando el lavavajillas como escudo me preparé un café; luego me deslicé hasta la escalera de incendios y lancé una granada de fósforo blanco a la ventana de la vieja urraca para conseguir ducharme y afeitarme en posición vertical.

Después no podía encontrar camisas limpias. Cuando por fin encontré una, tardé veinte minutos en desactivar la bomba plástica que el jodido chino había colocado detrás del cartón sobre el que venía doblada. Finalmente tuve que hacerla estallar en el fregadero. Para colmo de males la camisa estaba recién comprada. La explosión, además, dejó la cocina casi destrozada. De todas formas, el piso estaba hecho una pena. Menos mal que le tocaba venir a la señora de la limpieza y menos mal que yo tenía a su hijo amordazado dentro del armario del hall y conectado a una trampa explosiva; si no, nunca limpiaría los cristales.

Así, pues, yo ya estaba completamente vestido y listo para ir al trabajo; mi chica todavía seguía durmiendo, panza arriba, con la boca abierta y roncando sin parar. A pesar de las sirenas, el ruido de los coches de bomberos y el jaleo del piso de al lado, ella continuaba dormida, sin inmutarse. No sé por qué, pero aquello realmente me sacaba de quicio; así que la agarré y la tiré por la ventana. Como vivo en un tercer piso, lo más posible es que siga con vida. La llamaré la semana que viene para disculparme.

El correo no había llegado todavía. El portero dijo que la compañía de marines

que intentaba traerlo se había quedado atrapada en algún lugar de Murray Hill. El portero estaba muy antipático, como siempre, y me hubiera rajado el cuello si yo antes no lo hubiera derribado con un golpe de judo y no le hubiera pegado una patada en el plexo solar.

Me disponía a ir al trabajo en coche, pero recordé más tarde que el aparcamiento de la oficina aún continuaba sitiado. Una docena de supuestos empleados del aparcamiento se encontraba dentro, resistiendo el ataque de treinta escolares de los suburbios. Los niños habían venido al centro para ir al circo; no sé por qué se molestaron en venir, ya que unos cazadores portorriqueños habían matado a los elefantes. De todas formas, no conseguí dejar el coche en el aparcamiento, a pesar de tener un bono mensual. Además, anteayer los empleados metieron a algunos escolares en un Cadillac, le prendieron fuego y lo tiraron desde el tejado del garaje. Supongo que al llegar al suelo mataría a unos diez peatones.

Ahora bien, en cuanto salí a la calle saqué del maletín mi artilugio preferido de defensa personal y lo dejé listo para su uso. Se trata de una metralleta Walther MPK de 9 mm., un modelo con diferentes tipos de disparo que yo había encargado especialmente. No es tan potente como una Uzi, pero es el arma automática de 9 mm. más manejable del mundo. Soy un gran aficionado a la munición de 9 mm.; podría decir que es mi hobby.

Era ya la hora punta y no podía divisar ni un solo taxi a través de la mira de la metralleta, así que tuve que coger el metro. Odio el metro y odio a todos esos muchachos que espolvorean las paredes con aerosoles. La policía debería amordazarlos y cortarles las narices, que es exactamente lo que hace, aunque en mi opinión coge a muy pocos. El tiempo, por otra parte, era horrible: llovía y hacía frío. Caían bombas en la manzana de al lado. Estoy seguro de que me dispararon veinte francotiradores en el trayecto de mi casa al metro. No entiendo cómo se permite que este tipo de gente salga a la calle; siempre fallan. En esta ocasión, no obstante, uno de ellos acertó a dar a una pordiosera que estaba al lado del quiosco de los periódicos y sus sesos me pusieron perdida toda la gabardina que acababa de recoger de la lavandería. Esto último tampoco había resultado nada fácil. De hecho, fue necesario efectuar un ataque nocturno a la casa del propietario, en Rego Park, donde tuve que matar a tiros a sus cuatro perros guardianes con la ayuda de una bengala. Así que allí estaba, hasta arriba de sesos; además, tuve que darle una paliza al ciego del quiosco para que me diera un periódico.

Despisté a tiros a una pareja de policías que se hallaba junto a la taquilla del metro, salté por encima del torniquete y tiré a una señora a la vía para conseguir que se parara el tren. Es sorprendente que una mujer que tan sólo pesa cien libras pueda hacer descarrilar a uno de esos monstruos, aunque vaya a toda marcha, así que siempre que pueden intentan frenar. En el tren había una pandilla de adolescentes



gilipollas que estaban aterrorizando a todo el mundo, quitando las cadenas de oro a las mujeres y robando carteras a punta de navaja. Me uní a ellos durante un rato y conseguí un poco de dinero, bueno, para el taxi. Después obligué a todo el mundo, cobrador incluido, a meterse en el último vagón; lo desenganché del resto del tren y les dejé atrás, en el túnel. A veces ésa es la única forma de coger sitio, pero en esta ocasión casi me jugué la vida —¿quién se iba a imaginar que uno de esos muchachos llevaría un misil antitanque de control remoto? Menos mal que rebotó en un poste de la luz y dio media vuelta, volviendo otra vez al muchacho del lanzador; si no, me hubiera hecho polvo, seguro.

Sin duda alguna iba a llegar tarde al trabajo. El metro llevaba retraso; yo estaba ayudando al ingeniero cuando nos cruzamos con un tren blindado. Me parece que venía de la línea IND. En cualquier caso, estaba atacando la estación de la calle 34. Afortunadamente, yo había colocado, una semana antes, algunas bombas Claymore accionadas por control remoto debajo de las papeleras de esa estación. Tenía los mandos en mi maletín. Es algo genial; se puede utilizar también como reloj digital de viaje. Las bombas mataron a toda la gente que se encontraba en el andén y además hicieron que gran parte del techo del túnel se desplomara sobre los tipos de la línea IND.

Bueno, cuando por fin me abrí paso a través de la zona de recepción, violé a mi secretaria y apilé el escritorio y varias sillas para formar una barricada en mi despacho, me di cuenta de que el «viejo» estaba echando pestes. Se hallaba en el tejado del edificio de enfrente con unos veinte tipos del departamento de contabilidad; todos portaban M-16s y lanzadores de botes de gases lacrimógenos. Me estaba echando una buena bronca a través de un megáfono, diciéndome que si no salía con las manos en alto podía olvidarme del aumento de sueldo. Saqué la máscara antigás y el rifle automático Browning, que estaba escondido detrás del fichero, y le di mi respuesta. No podía mantener aquella situación durante mucho tiempo. Tuve que contestar varias llamadas telefónicas y dictar una serie de cartas; era un verdadero coñazo tener que dictarle a una secretaria que estaba tosiendo y con arcadas —como consecuencia de los gases lacrimógenos— al mismo tiempo que amenazaba con denunciarme por cometer abusos sexuales.

Tuve también que arreglar el contrato con la Peterson, una empresa de vaqueros de diseño ¡y hay que ver lo hijos de puta que son! El encargado principal me había estado telefoneando toda la semana, amenazándome con destruir nuestra oficina de Tarrytown con bombas nucleares si no actuábamos rápidamente. He aquí un cliente que estaba, sin duda, pendiente de un hilo; y yo sabía que si lo de la Peterson fracasaba, me hundiría en la mierda.

No me daba tiempo a salir a comer, así que hice que mataran al propietario de una charcutería y a los miembros de su familia y que me subieran unos bocadillos. Estuve

trabajando como un mulo; a las tres de la tarde, cuando estaba seguro de que lo tenía todo bien atado, ¡vaya rollo!: una bomba de quince megatones cayó justo en el aparcamiento de nuestra sucursal suburbana. A lo mejor lo habéis leído en el periódico. Rompió la mitad de los cristales de Manhattan y seguro que tardarán varias semanas en limpiar la zona de despojos radiactivos. Eso no fue lo peor, ni mucho menos. Inmediatamente después de que Tarrytown se fuera al traste envuelta en la nube radiactiva de la explosión —junto con el contrato con la Peterson— el jefe consiguió por fin derrumbar la pared de mi despacho con un torpedo Bangalore y me dijo que había ascendido al joven Donovan —y no a mí— a vicepresidente de la empresa. Aquello significaba que yo tendría que ir hasta la casa de Donovan, en Darien, a envenenar a sus hijos —¡ya era el colmo! Decidí lanzar un cóctel Molotov sobre el departamento de correspondencia y salir pitando.

Un par de colegas y yo invitamos a nuestras secretarias a tomar unas copas en Clark's; las volvimos a violar y luego disparamos a uno de los camareros, haciendo apuestas sobre el tiempo que tardaría en morir. Supongo que bebí más de la cuenta, porque estaba realmente hecho polvo. Así pues, decidí tomarme una hamburguesa en la sala del fondo. Quería cortar la carne directamente de la vaca, pero la muy cabrona no se quedaba quieta. Al final tuve que dispararle un dardo tranquilizante. Entonces los chicos y yo intentamos triturar el culo de la vaca para conseguir de esa forma un poco de carne picada. Pero la trituradora le dio a todo un sabor asqueroso. Después de eso, mandé a la mierda la cena, me tomé otras dos copas y decidí marcharme a casa y disfrutar, para variar, de una tranquila velada hogareña.

Seguía lloviendo y tuve que pedir ayuda a la aviación militar para conseguir un taxi. Finalmente, uno de los A-1E Skyraiders divisó un taxi en Park Avenue y lo ametralló hasta traerlo al lugar donde yo me encontraba. Durante todo el camino estuve apuntando al conductor con la MPK y de propina le destrocé el depósito de gasolina. El portero intentó matarme de nuevo y tuve que lanzarle una granada a una señora que se hallaba en el hall para evitar que su perro se abalanzara sobre mí. Acabé teniendo que esperar a la intemperie, bajo la lluvia, hasta que uno de los porteros del edificio recogió sus tripas de la puerta del ascensor. Y entonces ¿sabéis lo que vi? ¡Que mi coche tenía puesta una jodida multa! ¡Dios! ¡Estaba negro! Yo creía que era fiesta, una de esas fiestas judías en las que no se aplican las ordenanzas sobre los aparcamientos. Estoy seguro de que todavía quedan judíos vivos. Iba a quejarme a un policía, pero me disparó antes de que lo hiciera. Cuando por fin conseguí entrar en casa, resultó que Carson estaba otra vez de vacaciones y que el imbécil de Letterman presentaba el programa *The Tonight Show*. ¡Coño! ¡Vaya día!

# **El hombre y los medios de transporte**

# La Ferrari niega que Occidente esté en declive

---

Tardamos doce horas y media en ir de Atlanta a Dallas. Pero fue porque íbamos, bueno, en plan tranquilo, observando el paisaje y disfrutando con lo que nos ofrecía la zona. Además, antes de llegar a Birmingham nos metimos en un terrible atasco. Los universitarios estaban celebrando algún gran acontecimiento deportivo —la Universidad de Carolina del Sur y la de Alabama envueltas en una salvaje pelea universitaria, a juzgar por los hinchas. No, no voy a burlarme de esos buenos tipos de las caravanas que llevan conduciendo desde el amanecer y que vienen con sus buenas familias desde lugares tan lejanos como Columbia, Charleston o Beaufort con el único objetivo de apoyar a su equipo. No, no voy a reírme de los habitantes de esa hermosa región del mundo libre; mis sentimientos respecto a la civilización occidental son muy positivos. Y tengo estos sentimientos tan positivos hacia la civilización occidental porque estuve allí, sintiéndome parte viva de la misma, conduciendo el mejor coche que he conducido nunca, justo en medio del mejor país que ha existido nunca en la Tierra. Y también porque ir a cien millas por hora, esquivando a esas gigantescas caravanas, es más divertido que desembarcar en Marsella; además, los de las caravanas apenas nos tiraban latas de cerveza. ¡A toda marcha! Me sentía más feliz incluso que si estuviera llevando a rastras un saco de extremistas iraníes.

A esta gente le encantan los coches. Les encantan. Los hombres los miran, las mujeres también los miran. Se les pone una sonrisa de auténtico placer cuando ven que algo que parece tan peligroso hace algo peligroso. Pero de todas las miradas, las mejores son las de los niños de diez años. Van en la parte de atrás con las caritas pegadas a los cristales de las ventanillas del R. V. y ven a este bólido rojo que se acerca a ellos por el carril más rápido. Inevitablemente te llega al alma ver cómo se les iluminan los ojos y cómo se quedan boquiabiertos, como si Papá Noel les hubiera traído un tren de verdad. Casi podías oír el ruido que hacían con las pequeñas zapatillas cuando iban corriendo a la parte de adelante y empezaban a tirar del cuello de las camisas Banlon de sus papás mientras saltaban sin parar y gritaban, señalando a través del parabrisas: «¿Lo viste?! ¿Lo viste, papá?! ¿Lo has visto?! ¿Lo has visto?! ¿Lo has visto?!»

Nos encontramos con un Porsche 930 Turbo a la altura de la desviación a Talladega. Iba a unas noventa millas por hora cuando lo adelantamos; se puso a jugar a las carreras y nos adelantó a unas ciento diez millas por hora; luego nosotros lo volvimos a adelantar. Era el coche que tenía más ganas de divertirse de todos los que vimos y se quedó justo detrás de nosotros manteniendo una velocidad de ciento veinte millas por hora. Pero entonces..., entonces apreté el acelerador y allí se quedó. En cinco segundos se redujo simplemente a una figurita con forma de bañera en el retrovisor. Supongo que podía haber intentado alcanzarnos, pero conducir uno de esos coches chocones nazis, que tienen el motor en el culo, a una velocidad más o menos del 225 por 100 de la velocidad máxima, debe ser una tarea ardua. En cambio, para mí no era difícil. Produce más vibraciones la máquina de escribir eléctrica que tengo delante que aquel precioso coche que nos llevaba a toda velocidad a Birmingham aquella preciosa mañana cuando nos encontrábamos realizando aquel precioso viaje por este maravilloso país, desde los rascacielos de Manhattan hasta los acantilados del Cañón de Topanga; fue un viaje tan rápido que a las ópticas de treinta ciudades no les dio tiempo a examinar la vista a los que veían rayitas después de habernos visto pasar. No me entendáis mal, no estábamos haciendo carreras. Era sencillamente un viaje de placer. Comimos tranquilamente en Tuscaloosa, hablamos largo y tendido con todos los empleados de las gasolineras que nos encontramos (y a unas nueve millas por galón con un depósito de diecinueve galones, nos encontramos con todos) y además nos cayó una fuerte lluvia al pasar por Luisiana, por lo que tuvimos que reducir la velocidad casi a cien, ya que era una carretera de dos vías. Luego, en Shreveport, cenamos unos filetes enormes y tomamos montones de cócteles, y café y postre y Rémy Martin. El caso es que llegamos tranquilamente a Dallas el tercer día de aquella semana, que fue la más divertida de mi vida, a excepción de las veces en que ha habido chicas por medio. Este tipo de diversión dura más. Y encima nunca te quedas dormido.

En realidad el viaje no comenzó demasiado bien. La idea fue... bueno, no sé muy bien cuál fue la idea, pero el caso es que la Ferrari North America, con sede en Montvale, Nueva Jersey, tenía que entregar un 308 GTS en Los Angeles antes del día 2 de enero; el coche tenía que aparecer en una película. Los de la Ferrari llamaron a la revista *Car and Driver* para preguntar si podía alguien hacerse cargo del coche y llevarlo hasta allí. Los de *Car and Driver* tuvieron la amabilidad de pedírmelo a mí y, por supuesto, acepté. Pero tenía mis dudas. Como a todo el que le gustan los coches, he fantaseado con los Ferraris desde antes de que pudiera pronunciar su nombre. Pensaba que se llamaban *Feriaris*. Para mí todos eran Testa Rossas. En los últimos años ya me resultaba difícil entenderlos; no sabía qué pensar de estos lujosos y modernos cacharros italianos cuyo precio está por la ionosfera. Tienen el motor colocado lateralmente y al revés, y te sientes en el suelo, sin poder ver ni los

guardabarros ni los pies ni la carretera. O por lo menos esa fue la impresión que tuve al sentarme en uno en una feria de automóviles, que ha sido la única vez que me he podido meter en uno. Y como tenían un aspecto tan raro, me imaginaba que serían difíciles de conducir. Además, me opongo por principio a las cosas que tienen ruedas y que cuestan más de 20 000 dólares (y que no tienen «Atchison, Topeka y Santa Fe» escrito en uno de los lados). Y es que en Italia hay gente que se está muriendo de hambre. O, por lo menos, pasando hambre. Bueno, a lo mejor no tienen hambre, pero seguro que no tienen suficientes armarios y que los niños tienen que compartir la misma habitación. Aparte de esto tenía otros problemas. Tengo un trabajo fijo: soy editor de la revista *National Lampoon* y en lo que respecta a los chistes fáciles, las sátiras racistas y los comentarios machistas, llevábamos un gran retraso. Las fechas de entrega estaban ya muy próximas, los del departamento artístico estaban de muy mal humor y, abajo, los de la imprenta estaban echando chispas. No tenía derecho a marcharme en ese momento a divertirme y a gastarme una pasta en el cacharro rojo. En fin, no me entusiasmaba el proyecto tanto como podía haberme entusiasmado, sobre todo en el momento de tener que decirle a mi jefe, el presidente de la empresa a la que pertenece la *National Lampoon*, que había elegido aquella semana tan poco adecuada para hacer una excursión hasta la otra punta del país en beneficio de otra revista. Mi jefe, Julian Weber, es licenciado por la Escuela de Derecho de Harvard; es un tipo de unos cincuenta años, frío, taciturno y con una mirada de hielo; siempre va con traje y es tremendamente conservador. Cuando me encontraba frente a su mesa, titubeando al mismo tiempo que inventaba una sarta de mentiras, él frunció el entrecejo como si estuviera muy concentrado. Lo que yo le decía era: «Ya sé que parece que últimamente no he venido mucho por aquí, pero... es que... he estado trabajando mucho en casa»; pero lo que me estaba preguntando a mí mismo era dónde iba a conseguir las cajas de embalaje cuando me obligaran a vaciar mi despacho.

De repente, él dijo: «¿Puedo ir yo también?»

La siguiente cosa que recuerdo es que me hallaba en el aparcamiento de la Ferrari sentado en el suelo de este invento atómico de 45 000 dólares, mirando perplejo al cuadro de mandos; y en el asiento cóncavo de al lado, con el cuerpo un poco rígido, se encontraba nada más y nada menos que mi jefe. Por lo menos llevaba puestos unos pantalones vaqueros, aunque estaban muy bien planchados, con la raya perfectamente marcada. No sé si venderán vaqueros en Brooks Brothers; si los venden, seguro que los había comprado allí. No podía ni imaginarme lo que iba a ser aquello, encerrado durante una semana en un coche con alguien con quien no podía hablar de drogas ni de mujeres. Tampoco podía imaginarme cómo funcionaba aquel coche. Todos los de la Ferrari estaban de vacaciones, ya que era Navidad; le habían dejado las llaves a la recepcionista. No había nadie que se preocupara de mí ni que me enseñara a hacer

arrancar el coche, y el manual del Ferrari había sido traducido del italiano al inglés por alguien que lo único que hablaba era chino. «Bien», dijo el señor Weber, «estoy listo para salir».

Me acordé de que Bill Baker, el jefe de relaciones públicas de la Ferrari, me había dicho: «No hagas \* o te cargarás las bujías». Pero no tenía ni idea de lo que era no hacer \*. Por fin lo puse en marcha y con mucho cuidado y muchos nervios me dirigí al Garden State Parkway; nada más llegar allí me cargué las bujías. Me arrimé al bordillo. Conseguí volver a arrancar, me metí entre los coches y se me caló. Lo arranqué por tercera vez y empezó a fallar, se le ahogaba el motor; tuve que meter la tercera y correr a más de cincuenta millas por hora únicamente para mantener el motor en marcha.

«Pensaba que sabías conducir estos coches», me dijo mi jefe. Y tuve que seguir en tercera hasta Trenton para que solucionara lo de las bujías. Estábamos rodeados por una sólida muralla de vehículos; yo seguía sudando, sin poder ver ni un solo guardabarros, esperando que nos apisonara algún idiota con un Peterbilt. Al llegar a Wilmington me salí de la carretera y me dirigí hacia la península de Delmarva. Parecía que el coche marchaba bien, pero ahora a Julián le apetecía conducir. Me temía que si no guardaba la velocidad adecuada, el coche volvería a calarse, y no podía explicarle el funcionamiento del coche puesto que yo no tenía ni la menor idea; además, no me apetecía ir a cincuenta y cinco millas por hora con un abogado al volante diciéndome que le parecía que estos coches extranjeros resultaban «insólitos en lo referente a su sistema de funcionamiento» o cosas por el estilo. Es que Julián es neoyorquino y los neoyorquinos creen que todos los coches son amarillos y tienen luces en el techo. Conseguí mantenerlo apartado del volante hasta que pasamos Dover, pero empezó a ponerse pesado, y como es mi jefe, ¿qué podía hacer yo?

Acabábamos de salir de la Carretera 1 y marchábamos por la Bahía de Delaware cuando le dejé conducir. La Carretera 1 es muy nueva, tiene cuatro carriles y es increíblemente lisa; está hecha para llevar a las hordas de excursionistas de Wilmington a la playa. Pero en diciembre no se ve ni un alma. Julián se colocó en el asiento y le echó un vistazo al cuadro de mandos, que tenía el mismo aspecto que el del Coche Fantástico. Entonces apretó el acelerador con su carísimo zapato sport y, usando bien las marchas, hizo que el 308 se pusiera a cien millas por hora, atravesando los sembrados de patatas y los puestos de hamburguesas abandonados, sin tener ni siquiera tiempo para levantar la mano de la palanca hasta que metió la quinta; cuando tuvo tiempo para levantar la mano agarró una cinta de Blondie y la metió en el radio-cassette Blaupunkt; la canción *Morirse joven, mantenerse guapa* sonaba a un millón de decibelios. El paisaje, a lo lejos, parecía hacerse añicos; trozos de árboles y arbustos pasaban volando, mis ojos se escurrían hacia atrás, presionando la médula, y los cuatro bafles del aparato V.8 emitían unos agudos más altos aún que

los de María Callas, Iiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii, dejando hechas migas, estoy seguro, todas las vajillas de las granjas más prósperas por las que pasamos.

Así que fue Julián, mi sobrio jefe dentro de la jerarquía de la empresa, quien resultó ser un auténtico Fittipaldi. La mitad del tiempo, mientras él estaba al volante, se dedicó a hacer una perfecta imitación de Wolfgang von Trips, mientras que yo estuve la mitad del tiempo muy nervioso mirando a ver si aparecía la policía. Además, resultó ser un buen tipo, si se tiene en cuenta que era abogado (a fin de salvar su matrimonio y su carrera profesional, no expondré sus puntos de vista en lo que se refiere a las drogas y a las mujeres). En fin, fue en aquel momento, en la Carretera 1 de Delaware, cuando el viaje cambió completamente.

Creo que lo que se suponía que teníamos que hacer con el coche era comprobar si podía cumplir la función para la que había sido fabricado. La función consiste en realizar largos viajes a gran velocidad, y la respuesta es SI, un sí escrito con esas letras enormes de granito que se utilizaban para poner el título en algunas películas, como, por ejemplo *El Cid*. El Ferrari no resulta muy adecuado para circular por la ciudad. Es limitado y poco manejable si se circula a poca velocidad. Sería más fácil atracar un velero en un fregadero que aparcar este coche en doble fila. Pero suelta a este hijo de puta en una carretera y te parecerá que estás muerto y te hallas en el paraíso de los bólidos. En realidad, el 308 no se diseñó para hacer viajes largos por Norteamérica, país en el que la velocidad máxima es de cincuenta y cinco millas por hora y las distancias se miden por miles de millas en lugar de medirse por cientos de kilómetros. Apenas hay ninguna marcha en la caja de cambios en la que el Ferrari se sienta a gusto yendo a cincuenta y cinco millas por hora, y el maletero es más pequeño que una cubitera. La respuesta a estos problemas es: ¿A quién le importa eso? Si vas en este coche por la costa durante sesenta minutos, conduciendo a cien millas por hora, viendo las dunas, las espadañas que ondean sobre los pantanos marinos y las olas de invierno que se estrellan contra las empalizadas marítimas, pasando a la velocidad del rayo por los desolados centros turísticos mientras el sol poniente ilumina todo el paisaje... si vas en él durante una hora, llegarás a matar por este coche. Serías capaz de asesinar a sangre fría sólo por volverte a poner al volante.

Bajamos por la costa oriental de Maryland, llegando hasta la punta de Virginia, al sur de la isla Assateague y salimos al túnel-puente de la Bahía de Chesapeake.

Este puente, que atraviesa dieciocho millas de océano, es una obra de ingeniería casi tan impresionante como la que estábamos conduciendo y, a la luz de la luna, resulta de una belleza sobrecogedora. Íbamos por el puente de caballetes, volando casi a la altura del agua, hundiéndonos luego en el mar como una carga de profundidad y saliendo de nuevo a los elevados puentes, de la misma forma que aparecen los espíritus en los cuentos de la revista *New Yorker*. A la altura de Norfolk comenzamos a meternos por las carreteras estrechas y serpenteantes que se extienden



por la frontera de Carolina del Norte y así seguimos, locos de felicidad, hasta llegar a Greensboro.

Elegimos Greensboro para pasar la noche porque allí hay un concesionario de la Ferrari. Y es que el coche, pese a toda la alegría, no marchaba bien. Perdíamos velocidad, sobre todo cuando conducía Julián. Resultó ser un problema de la culera de sus pantalones. Bajo el asiento del conductor, el 308 tiene un interruptor que para el motor si pasan cinco segundos sin que haya ningún peso sobre el asiento. Lo hace por si se vuelca el coche y tú te quedas boca abajo, con las piernas llenas de gasolina. El interruptor evita que el coche se convierta en un cóctel Molotov. Julián es un jefe, pero no un *gran* jefe, y lo que ocurría era, simplemente, que no pesaba lo suficiente como para evitar que el interruptor se pusiera en marcha. Este chisme es, sin duda, un admirable dispositivo de seguridad, pero hicimos que el empleado del concesionario de Greensboro lo quitara. Luego, le ordenamos que revisara el motor y que enviara la cuenta a la Ferrari North America.

Salimos por la noche, intentando llegar a Atlanta en un tiempo récord, a pesar de tomarnos varios whiskies y disfrutar de una opípara cena. El coche iba todavía más rápido, todavía se deslizaba más que antes; todo marchaba a la perfección. Recorrimos casi tres mil millas, yendo la mayoría de las veces a una velocidad superior a cien millas por hora; el único problema mecánico que tuvimos entre Greensboro y Los Angeles fue que la junta de la antena eléctrica se desprendió cuando nos hallábamos en el este de Tejas, así que cuando le di al botón de la antena, salió disparada del guardabarros trasero de la derecha, extendiéndose a lo largo de dos metros, y llegamos al aparcamiento del LBJ Hilton con el cable arrastrando como si fuera un arpón.

Fue durante el viaje a Atlanta cuando Julián y yo empezamos a sentirnos realmente cómodos con el Ferrari, a acostumbrarnos al embrague pequeño y rígido, a sus marchas cortas y a la asombrosa rapidez de la dirección —directamente de tu hemisferio cerebral izquierdo a la carretera. Empezamos incluso a sentirnos a gusto, medio tumbados en aquella cabina tan pequeña en la que apenas había espacio para las chocolatinas y las cintas del cassette. Por las bolsas de cuero de las puertas asomaban mapas, linternas y gafas de sol. El detector de radar iba sujeto a la visera de la derecha, los mandos se metían en la cara del pasajero y un cable que llegaba hasta el encendedor le impedía moverse libremente. Pero nosotros pensábamos que podríamos quedarnos allí durante todo un viaje espacial sólo con que pudiéramos hacer nuestras necesidades.

Por la noche íbamos a toda velocidad, y como banda sonora teníamos una cinta de marchosas canciones de Bruce Springsteen; el coche ya no parecía extraño o exótico, ni siquiera bonito. Simplemente parecía ser la apoteosis de la velocidad perfecta que se deriva de un funcionamiento perfecto por medio del diseño perfecto y que hacía

que nos sintiéramos perfectamente contentos. Y allí íbamos, en un coche que resultaba ser de más fácil manejo que los que corrían más, aunque dudo que hubiera otros que corrieran más.

Llegamos a Atlanta. La orquesta del bar del hotel era la peor que habíamos escuchado nunca. Pero no importaba. No había nada que pudiera enturbiar nuestra felicidad. Incluso hubiéramos invitado al mismísimo Ralph Nader a sentarse en nuestra mesa. Estábamos inundados de un espíritu de superioridad que nos hacía sentir muy por encima de los problemas cotidianos de la vida. Lo que quiero decir es que este coche consigue algo: consigue hacerte feliz.

Y el coche consiguió hacer otra cosa: reafirmar mi fe en los Estados Unidos. Puede parecer extraño decir que un deportivo italiano de 45 000 dólares reafirmara mi fe en los Estados Unidos, pero, como ya he dicho, el coche pertenece a la civilización occidental, y allí estábamos, en Norteamérica, en la cima del desarrollo de los seres humanos. Y después de todo, ¿para qué llevamos tantos siglos intentando civilizarnos? ¿Por qué hicimos tantas guerras, conquistamos tantos países, secuestramos a tantos africanos y matamos a todos los indios del hemisferio occidental? Pues ¡para conseguir esto! Para perfeccionar nuestro conocimiento y nuestro arte. Para conquistar los elementos físicos. Para tener la sensación de que el hombre domina la naturaleza. Para controlar nuestro destino. Y el momento en que tuve la sensación más intensa de estar controlando mi propio destino fue cuando conducía el Ferrari por una carretera a ciento treinta millas por hora. Sólo Dios puede crear un árbol, pero sólo el hombre puede pasar por delante de un árbol a tal velocidad. Y si los humildes italianos, que son los más débiles, los más tontos y los más inestables de todos los aliados de la OTAN, pueden construir una máquina como ésta, imaginaos lo que podemos hacer nosotros. Podemos desintegrar el átomo. Podemos curar la poliomielitis. Podemos ir hasta la luna si queremos. No hay nada que no podamos hacer. Parece que no fabricamos Ferraris, pero no es porque a Estados Unidos le vayan mal las cosas. Simplemente es porque no hemos volcado toda nuestra inteligencia y habilidad en esto. Estábamos..., bueno, ocupados con otras cosas. Puede que no tengamos Ferraris, pero basta con que penséis cómo son nuestros submarinos de misiles Polaris. Y si esto es lo que se siente yendo en un Ferrari a ciento treinta millas por hora, ¡Dios mío!, ¿qué es lo que se sentirá yendo en un F-15 a una velocidad de 2.5 Mach? El Ferrari 308 y el F-15 son el medio de transporte de los hombres libres. ¿Qué saben los autómatas bolcheviques del destino y de cómo se controla? ¿Qué nos pueden hacer a nosotros las bárbaras hordas rojas?

En realidad, cuando este pensamiento se me vino a la mente, nos encontrábamos viajando por la zona oeste de Tejas, a quinientas millas de cualquier ciudad o base militar importante, así que lo más probable es que Julián y yo no tuviéramos nada que temer de las bárbaras hordas rojas. La policía de la autopista, sin embargo, era otra

cosa. Seguramente os preguntaría cómo evitamos pagar una cantidad de multas que nos hubiera dejado sin poder comer o, en cualquier caso, cómo evitamos que nos metieran en la cárcel durante este largo recorrido. La respuesta a todo esto se encuentra en el detector de radar. Después de un par de días aprendimos a descifrar el aparato de tal forma que podíamos incluso decir hacia qué dirección apuntaba el radar y si se trataba de un coche de policía que estaba aparcado o de uno que estaba circulando. En realidad, el peligro más grande respecto a los policías no consistía en que ellos nos pillaran, sino en que nosotros los pilláramos a ellos. Al subir una cuesta a una velocidad de ciento diez o ciento veinte millas por hora y bajar por el otro lado, podríamos chocar inesperadamente con la parte de atrás de un coche de la policía. La mayor parte del tiempo estábamos mirando la carretera, intentando averiguar qué tipo de coche íbamos a adelantar; cada vez que cruzábamos una frontera entre estados, pasábamos casi una hora tratando de descubrir cómo serían los coches de la policía en aquel estado. En realidad, sólo nos pusieron una multa en toda la semana. Fue la última noche, justo después de la Nochevieja, cuando nos encontrábamos metidos en un enorme atasco, al ir de Las Vegas a Los Angeles. Nos hallábamos en California, donde la policía de autopista ni siquiera tiene radar, y lo único que intentábamos hacer era adelantar a un coche repleto de excursionistas para situarnos detrás del que lo precedía, cuando nos hicieron parar. El oficial Huyenga (deduzco que éste es su apellido por la firma que aparece en la multa) era tan cortés que deberían ascenderlo a gobernador. «Es una pena», dijo, «tener un coche como éste y no poder pasar de cincuenta y cinco millas por hora». Contuvimos una risita y creo que él hizo lo mismo; y de esta forma conseguimos que nos pusieran esa única multa, al sobrepasar el límite de velocidad en diez millas por hora.

De Atlanta a Dallas circulamos por las carreteras principales, pero una vez que pasamos Forth Worth cogimos la carretera U.S.180, que tiene dos carriles y muy poco tráfico, y atravesamos el asombroso paisaje del oeste de Tejas; luego, al oscurecer, recorrimos las extensas mesetas del sureste de Nuevo Méjico. Allí participamos en la otra auténtica carrera del viaje, compitiendo con una camioneta llena de borrachos que trabajaban en las minas de bauxita o algo por el estilo; aquellos chicos eran unos verdaderos expertos en la conducción de camionetas. Se mantuvieron a nuestra altura, conduciendo a cien millas por hora, por la carretera serpenteante que llevaba a Carlsbad y luego los dejamos atrás, entrando en Tejas por esas carreteras llenas de curvas cerradas que rodean las estribaciones del Pico de Guadalupe. Así fue como descubrí para qué sirven los guantes de conducir. Siempre había pensado que con ellos pareces un golfista profesional, pero me habían dado unos como regalo de despedida y descubrí que se llevan para absorber el sudor que te corre por las palmas de las manos cuando se tiene miedo. Pero el Ferrari tenía la misma estabilidad cuando íbamos por las montañas a noventa o cien millas por hora que cuando circulábamos a

ciento treinta en línea recta. Nada de lo que hicimos obligó a los neumáticos a desplazarse ni un milímetro de la trayectoria fijada. De hecho, el viaje por las montañas resultaba emocionante, no porque el Ferrari pudiera caerse por un precipicio, sino porque Julián o yo podíamos tirarnos. Pero no fue así, y llegamos a El Paso para pasar la noche.

Aunque lo hayas visto muchas veces, siempre resulta increíble ver cómo las ciudades del suroeste surgen inesperadamente por la noche, como un extenso y brillante paisaje de un cuento de hadas. Y eso que precisamente en este país de hadas nos equivocamos de carretera y acabamos haciendo una visita accidental de diez minutos a la Ciudad Juárez. El Ferrari dejó anonadado al oficial de aduanas mejicano, que comenzó a hacer un despliegue de reverencias, balbuceando palabras como «Claro - señor - puede - usted - pasar - cómo - no - con - muchísimo - gusto - es - un - honor - muchas - gracias». Estoy seguro de que fue lo mejor de la noche. El oficial de aduanas mejicano también nos dejó anonadados a nosotros porque fue entonces cuando descubrimos que nos hallábamos en Méjico. Pensando en la terrible posibilidad de que nos confiscaran el Ferrari, di media vuelta y nos dirigimos de nuevo a Estados Unidos. Los de la aduana norteamericana también estuvieron muy amables. Supongo que se imaginaban que, fuera lo que fuera lo que estábamos pasando de contrabando, ya estaba pasado y que estábamos gozando de los beneficios, así que debieron pensar que ya era demasiado tarde. A propósito, Juárez da testimonio de lo valiosa que es la civilización occidental, pues no hay allí ni un vestigio de ella.

Al día siguiente llegamos hasta Las Vegas. Qué inmensa alegría nos proporcionaba estar allí, sabiendo que en algún sitio de la carretera habría un tipo conduciendo a sesenta y cinco o setenta millas por hora, un poco nervioso, pendiente de que aparecieran los policías —quizá con la mujer al lado diciéndole que fuera más despacio— y que de repente aparecería (sin que él supiera de dónde) algo que sólo le llegaba a su coche por la mitad, zumbando con un ruido tan ensordecedor como el de un cohete y que pasaría por debajo de su codo izquierdo, que estaría apoyado sobre la ventanilla. «¡¿Quééé?! ¡¿Qué ha sido eso?!» Podíamos ver cómo, alucinado, le pegaba un giro al volante haciendo que el coche se tambaleara; y nosotros sabíamos que estaríamos en el siguiente condado antes de que él recuperara la compostura.

Julián batió el récord de velocidad de nuestro viaje al alcanzar las ciento cuarenta millas por hora cuando íbamos por la I-10 camino de Deming, en Nuevo Méjico.

Al llegar a Lordsburg nos metimos por la U.S.70, atravesando las montañas y las reservas indias del este de Phoenix y luego seguimos por el desierto hasta llegar a Lake Mead. No nos cruzamos con ninguna persona que nos resultara antipática, ni ese día ni el resto de los días, empezando por la asombrada recepcionista de la Ferrari North America y terminando por el oficial Huyenga de la policía de carreteras de

California. Todos ellos eran norteamericanos cumplidores, amigables y abiertos que querían saber qué velocidad alcanzaba nuestro coche. Aquello nos llegó al alma. Era una gente de lo más simpática. A veces deseaba no pertenecer al Partido Republicano Nacional sólo para poder unirme a ellos y defender todo eso. Al atravesar el desierto, me invadió una locura patriótica que alcanzó el punto máximo al llegar a los parapetos de la presa Hoover (a pesar de que es una especie de proyecto socialista y fue construida por el Roosevelt de la silla de ruedas y no por el Roosevelt bueno que mataba osos). Cuando el Ferrari se paró sobre aquel arco orgásmico de cemento, con las puertas abiertas y sonando a todo volumen la canción *Bad Girls* de Donna Summer —ahogando el ruido de aquella catarata de Niágara artificial y el chisporroteo y el zumbido de las poderosas turbinas— yo me quedé emocionado, transportado, extasiado. Un negro que conducía un Eldorado grande y sólido paró junto a nosotros y salió para darnos la mano.

—Me adelantasteis esta mañana en Nuevo Méjico —dijo—. Desde luego tenéis un coche muy bonito y seguro que habéis corrido mucho, porque yo me he pasado todo el día en la autopista conduciendo a noventa millas por hora; sólo he parado para echar gasolina y os acabo de alcanzar.

—Pero es que no hemos ido por la autopista —le dijimos.

Habíamos ido por las montañas, parando para comer, y habíamos perdido media tarde en los embotellamientos que se producían a la entrada de Phoenix.

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Qué maravilla!

Ahora bien, ¿en qué lugar de este mundo de Dios puedes encontrar un país con una gente como ésta? Si me dices cualquier lugar que no sea éste, te mataré por ser un espía comunista.

Era el día de Nochevieja y celebramos la fiesta en el MGM Grand. Siento decir que el Ferrari no da muy buena suerte cuando se trata de jugar a las veintiuna. Pero al día siguiente los del Caesar's Palace estuvieron muy atentos con nosotros. En lugar de hacernos esperar hasta que viniera el mozo para aparcamos el coche, el jefe del aparcamiento vino corriendo hacia nosotros, que ocupábamos el quinto o sexto lugar de la cola. «No necesitan ticket, señores», dijo, y le dio un giro al coche, aparcándolo justo delante del edificio.

Aquella misma tarde subimos la cuesta de Barstow hasta llegar a Los Angeles, donde nos pusieron la multa. Despedí a Julián para que pudiera volver al frío mundo de los astutos empresarios, si es que podía. Al día siguiente me quedé con el coche durante todo el tiempo que pude y estuve paseándome por Beverly Hills y subiendo y bajando por Mulholland Drive; pero tenía que entregarlo en el concesionario más importante de la Ferrari en la costa Oeste, en Compton, a las cinco de la tarde. Fue terrible tener que devolverlo, pero bajé por Harbor Freeway sintiéndome tan bien como me había sentido durante el viaje desde aquel momento en que por primera vez

alcanzamos las cien millas por hora, en Delaware. Era un bienestar que no desaparecía. Me seguía sintiendo bien cuando arrojé las llaves sobre la mesa de la recepcionista. Y me seguía sintiendo bien cuando me metí en la limusina que intencionadamente había hecho que *Car and Driver* pusiera a mi disposición para aliviar el dolor de la transición. Y de hecho, todavía hoy me sigo sintiendo bien.

Pero la historia tiene un final algo triste. Este increíble coche recorrió esa gran distancia para participar en una película. Pues bien, la película llevará por título *Si vas a Hawai no te comas la nieve amarilla*; parece que la civilización occidental no ha alcanzado todavía la perfección.

# Rendimiento de las camionetas si se conduce a gran velocidad

---

Soy un experimentado conductor de camionetas. El sábado por la noche estaba conduciendo mi camioneta sin haber bebido apenas nada —como dejé bien claro a la policía— a unas treinta millas por hora —«de verdad, señor policía»— cuando un ciervo, puedo jurarlo, se metió en la carretera, obligándome a echarme hacia un lado tan violentamente que la grúa tardó seis horas en sacar la camioneta del bosque.

Un conductor de camionetas experimentado es el que ya se ha cargado una. Un conductor de camionetas sin mucha experiencia es el que está a punto de cargarse una. Un conductor de camionetas sin ninguna experiencia ni siquiera tiene una camioneta, pero posiblemente lo confundirán con un antílope los que se dedican por la noche a cazar berrendos con linternas utilizando la camioneta de otros. La característica principal del manejo de las camionetas cuando se conduce a gran velocidad es la grandísima velocidad con la que te meten en follones, te halles donde te halles. Esto tiene algo que ver con la cerveza. En el momento en que te subes a una camioneta comienzas a tener ganas de tomarte una cerveza. No estoy muy seguro de a qué se debe esto, pero yo personalmente creo que la culpa la tiene Jimmy Carter por haber sido presidente.

Veréis; en Estados Unidos todo el mundo ha querido ser siempre un paleta sureño. Por eso todos los esnobs coloniales se trasladaron a Kentucky junto con David Crockett, antes incluso de que este último consiguiera tener su show en la televisión. Y fijaos cómo intentaba el joven y aristocrático Theodore Roosevelt convertirse en un «domador de caballos». Incluso Henry James utilizaba el mismo apellido que su primo Jesse, que era tan pobre que tenía que convivir con los negros. Y, como os diría Henry James, si todavía hubiera alguien que leyera sus libros y si no estuviera muerto, el rasgo distintivo más destacado del paleta sureño es que conduce una camioneta. Esto explica por qué todos vamos luciendo estos chismes por el centro de Minneápolis y de Cincinnati.

A lo mejor os estáis preguntando a qué viene lo de Jimmy Carter. Bueno, Jimmy Carter era un paleta de esos que todos queremos ser, pero era un paleta sobrio. La

mayoría de nosotros no habíamos visto nunca un paletto sobrio, y la victoria aplastante de Reagan demuestra que ninguno de nosotros quiere volver a ver jamás a uno de esos paletos sobrios. Fue una aparición espeluznante. Y desde el mandato de Jimmy Carter todos los paletos nos hemos esforzado mucho para ser paletos *borrachos* por miedo a convertirnos en una especie de ser monstruoso con dientes enormes y salientes y con un Departamento de Estado lleno de idiotas que defienden los derechos humanos.

De esta forma, la camioneta se ha convertido en el único vehículo del mundo alimentado por cerveza. Examinaremos una unidad de este sistema de alimentación. Examinaremos otra unidad. Examinaremos la caja de cervezas entera. Ahora vamos a conducir hasta el estanque de Hodge para ver si hay algunos patos por allí. ¡Crash! ¡Mierda! Me olvidé de sujetar bien el toldo de atrás.

## **La camioneta: diseño y características técnicas**

---

Una camioneta es básicamente un porche trasero de una casa con un motor incorporado. Tanto la camioneta como el porche son lugares adecuados para beber cerveza, ya que en ambos sitios puedes mear de pie. Por lo general las camionetas son un poco más rápidas que los porches si se va cuesta abajo, con la excepción de algunos porches de California en épocas de deslizamientos de tierras. Pero los porches traseros son más económicos.

Otra diferencia importante entre las camionetas y los porches es el sistema de suspensión. Los porches están firmemente asentados en el suelo mediante cimientos contruidos con bloques de hormigón. Para las camionetas no se utiliza un sistema tan sofisticado. La suspensión delantera de una camioneta moderna es completamente autónoma. Cada rueda se sujeta independientemente a la estructura del vehículo. La suspensión trasera consiste en un eje impulsor que normalmente se conecta, mediante una soga, al parachoques de otro vehículo, ya que su conductor se halla intentando sacarte del bosque.

Este sistema de suspensión resulta ideal si se tiene en cuenta la distribución del peso de la camioneta: el cien por cien en la parte delantera y el cero por ciento en la parte trasera. Esta distribución se debe a la colocación del motor. Este se halla en el mismo lugar en que se colocaría si se pusiera en un porche: colgando de un extremo para permitir que pases por debajo a mirar la enorme abolladura del cárter de aceite que le hiciste cuando tropezaste con los muebles del patio la noche anterior.

En teoría, este peso delantero tan exagerado debería hacer qué se condujera sin mucho esfuerzo. Pero la gente que conduce camionetas está demasiado ocupada con el alcohol como para ponerse a pensar en las teorías, así que esta distribución de peso suele requerir que el vehículo se conduzca con demasiado esfuerzo. Lo que ocurre



con una camioneta vacía al tomar una curva es que la parte trasera no tiene nada que hacer —metafóricamente hablando, está sin empleo— de forma que para ver si le das trabajo, se te viene hacia la parte delantera, que es la que lleva todo el peso. El resultado se parece mucho a uno de esos restaurantes giratorios que hay en la parte de arriba de los hoteles, excepto que en este caso va sobre cuatro ruedas desgastadas y no sobre el edificio de un hotel y además se encuentra en medio de la carretera, por lo que la camioneta acaba volcando.

Para evitar este problema se carga la parte de atrás de la camioneta, llenándola con estiércol, greda del jardín, sacos de cien libras de comida para perros, dos trineos automotores, media cuerda de troncos de abedul, la mochila de boy scout de tu hijo y un frigorífico de segunda mano que hay en el porche para guardar cerveza. Hacer esto ocasiona una nueva distribución de peso: el cero por ciento en la parte delantera y el cien por cien en la parte trasera, lo que origina un problema para el conductor que no tiene que ver ni con el exceso ni con la falta de esfuerzo; el problema es que no se puede conducir porque las ruedas delanteras no llegan a tocar el suelo.

Las mismas teorías que sirvieron para diseñar el sistema de suspensión de la camioneta se aplicaron también al diseño del motor, que es básicamente igual al dispositivo que utilizara Jim Watt para bombear el agua en las minas de carbón allá por el 1810; en lo único que se diferencia es en que —según las últimas regulaciones de la EPA— se le ha introducido un pañuelo impregnado de Pinsol en cada uno de los cilindros para reducir las emisiones del tubo de escape. Existen tres tipos de motor de camioneta: el motor de seis cilindros —que no son suficientes—, el motor de ocho cilindros —que son demasiados— y el motor de cuatro cilindros, que es el de las «mini-camionetas»; las «mini-camionetas» las conduce un tipo de gente que opina que John Denver es el paleta que todos tendrían que ser y que cree que las ballenas hablan. Cuanto menos se diga sobre los motores de cuatro cilindros, mejor. Pero todos estos motores tienen un fallo común, pues siguen en marcha después de que se hayan apagado; este fenómeno recibe el nombre de «dieseling». En algunas camionetas se han instalado auténticos motores diesel y solucionan el problema, ya que ni siquiera permiten que la camioneta arranque.

No tiene ninguna importancia. La verdadera fuerza de las camionetas se genera en el interior de la caja de cambios, o por lo menos eso es lo que parece a juzgar por el ruido que hace. Y si no percibes el ruido, lo percibirás inmediatamente, en cuanto te emborraches y te pongas a cambiar las marchas sin utilizar el embrague.

Las camionetas tienen normalmente cinco marchas. Una de ellas es una marcha fantasma, que aparece dibujada en la palanca, pero que no se puede encontrar. También está la primera marcha, que es muy buena para incrustarse en el bosque. Y si no te encuentras incrustado en el bosque, resulta muy útil para hacer que se desprenda el parachoques delantero cuando estás intentando ayudar a un amigo que

también tiene una camioneta y que se ha quedado incrustado en el bosque. La primera marcha tiene una velocidad máxima de tres millas por hora. La tercera tiene una velocidad ligeramente superior, pero no puedes pasar ni por encima de los badenes y además sigues haciéndote ocho millas por galón. No se sabe exactamente para qué sirve la tercera marcha. En la camioneta casi siempre se utiliza la segunda. Las camionetas también tienen marcha atrás, lo que sirve para que te incrustes en el bosque todavía mejor que si lo hicieras utilizando sólo la primera.

Como las camionetas se quedan atrapadas en el bosque con tanta frecuencia, el sistema de tracción a las cuatro ruedas resulta ser una opción muy popular. El sistema de tracción a las cuatro ruedas se acciona bien mediante una palanca que no consigue poner en marcha dicho sistema o bien mediante una palanca que no consigue pararlo. Este sistema consigue que en lugar de que sean dos las ruedas que se te hundan en el bosque hasta la altura del eje, sean cuatro.

Posiblemente el aspecto más novedoso del mecanismo de las camionetas es que no tienen frenos. Es verdad, tienen un freno de mano que, cuando lo utilizas, permite que la camioneta se marche sola cuesta abajo y vaya a parar a un cruce de carreteras muy frecuentado, quedándote tú con la conciencia completamente limpia. Y tiene un freno de pedal que cuando lo pisas, lo único que te produce es un fuerte deseo de tomarte una cerveza antes de que te estrelles contra los árboles. Hay, sin embargo, varios métodos para conseguir parar una camioneta; la mayoría de las veces son necesarios los árboles de los bosques, aunque hay veces que basta con que la rueda de repuesto —que está colocada debajo del parachoques trasero— se descoloque ligeramente y se convierta en una fuerza de arrastre. Y también es muy normal que la camioneta se quede sin gasolina y acabe por pararse completamente, justo delante de un bar, como le dijiste a tu mujer.

Este ejemplo sirve para probar la estrecha relación que existe entre las camionetas y el alcohol. Realmente parece que los que diseñaron estos chismes habían estado bebiendo. Y la calidad del acabado indica, desde luego, que los que las construyeron también habían estado bebiendo. Entonces, parece razonable que los que las conducimos estemos medio borrachos. Por lo tanto, la forma más popular de influir en el rendimiento de la camioneta es —lo habéis adivinado— tomar una copa. Por ejemplo, si vas a sesenta millas por hora y tomas una curva muy cerrada, de lo primero que te das cuenta es de que si no hubieras estado borracho nunca hubieras tomado esa curva. Ahora lo que tienes que hacer es llamar a la grúa mientras yo voy pidiendo unos dobles.

## **Técnicas de conducción**

---

Conducir una camioneta a gran velocidad requiere una habilidad difícil de

conseguir. El primer paso consiste en adoptar una postura correcta a la hora de conducir: con una mano se agarra con fuerza el canalón del techo; esto sustituye al cinturón de seguridad, al cinturón que te sujeta los hombros y a la bolsa de aire, y te deja la mano libre para que hagas gestos obscenos a los que llevan en los coches pegatinas en contra de la tenencia de armas. A continuación, se coloca la otra mano sobro la palanca de cambios a fin de que se sepa siempre qué marcha es la que está puesta (que, como señalé antes, es siempre la segunda). Luego, colocas la tercera mano... a lo mejor ya se van vislumbrando las dificultades. Y eso sí, asegúrate de que la lata de cerveza que llevas entre las piernas se halla en perfecto equilibrio.

El segundo paso es ir al 7-Eleven para comprar más cerveza. Utiliza el chaleco para recoger la cerveza que te tiraste por las piernas cuando diste marcha atrás para salir del garaje.

El tercer paso es dominar la técnica de las curvas. Existen tres formas de tomar las curvas cuando se conduce una camioneta a gran velocidad. La primera forma de hacerlo es girar en el último momento, que es lo que hacen siempre los pilotos de carreras. Coge la curva en línea recta a toda velocidad, cambiando de marcha y machacando inútilmente el pedal del freno. Luego, con un movimiento suave, gira el volante todo lo que haga falta para tomar la curva. Dirige el coche hacia un vértice que esté algo más allá del vértice geométrico del interior de la curva, vuelve a girar el volante, esta vez lentamente, para marchar en línea recta y acelera de nuevo. Haciendo esto, la camioneta acabará en el bosque. La segunda forma de tomar una curva deprisa es entrar en ella algo más lentamente, girar el volante muchas más veces que antes y apretar el acelerador para que la camioneta derrape violentamente. Haciendo esto, la camioneta acabará también en el bosque. El tercer método consiste en parar en seco antes de coger la curva y tomar una cerveza. Mientras estás tomándotela vendrá otro con su camioneta, le dará un golpe a la tuya y de igual forma tu camioneta acabará en el bosque.

Una vez que te hayas cargado una camioneta y seas por tanto un experimentado conductor de camionetas, es importante que aprendas qué es lo que le tienes que decir a la policía. Dile que se te cruzó un ciervo en la carretera. Esto es algo que ocurre con mucha frecuencia en estos sitios donde vivimos los paletos, sobre todo cuando hemos bebido. A título de ejemplo, expongo aquí las cinco explicaciones más corrientes que los conductores cuyas camionetas acabaron en el bosque dan a la policía de carretera en Carolina del Norte:

1. Se me cruzó un ciervo.
2. Se me cruzó un ciervo.
3. Se me cruzó un ciervo.
4. Se me cruzó un ciervo.
5. Me paré porque vi una señal de stop, pero tuve que arrancar otra vez a toda

velocidad, yendo a parar al bosque; si no lo hubiera hecho me hubiera aplastado un ciervo que se me cruzó en el camino.

## Compra, reparación y mantenimiento de la camioneta de alto rendimiento

---

Si lo que ocurre es que todavía no te has cargado ninguna camioneta y estás sopesando la alegría que te proporcionaría el poder hacerlo frente a otro tipo de consideraciones como, por ejemplo, la de querer ser un paleta a pesar de que por tu dinero te halles dentro de la clase media, o la de tener una mujer que creía haberse casado con un jefe de contabilidad con una excelente formación universitaria, deberías considerar los siguientes puntos. En primer lugar, ¿cuánto cuesta una camioneta?

	<u>Dólares</u>
Camioneta	9360,00
Cerveza	2,89
Segunda camioneta, que reemplazará a la primera que te cargues	9360,00
Coche para tu mujer, que no querrá conducir la camioneta	8750,00
TOTAL	27 472,89

Es una cantidad de dinero nada despreciable; pero, por otra parte, las camionetas resultan muy fáciles de mantener. De hecho, todas las reparaciones pueden realizarse si se dispone de una larga cadena. Sujetas un extremo de la cadena a la camioneta, tiras al suelo el otro extremo de la cadena y vas a comprarte un coche de verdad.

Quizá te interese saber si la camioneta resulta verdaderamente útil. Me temo que la respuesta es afirmativa, resulta demasiado útil.

## Tabla comparativa de utilidades

---

UTILIZACIÓN	CAMIONETA	COCHE NORMAL
Recogida de matojos.	Si, lo haré mañana.	Una buena excusa para no recoger matojos.
Llevar la basura al vertedero.	Lo haré mañana, de verdad. Los Falcon están jugando contra los Dallas.	Llamar a una empresa de recogida de basuras.
Cargar muebles.	Hay espacio para un dormitorio de cinco piezas y una alfombra oriental muy cara.	Tenemos demasiados muebles, no necesitamos más.

---

Pero, al fin y al cabo, hubiera sido absurdo que al final de *Easy Rider*, los dos tipos que mataron a Peter Fonda y a Dennis Hopper hubieran conducido un Fiat Brava. Y ¿qué sería la vida si nunca tuvieras la oportunidad de disparar contra tipos como Peter Fonda y Dennis Hopper? Además, nunca podrías gozar de la

deslumbrante belleza de la naturaleza si no te quedaras de vez en cuando atrapado en el bosque. Y no gozarías ni la mitad si no pudieras llevar tanta cerveza.

# **Un análisis lógico y frío de la amenaza de las bicicletas**

## ***Y un estudio de las medidas a seguir para regular, restringir o abolir completamente este peligro de nuestras carreteras***

---

Nuestro país se ve asolado por una plaga de bicicletas. Toda la vía pública está atiborrada de trastos chirriantes e inestables hechos de goma, alambres y tubos de acero de los más baratos. Los conductores de estos endebles aparatos no prestan ninguna atención a las señalizaciones de stop ni a las luces rojas. Salen disparados de los espacios que quedan entre los coches aparcados, corren por las dobles líneas amarillas y a toda marcha atraviesan los pasos de cebra aplastando los pies de los probos ciudadanos, entre los que me cuento.

Todas las farolas, los árboles y los carteles de las ciudades se ven desfigurados por la presencia de las bicicletas, cubiertas de cadenas y candados. Y hay que compartir el ascensor con un entusiasta del ciclismo que quiere tanto a esa «silla de ruedas para idiotas» que tiene que llevarla consigo vaya a donde vaya.

En el campo, no puede uno tomar una curva ni subir una cuesta sin encontrarse con un rebaño de jadeantes ciclistas desparramados por toda la carretera como un escuadrón suicida.

Ni siquiera las zonas agrestes se ven libres de esta invasión ya que ahora existe una cosa que se llama bicicleta de campo a través y un deporte espantoso que se llama «bicicross».

El chabacano diseño y el mecanismo tan primario de las bicicletas hacen que se ofenda el que las mira. Los mugrientos y sudorosos conductores de bicicletas constituyen una ofensa para nuestro olfato. La propia existencia de las bicicletas constituye una ofensa para la razón y la inteligencia.

### **Principales argumentos contra las bicicletas**

---

## 1. LAS BICICLETAS SON PUERILES

Las bicicletas tienen su propio sitio, y lo que les corresponde es estar bajo los culos de los niños que reparten los periódicos de la tarde. Dado que los niños son tan bajos que ni siquiera alcanzan la altura del cuadro de mandos de un coche y tan pequeños que no pueden mantener una moto en posición vertical, la bicicleta es el vehículo más adecuado para ellos. Pero ¿qué se puede pensar de un adulto que llevando traje y corbata va en bicicleta a su trabajo? ¿Nos vamos a creer que todavía sé gana la vida repartiendo periódicos? Si no nos lo creemos ¿podemos aceptar que un médico, un abogado o un ejecutivo se divierta con juguetes? San Pablo en la *I Carta a los corintios*, 13: 11, decía: «... cuando llegué a ser hombre me despojé de las niñerías». Pero no decía: «Cuando llegué a ser hombre me despojé de las niñerías y me compré juguetes muy caros y sofisticados hechos en Francia y en Japón».

Teniendo en cuenta la imagen que proyectan, los que se desplazan a la oficina en bicicleta podrían de igual modo impulsarse metiendo la rodilla en un Radio Flyer wagon rojo.

## 2. LAS BICICLETAS SON INDECOROSAS

Se puede excusar, desde luego, un cierto grado de infantilismo. Pero aparecer en público con la cabeza entre las piernas y el culo en el aire no es precisamente lo que se llamaría un comportamiento aceptable.

Es imposible que un adulto se monte en una bicicleta sin parecer un idiota. Hay especialmente un tipo de mujer que no debería adoptar nunca la postura de montar en bicicleta. Es la mujer de complexión ancha; cuando está de pie su figura es digna de admiración —tiene una belleza clásica y ha sido un símbolo, a lo largo de la historia, de la sensualidad, la maternidad y la abundancia. Cuando está subida a una bicicleta, da risa.

En un mundo en el que la pérdida de la dignidad es un asunto tan grave y tan importante ¿qué se puede pensar de la gente que voluntariamente pierde la suya y aparece en público de esta guisa? En el mejor de los casos nos recuerdan a Don Quijote cabalgando sobre Rocinante; la mayoría de las veces parece que forman parte del desfile del Día de Acción de Gracias. ¿Cómo se puede confiar en esta gente? ¿Va a respetarte una persona que se respeta tan poco a sí misma?

## 3. LAS BICICLETAS SON PELIGROSAS

Las bicicletas son inestables, apenas les funcionan los frenos y no protegen en absoluto a los que las conducen. Además, las bicicletas están fabricadas con piezas duras y afiladas que, en caso de accidente, pueden causar serios daños tanto a las

personas como a la pintura de los coches. Las bicicletas son muy peligrosas.

Por supuesto, las cosas peligrosas no son necesariamente malas. Las lanchas de motor, los coches de carreras, las buenas escopetas, el whisky y el amor son, desde luego, muy peligrosos. Sin embargo, las bicicletas son peligrosas sin ser divertidas. No puedes cazar faisanes con ellas, ni utilizarlas para hacer esquí acuático y tampoco te sirven para alcanzar una velocidad de ciento cincuenta millas por hora; ni siquiera las puedes mezclar con hielo y soda. Además, la idea de ponerse en plan romántico cuando uno está subido a una bicicleta resulta alarmante. Lo único que te puede pasar si vas en uno de estos trozos de tubería con diez velocidades es que te canses, que te duela todo el cuerpo y que te caigas.

El hecho de que sean peligrosas sin ser divertidas coloca a las bicicletas dentro de la misma categoría que las operaciones a corazón abierto, la guerra de Vietnam, la zona sur del Bronx y el divorcio. La gente sensata hace todo lo que puede para evitar tales cosas.

#### **4. LAS BICICLETAS ESTÁN EN CONTRA DE LOS VALORES NORTEAMERICANOS**

Somos un pueblo que adora la velocidad y el poder. Y tenemos buenas razones para hacerlo. Si no tuviéramos poder aún seríamos parte de Inglaterra y todo el mundo estaría en paro. Y si no fuera por la velocidad, tardaríamos meses en llegar a Los Angeles para sumergirnos en la industria cinematográfica y hacernos ricos y famosos.

Las bicicletas son demasiado lentas y endebles para un país como el nuestro. Están bien para Checoslovaquia.

#### **5. ME CAEN MAL LOS QUE VAN EN BICICLETA**

Por lo menos creo que me caen mal; en realidad no conozco a nadie que vaya en bicicleta, pero sí he visto gente montada en bicicleta, y parecen entusiastas de la jardinería orgánica, partidarios de que el estado estipule la hora en que tenemos que irnos a la cama y de que la UNICEF decida el rumbo de la política exterior norteamericana. A esta gente habría que meterla en un manicomio.

Si tengo una impresión equivocada, pido disculpas. Puede ser que todos los ciclistas sean accionistas de la Bolsa de Nueva York, obispos metodistas, instructores jubilados de educación física del Cuerpo de Marines y otros ciudadanos respetables. Sin embargo, el hecho de que pedaleen a plena luz del día, pareciendo unos verdaderos estúpidos, indica de todas formas que están locos y que también habría que meterlos en el manicomio.



## 6. LO DE LAS BICICLETAS RESULTA INJUSTO

Las bicicletas utilizan las mismas carreteras que los coches y los camiones y, sin embargo, no pagan impuestos por la gasolina, no llevan matrícula, no tienen que estar aseguradas y no están sujetas a las regulaciones del DOT, del CAFE y de la NHTSA. Además, los ciclistas no tienen que pasar el examen de conducir, ni graduarse la vista si tienen más de sesenta y cinco años, ni llevar la documentación del coche, ni realizar la prueba del alcohol corriendo el riesgo de que los procesen. Y nunca los pillan en los controles de velocidad.

El hecho de que conduzcan bicicletas (ver núm. 5 arriba) precisamente los que están más a favor de la intervención estatal hace que la posición privilegiada de la bicicleta no sólo sea injusta, sino que se convierta en una verdadera provocación.

La igualdad ante la ley es la piedra angular de la democracia. Las bicicletas deberían llevar depósitos de gasolina de veinte galones. Deberían incorporar baterías de doce voltios y un equipo completo de luces traseras, faros delanteros y luces intermitentes. También deberían tener cinturones de seguridad, bolsas de aire y ventanas con cristales de seguridad. Habría que someter a un examen médico anual a todos los conductores de bicicletas por si tuvieran algún defecto que pudiera resultar peligroso; y además, habría que obligarlos a llevar una matrícula colgada del cuello y otra en el culo.

## 7. MONTAR EN BICICLETA ES UN EJERCICIO MUY SALUDABLE

Y también es muy saludable trepar por los árboles ayudándose con el rabo. El hombre ha estado evolucionando durante más de cuatro millones de años para conseguir desterrar el esfuerzo físico. Ahora, a un grupo de personas con teorías desfasadas y atávicas —que montan sobre dos aros de hula-hoop que impulsan con sus propios pies— le gustaría vernos pedaleando como locos, apretando los dientes y quemándonos los pulmones como si nos persiguiera por la sabana pleistocena una manada de tigres de dientes de sable. Pensad en las esperanzas, los sueños, el esfuerzo, el ingenio y la fuerza de voluntad que, a lo largo de la Historia, han posibilitado la creación del Cadillac Coupe de Ville. A los ciclistas les encantaría que tiráramos todo esto al vertedero de la Historia.

## **¿Qué tenemos que hacer ante la amenaza de la bicicleta?**

---

Afortunadamente, nada. Los camioneros frustrados y los iracundos taxistas ponen especial énfasis en echar a los ciclistas de la carretera. Las aterrorizadas ancianas meten sus paraguas entre los radios de las ruedas de las bicicletas cuando al caminar tranquilamente por la acera las adelanta uno de estos trastos a toda velocidad. Y en un

momento u otro todos nosotros hemos atropellado una bicicleta mal situada al dar marcha atrás para aparcar nuestro coche.

Las bicicletas son ligeras y silenciosas, por lo que a los ciudadanos motorizados les resulta difícil verlas y oír las. Los de los coches se meten encima de las bicicletas, las golpean al abrir las puertas y se abren paso por las calles, que están repletas de estos chismes, conduciendo a toda marcha. La enclenque bicicleta y su desprotegido conductor quedan indefensos ante estas acciones. Todo se solucionará gracias a la selección natural. La bicicleta se extinguirá en menos de una década. ¡Qué alivio!

# **Cómo conducir drogado a toda velocidad mientras te meten mano sin derramar la bebida**

---

A la hora de correr riesgos, algunos optan por jugar al póquer o a los dados; otros prefieren saltar en paracaídas, cazar rinocerontes o escalar icebergs; y hay quienes prefieren dedicarse a la delincuencia o casarse. Pero lo que a mí me gusta es emborracharme y conducir como un loco. Dime, si puedes, algo que te haga sentir mejor que beberte media botella de Chivas, esnifar un gramo de cocaína y tener en el asiento de al lado a una preciosa chica quitándose el top mientras conduces a cien millas por hora por una calle de los suburbios. Tendrías que observar cómo se estrella toda la fuerza aérea mejicana contra un depósito de petróleo para sentir una emoción parecida. Si alguna vez te pasara algo más divertido, te morirías por una sobrecarga de los sentidos, te lo aseguro.

Vayamos por partes. Parémonos a analizar por qué esta particular mezcla de actividades resulta tan agradable. Es decir, aparte de lo de la chica que va en el asiento de al lado y que se está quitando el top. Dejando eso de lado por el momento, fijémonos en los factores psicológicos que nos llevan a considerar como valores emocionales positivos las sensaciones producidas por la excitación del sistema nervioso central al pasar por la experiencia de chocar contra una farola. ¿Se podría llamar a esto diversión? ¿Cómo se sentiría tu madre si supiera lo que estás haciendo? Se echaría a llorar, seguro. Por eso sabes que se trata de una diversión. Todo lo que hace llorar a tu madre es divertido. Sigmund Freud escribió todo cuanto se puede escribir sobre este tema. Es algo bien sabido.

Evidentemente, es una pena desperdiciar la juventud con este tipo de comportamiento: conducir a toda velocidad completamente borracho con los pies enganchados en el volante mientras tu ligue se arrastra por las alfombrillas del coche bajándote la bragueta con los dientes y golpeando el acelerador con una botella de licor vacía. Pero uno no se arriesga si no pone algo en peligro. Y aunque es una pena desperdiciar la juventud comportándose así, es desde luego mejor que arriesgar la vida haciéndolo de mayor. Me explico: ¿Qué le pasaría a un imbécil de cincuenta y

ocho años si se emborrachara y empezara a imitar a los de la película *Death Race 2000* cuando se encontrara en un atasco a la hora punta? ¿Es esto arriesgarse cuando lo único que hace en la vida es esperar para saber qué tipo de cáncer tiene? En cambio, si tú, que eres joven y tienes talento; tú, que tienes todas las posibilidades al alcance de la mano; tú que llevas al lado a la futura Cheryl Tiegs, tan joven y tan guapa... si tú y ella os apostáis vuestras hermosas cabezas a una sola jugada en este gran juego de dados que es la vida, ¡eso sí que es correr riesgos! Esta es la razón por la que la gente mayor raramente arriesga su vida. No es porque sean cobardes, simplemente es que tienen mucha dignidad y prefieren no jugar a apostar poco.

Hay mucha gente que me dice: «Oye P. J., si te gusta conducir tan deprisa, ¿por qué no te metes en alguna agrupación seria, como el Club de coches deportivos de Norteamérica y te diviertes participando en carreras de coches? De esa forma podrías conducir a la velocidad que te apeteciera y, al mismo tiempo, practicarías un deporte que está muy bien organizado y que cada año se hace más popular». No, gracias. En primer lugar, te diré que esos tipos son un puñado de imbéciles pijos que se divierten hablando de cosas como la corbata que se pusieron para ir al funeral de Alberto Áscari. Y en segundo lugar, no me permitirían conducir estando borracho. Si esperan que estando sobrio salga a la pista, choque con todo y vuelque el coche para que las llamas me envuelvan y me muera calcinado, deben pensar que estoy loco. Ese tipo de cosas me horroriza. Incluso para pensar en conducir deprisa tengo que estar completamente mamado. ¿Cómo te puedes emocionar cuando tienes tanto miedo que te estás meando sin parar? Eso no es nada divertido. No es nada divertido emocionarse cuando se tiene miedo. Fijémonos, por ejemplo, en los héroes de la *Ilíada*; les pasaban cosas emocionantes, pero ¿tenían miedo? No. Estaban borrachos. En cuanto podían se emborrachaban. A mí me pasa lo mismo, y no voy a sufrir un accidente de coche espantoso hasta que alguien me traiga un cóctel.

Además, es importante estar borracho porque así el cuerpo se queda más relajado y, si tienes un accidente o algo por el estilo, no ofreces resistencia a los golpes y no te haces tanto daño. Por ejemplo, he oído hablar de un tipo que iba conduciendo muy borracho por los Adirondacks. Un autobús golpeó su coche, luego chocó de frente con otro coche, saliendo despedido del puente y cayendo por un barranco de ciento cincuenta pies de altura. Se murió, claro está; pero si no hubiera estado tan borracho y tan relajado, su cuerpo hubiera aparecido en peor estado, y como os podéis imaginar, a su mujer le hubiera afectado mucho más tener que ir al depósito de cadáveres a identificarlo.

Sin embargo, es todavía más importante tener un buen coche que estar borracho. Tienes que tener un coche que marche realmente bien. Esto es de suma importancia y se discute mucho el tema de cuál es el tipo de coche que marcha mejor. Algunos abogan por el coche que tiene el motor delante; otros por el que lo tiene atrás. Yo, por

el coche alquilado. El coche alquilado es el que mejor marcha. En un coche alquilado puedes ir más deprisa, coger las curvas a más velocidad y dar marcha atrás mientras vas hacia delante a toda pastilla. También puedes aparcar sin mirar y utilizar el maletero para guardar los hielos. Otra ventaja del coche alquilado es que es un vehículo todo terreno. Barro, nieve, agua, bosques... puedes llevar un coche alquilado por cualquier parte. Es cierto que no siempre puedes devolverlo, pero ese no es tu problema, ¿verdad?

Aparte de que el coche marche bien y no sea tuyo, tiene que ser grande. Es muy difícil que una chica se quite la ropa dentro de un coche pequeño; éste es uno de los factores más importantes a la hora de utilizar bien un coche. También son importantes las drogas que van dentro. A la mayoría de la gente le gusta conducir bajo los efectos de las anfetaminas o la cocaína acompañándolas de una buena cantidad de whisky. Esto te da la confianza que necesitas para saltarte los semáforos y adelantar camiones por la derecha. Tampoco debes olvidarte de los tranquilizantes, de los Quaaludes y del jarabe de codeína. No hay nada mejor que los sedantes fuertes a la hora de hacer girar rápidamente el coche como si fuera una peonza, chocar con los árboles al dar marcha atrás y sentir que el hombre y su universo te importan un huevo.

En líneas generales, es el tamaño del coche, sin embargo, lo que más importa. Porque si vas en un coche realmente grande y ocurre algo grave —por ejemplo, que pases accidentalmente a gran velocidad por medio de la pandilla de macarras que te estuvo insultando en el parador—, ocurre muy lejos de ti, por la parte de los guardabarros. Es como si hay una guerra civil en África; ya sabes, no tiene mucho que ver contigo. Por otra parte, cuando ocurre algo y vas en un coche pequeño, ocurre justo delante de tus narices. Te sientes involucrado y te ves obligado a pensar en lo que acabas de hacer. Al conducir un coche pequeño te sientes como una de esas chicas sensibles que se dedican a escribir poesías. La vida te resulta insoportable. Acabas por quedarte en casa, encerrado en tu cuarto y componiendo sonetos que no se publicarán hasta después de tu muerte, que tendrá lugar dentro de muy poco si continúas viajando en esos coches tan pequeños.

Examinemos algunas de las maniobras principales que tiene que hacer el conductor borracho cuando viaja acompañado de chicas alocadas que se encuentran bajo los efectos de alguna droga. Cuando vayas a ligar con chicas alocadas, asegúrate de que cumplen los siguientes requisitos: cinco o seis pendientes en las orejas, zapatos de formas extrañas, barra de labios blanca, delgadez exagerada, pelo cortado al rape o ropa de metal o de cuero. Aléjate de las chicas que lloran mucho, de las que parece que se van a quedar preñadas con facilidad y de las que pretenden triunfar en su profesión. Quizá quieran hacer cosas raras dentro de un coche, pero siempre querrán estar en el asiento de atrás, y resulta difícilísimo conducir desde allí. Además, querrán comprometerse inmediatamente después. En cambio, nunca se sabe lo que

van a hacer las chicas del otro tipo. Yo conocí a una chica de éstas; pesaba unas ochenta libras y llevaba unas faldas que ni siquiera le tapaban las bragas, cuando llevaba. Tenía yo por entonces un viejo Mercedes, y nos encontrábamos en un lugar muy alejado de la civilización, en medio de una tormenta de aguanieve; era el día de Nochebuena. La carretera estaba hecha una mierda, llena de curvas y enormes baches. Yo estaba completamente borracho y el coche se deslizaba y se me iba para los lados.

Justo cuando nos hallábamos en una zona completamente helada y estaba dándole vueltas como un loco al volante para evitar meterme encima de los coches que venían por el otro lado, ella dijo: «Hoy me he afeitado el coño, ¿quieres tocármelo?»

Es completamente cierto. Luego, media hora más tarde, se rompió la junta de la culata y tuvimos que pasar no sé cuánto tiempo en un motel asqueroso; menos mal que la chica se fue hasta una bodega —atravesando casi una milla de nieve medio derretida— y trajo todo tipo de vinos; luego se puso a hacer cosas raras con los cuellos de las botellas. Así que no hubiera estado mal la cosa si no hubiera sido porque se quemó el taller en el que había dejado el Mercedes; utilicé el dinero del seguro para comprar una moto.

Ahora bien, las chicas que adoran las motos harán lo que tú quieras. Lo digo en serio, de verdad; harán cualquier cosa que se te ocurra. Pero no es lo mismo. Para empezar es difícil beber si estás conduciendo una motocicleta; no hay sitio para poner el vaso. Y de la cocaína hay que olvidarse. A mí personalmente la marihuana me vuelve demasiado sensible. Cuando fumas marihuana lo primero que haces es parar a un lado de la carretera y tomarte un descanso para gozar de la belleza tranquila del enorme cielo, del lento y lujurioso movimiento de las nubes entre los rayos del sol, del suave sonido del viento al pasar por entre las frondosas copas de los árboles. ¿Y qué tipo de diversión es ésa? Además, es difícil que «te lo hagas» con una chica (en un sentido bíblico, claro está) al mismo tiempo que tomas las curvas a toda velocidad, a menos que la dejes a ella agarrar los manillares y, bajándole los pantalones, lo hagas como los perros, cosa que resulta bastante más difícil de lo que parece; además, las chicas que van en moto sin pantalones suelen atraer la atención de la policía de carretera, así que normalmente no haces nada hasta después de bajarte de la moto, y es posible que para entonces te halles en el hospital. Eso es lo que me pasó cuando aquella vieja que conducía el Oldsmobile se me metió encima. La chica con la que estaba seguía queriendo hacer alguna de esas cosas que os imagináis, pero el doctor estaba allí echándome pHisoHex por todo el cuerpo y pasándome un cepillo metálico por la cara para sacarme las piedrecitas que tenía incrustadas; yo no estaba en condiciones de hacer nada. Así que hacedme caso y no os compréis una moto. Compraos un coche grande.

La mayoría de las maniobras que hay que hacer al conducir deprisa —y que no

tienen nada que ver con la presencia de chicas alocadas— requieren la utilización del volante, así que asegúrate de que tu coche tiene dirección asistida. Sin ella, darle vueltas al volante se convierte en algo tan terrible como trabajar, y si quieres trabajar, puedes buscarte un empleo. Lo ideal es poder conducir utilizando solamente el dedo índice, y si te hartas, quitar el dedo y que el volante haga el resto. Así de sencillo. No te olvides de darle unas vueltas de más al volante cuando vayas a entrar en el garaje o al tomar curvas muy cerradas. Y aquí va otro consejo importante: baja siempre el cristal de la ventanilla antes de tirar las botellas y no intentes tirarlas por el parabrisas a menos que el coche esté aparcado.

Ahora bien, imagínate que has estado borracho durante seis días y acabas de apostarte que puedes llegar hasta Cleveland yendo marcha atrás; además, tienes un amigo que está tumbado sobre el maletero mientras se la chupan. Vamos a ser sinceros; si actúas de esa forma, tarde o temprano tendrás un accidente. Eso sí que es cierto, pero no quiere decir que tengas que recostarte y dejar simplemente que te ocurran los accidentes. No, tienes que salir y provocarlos tú mismo. De esta forma controlarás tú la situación.

Mira, es una pena, pero hay mucha gente que tiene unas ideas bastante equivocadas respecto a los accidentes. Por una parte, no resultan tan dolorosos como uno se imagina, porque si te hallas bajo el efecto de un shock no sientes el dolor; si no has sufrido un shock es que estás muerto, y eso, según tenemos entendido, tampoco duele. Por otra parte, las historias sobre accidentes son fantásticas. Yo tengo un amigo —un alto cargo dentro de la industria automovilística— que, allá por los años cincuenta, volcó con su MG TF y fue arrastrando la cara por el suelo durante doscientas yardas; estuvo sin párpados durante un año y le metieron un clavo de acero que le atravesaba los pómulos mientras le arreglaban la cara. Supongo que no le resultó muy divertido estar así, pero hay que oírlo ahora contar la historia. Es un cuento maravilloso, sobre todo si lo cuenta durante la cena. Ya sabes, no se trata simplemente de lo de los trozos de cristales y los chorros de sangre. Un buen choque puede convertirse casi en una experiencia religiosa. Las placas de metal no es que simplemente se rompan o se partan; se doblan y se aplastan cuando entran en contacto los dos coches a un ritmo rápido y continuo, como si se tratara de dos enormes tiburones de metal apareados en medio de la noche perpetua del mar primordial. Todo esto, claro está, si has tomado una buena dosis de droga. Algunas veces, además, la cabeza se te llena de montones de lucecitas preciosas.

Una forma segura de provocar un accidente consiste en efectuar el «giro del contrabandista de licores» en su versión más sencilla. Ponte a una velocidad de sesenta o setenta millas por hora, coloca la palanca en punto muerto, gira el volante hacia la izquierda y dale fuerte al freno de emergencia, soltando en seguida el freno con la mano izquierda. Esto hará que realices un perfecto giro de 180 grados y que te

caigas a la cuneta o que te choques con el remolque de algún tractor que vaya muy rápido. (El giro del contrabandista de licores puede practicarse sobre una superficie seca, aunque lo mejor es realizarlo sobre una superficie arenosa o en la que haya niños pequeños). Por otra parte, después de ir marcha atrás puedes girar el volante hacia la derecha hasta que completes un giro de 360 grados y te encuentres otra vez yendo en la misma dirección. Posiblemente hubiera sido más fácil seguir en esta dirección desde el primer momento, sin hacer nada de nada; pero tal vez lo que querías era impresionar a alguien, por ejemplo, al policía que te vigila.

Un viejo amigo mío, Joe Schenkman, acaba de escribirme una carta en la que me cuenta otra de las cosas que se pueden hacer para cargarte un coche. Joe está pasando unas cortas vacaciones en Vermont (y permanecerá allí hasta que descubra cuál es el reglamento referente al asesinato intencionado de coches). En la carta me hablaba de un tipo que había conocido allí:

... Este tipo ha destrozado (deliberadamente) unos treinta coches (y no sólo es que lo diga él, lo testifican todos sus paisanos) y lo único que le ha ocurrido es que se ha partido la nariz (tres veces) y que tuvo algunos cardenales en el hombro. Lo que hay que hacer es realizar el giro del contrabandista, pero pisando el freno en todo momento. El número de vueltas de campana que das está en proporción directa con la velocidad a la que conduces; cuatro o cinco vueltas es un número aceptable. Cuando empiezas a girar colocas una mano sobre el asiento y con la otra aprietas fuertemente el techo, de forma que quedes bien sujeto. Cuando sientas que el techo empieza a abollarse después de la primera vuelta, mete la mano que tenías sobre el asiento por debajo del cuadro de mandos (por el lado del copiloto; de todas formas el impacto te habrá lanzado hacia allí) y métete debajo. Aguantas allí hasta el final, estirándote para quedar bien sujeto y esperando que pase la tormenta. Como es lógico, estar borracho ayuda; si por un momento vacilas o dudas, aunque sólo sea durante una décima de segundo, morirás.

Debo añadir que este Schenkman sabe muy bien lo que se dice. Por desgracia, su plato fuerte es conducir por Nueva York, una zona de características especiales e insólitas que no nos detendremos a examinar aquí por falta de tiempo y espacio (sólo apuntar que lo mejor de todo es la facilidad con la que uno puede asustar a las ancianas que van en sus Cadillacs recién comprados y lo peor es que los negros siempre llevan navajas, por no decir nada de los portorriqueños; y además, todas las otras personas que atropellas resultan ser abogados o estar casadas con miembros de la mafia). Sin embargo, Joe procede del Sur y allí fue donde comenzó a esnifar pegamento y disolventes industriales. Estos productos te proporcionan un cuélgue alucinógeno realmente espectacular en el que sientes, por ejemplo, que estás conduciendo y te caes por un puente de la autopista, aterrizando sobre el vagón de un mercancías que te lleva hasta Shreveport; allí te introducen en un barco de carga con destino a Liberia, cuya tripulación se compone en gran parte de homosexuales libaneses. Lo peor es que cuando te recuperas, descubres que todo ha ocurrido de verdad. Joe es un diseñador gráfico que disfruta con la música de jazz y las carreras de caballos. Su color favorito es el azul.

Se ha discutido mucho sobre qué tipo de música es mejor escuchar cuando tienes



la muerte delante y la estás mirando sin pestañear (a no ser que se te haya metido una mota de polvo en una lentilla). Ten cuidado con los que buscan la emisora de música clásica de la FM. Creen que la música de Rimsky Korsakov hace que las cosas resulten más dramáticas —como en las películas extranjeras. Eso es de cobardicas. Este tipo de tíos piensa que conducir de prisa es ir al chalé a setenta y cinco millas por hora después de haberse tomado un brandy con soda. El auténtico amante de la velocidad prefiere una música más alegre y con más ritmo, algo como *Night on Disco Mountain* o *Boogie Oogie Oogie* o cualquier otra canción que ponga en marcha el cuerpo de la chica. ¿Te acuerdas de ella? De todas formas, ¿qué más te da lo que esté sonando? El sonido agudo y cálido del motor, el sonido gutural del tubo de escape, el silbido del viento al golpear tu lata de cerveza, el ruidito que hacen los pequeños labios rojos de la chica cuando te la chupa. ¡Esa es toda la música que necesitas! Aunque si te empeñas te diré que la segunda cara del primer elepé de Velvet Underground no está mal. Quedan prohibidos los viajes cortos; para los locos que conducen a gran velocidad el aguante físico es fundamental, especialmente si se comienza a ligar con la típica frase «¿Quieres irte a Méjico?», y sobre todo si se dice en Boston o en un sitio similar. Además, las adolescentes pueden aguantar muchísimo tiempo sin dormir, tanto como la policía o sus padres. ¡Creedme! Así que no dejes de pisar el acelerador, ¿por qué no hacerlo? ¿Por qué no irse al fin del mundo? Tenía un amigo que una vez llevó a un pelotón de gente desde Oaxaca a Cincinnati sin parar. Bueno, paró para echar gasolina, pero incluso entonces no permitió que nadie bajara del coche. Los obligaba a hacer pis por la ventana, y afirma que un viaje así vale la pena aunque sólo sea por ver a una chica intentando hacer pis por la ventanilla de un coche en marcha.

Elige a una chica que sea gorda para que no te falten las anfetaminas, y de esa forma no necesitarás parar. El único problema que puede surgir es que, después de llevar dos o tres días conduciendo, empieces a ver cosas extrañas en la carretera, cosas enormes recubiertas de escamas, de veinte pies de altura y con nueve patas. Pero de todas formas, apenas quedan en Estados Unidos estas cosas enormes recubiertas de escamas con nueve patas, así que puedes atravesarlas porque a lo mejor ni siquiera existen, y si resulta que existen de verdad, al atropellarlas prestarás un servicio a la patria.

Sí, pero ¿en qué acaba todo esto? ¿A qué conduce una vida tan alocada como ésta? Dirás que a la muerte. Fíjate qué cantidad de gente ha muerto en accidente de coche: Albert Camus, Jayne Mansfield, Jackson Pollock, Tom Paine... Bueno, Tom Paine no murió realmente en un accidente, pero a lo mejor hubiera muerto así si hubiera vivido algunos años más tarde. Era de ese tipo de gente. En cualquier caso, la muerte es lo primero que se le viene a uno a la cabeza: una muerte violenta e inesperada a una edad temprana. ¡Ojalá fuera tan sencillo! ¡Dios mío! ¡Podríamos

morirnos abrasados entre chapas incandescentes de aluminio de aleación diseñadas especialmente para las carreras de la casa Porsche, como hizo James Dean! Sin úlceras, sin hemorragias, sin barrigas, sin pichas flácidas y sin dentaduras postizas. ¡Crash! ¡Bummmm! ¡Atención! ¡Díganme si desean adquirir los derechos de la reedición en rústica, si quieren comprar los derechos para realizar la película! Pero las cosas no son así. No. Lo que ocurre en realidad es que te enamoras de la preciosa chica del asiento de al lado, te enamoras locamente y antes de que te des cuenta ya estás casado y tienes a tus propias preciosas chicas —a las que sin duda alguien estará metiendo mano en un Pontiac Trans Am en este preciso momento—, así como una hipoteca con muchos ceros, un hígado del tamaño del Bronx y un Country Squire que no va a más de sesenta millas por hora.

Es difícil aceptar la verdad, pero supongo que te acabas dando cuenta de que si hubieras sido un poco más valiente, si hubieras tenido más fuerza de voluntad, a estas alturas ya estarías muerto. ¡No ha habido esa suerte!

# Usos y costumbres

# Las reglas de etiqueta en Hollywood

---

Está claro que Hollywood no es simplemente un lugar. Tampoco es un sinónimo de la industria del ocio. Hay ciudadanos ejemplares que se ganan la vida con ese tipo de negocios. El verdadero Hollywood supone la *reductio ad absurdum* de la libertad personal. Allí, a los hombres y a las mujeres normales el dinero y la movilidad social les permiten hacer lo que quieren sin que se vean limitados por la presión familiar, las costumbres y responsabilidades sociales, las obligaciones cívicas o el sentido común. Hasta cierto punto, a todos nos gustaría sentirnos así.

La industria del ocio encuentra su lugar en Hollywood porque los espectáculos generan cantidades enormes de dinero y porque el público acepta de buen grado a la gente del mundo del espectáculo. Hollywood se encuentra junto a Los Angeles porque si la libertad y el dinero desaparecen, por lo menos hace calor y se puede dormir en la playa. En otros tiempos fueron también otras profesiones y otros lugares los que gozaron de esta distinción. Durante el siglo XVIII fueron los piratas con sus escondrijos en el Caribe. En la época de los papas Medici fue el Colegio de los Cardenales.

Resulta interesante observar cómo la gente que tiene grandes recursos económicos y muy pocas limitaciones no siempre se vuelve loca o se dedica a hacer daño a sus semejantes. En Hollywood el daño es casi siempre auto-destructivo. Por otra parte, el bien sólo tiene lugar en unas cuantas películas del estilo de *Tender Mercies*. De esta forma, Hollywood resulta decepcionante tanto para los conservadores de la escuela de Hobbes como para los liberales de la escuela de Rousseau. Pero es fascinante para quienes estudian las formas de comportamiento humano.

Las formas de comportamiento humano son las manifestaciones concretas y ceremoniales de los valores subyacentes a la sociedad. Normalmente, estos valores son cosas como la lealtad, el altruismo, el respeto a los mayores, la valentía, etc. Pero ¿qué modales se observan en una sociedad como la de Hollywood en la que el único valor subyacente es la gratificación personal? La respuesta es ninguno. No se hace caso a los amigos. Se saluda efusivamente con besos a los enemigos y a otros a los que apenas se les conoce. La gente se da cita en lugares públicos para hablar de las

finanzas antes del desayuno. Personas completamente desconocidas te preguntan cuánto te han costado los zapatos.

Es difícil para quien proceda del mundo civilizado y se encuentre allí de visita captar algún modelo de comportamiento. La gente explica con pelos y señales su vida sexual, pero se avergüenza cuando tiene que revelar la marca de su coche. Las calles están llenas de tiendas de ropa muy cara, pero nadie va bien vestido. Los teléfonos de los restaurantes no aparecen en la guía. Nunca se sabe qué es lo próximo que va a hacer esta gente.

No son sólo las personas ricas e irresponsables las que se comportan de esta forma, sino también todos aquellos a los que les gustaría ser ricos e irresponsables. Este comportamiento excéntrico y absurdo se ha extendido a todos los niveles de la sociedad, sobre todo al ramo del servicio público. Los camareros se presentan diciéndote su nombre, te hacen preguntas sobre tu vida personal y, si no tienes cuidado, se invitarán ellos solos a sentarse contigo y a probar tu vino. En la tienda de ultramarinos, al extender la mano para recoger el cambio, es posible que te hagan un estudio de la línea de la vida y el monte de Venus y que te digan cuál va a ser la duración de tu vida, basándose en el número de arrugas que tienes en la muñeca. Si infringes las leyes de circulación, los policías que te detienen te muestran su *curriculum vitae* y unas enormes fotos con brillo.

Hay que aceptar que existe una fuerte dosis de fantasía en el comportamiento de los habitantes de Hollywood. Puede resultar desconcertante hablar de negocios con un director de un banco que lleva unos pantalones cortos de deporte y que se dedica a flexionar las rodillas mientras habla de la variabilidad en los tipos de pago de las hipotecas. Y a todo esto, el hombre que limpia la piscina aparece con un traje de Cardin. Los propietarios de los comercios parecen tener delirios de grandeza. En los restaurantes más corrientes hay mozos que te aparcan el coche.

Otras veces Hollywood parece demasiado normal. Los porteros de los hoteles te hacen un saludo militar y cargan con ocho maletas sin protestar. Los taxistas se llevan la mano a la gorra y dicen: «Lo que usted mande, jefe» cuando les dices que te lleven de Santa Mónica a Bel Air pasando por Sherman Oaks. Tardas un poco en darte cuenta de lo que está pasando. Los porteros y los taxistas hacen teatro. Están sumidos en una extrañísima vida fantástica, imaginándose que la realidad es real. Lo que no puedes esperar es que repitan la actuación. Dentro de muy poco serán ídolos de rock drogados y antipáticos.

Aunque no hay modelos de comportamiento en Hollywood, sí existen ciertos criterios en lo que se refiere a la posición social: el dinero, el poder y la fama. El dinero —a pesar de ser el primer objetivo, el motor principal y el único producto útil de Hollywood— es lo menos importante. Hollywood tiene una economía de monocultivo y lo que ocurre es simplemente que sobra el dinero. Los solares de la

zona de Benedict Canyon cuestan una millonada, a pesar de estar casi en posición vertical. Algunas familias, que están encerradas en casa desde el año 1965, se construyen piscinas olímpicas. La gente lleva a sus animales domésticos al psiquiatra. Todo el mundo tiene dinero, o por lo menos actúa como si lo tuviera. (Aunque no tienen conciencia de lo que se puede conseguir con el dinero. Se gastan en relojes de pulsera verdaderos dinerales que le hubieran servido a Joseph P. Kennedy para nombrar un nuevo senado).

Como resulta tan normal tener dinero, lo que da más prestigio es tener poder. En Hollywood se habla sin parar sobre el poder, al que se le tiene un grandísimo respeto. Pero es una forma de poder muy tonta. ¿Qué hubiera pensado Talleyrand de alguien que tuviera tanto poder como para conseguir que repusieran *Leave It to Beaver* en la televisión o para convertir el tema musical de un popular anuncio de refrescos en una película de 30 millones de dólares en la que interviniera Lorna Luft? En cuanto al verdadero poder —el poder de controlar los acontecimientos y de influir en la conducta humana—, la gente de Hollywood no lo tiene ni sobre sus propias vidas.

Ya que tener dinero es algo muy corriente y el poder es algo trivial, el único criterio con el que en Hollywood se puede medir la posición social de alguien es la fama. Al presentar a una persona se habla siempre de su fama, incluso si no la tiene: «Esta es Heather. Habría salido en *Good Morning America* si Andropov no se hubiera muerto justo ese día». La fama es tan importante que tener la más mínima conexión con los famosos confiere importancia: «Te presento a Trevor. A su cuñada la trata el mismo quiropractor que a la tía de Bo Derek». Sirve incluso la proximidad física: «Este es Wagner; su casa está tres manzanas más allá de la de Sonny Bono».

Lo mejor es que uno mismo sea famoso, por supuesto, aunque no importa cuál sea el tipo de fama que se tenga. Todo sirve. Un juez muy poco conocido del Tribunal Supremo, la mujer que intentó asesinar a Gerald Ford y el actor que encarnaba a Timmy en la serie *Lassie* están más o menos a la misma altura.

Si uno no consigue ser famoso ni tener ningún tipo de relación con los famosos, bastará con que sea original. La gente de Hollywood pone un gran empeño en resultar extravagante, cosa que no es nada fácil en este mundo en el que ser normal es casi tan terrible como ser gordo y estar pálido. En una fiesta puede aparecer media docena de supuestas actrices que llevan exactamente la misma ropa: pantalones a rayas por la rodilla, impermeables amarillos y antiguos corsés utilizados como blusas. Como último recurso, la gente de Hollywood se compra unos coches extrañísimos y son capaces de aparecer con una limusina Cadillac de color rosa del año 62 que tiene un pequeño piano de cola en la parte de atrás. «¡No hay otro igual!», suelen decir. ¡Gracias a Dios!

Al no tener valores que sean más importantes que la individualidad, ni reglas sensatas de comportamiento, ni una jerarquía establecida, ni propósitos, metas u

objetivos claros —a excepción de la necesidad de llamar la atención—, Hollywood se convierte en un lugar de enorme confusión. Confunden el trabajo con la diversión y las obligaciones con el empleo, de forma que la compra o venta de acciones por un valor de cincuenta millones de dólares, un partido de tenis y una gravísima enfermedad de tu madre son recibidas con la misma mezcla de sincera preocupación y estúpido entusiasmo. La gente de Hollywood a menudo sufre problemas financieros porque se olvidan de que pasar treinta horas a la semana en un gimnasio Nautilus es algo bastante duro, pero nadie te paga por hacerlo.

La confusión reina sobre todos los aspectos de la existencia. Las relaciones amorosas son verdaderamente confusas. Se confunde el sexo con el amor. Se confunde el amor con el matrimonio. Las parejas no sólo se acuestan en la misma cama el primer día que salen, sino que además se ponen a hablar de negocios. Los matrimonios no duran el tiempo necesario para conocerse bien. Lo de la educación de los niños es un verdadero lío. A los niños se les trata como si fueran amigos, y algunas veces como si fueran posesiones. Parece que a menudo se realiza un *casting* en casa para decidir quién va a hacer el papel de bebé. ¿A quién le darán el papel? ¿A mamá? ¿Al tercer marido de mamá? ¿Al bebé? En Hollywood se produce incluso una confusión espacial. Prácticamente todo el mundo hace footing y luego utilizan el coche para ir a la casa de al lado.

No se hace ninguna distinción entre la vida pública y la privada. Siempre se habla —incluso con los perros— de temas relacionados con el dinero, el poder y la fama. O, por lo menos, se hablaría de eso si la gente fuera capaz de concentrarse en algo. Las conversaciones que escuchas en Hollywood son francamente desconcertantes:

Productor A: La casa nos costó un millón y medio de dólares.

Guionista B: ¿Han despedido hoy a alguien en Universal Studios?

A: Cher se ha teñido el pelo de verde.

B: ¿Cuánto te costó el Rolex?

A: Acabo de firmar el contrato para rodar la segunda parte de *Rhinestone*.

B: Nosotros pagamos un millón trescientos mil dólares por la casa de Palm Springs.

Ni siquiera la gente de Hollywood puede aguantar durante mucho tiempo conversaciones como ésta sin volverse loca. Por eso, las conversaciones telefónicas han sustituido a las conversaciones normales. No quiere decir esto que hables con la persona a la que has llamado. Hay demasiados contestadores automáticos, muchos dispositivos que te piden que esperes hasta que la otra persona esté disponible, diferentes líneas y un gran número de teléfonos supletorios colocados en lugares tan peculiares como el maletero del coche. De todas formas, llames a quien llames, ya estará hablando por teléfono con alguien. Puedes, en cambio, mantener conversaciones largas e íntimas con el decorador, con el jardinero mejicano, con la

secretaria, con la niñera o, como sucede más a menudo, con el que arregla los teléfonos. De esta forma, con la ayuda de graciosos mensajes grabados, la gente de Hollywood se mantiene en contacto. Es imprescindible que se mantengan en contacto. Ningún habitante de Hollywood tiene tanta seguridad en sí mismo como para poder estar a solas con sus pensamientos durante cinco, minutos.

La gente de Hollywood no tiene ninguna seguridad sobre qué es lo que le gusta, sobre qué es lo que piensa, sobre ellos mismos. No es de extrañar tal inseguridad.

En este ambiente resulta imposible distinguir qué es lo que gusta y lo que no gusta, porque el gusto es contextual. El buen gusto consiste en que algo se considere apropiado y no puede existir nada que sea a un tiempo apropiado y no apropiado. Puede haber algún ciudadano en Hollywood que tenga estilo, pero sería un caso excepcional. Si vas en coche por Beverly Hills, verás las enormes haciendas españolas con jardines ingleses, los encantadores palacios franceses con sus respectivos garajes, las mansiones de estilo Tudor rodeadas de jardines de palmeras y cactus; las casas están pegadas unas a otras formando barriadas que resultan de lo más ridículo. Los propietarios podrían comprar fincas enormes si no fuera porque ignoran la existencia de la naturaleza. Podrían comprar lujosas casas urbanas si no fuera porque no hay ciudades en las que construirlas. En vista de esto, viven en una especie de feria de muestras mundial en la que se exhiben casas de los más variados colores y estilos, completamente aisladas de la naturaleza y del resto de la sociedad.

En un ambiente así es imposible que funcione el intelecto. La mente no funciona si no existe una estructura o un cierto orden. Por eso la gente de Hollywood apenas piensa. Y cuando piensa, piensa unas cosas de lo más extrañas:

«La invasión de Granada debe haber sido un error, porque todavía no se ha escrito ningún *best-seller* sobre ella».

«Mucha gente piensa que fue gracias a Robert Redford, pero la verdad es que si no hubiera sido por Dustin Hoffman nunca hubiera salido a la luz lo del Watergate».

La inteligencia —si es que alguno la tiene— es, como la fama, algo que ellos miden. Si le preguntas a alguien su opinión sobre un elepé determinado, te dirá qué lugar ocupa en la lista de los 100 discos más vendidos de la revista *Billboard*. Si le preguntas a alguien qué tal está su hija de seis años, te dirá cuál es su coeficiente intelectual.

En Hollywood todo lo que implique la utilización de las facultades mentales —aunque sea mínimamente— se convierte en algo tan pesado como los trabajos de Hércules. Por ejemplo, estás haciendo cola en un cine y la taquillera pregunta a la persona que va delante de ti:

¿Cuántas entradas quiere?

Bueno, en fin... —contesta—, por una parte estoy yo. O sea, una entrada. Pero luego está esta mujer que está conmigo. Bueno, no es exactamente que esté conmigo.



Los dos vemos a otra gente. Pero es que hoy estamos juntos, aunque no sabemos si nuestra relación está progresando o no. Así que está ella también. Así que ya son dos entradas. Y luego están también unos amigos nuestros. Pero no han podido venir...

De hecho, en un ambiente así es imposible que funcione el alma.

Todo el mundo coincide en afirmar que las sociedades primitivas tienen un gran valor. La sabiduría y los conocimientos de los hombres aumentan si se conservan las culturas antiguas. Pero lo que no creo que le importara a ningún antropólogo es que nos deshiciéramos de esta otra.

# Conversaciones de sobremesa

---

Según *El libro de los proverbios*, «es mejor cenar verduras donde hay amor que cenar un buey bien cebado donde existe el odio». Pero una cena acompañada de una conversación brillante está por encima de las verduras, el buey y el amor. Lo más placentero de un festín es lo que sale de los labios, no lo que entra por ellos.

Como escenario para mantener una buena conversación, la cena ofrece grandes ventajas. Los participantes ocupan lugares muy próximos, no se admiten las interrupciones y realizar una de las pocas funciones fisiológicas placenteras siempre pone de buen humor. Además, la boca tiene ocasión de cumplir una función distinta. Esto es muy importante. Las afirmaciones, así como las respuestas, pueden fabricarse mientras los dientes raspan la parte interior de una hoja de alcachofa; masticar algo más sustancioso te permite tomar un respiro tras haberte metido en un callejón sin salida al charlar. Y un trago de vino sirve para soltar la lengua y frenar las mentes críticas. Sólo hay un lugar mejor para conversar: la cama. Pero, a menos que tengas criterios supermodernos, hace que te veas obligado a limitar bastante la lista de invitados. Incluso entonces, si tienes a cinco o seis personas en tu cama, lo más posible será que se pongan a charlar más que a conversar.

Sin embargo, no sirve cualquier tipo de cena. Un té o un bufet no resultarían adecuados. Puede ser un síntoma de las obsesiones freudianas de la sociedad actual, pero muy poca gente moderna puede hablar si tiene algo colocado sobre los muslos. Para cenar hay que sentarse a la mesa. Y el número de invitados debe ser pequeño, siete como máximo. La conversación no es un deporte multitudinario ni una carrera de relevos que se realice a lo largo de una mesa de banquete en la que se sientan cincuenta comensales. No debe haber nada que entorpezca la visión, como, por ejemplo, los inmensos centros de mesa cuajados de flores. Es imposible que un invitado haga comentarios que no resulten bucólicos cuando su cabeza está dentro de un marco de crisantemos. La comida ha de permitir que los invitados se miren a la cara mientras están comiendo. Las mazorcas de maíz son malas. Los espaguetis, peores todavía. De la sopa francesa de cebolla es mejor no hablar. Hay que prestar especial atención a la bebida. Cuanto mejor sea el vino, el champán y el coñac, más intensa y brillante será la conversación. Evita tener invitados que no beban. Muy

posiblemente se pondrán a hablar de por qué no lo hacen. Evita también los licores fuertes. El vino sirve para evocar a las musas. Pero ocurre algo con los licores que proceden de los cereales y es que hacen que salga la bestia que llevamos dentro. El martini con ginebra es especialmente peligroso. La capacidad de comunicación de los invitados acaba siendo la misma que la de los perros: se huelen y se mordisquean unos a otros y se les ponen de punta los pelos de la nuca. Lo mejor que se puede hacer para no tener que servir martinis es tener en casa solamente las peores marcas de vermut dulce.

Los invitados, naturalmente, deben elegirse con sumo cuidado. Hay que combinar a los buenos oradores con los que saben escuchar. Y no hay que confundir a los que saben escuchar con los que simplemente no abren la boca. La persona que sabe escuchar, escucha con mucho entusiasmo, anima al que habla, le hace las preguntas que sean pertinentes y tiene la capacidad de profundizar sobre un tema o de pasar a otro con habilidad si la conversación se vuelve monotemática. Un buen orador debe reunir también todas las cualidades del que sabe escuchar y debe tener, además, la capacidad de poder hablar durante un largo espacio de tiempo: contar las anécdotas con todo lujo de detalles, bromear inteligentemente, contar las novedades de una forma divertida y rematar sus razonamientos con una frase inesperada. Un buen orador debe poder hacer todo esto sin provocar en los otros invitados el deseo de tirarlo por la ventana. El valor de este tipo de gente es incalculable. No dejan tiempo a los demás para poder comer.

La conversación es una actividad de grupo y hay que considerar a los participantes como si fueran un equipo, aunque en el equipo haya algunas estrellas. Los buenos trabajos de equipo se consiguen a base de práctica. Si quieres que se desarrolle una buena conversación es mejor que invites a personas que ya hayan mantenido buenas conversaciones entre ellos. Poseen una técnica refinada. El señor X hará grandes alabanzas sobre algún acontecimiento de la cultura popular y le pasará la pelota a la señorita Y, que hará un comentario ingenioso.

Señor X: *Smithereens* es una película bien realizada, pero no muy atractiva, cuyo protagonista es deliberadamente antipático; no tiene escenas en las que se muestre el desarrollo de las relaciones personales porque se supone que nosotros, con nuestra imaginación, podemos averiguar no sólo lo que pasa, sino también lo que no pasa.

Señorita Y: —Si se utilizan más de tres frases negativas para alabar algo, ese algo nunca va a ser rentable.

La gracia de la mesa redonda algonquina tenía más que ver con este tipo de ejercicio que con la genialidad innata de los participantes.

Si no puedes invitar siempre al mismo grupo o si no conoces a ningún grupo que reúna estas características, intenta por lo menos que los invitados tengan cosas en común. Pero asegúrate de que lo que tienen en común no sea la vanidad. Sólo a un

idiota se le ocurriría sentar en la misma mesa a dos empresarios del mundo de los deportes, a dos tenores de ópera o a dos jueces del Tribunal Supremo.

Asegúrate también de que los invitados no están deseando matarse. Es un consejo que no tendría por qué dar, pero a muchos anfitriones les parece «interesante» invitar a la misma fiesta al jefe de una de las ramas de la OLP, por ejemplo, y al primer ministro de Israel, o a Norman Mailer con todas sus ex-esposas. Esto se puede hacer en un cóctel, pero si se trata de una cena con pocos asistentes, lo más probable es que haya un silencio petrificante o que uno le tire a otro la salsa.

No invites a la gente que sólo se interesa por un tema, ni siquiera si el resto de los invitados tiene la misma obsesión. Lo que ocurre con una larga conversación que gira en torno a un solo tema es que las ideas van degenerando y se convierten en opiniones y las opiniones dan paso a los prejuicios. Seis fervientes admiradores de la poesía simbolista francesa se llevarán muy bien durante la sopa, pero cuando lleguen al queso y a la fruta estarán dándose voces.

—¡Las imágenes superpuestas que utiliza Verlaine para sugerir ambientes y emociones huelen que apestan! —¡Mentira!

Y cosas por el estilo.

Lo que importa no es que los invitados se conozcan o que tengan los mismos intereses o las mismas vivencias; en lo que tienen que coincidir es en la actitud. La buena conversación se desarrolla en un plano que está por encima de los asuntos humanos. Tiene que existir un distanciamiento que permita que se supriman las emociones tontas. El propósito de la conversación —si se puede decir que un arte tiene un propósito— es descubrir cuál es el punto de vista de los otros, cómo los otros dan sentido a su existencia o de qué forma aceptan que ésta carece de sentido. La buena conversación te permite tener tantos ojos como Argos o tantas cabezas como Hidra (aunque es de esperar que las cabezas sean más bonitas).

En la conversación no se debe, pues, hablar sobre uno mismo. Los invitados te están observando perfectamente y no necesitan ninguna ayuda. Lo que quieren es enterarse de cosas que no saben o en las que no han pensado. En la conversación no hay lugar para las insignificantes y aburridas manifestaciones del yo. No hables de los animales domésticos que tienes ni de tus nietecitos. De la misma forma, evita hacer preguntas demasiado personales a los demás. Algunos pensarán que tus preguntas son groseras; pero lo peor es que la mayoría se apresurará a responderlas. La enfermedad del narcisismo no se va a curar por extenderla a los de la mesa.

Tampoco tiene cabida en la buena conversación la admiración exagerada o la envidia. Está bien que se alabe o se admire a alguien, pero hablar, por ejemplo, de los poderes y las virtudes de Fritz Mondale como si te parecieran lo más maravilloso del mundo echaría a perder la velada. Y si de repente te entrara un ataque de celos por pensar que tú no eres él, provocarías un silencio cargado de indignación.

La amargura y las quejas también estropean la conversación, violando además la regla básica del decoro: «Un caballero nunca ha de quejarse de algo que no quiera o no pueda remediar». A menos que estés dispuesto a abandonar la mesa y a firmar un cheque para saldar las deudas de la Seguridad Social, lo que deberías hacer es tomarte otro vaso de vino y dejar que se pase al tema de los exorbitantes gastos del ministro de Defensa.

Los tabúes que existen acerca de las protestas no deben, sin embargo, hacernos pensar que está prohibido maldecir. El maldecir es una actividad divina y ha proporcionado a las mentes geniales una gran alegría a lo largo de toda la historia. Puedes maldecir al gobierno con todas tus fuerzas, puedes decir que incluso sus más insignificantes funcionarios son unos bastardos y que visitar Washington es como meterse en una bañera llena de serpientes vivas; todo con tal de que no te quejes.

Hay que actuar de una forma igualitaria, además de mantener un cierto distanciamiento. Aunque no esté escrita, existe una ley democrática en las cenas. Puede que algunos invitados sean famosos y poderosos y otros sean humildes y desconocidos, pero todos son iguales cuando se sientan a la mesa. Por lo tanto, la agresividad y la competitividad no tienen cabida. No se debe sermonear, dogmatizar o contar chistes. Tanto intentar imponer ideas como creernos omniscientes son actos competitivos. Un chiste es un juego retórico que confiere superioridad al que lo cuenta, al mismo tiempo que coloca al que lo escucha en una posición de sumisión. Si ves que un chiste viene muy al caso y te ves obligado a contarlo, lo mejor que puedes hacer es convertirlo en una anécdota.

Si se está hablando, por ejemplo, de la opresión política en Europa Oriental, puedes contar que los disidentes checos saben un chiste sobre alguien que hace cola en una carnicería durante quince horas para que le acaben diciendo que ya no tienen carne; empieza a dar voces, quejándose, y entonces un desconocido que lleva un abrigo militar sale de entre la muchedumbre y le dice: «Camarada, contrólate. En los viejos tiempos, cuando alguien se quejaba de esa forma...» El desconocido hace con su mano el gesto de disparar.

El de la cola vuelve a su casa. Cuando su esposa ve que viene con las manos vacías, le pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Se les ha acabado la carne?

—Peor que eso —contesta el de la cola—. Se les han acabado las balas.

Este chiste se contaba en las actuaciones políticas de los cabarets de Praga antes de la invasión rusa de 1968. Al añadir este dato te quitas de encima el peso que te supone haber contado un chiste directamente. Si no lo haces así es que estás intentando imponer la esclavitud y la disciplina en la conversación.

Una discusión acalorada resulta todavía más molesta que un chiste. No se trata simplemente de un acto agresivo; viola además el espíritu artístico de la

conversación.

No hay que esperar que una conversación «resuelva» nada; tampoco se esperaría que lo hiciera un cuadro de Matisse.

El fallo más censurable que uno puede cometer al hablar es dar consejos. El que lo hace demuestra una falta de respeto enorme hacia los conocimientos y los juicios de los otros, así como una enorme carencia de sentido común. No hay que ofrecer nunca lo que uno mismo no está dispuesto a aceptar.

Si la actitud es correcta todos los temas resultarán adecuados. Se puede incluso hablar de los nietos si uno es capaz de distanciarse lo suficiente como para poder retratarlos como las pequeñas bestias que en realidad son. En términos generales, los temas de conversación se pueden agrupar en tres categorías diferentes: ideas, información y cotilleo.

Las ideas se diferencian de las opiniones —sus parientes pobres— en que son cosas vivas que pueden injertarse en otras o llegar a florecer mientras circulan por la mesa; las opiniones, en cambio, son cosas muertas que se utilizan normalmente para intentar reanimar conversaciones que están igualmente muertas. «Meryl Streep es una actriz que emana una sexualidad que va más allá del mero deseo». Esto es una idea. «Meryl Streep es buenísima». Esto es una opinión. Agarraos a las ideas. Suenan menos a dogmatismo.

La información es algo que todo el mundo desea tener, pero que nadie aguanta recibir. ¿Quién no ha soportado una explicación sobre cómo funcionan los tipos de interés bancario? Pero cualquier información puede resultar fascinante si se expone de forma adecuada. Hay un bioquímico de Nueva York que explica la meiosis celular como si se tratara de un romance entre adolescentes: la división del DNA se realiza de la misma forma en que una chica abandona su casa porque está harta de su familia y este conjunto de cromosomas adolescentes conoce a un bello ejemplar de DNA que llegó hasta la puerta de al lado montado en un espermatozoide. Luego se van a vivir juntos y otra vez se empieza a construir toda la casa biológica, con la bañera grande, la pequeña y el garaje. Lo esencial es explicarse con términos y conceptos generales, evitando el lenguaje especializado. A los expertos en informática no les gustaría que les hablaran en swahili y, sin embargo, esos mismos expertos confundirían a sus oyentes hablándoles de bits, discos flexibles y registros de la memoria.

El cotilleo es lo que más le gusta a todo el mundo. Es terrible, por supuesto; tan terrible como nosotros. Como la gente no va a dejar de cotillear, debemos intentar por lo menos hacerlo bien. Nunca hay que criticar a la gente que no se conoce. Esto sería robar el pan a los humildes artesanos como Suzy o Rona Barret. Además, si lo haces, los otros pensarán que todos tus conocidos son bastante aburridos. Al cotillear hay que poner una cara inexpresiva. La sofisticación no permite las sorpresas y si se conoce bien la naturaleza humana se pueden evitar las decepciones. Hay que

presentar todos los escándalos de una forma real y sin exagerarlos. Las conversaciones tienen que ser relativamente sinceras, si no se convierten en una forma inferior de arte, como es la literatura.

Seguro que surge una buena conversación si la gente es animada y tiene una actitud inteligente, y si los temas valen la pena o por lo menos no están mal. Pero todo puede echarse a perder si la técnica no es buena.

Los intercambios de opiniones deben mantener un ritmo. Todo el mundo tiene que contribuir, aunque la contribución se reduzca a fingir que uno no puede tragarse la cucharada de sopa por estar demasiado impresionado por lo que se acaba de decir. No se debe dejar a nadie fuera de la conversación. No hay nada más desagradable que ver a cinco personas hablando en profundidad de un tema que la sexta persona desconoce. Es lo mismo que invitar a dicha persona a cenar y no servirle comida. No se permitirán las conversaciones a dúo a no ser que haya sólo dos personas presentes. No se debe invitar a las parejas que estén viviendo su luna de miel (marital, comercial o de cualquier otro tipo). No se debe practicar el arte de la seducción; se puede flirtear todo lo que se quiera, pero ha de hacerse en público y tratando de entretener o asombrar a todos los asistentes.

Lo ideal es que un invitado abra la conversación, que haya una reacción general, que el primero defienda su tesis o se retracte y que un segundo invitado tome la palabra. Al ocurrir esto último, el tema debería modificarse, por lo menos ligeramente. Francis Bacon, en el siglo XVII, afirmaba lo siguiente en un ensayo titulado *Sobre el discurso*: «El papel más honorable que se puede asumir en un debate es el del que cede la palabra, modera y cambia de tema; ése es el hombre que dirige la danza».

Cambiar de tono y de estilo debe ser tan frecuente como cambiar de orador y de tema. Las anécdotas no deben sucederse; han de estar mezcladas con observaciones, comentarios divertidos, hipótesis, preguntas, etc. Y no solamente para buscar la variedad. En la conversación, a diferencia de lo que sucede en el bridge, se considera de mal gusto echar cartas del mismo palo. Si la señorita A comenta que conoce a una actriz que tiene doscientos cuarenta pares de zapatos, sólo un animal dejaría caer que él conoce a una condesa que tiene trescientos pares. Tu deber de anfitrión consiste en salir al paso de tales patinazos. Tendrías que decir algo como: «Sí, es cierto que la condesa tiene trescientos pares de zapatos, pero lo que pasó es que su padre, arruinado por los impuestos europeos, tuvo que casarse con una cucaracha adinerada y, por lo tanto, la señora en cuestión tiene seis pies».

Tu deber consiste, realmente, en asegurar el buen funcionamiento de la maquinaria conversacional. En una situación perfecta esto se reduce a llenar los vasos. Pero normalmente tienes también que evitar que los oradores expertos monopolicen la conversación, animar a participar a los reticentes y justificar las

intervenciones de los exaltados. Tienes que curar con cumplidos el orgullo herido, rescatar a los que hayan metido la pata y, si la conversación se te escapa de las manos, puedes incluso fingir que la criada acaba de dar a luz en la cocina.

No te olvides de este último consejo: serás también tú quien tenga que encargarse al final de hacer que todo el mundo se calle y se vaya a casa.



# **Alfabeto para escolares**

## ***Versos sencillos cargados de buenos consejos sobre los modales y el aprendizaje, así como advertencias morales y de otro tipo***

---

de Algebra, un aburrimiento total.

**A** Lo único que se te exige es aprobar,  
Porque aunque el álgebra es difícil, complicada y pesada.  
Fuera de la escuela, gracias a Dios, no sirve para nada.

de Bebida, sobre todo cerveza, que te hace actuar lascivamente  
Y comportarte estúpida y ruidosamente.

Este líquido a la gente arruina,

**B** A la gente que piensa y a la gente fina.  
No debes beber cerveza, es algo asqueroso,  
Es propio de las clases bajas y muy peligroso.  
Tomar ginebra, vodka, cocaína o whisky es más beneficioso.  
del Concierto del cole, la más importante de todas las noches.  
Si te gusta vomitar y que te hagan pajas en los coches.

De esta noche todo el mundo se quiere olvidar,

Pero un pequeño detalle se la va a recordar:

Las fotos que los padres sacaran

Y que enmarcadas y colgadas están en el rincón de la entrada.

Saldrán en los periódicos estas fotos

Si violas a una menor o tienes un accidente de moto.

Así, pues, tendrás que asegurarte de que el esmoquin sea sencillo y de tu tamaño.

**C** Que, por tanto, parezca que es tuyo y no uno alquilado.

Cuida que tu pelo quede a la cabeza muy bien pegado,

Que parezcas un hombre, no un hippie desfasado.

No te hagas —como los comentaristas deportivos— la raya en el medio, háztela al lado.

Tu foto puede salir publicada en la prensa internacional  
Si lo que haces o dices está mal.  
No querrías que la gente pensara que un loco habías sido  
Si al presidente mataras o resultaras molido<sup>[9]</sup>.

de Drogas, es decir, el chocolate,  
Entre la fauna de tu edad flora abundante.  
Esta droga la mente te abre,

**D** Te vuelve intuitivo, perspicaz y amable.  
Intensifica tus sensaciones, tu mente libera,  
Hace que te preocupes por la naturaleza.  
Al tomarlo pareces tan majo y tan bueno  
Que toda la gente te toma el pelo.

de Esfuerzo. Lo tienes que ocultar,  
Pues si ven que te esfuerzas todos van a pensar

**E** Que tienes aspiraciones y eres ambicioso.  
Te tendrán por peligroso, insaciable y malicioso.  
Nunca perdonarán a los que están arriba  
Los que trabajan para ganarse la vida.

de Fracaso. Una maldición espantosa.  
Aparte del éxito no hay peor cosa.

**F** Son muy populares los inútiles y los perdedores,  
No puede decirse lo mismo de los campeones y los ganadores.  
Finge que tuviste éxito y que lo despreciaste,  
Pero si tienes éxito no digas nunca que tú te lo ganaste.  
El que se merece el éxito es aún más odiado  
Que el que por casualidad lo ha alcanzado.

de ese rollo que es la Geometría  
Y que te confundirá como a mí me confundía.

**G** Hasta tal punto que de hecho me temo  
Que no puedo hacer que rimen los versos.  
Volveré a la F, F de Felicidad  
Aprovéchala si la tienes, no te durará.

de Humanismo, de las obras de caridad.

**H** Trabaja duro y hazte rico y sabrás la verdad:  
Todos se portarán mejor contigo  
Si tienes dinero, si eres rico.

de Integración, de la mezcla de razas;  
Las políticas modernas con la injusticia acaban.

**I** No des tortas ni patadas a tu nuevo compañero,  
No prendas fuego a su casa ni le tomes el pelo.  
Debes animarlo en las carreras, la gimnasia y el baloncesto.  
¡Gana dinero apostando a su cuerpo de color negro!  
de Jugar con la polla, de masturbarte.

**J** Durante el curso y en vacaciones, hazlo al acostarte.  
Como verás, esto resulta mucho más barato  
Que lo que hacen los adultos con el aparato.

**K** de los Kleenex empapados de ese amor que brota  
(Para mejor entenderlo, véase el poema de la jota).  
de Latín, una lengua tan complicada

**L** Que ya ni siquiera los romanos la hablan.  
Por si no crees lo que digo, te hago una proposición:  
Vete a ver *Yo Claudio*, ya hay otra reposición.  
del «Más popular»; también del «Mejor vestido»,  
Del «Mejor bailarín», del «Mejor parecido»...  
El héroe de la obra de teatro, aquella majorette tan delgada;  
Él se volverá maricón y ella acabará cuadrada.  
El chico que ahora es el campeón en todos los deportes  
Dentro de doce años se dedicará a vender coches.  
La chica que es ahora la Reina de la escuela  
Acabará sus días divorciada o soltera;

**M** La mitad de su corte serán bailarines desnudos muy ridículos.  
El ligón de la clase morirá de cáncer de testículos.  
El chico que era presidente del Consejo de Estudiantes  
Se convertirá en eremita algo más adelante.  
En la ONU habrá de tener lugar un debate  
Sobre los derechos del buen estudiante.  
No os olvidéis de que el futuro  
Para los jóvenes triunfadores será muy duro.  
Llegar a ser el rey de la fiesta, poco importa;  
Einstein no lo fue, ni tampoco Zola.

**N** de Nike, el nombre de un misil, no de una marca de ropa de deportes.  
Cómprate unos zapatos de cordobán, que no sean azules y que tengan  
cordones.  
de lo que Os espera en el futuro:  
El holocausto nuclear y la destrucción del mundo.

**O** Por las historias del apocalipsis no te dejes engañar,  
Desde el 45 están diciendo que está a punto de llegar.

No importa que haya muchos misiles infernales  
Nada ocurrirá antes de los exámenes finales.  
de la Puntuación mejor, que es el «aprobado».  
Es sencillo y modesto; para los chicos lo más adecuado.  
Si sacas «sobresaliente» pensarán tus amigos  
Que no sales nunca, que eres muy aburrido.

**P** El «notable» no está, desde luego, al alcance de la mano  
Pero si es un genio el que lo saca, diremos que es vago.  
El «insuficiente» hace que parezcas tonto de remate  
Y el «muy deficiente» hace que tu padre te maltrate.  
El «aprobado» es lo mejor porque denota *moderación*,  
Objetivo de los filósofos de cualquier época y nación.  
del Quid de la cuestión, del porqué de las cosas,  
Algo que sólo interesa a las personas que están locas.  
No sucumbáis a la curiosidad,

**Q** Es peor el remedio que la enfermedad.  
Cuantos más conocimientos, más intranquilidad.  
Os contaré algo para que vuestra mente esté en paz,  
De los Lanceros de Bengala citaré el famoso lema:  
«Si haces una pregunta conseguirás tan sólo una respuesta».  
de Rollo, el rollo del desempleo.

En las ciudades hay mucho y provoca un gran cabreo.  
Cuando acabes los estudios puedes no encontrar trabajo  
**R** A pesar de que en la escuela fueras el más aplicado.  
Deberás especializarte en una cosa  
Que te permita conocer gente famosa.  
Quizá no haya trabajo para el médico ni para el dentista  
Pero te casarás con una mujer rica si eres un buen tenista.  
del examen de Selectividad.

Tienes que confiar en tu superioridad.  
De esta forma estudiarás en Harvard o en Yale,  
**S** Donde todo el que entra, convertido en político sale.  
El trabajo de los políticos está muy bien pagado  
Y el poder y la influencia quedan asegurados.  
El cargo de político vale también la pena  
Porque cuando te pillan en la mejor prisión cumples condena.  
de Tenerla dura, de Tenerla erecta;  
En el gimnasio, en el comedor o en la discoteca.  
No te pongas colorado ni te des coscorrones

Al ver la grosera tienda de campaña en tus pantalones.  
Espera, relájate; sentirás una gran emoción  
Si dentro de treinta años todavía puedes tener una erección.

**U** de la Urticaria que te produce esa porquería  
Que tomas en el comedor a mediodía.  
Es para que te acostumbres a la comida asquerosa  
Que cuando te cases preparará tu esposa.

de los Versos que escriben los quinceañeros,  
Versos llenos de plagios, cursis y sensibleros.

Como ahora el verso libre está de moda,  
Escribe poesía la gente toda.

Antes los poemas eran muy rimbombantes  
Y siempre se buscaban las rimas consonantes.

**V** Pero ahora las cosas al parecer han cambiado un poco  
Gracias a los bardos modernistas y a los poetas locos.  
Ya no hay reglas que valgan, puedes hacer lo que quieras  
No tienes, por ejemplo, que acabar este verso con «esferas».  
Sólo tienes que dar rienda suelta a tus sentimientos  
Y no empezar a escribir en el margen, sino un poco más adentro.  
Eso sí, hay una regla que no puedes saltarte,  
No des el poema a la chica a la que se lo dedicaste.

de Walquirias, de las mujeres,

**W** Que son malas, mentirosas, salaces y crueles.  
Roban más que un gitano y están más locas que una cabra  
Pero sólo con ellas te irás a la cama.

de la desintegración social eXistencial.

**X** A los franceses esto no les dice nada y a nosotros nos da igual.  
Así que no vayas por ahí actuando a lo Jean Paul Belmondo,  
Por el contrario, aspira a tener tres coches y una moto.

de Ya Ya Ya Ya

Bom bam bom ba.

**Y** Contrólate, procura mantener la compostura  
La exaltación infantil es una cosa inmadura.  
La canción de guerra del cole resultará poco apropiada  
Cuando seas mayor y te enfrentes a la realidad descarnada.

de Zumbado; siempre en la clase hay un payaso

Que no deja de hacer el tonto y que al profe no hace caso.

Es la pesadilla del maestro y el tormento del director

Pero en la clase y en el gimnasio es la fuente de diversión.

**Z** Pero en la clase y en el gimnasio es la fuente de diversión.  
Estos niños de pequeños son siempre muy salados,  
Pero cuando son adultos mejor que se estén callados.

# Esos horribles sombreros protestantes

---

Era una tarde lluviosa y me disponía a salir de casa. Me puse el abrigo, cogí el paraguas y me coloqué en la cabeza un gorro de lona impermeable. Mi novia, que era católica, empezó a reírse, señalándolo. «¡Dios mío! —dijo—. ¡Qué sombrero tan horrible! Es como los de los protestantes». Me miré en el espejo. Era cierto, los sombreros impermeables de Brooks Brothers con el ala ancha y caída hacen que parezcas una pieza defectuosa de un coche americano que ha tenido que devolverse a la fábrica. Me hizo reflexionar. Es cierto que los protestantes llevan unos sombreros espantosos, sobre todo los protestantes ricos de edad madura, esos que normalmente llamamos WASPs<sup>[10]</sup>. Usan sombreros de verano hechos con vegetales entrelazados y adornados con cintas de colorines. Parecen ramos de flores de esos que se llevan a los hospitales, pero que ya estaban mustios al comprarlos en la floristería. Se ponen unos sombreros de *tweed* «irlandeses» que ningún irlandés respetable se atrevería a poner a sus caballos de tiro. Usan unas gorras de lana de punto de espina que harían que el presidente de un banco pareciera un minero inglés en una manifestación. Los viejos WASPs que aspiran a ser artistas llevan unas boinas que te hacen sentir vergüenza ajena. Los WASPs de mediana edad que acaban de conseguir el divorcio y un coche deportivo llevan unas gorras de las de conducir muy ridículas, de ante y con un corchete que sujeta la visera. Y luego están los sombreros indescriptibles de los detectives federales y los gorros de astracán que llevan los abogados que —supongo yo— quieren hacer pensar a sus clientes que dirigen un gulag en su tiempo libre.

Si te sales de la ciudad, la situación empeora. En Nueva Inglaterra, donde yo vivo, los veraneantes parecen dedicarse a demostrar que los sombreros de ala flexible son los causantes del síndrome de Down. Los sombreros de panamá surten un efecto muy distinto: estupidez combinada con falta de moralidad. Y, desde luego, en nuestro idioma no hay forma de describir sin ser grosero lo que parecen los ejecutivos financieros que están de vacaciones cuando se ponen esas gorritas griegas de pescador.

La proximidad del agua parece contribuir a que los WASPs se vuelvan locos por los sombreros. Los que se dedican a pescar con moscas llevan en la cabeza cosas alucinantes, y siempre decoradas con montones de moscas secas, como si en

cualquier momento fueran a hundir la cabeza en el agua y a pescar una trucha enorme con el cuello. Es difícil parecer más estúpido que los que se dedican a la pesca de altura, con esas gorras con viseras tan exageradamente largas. Difícil, pero no imposible, porque también tenemos el gorro de marinero Kennebunk. Se trata simplemente del gorro de un traje de marinero para niños, calado hasta los ojos, hasta las orejas y en ocasiones hasta la nariz. Si se lleva de esta forma, parece una especie de condón blanco de algodón para el cerebro. Los sombreros que se utilizan para ir en barco muestran diversos grados de estupidez, empezando por la gorra sencilla, que hace que los que la llevan parezcan sencillamente analfabetos, y acabando por los gigantescos gorros de goma amarilla que utilizan cuando el tiempo es malo, y que harían que el mismísimo John Bush pareciera un personaje borracho de los dibujos animados haciendo un anuncio de atún.

La situación no mejora cuando el agua se convierte en nieve o hielo. Si es que existe algo —vasallaje, bolchevismo *purdah*— que dañe aún más la dignidad humana que el gorro de lana para esquiar, yo no lo conozco. Los payasos profesionales, los bufones de las cortes medievales y los tontos de los pueblos de más allá de los Cárpatos se resistirían a llevar en la cabeza esas medias que miden medio metro, que tienen todos los colores del arco iris y que terminan en una gigantesca borla. Y los WASPs se ponen cosas todavía peores cuando no están en las pistas de esquí; cuando salen a quitar la nieve de la puerta llevan unos gorros de cuadros escoceses con el reborde de plástico y las orejeras atadas arriba. Son los gorros más horribles de la tierra, los que hicieron que los estados centrales de América se convirtieran en el hazmerreír del mundo.

Yo sólo soy protestante a medias, pero cuando revuelvo en mi armario encuentro un gorro espantoso de piragüismo, un penoso sombrero Gragsmere de pana, un estúpido gorro de pesca que conseguí en los cayos de Florida y que tiene una visera por delante y otra por detrás, varias viseras de tenis (que hacen que parezca que voy a tomar parte en una olimpiada de contables), una gorra estilo John Lennon de mis días de hippie y un montón de esas típicas gorras de béisbol llenas de propaganda; al mirarlas deduzco que he estado alquilando la parte delantera de mi cabeza a Purolator, Firestone, la NRA y a las fiestas de 1978 de Kittery y Maine. Y es mejor no hablar del gorro de payaso del *International Signal Orange* que me pongo cuando voy a cazar pájaros.

Ahora bien, es cierto que otros grupos étnicos también llevan tocados muy extraños. Por citar algunos, los negros, los judíos ortodoxos, los arzobispos mejicanos y los trabajadores italianos de la industria siderúrgica. Pero los sombreros vaqueros que se ven en la calle 125 son intencionadamente estrafalarios, los casquetes judíos son un símbolo de su fe religiosa, etc. En cambio, los WASPs llevan sus sombreros con mucha seriedad, sin que se deba a razones espirituales o a tradiciones históricas,



y de poco servirían sus extraños tocados si se les cayera encima una viga de hierro. Sin embargo, un WASP siempre te dirá que su sombrero es funcional. Sé por experiencia que cuando alguien utiliza la palabra «funcional» es que está comenzando a inventar una excusa poco convincente. La verdadera razón por la que los WASPs llevan sombreros ridículos es porque sirven para satisfacer una fuerte necesidad, la de llevar sombreros ridículos *In gintonic veritas*. Haz que un WASP beba seis copas y verás cómo se pone alguna cosa absurda en la cabeza: la pantalla de una lámpara, ropa interior de mujer, una bandeja de plata para nueces, una cesta para perros o cualquier otra cosa. En otros momentos en que se halle más sobrio y más inhibido, le bastará con un sombrero de explorador, un gorro escocés de lana o una de esas monstruosidades de Tejas que todos los WASPs adoptan cuando creen que van a poder ver alguna vaca.

Hasta finales de la era Eisenhower, los WASPs llevaban unos sombreros maravillosos. Lucían unos gorros flexibles de forma perfecta y con la raya marcada, alegres canotiers, majestuosas chisteras y resistentes bombines. Un auténtico caballero era capaz de ponerse unos zapatos de dos colores para asistir a una recepción diplomática antes que aparecer en público sin llevar el sombrero adecuado. Más adelante las cosas cambiaron.

Los protestantes ricos constituyen un grupo social muy numeroso. De entre ellos sale un alto porcentaje de destacadas figuras del campo de los negocios, la política y la educación. A lo mejor no es una casualidad que el auge de los sombreros ridículos coincida con la desaparición de una política exterior coherente en Estados Unidos, con la decadencia de la ética en los negocios, con el incremento del analfabetismo funcional y con el declive general de Estados Unidos como potencia mundial. La cabeza es un símbolo de la razón, la disciplina, el buen juicio y el autocontrol. Ataviarse con un sombrero tirolés de fieltro verde que como adorno lleva en la parte de arriba un mechón de pelo del trasero de un ciervo significa que las cosas andan mal. Nuestros aristócratas —los que tienen más ventajas, mayores recursos y más oportunidades para hacer el bien— han decidido evadir todas sus responsabilidades de seres civilizados, dan rienda suelta a ello y van por ahí comportándose como una manada de...

¡Un momento! Acabo de ver cerca del puerto un WASP con un cubo lleno de botellas de Martini intentando ponerle a su perro una especie de pamelita de fieltro: ¿Significa esto que Henry Kissinger va a volver a ser Secretario de Estado?

# Los confines de la Tierra

# En busca de los piratas de la cocaína

---

Tenía dinero en el banco, una novia muy guapa y un trabajo que hacer para una buena revista: entrevistar a varios ejecutivos. Es decir, estaba aburrido, inquieto e irritable. Los periodistas se diferencian de la otra gente en que la otra gente se pasa la vida huyendo de la violencia, la tragedia y el horror, mientras que nosotros pasamos la nuestra buscando estas cosas. Corría la sangre por las calles de San Salvador, los helicópteros comunistas bombardeaban las montañas de Afganistán, Africa estaba metida en un lío desde Addis Abeba hasta El Cabo, y allí estaba yo, en un maldito hotel de lujo, esperando para comer con un amable vicepresidente de una empresa. Anhelaba los disparos de los morteros, las epidemias de tifus o por lo menos los niños famélicos. Me gustaría que entendierais que no lo digo por hacerme el valiente ni por desear contarle al mundo la verdad. Es por pereza. Nada encabeza mejor un artículo que un disparo de mortero que ha alcanzado a un niño famélico que se encontraba en un hospital para enfermos de tifus. Eso es como para ganarse el premio Pulitzer. Pero imaginaos que tenéis que escribir aunque sólo sea una oración gramatical sobre un honrado interventor que te da todas las cifras de las ventas mientras coméis una ensalada de pasta.

En este ataque de autocompasión me llamó la atención el titular de un periódico: «Altos cargos de una isla del Caribe detenidos por contrabando de drogas». Lo que pasaba era que el 6 de marzo de 1985 el Servicio Antidroga había detenido en el Ramada Inn de Miami a Norman Saunders, primer ministro y jefe de estado de una colonia de la corona inglesa, las islas Turks y Caicos. Filmaron a Saunders cuando se metía 20 000 dólares en el bolsillo de los pantalones. El y otros dos de los once miembros del Parlamento de las islas —el ministro de Comercio y Desarrollo, Stafford Missick, y el legislador Aulden «Smokey» Smith— fueron acusados de diecisiete delitos de conspiración sobre tráfico de drogas. Y así, al acabar el día, el 27 por 100 de los miembros del gobierno de las Turks y Caicos se encontraban en un calabozo norteamericano.

Esto me parecía emocionante. En ninguna revista nacional se había publicado una historia sobre tráfico de drogas en el Caribe desde hacía por lo menos una semana. Podría volar a las Turks y Caicos durante el intervalo que se produjera entre dos de

estas charlas con nababs fiduciarios y meterme en un buen lío.

No era ésta la primera vez que habíamos tenido noticias de la existencia de tráfico de drogas en estos islotes, repletos de puertos y pistas de aterrizaje, que se encuentran en el extremo sureste de las Bahamas. Los periodistas siempre estamos al tanto de estos asuntos. La prensa inglesa lleva años sacando artículos con titulares como: «El paraíso de los narcotraficantes: una isla colonial da la pista para descubrir una red de traficantes multimillonarios» *Daily Express*, 7 de septiembre 1982). El *Times* afirmó que a finales de la década de los setenta «la policía calculó que el 90 por 100! de la marihuana que entra en Estados Unidos pasa por las Turks y Caicos». El *Sunday Telegraph* advertía: «El dinero conseguido mediante el tráfico de drogas tiene tanta influencia que está provocando la rápida creación de una nueva jerarquía de poder, de un nuevo sistema político».

Leí la historia de Saunders en diferentes periódicos. Por lo visto, los habitantes de las Turks y Caicos no estaban muy de acuerdo con la actuación de la DEA<sup>[11]</sup>. «Hablan de venganza, de tomar rehenes... y de la llegada precipitada de barcos de guerra británicos», decía el *Washington Post* en un artículo publicado en la primera página bajo el título: «La tensión aumenta en las islas tras las detenciones por tráfico de drogas —el Gobernador británico pide a la población que “no se lance a la calle”». El *New York Times* afirmaba que el primer ministro en funciones, el señor Nathaniel «Bops» Francis, «declaraba indignado que el señor Saunders había caído en una trampa y habló airadamente de un complot racista dirigido por norteamericanos blancos». «La tormenta posterior... se extendió por las ocho islas del territorio británico»; así comenzaba un artículo del *Miami Herald*, que incluía la siguiente cita del sobrino del ministro de Comercio: «Lo que resulta vergonzoso no es que ellos fueran detrás del dinero. Lo vergonzoso es que los hayan cogido». De todas formas, ¿qué se puede pensar de un país cuyos diputados tienen nombres como Bops y Smokey? Debe tratarse de una nueva república de piratas.

Hubo muchas repúblicas de piratas en el Caribe. Tortuga era la más famosa, y fue colonizada en el siglo XVII por un grupo de bucaneros franceses que se hacía llamar la Hermandad de la Costa. Atacaban a los barcos españoles que llevaban plata (y a cualquier otro barco). Otra pequeña nación de piratas era New Providence, situada en el territorio del Nassau actual. Fue fundada en 1716, y entre sus ciudadanos destacan «Calico Jack» Rackham y Edward «Barbanegra» Teach. Rackham era famoso por vestirse con ropa muy fina de algodón, Barbanegra por hacer estallar petardos dentro de su barba y por beber ron con pólvora. Aparte de esto, asaltaron muchos barcos y mataron a mucha gente. El jefe de Estado de New Providence era un náufrago medio loco que los piratas encontraron en la playa. Lo nombraron «gobernador» e inventaron un protocolo oficial muy complicado.

Las Turks y Caicos estarían, suponía yo, muy al día. No habría banderas piratas

ondeando en los grandes yates Herreshoff, sólo banderas de conveniencia colombianas. Sin duda habría siniestras lanchas negras atracadas en los puertos, aviones particulares camuflados con redes y grandes *campesinos*<sup>[12]</sup> con trajes de Armani portando Uzis y MAC-10s; los caudillos de la península de Guajira estarían saludando ostentosamente a los zarrapastrosos norteamericanos de los Rolex. Y, naturalmente, aparecerían por todas partes las novias de los narcotraficantes, rubias, bronceadas y casi desnudas, con los cuerpos duros y las miradas duras también. Habría, además, en los mostradores de los bares, montones de cocaína de los Andes muy bien molida y ligeramente teñida de rosa, dispuesta en rayas tan gordas como brazos.

¿Qué tengo que meter en la maleta? El bañador, las sandalias de goma, la Magnum 357... Por otra parte, teniendo en cuenta la afición de los camellos latinos a asesinar mujeres y niños (no digamos nada de escritores), quizá estaría bien llevar un certificado de mi médico recetándome tomar baños de sol para la psoriasis. Me di cuenta de que todos los folletos de viajes dedicaban especial atención a las medidas de seguridad que tomaban los bancos para que tu cuenta permaneciera en el anonimato. El hotel Third Turtle Inn, en la isla de Providenciales, parecía ser el mejor lugar para alojarme. Opté por llevar un disfraz para sentirme más seguro, un disfraz nada exagerado: una ligera americana de color azul, unos pantalones de sport y unos zapatos náuticos —un poco como un abogado, un poco como un banquero, igual que un yuppie del sur de Florida—, como si hubiera ido allí sólo para ver qué tal andaba todo, quizá para sentarme a hablar con un cliente, quizá para vender bienes fungibles a alguna empresa. Es decir, intentaría parecer un hombre de negocios, pero no con pinta de espía, ¡Dios mío!, ni de fisgón, ni de ejecutivo típico. Cogí el avión en Miami. Cuando llegué, todo me pareció amenazador: el calor del aeropuerto, con aquellos tejados de cinc; los policías de la aduana, aparentemente tan relajados; el paisaje de espinos y palmeras... Al llegar al Third Turtle me dirigí al bar, pedí una ginebra —mejor dicho un doble— y encendí un cigarro, intentando dar la impresión de que conocía el terreno.

—¡Dios mío! —dijo alguno de los del bar—. Otro periodista. ¿Cómo es que todos lleváis americanas azules? ¿Es que sois de un club o qué?

—Bueno. Yo... en fin... supongo que a la gente de aquí le habrá afectado mucho lo de Norman Saunders y lo de las detenciones que se han hecho en Miami —dije, llevando sutilmente la conversación al tema de las drogas.

—¿Que si nos ha afectado? —dijo otro—. ¡Claro que nos ha afectado, joder! Norman y Smokey son los dos mejores tenistas de las islas y el torneo se celebra la semana que viene.

Me parece que no era ésta la historia que yo estaba buscando.

Las Turks y Caicos se extienden por el océano a lo largo de ocho millas. En

realidad son afloramientos de caliza eólica, pilas de conchas fosilizadas. Hay algunas colinas, pero la mayoría de las islas están al nivel del mar o casi al nivel del mar. Las zonas bajas están cuajadas de mangles. Estas islas no parecen tener nada que ver con el tópico de los paraísos tropicales; a primera vista, se parecen al tejado de un bloque de apartamentos. Llueve poco y la tierra escasea. Las playas, sin embargo, son muy bonitas; el viento y el agua han causado una gran erosión en las rocas calizas y toda la costa parece ser de estilo rococó, con misteriosas cuevas marinas y sorprendentes hoyos que resultarían muy apropiados para los sacrificios de vírgenes aztecas. La gente es increíblemente amable. Saludaba con la mano tan a menudo que tuve que cambiar la moto que había alquilado por un jeep. No es muy aconsejable soltar los manillares si conduces por lo que ellos llaman carreteras. A unos cientos de yardas de la costa hay unos espléndidos arrecifes de corales situados justo en el borde de «la muralla», un precipicio submarino de mil metros de altura que se encuentra en el extremo de la plataforma continental. Es un buen sitio para bucear (o para deshacerte del cadáver de un rival, pensaba yo con optimismo). La vegetación es baja y resistente y está completamente enmarañada; se extiende a lo largo de muchas millas, sin que se adivine la mano del hombre. Es una de las pocas zonas completamente salvajes que quedan en el norte del Caribe.

Hay treinta y siete islas según el *New York Times*, cuarenta y dos según el *Washington Post* y ocho según el *Miami Herald*. Yo conté sesenta y tres en el único mapa que encontré, que estaba dibujado en uno de esos mantelitos individuales de papel. Cuando preguntaba sobre este tema, toda la gente —taxistas, patrones de barcos pesqueros, mujeres de la limpieza de los hoteles, gente de la calle...— quería darme su opinión. «Caicos del Este, Caicos del Oeste, Caicos del Norte, Caicos del Sur...». Cuando empezaban a decir los nombres de las islas era imposible detenerlos: «... y los Caicos del Centro y Providenciales y Cayo del Pino y Gran Turco y Cayo Guana y Cayo del Negro, que ya no se llama así, y Cayo de Atrás y Cayo de los Franceses, Cayo de los Arbustos, Cayo de los Peces, Gran Ambar Gris, Pequeño Ambar Gris... bueno, espere un momento; ¿quiere decir durante la marea alta o durante la baja?».

La población actual es de ocho mil quinientas personas solamente, y habitan sólo seis de estas islas. Casi otras tantas se han ido a las Bahamas, a Gran Bretaña, a los Estados Unidos o a cualquier otro sitio con posibilidades de encontrar trabajo. Todas las primaveras hay en las islas Turks y Caicos una invasión de preciosas polillas negras del infierno que tienen el tamaño de una mano. Las llaman «murciélagos del dinero». Se dice que si se te posan encima traen suerte. Al parecer traen bastante poca. Los habitantes de las islas trabajan recolectando conchas bajo el mar, pescando langostas o haciendo otros trabajos para los turistas: no hay mucho que hacer en general.

Entrevisté al gobernador británico, al líder de la oposición y (ya que los detenidos habían dimitido cortésmente) al nuevo primer ministro y al nuevo ministro de Comercio, Desarrollo y Turismo.

Nadie dijo nada en contra de Norman Saunders, el anterior Primer Ministro; tampoco dijeron nada nuevo. Al parecer era amable y generoso, y resultaba muy fácil trabajar con él. Era muy guapo e iba siempre muy bien vestido. Era especialmente querido en Caicos del Sur, su isla natal. Se veían retratos suyos por todas partes, y debajo de ellos estaba escrito un eslogan político cuyas palabras sonaban como los nombres de los enanitos de *Blancanieves*: «Firme, franco, fiel, afable». Esperaba que las palabras del líder de la oposición, Clement Howell, fueran duras. Pero las Turks y Caicos sólo tienen partidos políticos desde 1975, y todavía no saben muy bien qué es lo que tienen que hacer con ellos. Howell es el jefe del PDM (Movimiento Democrático Popular), un partido ligeramente populista. Saunders era —o es— el jefe del PNP (Partido Nacional del Pueblo), un partido que favorece ligeramente a los empresarios.

—¿Son un poco como los Demócratas y los Republicanos? —me atreví a preguntar a Howell.

Reflexionó profundamente.

—¿Cuál es la diferencia entre los Demócratas y los Republicanos?

—Ganaron los Republicanos.

—Efectivamente —dijo él.

Yo pensaba si podría ser éste el «nuevo sistema político» contra el que nos había prevenido el *Sunday Telegraph*.

Parece que fue Saunders quien fundó el PNP después de que el fallecido «JAGS» McCartney fundara el PDM. El PDM se fundó porque los habitantes de las Turks y Caicos se vieron envueltos en una lucha contra el colonialismo británico que pudiera muy bien haber sido la menos reñida de toda la Historia. Todo esto culminó en el «incidente del Junkanoo Club». En 1975, los británicos estaban reclutando policías de otras islas caribeñas para que trabajaran en las Turks y Caicos. JAGS y sus paisanos abuchearon a estos oficiales de policía procedentes de otras islas. Algunos oficiales, en contra de la costumbre, llevaban armas y efectuaron varios disparos al aire. JAGS y sus amigos se encerraron en el Junkanoo Club y también dispararon al aire. Tomaron algunos rehenes y expusieron sus condiciones. (Lo de los rehenes, en realidad, no está nada claro. El director de un periódico local y otros dos tipos que no pertenecían al PDM se encontraban en el club pero se les permitió que bebieran cuanto quisieran y posiblemente ni se dieron cuenta de que eran rehenes). Los que participaban en la encerrona del Junkanoo Club exigieron en primer lugar que se creara una comisión para investigar la encerrona del Junkanoo Club. Después de toda una noche de enfrentamientos, se aceptó la propuesta. Al año siguiente, JAGS

McCartney fue elegido Primer Ministro, siendo la primera vez que un indígena ocupaba tal cargo. La lucha por la independencia acabó poco tiempo después, cuando la administración de la Thatcher comunicó a las Turks y Caicos que iban a conseguir su independencia, tanto si lo querían como si no.

Logré conseguir un documento británico del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth que llevaba un sello: «PROHIBIDO» (aunque antes había llevado el sello de «Confidencial»). Explicaba detalladamente el contenido de las reuniones que JAGS y el secretario de Asuntos Exteriores británico, Nicholas Ridley, habían mantenido en Londres. Ridley le ofreció doce millones de libras a las Turks y Caicos si se hacían independientes. JAGS decía que no lo harían por menos de cuarenta millones de libras. Lord Carrington, el ministro de Asuntos Exteriores, hizo una breve aparición y manifestó que se hallaba «muy sorprendido» ante la negativa de las Turks y Caicos a aceptar la generosa oferta de los doce millones «y extrañado de que Hacienda hubiera accedido». JAGS siguió en sus trece. Cuando acabó la reunión todavía no habían llegado a un acuerdo. «El señor Ridley... les hizo una oferta final. El señor McCartney dijo que no la aceptaría. Dijo que Gran Bretaña era el capitán del barco y que tendría que pagar a la tripulación. El señor Ridley apuntó que podían recortar los sueldos de la tripulación». JAGS contestó que «en ese caso podría producirse un motín... El señor Ridley dejó claro... que el problema podría solucionarse si se negociaba con otra gente».

Finalmente, los isleños consiguieron los doce millones y además no tuvieron que ser independientes. Pregunté al gobernador británico qué era lo que había pasado. «Es por lo de las Malvinas», suspiró.

De todas formas, el sistema político de las Turks y Caicos —ya deba su existencia a los adinerados narcotraficantes, a los idiotas gruñones del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth o simplemente al viejo deseo de conseguir votos— no tiene nada que ver con el nuestro. Ariel Misick, el ministro de Comercio, Desarrollo y Turismo, quería hablar sobre comercio, desarrollo y turismo. Imaginaos lo poco sofisticado que será un sistema de gobierno en el que el jefe de un departamento sepa cuál es la función de dicho departamento. Según Misick (pariente lejano del ex ministro Missick, con dos eses, que fue expulsado del gobierno), la Corona inglesa posee doscientas millas cuadradas de tierra sin explotar en las Turks y Caicos. Dos de las islas más grandes están deshabitadas. A cada habitación de un hotel le corresponde media milla de playa. Las Turks y Caicos constituyen la única zona del Caribe que no ha sufrido la explotación comercial.

¿Y qué pasaba con los líos aquellos de los narcotraficantes y con lo de Saunders? Bueno, vi a dos personas que llevaban en los coches pegatinas de protesta. Uno de los coches pertenecía al contratista responsable de la construcción de la nueva casa de Norman Saunders. El último crimen importante se había cometido hacía seis meses.



«Siendo abogado», dijo Misick, «si me tuviera que ganar la vida yendo al juzgado para defender a la gente, me moriría de hambre». El único robo de importancia de la historia de las Turks y Caicos fue el que se cometió en 1931 contra la empresa Cable and Wireless; los ladrones sustrajeron las nóminas de los empleados, que alcanzaban un valor de seiscientos dólares.

El gobernador, Christopher J. Turner, también quería hablar sobre el desarrollo. Un desarrollo perfectamente equilibrado: simpáticos turistas montándose en grandes barcos, haciendo cruceros, buceando y practicando la pesca. Esperaba solucionar la situación de los desempleados introduciéndolos en la industria pesquera, el campo de las finanzas y las minas de agronita. (La agronita es una especie de fango marino que se utiliza para la construcción de las entradas de los garajes y para fabricar algunos productos químicos. Es muy abundante en este lugar). Turner se mostraba también muy ilusionado con la investigación sobre el cultivo de las algas que la Smithsonian Institution estaba llevando a cabo. Era igual que criar ganado, sólo que se realizaba bajo el agua, con algas en lugar de paja y con centollos del Caribe en lugar de vacas. Por lo menos, esto es lo que tengo apuntado.

¿Qué pasaba con lo de las drogas? Turner, un funcionario que había sido designado desde Londres para que se hiciera cargo de las relaciones exteriores y la seguridad interna de las islas, decía que era cierto, que había mucha droga. Es simplemente un hecho geográfico: las Turks y Caicos están a seiscientas millas de Colombia y a quinientas setenta y cinco de Miami. Turner dijo:

—Siempre seremos una salida muy interesante para la gente que se halla involucrada en el tráfico de drogas. ¿Son las Turks y Caicos un nido de narcotraficantes internacionales? —le pregunté.

—No. Es un lugar donde pueden repostar —dijo Turner—, pero, siendo este territorio una posesión británica, se supone que estas cosas no deberían ocurrir.

Era él quien había llamado a la DEA para realizar «una simple redada» en la que estaba implicado el propio Primer Ministro. ¿Escandalizó esto a Turner? ¿Se quedó satisfecho? ¿Mostró incredulidad? ¿Se sintió mal? El gobernador no quería mostrar sus cartas.

—Si descubrieran que él es culpable, sería una tragedia, para él y para las islas. Saunders tenía muchas habilidades como director —dijo Turner.

Al preguntarle si había habido alguna revuelta, Turner contestó:

—Ya se lo dije a otro periodista; no ha habido protestas ni manifestaciones y la gente no se ha lanzado a la calle. Esto es lo que apareció en los periódicos: «El gobernador británico pide a la gente que no se lance a la calle». Desgraciadamente, esto es lo que ocurre si no aclaras bien las cosas a los periodistas.

En la sala donde había que esperar para hablar con el gobernador, sentado justamente bajo un retrato de la princesa Diana, un guardia vestido con uniforme de

gala leía perezosamente una revista. Por su walkie-talkie se escuchaba, entre crujidos, una voz que anunciaba un inminente chubasco. «Quédate ahí y abrígate bien, diez-cuatro», dijo el guardia hablándole al aparato.

El momento más interesante de mi viaje a las Turks y Caicos fue el de la entrevista con el Primer Ministro «Bops» Francis o, mejor dicho, el tiempo que estuve esperando para hacer la entrevista. Allí estaba yo, sentado dentro de un polvoriento puesto de avanzada colonial, esperando que me llegara el turno para hablar con un oficial nativo. El aire susurraba al pasar entre las ramas de las palmeras que se alzaban sobre el tejado de cinc de la residencia del gobernador. Las buganvillas —o por lo menos lo que parecían buganvillas— trepaban por la barandilla de la terraza... No tienes muchas oportunidades de ver estas cosas si eres un periodista moderno. Lo siguiente que hubiera querido hacer hubiera sido ir al «Club Colonial» —pero no existía tal cosa— para tomar un cóctel *stingah*, fuese lo que fuese.

Bops resultó ser un agradable hombre de edad avanzada, que estaba harto de tener que hablar tanto con los periodistas.

—Ya he dicho todo lo que puedo decir sobre este tema.

Le desagradaba mucho el trato que la DEA había dado a Saunders, el jefe de un Estado soberano, o semi-soberano, o lo que sea.

—El señor Saunders —dijo el Primer Ministro— está muy disgustado porque en lugar de llevarlo a la comisaría, lo llevaron a un salón muy lujoso donde lo obligaron a permanecer hasta que llegaran los periodistas.

Hablando con un periodista del *Miami Herald*, comprobé que todo esto era cierto. La DEA avisó a todos los periódicos y a todas las cadenas de televisión, obligando a Saunders, Missick y Smith a permanecer en el Ramada hasta que llegaran los informadores; luego, los metieron esposados en una furgoneta de la policía.

—No creo que hubieran hecho eso a ningún oficial de raza caucásica —dijo Francis.

Le pregunté si se trataba de un complot contra Saunders.

—Eso he oído. Yo creo que sí —contestó él. Señaló que las Turks y Caicos no habían querido unirse a la Iniciativa para la zona del Caribe de la administración Reagan.

—Por favor, trate de no dar la impresión de que yo estoy a favor del tráfico de drogas —dijo el Primer Ministro—. Durante mi gobierno no se fomentará de ninguna forma el tráfico de drogas.

Y hasta aquí llegó aquello de «Aumenta la tensión en las islas tras las detenciones por tráfico de drogas». Yo, desde luego, no vi ningún tipo de droga. Ni siquiera percibí el ligero olorillo de un canuto. Todas las chicas llevaban las dos partes del bañador. Conocí a un hosco coronel jamaicano que parecía peligroso, pero resulta que

trabajaba para un departamento de la ONU que intentaba ayudar a las zonas que se declaraban catastróficas tras haber sido azotadas por los huracanes. Nadie, ni la policía, ni la guardia del gobernador, llevaba pistola. El gerente de un hotel de la isla Gran Turco me contó que había habido «amenazas de violencia».

—¿Amenazas de violencia? —dije yo.

—Bueno, a través del teléfono —me contestó.

Como seguí insistiéndole, afirmó:

—Corre el rumor de que el gobernador ha recibido dos llamadas de algún loco.

Un taxista me dijo algo sobre el contrabando de drogas:

—Yo no tengo nada que ver con esto. Yo tengo que pensar en mis hijos. Tengo que pensar en mis nietos. Lo que yo quiero es sacarme todos los días un dinerito y disfrutarlo felizmente en mi casa.

Un camarero dijo esta frase hablando de sus paisanos: «Si haces las cosas bien, la gente te apoyará. Pero si las haces mal, te compadezco».

Sólo sufrí un incidente desagradable y fue cuando volaba en el avión de las líneas aéreas locales, un pequeño avión de dos hélices. Habían levantado la cubierta del motor y una docena de mecánicos daba vueltas a su alrededor. Debían tener unos dieciséis años y trabajaban al ritmo de una radio portátil. Se encendió el motor. Uno de ellos vino corriendo de algún sitio con una cafetera llena de agua y la volcó sobre la gasolina que estaba quemándose. Luego volvieron a colocar la tapa, nos metimos dentro del avión y despegó. El paisaje, repleto de espinos y palmeras, parecía verdaderamente amenazador en aquel momento, os lo aseguro.

Las Turks y Caicos ni siquiera tienen una historia romántica; quizá sea el único lugar del Caribe que no la tiene. Una teoría reciente sostiene que Gran Turco fue el lugar en que desembarcó Colón cuando descubrió el Nuevo Mundo, y no la isla Watlings de las Bahamas. Pero, como dice H. E. Sadler, experto en la historia de las Turks y Caicos, «después de descansar allí durante un fin de semana, Colón se sintió ansioso de llegar a China». En las notas de su diario, refiriéndose a los nativos a los que había hecho prisioneros, Colón afirma lo siguiente: «Me indicaron que había muchas otras islas, tantas que ni podían contarse, y me dijeron los nombres de más de cien». Al parecer, se trata de un pasatiempo local que se remonta por lo menos al año 1492.

El nombre de estas islas procede de una palabra del argot francés que significa «pirata», pero en realidad hubo poca piratería en esta zona. Es cierto que Calico Jack Rackham utilizó Caicos del Norte como base de operaciones después de que los británicos limpiaran la zona de New Providence. Pero como pirata, Jack no era gran cosa. Su tripulación se amotinó contra él dos veces a causa de su cobardía. Se le conoce sobre todo por su novia, Anne Bonny, una fiera malhablada que se vestía como un hombre, llevaba un par de pistolas y esgrimía un respetable sable cuando

peleaba cuerpo a cuerpo. Le gustaban mucho los hombres y se enamoró de un joven y apuesto marinero que formaba parte de la tripulación de Rackham; al intentar ligar con él, descubrió que el marinero en cuestión era una tal Mary Reid, también disfrazada de hombre. Hicieron muy buenas migas. Cuando finalmente la Armada inglesa acorraló a Rackham y éste se rindió, Anne y Mary continuaron peleando hasta el final, librándose después de sus sentencias de muerte al quedar embarazadas. Cuando Calico Jack estaba en la horca, Anne Bonny le dijo: «Si hubieras peleado como un hombre, no estarías a punto de ser colgado como un perro». Era una buena pandilla, pero la verdad es que no estuvieron mucho tiempo en las Turks y Caicos.

Otros acontecimientos de interés extraídos de los anales de las Turks y Caicos:

- 1783. El almirante Horatio Nelson no pudo reconquistar las Turks y Caicos a los franceses. (En uno de sus mensajes menos heroicos, Nelson afirmaba: «Teniendo en cuenta el tamaño de su ejército y su excelente situación, no creí posible intentar ninguna otra cosa»). De todas formas, los franceses devolvieron las islas posteriormente.
- 1788. Cuarenta familias de signo conservador llegaron aquí huyendo de la revolución americana y trayendo consigo unos mil doscientos esclavos. Intentaron cultivar el algodón, fracasaron y se marcharon, dejando que los esclavos se las arreglaran solos.
- 1962. John Glenn amerizó cerca de Gran Turco.
- 1966. La Reina Isabel visitó las islas. En su honor se celebró una carrera de burros.

Me pasé la mayor parte del tiempo bebiendo, practicando la pesca de altura, volviendo a beber, yendo a la playa, bebiendo también por la mañana —y todo, claro está, a causa de la investigación. Me contaron algunas anécdotas sobre el contrabando de drogas, como aquella del hombre de negocios de Caicos del Sur que había estado —supongo yo— probando su propia mercancía y se fue derecho hacia la hélice de su avión. Se dejó sobre la pista una inmensa cantidad de autoestima en polvo, y los habitantes de la isla no durmieron durante un mes. Otro contrabandista, procedente de Miami, intentó aterrizar en el aeropuerto de Provo durante la noche. Como en este aeropuerto no hay luces, telefoneó a su esposa para decirle que cogiera la camioneta, la colocara al final de la pista y encendiera los faros delanteros. Aterrizó encima de ella. Este incidente no tiene mucho que ver con las drogas. El contrabandista había ido a Miami a hacer compras. De todas formas, el contrabandista y su mujer sobrevivieron, aunque el avión y la camioneta quedaron hechos polvo.

En 1980, la DEA puso en marcha la Operación Murciélago, a fin de interceptar y acabar con los cargamentos de marihuana que se transportaban por barco. Un avión de carga C5A de las Fuerzas Aéreas aterrizó inesperadamente en el aeropuerto de Provo, dejando a todo el mundo completamente aterrorizado. El C5A estaba lleno de lanchas. Diez agentes de la DEA que portaban armas automáticas, colocaron las tiendas de campaña en las zonas más infestadas por los mosquitos. Al cabo de una semana todas las lanchas quedaron destruidas al chocar contra los innumerables (pero no innumbrables) cayos y bancos de arena.

Está también lo de aquel avión lleno de pastillas de Quaalude robadas que se

dirigía desde Sudamérica a Estados Unidos y que paró en Caicos del Sur para repostar. El piloto no llevaba dinero y tuvo que dejar el cargamento de drogas en prenda para comprar gasolina. Los empleados del aeropuerto regalaron a todo el mundo las pastillas. La gente de las Turks y Caicos nunca había visto un Quaalude. Se las tomaban de tres en tres y de cuatro en cuatro. Fue una época en la que se conducía de una forma verdaderamente excéntrica. Había coches aplastados contra los árboles, había coches en los porches de las casas, había coches en toda la parte del océano que rodea las islas. Una semana más tarde, regresó el piloto con el dinero. No quedaba ni una pastilla. Se puso hecho una furia. Algunos días después, apareció con otros tres hombres<sup>[13]</sup> portando sendas M-16. Cuando aterrizaron, había un agente de aduanas en el aeropuerto. Se echó a correr carretera abajo, aullando de miedo. El piloto y los tres hombres estaban dispuestos a vengarse, pero no había forma de desplazarse a los lugares donde se encontraba la gente de la que querían vengarse. En el aeropuerto estaba aparcado un viejo Volkswagen con la llave puesta, pero no arrancaba. Se quedaron allí un rato hasta que desistieron y se marcharon en el avión.

Volviendo al tema que nos ocupa —Estados Unidos contra Norman Saunders, Stafford Missick y Alden Smith, alias Smokey—, encontramos algunos puntos ciertamente oscuros. Saunders tenía la concesión sobre el combustible utilizado en el aeropuerto de Caicos del Sur. Por las noches, el negocio resultaba muy rentable. Saunders vivía mucho mejor de lo que se podría esperar de alguien con un salario de primer ministro de 18 816 dólares que cobraba además los beneficios de una gasolinera de aviones situada en un aeródromo donde había tan sólo un vuelo regular por día. Tenía en Gran Turco una casa bastante grande, un edificio de estilo samoano con un tejado puntiagudo que parecía el mausoleo de la familia de Trader Vic. Se rumorea que le costó un millón doscientos mil dólares, un cálculo que seguramente es exagerado. Pero está al lado del mar, muy cerca de la residencia del gobernador. Saunders tiene también un coche enorme y un yate. En la época de las elecciones, parecía que sobraba el dinero para la campaña en su distrito electoral de Caicos del Sur. También Missick tiene una casa muy bonita y un Oldsmobile. No sé lo que tiene Smokey. En términos generales, resulta sorprendente ver las joyas, relojes Piaget y chaquetas tipo Michael Jackson que lleva la gente en un lugar donde no se pinta un edificio desde el año 1956.

Pero siempre ha sido así en todos estos sórdidos archipiélagos del Caribe. Nunca ha existido una forma legal de ganarse la vida. En las Turks y Caicos, la ocupación tradicional consistía en extraer la sal del mar, industria que ha sufrido desde 1780 un declive gradual. En el año 1964 desapareció completamente, dejando por todas las islas olorosos estanques de agua salada a medio evaporar. La única profesión que existía aparte de ésta era la de rescatar los restos de los miles de naufragios que tenían lugar por aquella zona, la mayoría de ellos probablemente debidos a la distracción de

los navegantes que utilizaban como mapas mantelillos de papel y que intentaban callar la boca a los nativos que se empeñaban en recitar los nombres de las islas. Algunas veces, los nativos ponían un empeño exagerado en tales salvamentos. En 1864, una fragata americana arribó en Caicos del Norte «y el capitán se vio obligado a retirarse a su alcázar para detener con las armas la incursión de rescatadores». Durante todo el siglo XIX hubo protestas contra las luces falsas que los nativos colocaban para hacer prosperar el negocio. Me gustaría pensar que la mujer del contrabandista y su camioneta pertenecían —aunque no intencionadamente— a esta antigua tradición.

Algunos isleños, especialmente los de raza blanca, cuentan que era el predecesor de Saunders, JAGS McCartney, quien estaba involucrado en el tráfico de drogas, y que cuando llegó Saunders con el PNP, los contrabandistas empezaron a desaparecer. Desde luego JAGS, con su cabellera a lo Marley, tenía más pinta de criminal. Cuando él y los suyos resultaron elegidos, volaron todos juntos a Haití para hacerse unos trajes idénticos. Si despedías a alguien del PDM venían hasta tu casa, todos con la misma ropa, y te amenazaban con sus miradas. Pero ahora a JAGS se le tiene por un héroe y los partidarios del PDM que yo conocí eran los tipos más amables de todas las islas. Además, el líder actual del PDM, Clement Howell, tiene una fama de honrado que estaría entre la de Lincoln y la de tu madre. Sin embargo, JAGS murió en un extraño accidente de aviación cuando volaba hacia Atlantic City en compañía de un presunto criminal norteamericano. No obstante, fue también JAGS quien pidió ayuda por primera vez al gobierno británico para intentar erradicar el tráfico de drogas. ¿Quién sabe? No hay hechos evidentes por debajo de Palm Beach.

Saunders, si es que hizo algo, hizo lo que le parecía lógico. Hace doscientos cincuenta años, Bruere, gobernador de las Bermudas, se lamentaba diciendo: «Los habitantes de las Caicos, al dedicarse al comercio, se volvieron bastante feroces». Y uno de sus oficiales le contestó: «Señor, le costará mucho trabajo hacer que cambie esta situación, porque todos los que zarpan de aquí están dispuestos a negociar con los piratas». Especialmente si les ofrecen algo como lo que la DEA le ofreció a Saunders. La propia DEA reconoció que sus agentes secretos le habían prometido a Norman Saunders 250 000 dólares por semana si permitía que repostaran los aviones cargados de droga. Una noche, tuvimos una conversación muy interesante en el bar del hotel Third Turtle Inn. Todo el mundo —los típicos ejecutivos que practican la pesca en las vacaciones, turistas norteamericanos gordísimos, el pinche de la cocina, yo, las parejas que disfrutaban su luna de miel...— de verdad, todos y cada uno de nosotros afirmábamos que dejaríamos repostar a los aviones si nos pagaran doscientos cincuenta mil dólares por semana. ¿Qué no haríamos por doscientos cincuenta mil dólares? Después de tomarnos unas cuantas copas, hubo algunas confesiones verdaderamente escalofriantes.

Más tarde regresé a Miami para examinar las protestas, demandas, declaraciones juradas, etc. En una declaración jurada, un agente especial de la DEA con el extraño nombre de Gary Sloboda afirmaba que... bueno, afirmaba todo tipo de cosas. El documento se extiende a lo largo de dieciséis páginas, y no es más que insulsa palabrería. En ningún momento se menciona la presencia de las drogas. Y todos los que hablaron con Saunders sobre las drogas eran agentes, informadores o chivatos de la DEA, a excepción de un bocazas canadiense francoparlante llamado André que se coló en estas estúpidas conversaciones y se puso a vocear sus dotes como timador. A pesar de tanto como se había hablado de las cantidades astronómicas de dinero, parece que Saunders sólo recibió sesenta mil dólares, de los cuales diez mil se destinaron a pagar la cuenta de combustible del socio de uno de los informadores. Smokey recibió dos mil quinientos dólares.

Las pruebas que se presentaron a los tribunales eran todavía menos impresionantes. Varias conversaciones se grabaron secretamente. A título de muestra, aquí va una página de la transcripción.

SMOKEY.—Digamos, digamos que eran unos dos mil, sólo para los del aeropuerto.

CONFIDENTE.—Huh.

SMOKEY.—(Incomprensible).

C.—¿Cómo lo sabe?

SMOKEY.—(Incomprensible).

C.—Uno con el pelo oscuro...

SMOKEY.—(Incomprensible).

C.—No tengo ni puta idea...

SMOKEY.—(Incomprensible).

SAUNDERS.—(Incomprensible).

SAUNDERS.—Bueno, vamos a hablar de dinero. Digamos dos mil para cada uno, por poner una cantidad... (Incomprensible). Si le das cuatro mil a los dos tipos de la torre, dos por cuatro son ocho mil, y... (Incomprensible).

SMOKEY.—Bueno, joder.

Vi el vídeo en el que Saunders se mete veinte mil dólares en los bolsillos de los pantalones. Desde luego, el tipo no se encontraba en el Ramada por razones de salud. Es cierto que se oye a alguien diciendo «aquí van los veinte mil» y es cierto que se los mete en los pantalones. Aparte de eso, era difícil saber qué era lo que estaba pasando. El vídeo se grabó con un diminuto objetivo introducido en una pared a la altura de la salida de un cable eléctrico. Casi todo lo que vi eran piernas y culos. El agente de la DEA y el informador hablaban de drogas.

El charlatán de Canuck los interrumpía continuamente. Los de la DEA repetían todo lo que ya habían dicho, obviamente para que lo grabara el micrófono oculto. Las únicas palabras de Norman Saunders que pude oír fueron: «Estamos hablando de la comisión, de una especie de comisión para el intermediario». En el momento en que escribo esto, Saunders se encuentra en la cárcel; le piden una fianza de un millón cien mil dólares.

Me parece que el servicio antidroga eligió las Turks y Caicos por ser un lugar tranquilo, un lugar en el que la administración estaba en manos de nuestros buenos amigos de la OTAN, un lugar que era un blanco fácil. Allí no había comunistas que les hicieran frente ni rabiosos campesinos armados ni susceptibles gobiernos negros. El gobernador Turner declaró que la verdadera razón por la que las Turks y Caicos son tan populares entre los contrabandistas es porque sus habitantes respetan la ley: «No hay violencia, ni robos, ni extorsiones».

Y desde luego, son unas islas preciosas. El hotel Third Turtle es verdaderamente de primera categoría; la comida es excelente, las habitaciones son espaciosas y bien ventiladas, con terrazas que dan al mar, y el bar es genial. También es maravilloso observar toda aquella extensión de naturaleza salvaje. No hay zonas llenas de bloques de apartamentos, ni concentraciones de tiendas tontas, ni restaurantes pijos; sólo millas y millas de tierra verde cuajada de pájaros y de lagartos, donde quizá nadie ha vuelto a poner el pie desde la época en que los hambrientos invasores indios del Caribe persiguieron a los sabrosos nativos Arawak hasta las zonas desérticas.

En Providenciales, me hice un viaje de una hora con el Jeep; fui por un camino que resultaba casi imposible de atravesar, hasta llegar a una playa virgen de ocho millas de longitud, llena de acantilados. Encontré una pequeña cala situada entre dos enormes rocas donde las olas bañaban la fina arena, como en los anuncios. Me quité la ropa y me pasé toda la mañana haciendo lo mismo que Brooke Shields en la película *El lago azul*. (Mi pecho es más o menos como el suyo, mi estómago más grande).

Al volver al Third Turtle, estaba escribiendo mis apuntes («Drogas - no he visto nada»; «Piratas - ¡patrañas!») cuando oí el inconfundible mugido de uno de esos hombres de negocios de la Costa del Golfo, un paleta empresario de poca monta, un Snopes con un título universitario. «Doscientas millas cuadradas de playa sin explotar... ¡Madre mía! ¿Os digo lo que vamos a hacer? ¿Os suena ese sitio que se llama Golden Door? Ese a donde van todas las señoras gordas. ¿Qué os parecería tener un sitio así? ¿Y qué me decís de poner al lado una clínica de cirugía plástica? ¿Eh? ¿Qué hay de eso? ¡Madre mía! ¡Madre mía!» Bueno, bueno. Taché lo de «patrañas».



## Con los secuestradores y los secuestrados en Beirut

---

Cogí el vuelo 804 de las Middle East Airlines, que iba de Londres a El Líbano, y me entretuve en el avión tratando de identificar a los terroristas. Había un chico con un traje reluciente que se parecía a Danny Thomas, pero no era terrorista. Tampoco lo era aquella mujer que viajaba con tres niños que no pasaban de los tres años y que parecía medio muerta. Entonces entró en el avión un montón de jóvenes de piel oscura con unas barbas que casi comenzaban en los ojos. Llevaban vaqueros de marcas desconocidas y polos de tejidos sintéticos como los que llevan los milicianos libaneses cuando van de paisano. Cuando despegó el avión, gritaron «¡Alá akbar!» que significa simplemente «¡Dios es grande!»; pero a mí, siempre que oigo eso, me dan escalofríos. Para los fundamentalistas musulmanes este grito tiene, más o menos, el mismo significado que tendría lo de «¡Jesús te quiere!» si Jerry Falwell y sus amigos fueran por los Estados Unidos asesinando episcopistas. Fui hecho un manojo de nervios al servicio y aproveché para examinar a mis compañeros de vuelo. Había un grupo en la cocina del avión. Me acerqué mucho para ver cuál de ellos llevaba la granada en la bolsa de la tienda libre de impuestos. «¡Yalluh!», dijeron echándose para atrás como asustados. «¡Ay!», dije yo, haciendo lo mismo. En sus caras aterrorizadas se podía leer la palabra CIA. ¡Vaya decepción! Mis ojos azules y la corbata de rayas hacían que pareciera la persona más sospechosa de todo el avión.

En realidad, no entiendo por qué nos pusimos tan nerviosos. La única forma que hay hoy día de evitar que te secuestren y te lleven a Beirut consiste en comprar un billete de avión e ir directamente allí.

El aeropuerto internacional de Beirut era como un concurso de preguntas sobre temas actuales de los de la revista *Weekly Reader* hecho realidad. Estaba el Amal en pleno. Había también un avión de pasajeros de la Royal Jordanian destrozado por las bombas. Y justo al lado de nuestro avión se encontraba el jet de la TWA que había sido secuestrado. En algún lugar del tortuoso laberinto de barrios chiitas, había treinta y seis turistas americanos en apuros. Aquel panorama me hizo reflexionar sobre la bajeza de las motivaciones humanas, sobre todo la de las mías. Me encantaba tener una excusa para volver a El Líbano. Me gusta merodear por los lugares en los que la naturaleza humana parece tan sumamente incomprensible.

El Líbano se asienta sobre esa estrecha franja de tierra rica y fértil que en ningún momento sobrepasa las cuarenta millas de anchura y que une las enormes cuencas de Mesopotamia y del Nilo. De esta cinta de tierra donde apenas hay agua es de donde procede nuestro alfabeto, nuestra religión y, por ser el lugar donde surgió la agricultura, nuestra propia civilización. Los dueños de «La Montaña» —que es como los libaneses llaman a esta zona— dominan las rutas comerciales de Africa y de Asia, controlan el este del Mediterráneo y pueden accionar por control remoto la apertura de la puerta de entrada a Europa, o algo por el estilo. Ningún admirador del caos social podrá evitar que le embargue la emoción al pisar las tierras por las que se pelearon cananeos, egipcios, asirios, babilonios, persas, griegos, romanos, árabes, turcos, franceses, británicos, más árabes y, ocasionalmente, los Marines de los Estados Unidos. El combate de lucha libre ha durado cinco mil años, y lo peor es que todavía quedan locos en el cuadrilátero. Los filisteos, los nazarenos y los israelitas, habitantes del gran desierto sirio, y los *firinghi*, extraños intrusos europeos, siguen todavía tirándose al suelo, golpeándose en las partes prohibidas y dándose patadas antirreglamentarias.

Un amigo mío había enviado a uno de los muchos «mediadores» que hay en El Líbano para que me recibiera en el aeropuerto. «¡Señor Bisgee!, ¡señor Bisgee!», gritaba (lo de pronunciar «P. J». correctamente no está al alcance de los árabes). El hombrecillo éste, sudoroso y simpático, me coló delante de cincuenta personas cuando esperaba para pasar el control de pasaportes, me consiguió un mozo, me defendió de un oficial del ejército libanés que intentó sobornarme, logró que pasara por la aduana sin sufrir la inspección y me metió en un coche que conducía un chófer. Los libaneses entienden lo de los problemas. Es decir, entienden lo único que hay que entender, que cuando hay problemas, siempre se puede uno ganar un dinerillo.

Hace seis meses, casi todos los periodistas americanos decidieron abandonar El Líbano. El terrorismo era una de las razones, aunque otra era la falta de noticias que concernieran al propio pueblo norteamericano. Los únicos estadounidenses que se quedaron en el país fueron siete víctimas desconocidas de los secuestros y algunos inútiles de la Embajada. Ninguno de ellos merecía que se le prestara mucha atención. ¿Qué más daba que el destino de la humanidad dependiera de los violentos acontecimientos que allí tenían lugar? En Estados Unidos la cobertura periodística se reducía a unos cuantos párrafos en la sección dedicada a «Muertos en otros lugares». Ahora, sin embargo, acababa de estrenarse *Rehenes II* y periodistas, fotógrafos, cámaras e informadores de todo tipo habían llegado desde todos los puntos de la Tierra. Los mediadores libaneses se sentían tan felices como si los marines norteamericanos hubieran invadido su patria; y todavía podían hacerlo.

Me hospedé en el Hotel Summerland, que está situado en la cornisa marítima, en un suburbio del sur de Beirut. El Summerland es un gigantesco complejo turístico de

forma triangular con cuatro pisos; tiene un centro comercial; gimnasio, sauna, varios restaurantes y un salón de belleza. En el patio central del Summerland hay tres piscinas, un tobogán acuático en forma de espiral, una cueva artificial con una cascada, un pequeño puerto de barcas y una playa privada. Había una extensión de dos acres de hamacas llenas de cuerpos completamente bronceados. Las sofisticadas mujeres árabes, perfectamente maquilladas, que tomaban el sol junto a la piscina, parecían provenir de un club de campo de Wetchester.

Esto no encaja con la idea que uno tiene de Beirut. Y es que Beirut no encaja con ninguna idea que se tenga. Tras diez años de guerra civil entre diferentes grupos y de invasiones y ataques aéreos por parte de sirios, israelitas y fuerzas de paz multilaterales, esta ciudad todavía no está tan destrozada como otras que nunca han sido atacadas y que lo único que han tenido que sufrir han sido los programas sociales de sus gobiernos. Por supuesto, existen zonas destruidas de una forma salvaje. La Línea Verde parece la cubierta del disco de un concierto en contra de las armas nucleares. El Bois de Pins, que se creó en el siglo xvii, ha recibido tantos impactos de proyectiles que ha acabado convirtiéndose en un bosque de postes telefónicos. El hotel Row, situado en la cornisa, quedó destruido durante el primer año de la guerra. Del mejor hotel, el St. George, sólo queda el armazón calcinado; pero el bar todavía se mantiene abierto y la gente practica el esquí acuático en su playa, excepto cuando la guerra lo imposibilita. «¿Qué me cuenta de los francotiradores?», le pregunté una vez a alguien. Y su respuesta fue la siguiente: «¡Bah! La mayoría de los francotiradores lleva armas automáticas que no son muy precisas».

A casi todos los edificios les faltan algunas partes y a veces falta el edificio entero; pero también tienen grúas y grupos de peones, albañiles y yeseros. Quizá sea el único lugar del mundo en el que una ciudad se construye y se destruye al mismo tiempo. La electricidad es intermitente y la última vez que recogieron la basura fue a finales de los setenta, pero las tiendas están llenas de productos importados de todas las partes del mundo. Y como no hay impuestos sobre los bienes, ni tarifas arancelarias, ni un gobierno que te obligara a pagarlas si las hubiera, las cosas son baratas. No pasa ni una hora sin que se oiga un tiroteo o una explosión, pero, en cambio, en los atascos de tráfico sólo se ven Mercedes.

El mismo Summerland está situado entre los restos de otro complejo turístico que fue bombardeado y un importante puesto de control del Amal. Si a los del puesto de control les desagrada alguno de los bañistas, pueden perfectamente sacarlo del coche, llevarlo aparte y asesinarlo. Beirut es como un monumento con la cara de Jand, un monumento a la historia del hombre. Sobrevivirá, pero ¡vaya canalla!

De todas formas, la droga es barata, cuesta unos cincuenta dólares el gramo de cocaína. Mis amigos y yo esnifamos muchísima y vaciamos los «minibars» de dos habitaciones del hotel. Cuando ya era medianoche nos entraron ganas de salir a la

calle. Había habido pocos tiroteos. Con un poco de suerte conseguiríamos llegar a algún club nocturno.

El servicio informativo de la ABC tenía su sede en el Summerland. Nos acercamos a saludarlos. Era el «día 15», como se suele decir en estos asuntos en que hay rehenes por medio, y la gente se estaba acostumbrando ya a la situación. Creíamos que el asunto duraría por lo menos un mes, quizá tres. Estuvimos hablando, como si fuéramos expertos, de la intransigencia de los árabes y de cómo en Oriente no existe el concepto del tiempo.

Entonces, alguien —me parece que era Chris Harper, el jefe del departamento de la ABC en Roma— salió al balcón y se volvió a meter inmediatamente; tenía la expresión de alguien que acababa de ver a su perro tocando el violoncelo.

Justo debajo de nuestra ventana, en la espaciosa terraza pavimentada que había al lado de la piscina olímpica, estaban treinta y dos de los rehenes americanos. El Amal los había traído a cenar al Summerland.

Os diré que su aspecto era francamente espantoso. No es que pareciera que habían recibido malos tratos.

Simplemente tenían el aspecto que tienen siempre los turistas americanos —pantalones sport con cinturilla elástica, camisetas con eslogans casi ilegibles y con nombres de lugares que te hacían sentir vergüenza ajena y sandalias con suelas de tocinillo puestas encima de los calcetines. Estas personas se habían visto envueltas en un asunto dramático de enorme repercusión internacional y, sinceramente, sus atuendos no eran los apropiados para la ocasión.

Creo que la historia se merecía por lo menos unos trajes de lino arrugados y unos sombreros panamá empapados de sudor. ¿Y qué importa que haya una guerra mundial si no hay nada para beber? Pero el Amal está en contra de este tipo de cosas. Por lo tanto, la gente estuvo durante dos horas tomando unos entremeses y bebiendo zumos de frutas mientras los camareros preparaban una mesa enorme para el banquete.

Era como uno de los desayunos para hombres del Club Rotario sólo que por la noche, en el Club Mediterráneo y con rifles. Los rehenes parecían estar confusos. Sobre todo al ver que algunos periodistas conocían a los guardias del Amal y que estaban charlando con ellos. Podías averiguar lo que pasaba por las cabezas de los turistas: «¡Dios mío! ¡Están todos en lo mismo!» Esto en gran parte es cierto, pero es el tipo de pensamiento que da pie a los aburridos editoriales del *New York Times* que hablan del papel que desempeñan los medios informativos.

Al principio, los cautivos invitados estaban acartonados y se comportaban con excesiva formalidad. ¡Pobres diablos! Andaban como pisando huevos y sus movimientos eran rígidos y solemnes, a resultas del miedo acumulado durante tan largo tiempo. ¡Menos mal que todos los allí presentes comprendían sus sentimientos!

A todos los que hayan pasado un tiempo en este lugar les resultará familiar la sensación de tener una bola fría e indisoluble debajo del diafragma, la lenta hiperventilación y la molestia de tener las tripas revueltas y el cuerpo empapado en un sudor frío y pegajoso. Es un mal rollo.

Quizá fuera por esto por lo que todo el mundo se comportaba bien. Ni los fotógrafos los incomodaban con sus flashes ni los reporteros los atosigaban con sus micrófonos; los rehenes no pedían misericordia ni insistían en que el Presidente nos matara a todos con unas cuantas bombas atómicas. Los guardias del Amal estaban muy relajados, dejaban los rifles apoyados en las maceteras de piedra y se agrupaban para fumarse unos cigarros; permitían que sus prisioneros se pasearan por la terraza sin escoltarlos y que llegaran hasta la playa.

La ABC tenía tres líneas telefónicas, que funcionaban permanentemente, para comunicarse con los Estados Unidos, y los ingenieros conectaron una de ellas a un teléfono que había junto a la piscina a fin de que todo el mundo pudiera comunicarse con su familia.

Me gustaría poder decir que todo aquello era fascinante. Uno de los rehenes empezó a contarme toda la historia de lo que había pasado desde que los sacaron del avión. Yo estaba apuntándolo todo apresuradamente en una servilleta de papel.

—¿Así que habéis tenido comunicación entre vosotros? —le pregunté.

—No —contestó él—. Lo he oído en el informativo de la BBC.

Ridley Moon dijo que quería tomarse una copa de algo fuerte. Victor Amburgy había sufrido una disentería y había perdido tanto peso que se le estaban cayendo los pantalones. Kurt Carlson me dijo que su hermano pequeño, Bun, era el batería de Cheap Trick. Jack McCarty dijo que él y algunos otros habían estado haciendo anotaciones para escribir una *Guía para rehenes*. El título de uno de los capítulos era «Lleva papel higiénico». Me dijo que también era una buena idea llevar una almohada pequeñita, y me contó cómo, cuando todavía se hallaba en el avión, los habían obligado a permanecer durante seis horas con la cabeza apoyada sobre las rodillas. «Yo ya había dejado de fumar antes de que ocurriera esto», dijo Kurt Carlson. Los grandes acontecimientos se parecen a los donuts en que en el centro de ambos hay lo mismo.

Así, pues, los invitados volvieron con desgana a la casa de sus anfitriones, aunque, antes de marcharse, uno de los guardias del Amal volvió con uno de ellos, que no había podido telefonar a sus familiares. ¿Habríamos podido nosotros —los periodistas junto con los rehenes— reducir a los relajados y poco numerosos guardias del Amal? ¿Habríamos sido capaces de disparar desde la parte de arriba del Summerland, de telefonar a la Sexta Flota y de aguantar hasta que llegaran los helicópteros para rescatarnos? Podría haber sido un guión cinematográfico muy rentable. Pero no hay nada como los rifles de verdad para demostrar lo falsas que son

las películas.

Me acosté a las cuatro de la madrugada; estaba muy intranquilo. Se supone que existen satélites espías americanos capaces de leer los titulares de los periódicos. Sé que hay centros para escuchar las transmisiones radiofónicas por todo el Oriente Medio y que los tipos del Amal se pasaron toda la noche pegados a sus walkie-talkies. Seguro que todos esos tipos del Consejo Nacional de Seguridad, cuyas ideas políticas se oponen completamente a las de Jimmy Carter, ya se habían enterado de que hubo una cena en el Summerland. Lo normal sería que el Ministerio de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos enviara a la Delta Force con una hora de retraso. Podía imaginarlo: granadas estallando dentro de las piscinas, soldados luchando con las sombrillas de playa y sargentos de los marines hiperadrenalinizados rescatando de entre los camareros medio dormidos a personas que no tenían nada que ver. Dejé abierta la puerta del balcón. Si es que iban a arrastrarme hasta algún lugar donde American Express pudiera dar conmigo y rescatarme, tenía que intentar por lo menos que no se añadiera el precio de la puerta corredera de cristal de seis pies por cuatro.

Al acabar la cena del viernes, la plantilla del hotel Summerland trajo una enorme tarta con unas letras de chocolate en la parte de arriba que decían: «Les deseamos un feliz regreso». El sábado por la mañana, el Departamento de Estado de los Estados Unidos anunciaba la liberación de los rehenes. El gobierno sirio hizo lo mismo. Varias cadenas de televisión y emisoras de radio se hicieron eco de la noticia. Parece que la parte de arriba de la tarta era la fuente de muchos informadores.

En realidad, nadie se había movido mucho. A los treinta y dos rehenes de la cena y a los tripulantes del avión los habían llevado a una escuela de una barriada chiita, Burj Barajna. Pero los chiitas más radicales, los Hizbullah, se negaban a devolver a los otros cuatro rehenes que tenían escondidos en algún sótano.

Los Hizbullah no iban a liberar a los otros cuatro porque... bueno, hace falta poder entender la política libanesa. Es una especie de guerra entre pandillas de gangsters, ya que las milicias tienen la típica organización mediterránea, como la de los amigos de Frank Sinatra, y controlan el tráfico de drogas y el contrabando. Es una especie de guerra real, pues Siria, Israel, la OLP, etcétera, están enfrentados y resuelven la mayoría de sus enfrentamientos en el territorio libanés. Es una especie de protesta racial, ya que los integrantes de cada uno de los grupos religiosos piensan que los tratan peor que si fueran negros y que, en realidad, son los otros grupos los que deberían ser tratados así. Finalmente, es una especie de elección presidencial norteamericana, pues las peores cosas del mundo se dan cita allí. Es una locura. No se entiende nada. Habría que darle a todo el mundo un golpe en la cabeza. Todo esto es casi tan horrible como la ciudad de Nueva York en hora punta. (Aunque no tan horrible como supongo que sería Nueva York si nuestra economía se debilitara y Siria, Israel, Rusia, Estados Unidos, Irán y Corea del Norte se pusieran a repartir

armas y una montaña de dinero entre todos los que fueran capaces de fabricar una bandera).

No entiendo nada de nada. Fui al aeropuerto y vi una nube de malhumorados y sudorosos fotógrafos que vigilaban atentamente el jet de la TWA. Subí a la torre de control y sentí que alguien me apuntaba con un objeto —una pistola, un dedo, un ejemplar enrollado de la revista de la TWA— por la ventanilla de la cabina del piloto. Había un montón de reporteros y de productores de televisión comunicando las noticias a través de sendas bolsas de papel. Y es que los milicianos te acusan de espía si te ven con un walkie-talkie; a los milicianos les encantan los walkie-talkies, y llamarte espía a punta de pistola es una buena forma de conseguir uno gratis.

Allí no pasó nada. Me volví al Summerland y me di una vuelta por la oficina de la ABC. Habían improvisado un estudio sacando las camas de cinco habitaciones del hotel y trayendo un equipo electrónico de 2500 kilos. Había tres jefes de departamento, corresponsales, productores, redactores, técnicos, cámaras, conductores y contables; se daban órdenes los unos a los otros a todo pulmón, mientras a través de los teléfonos llegaban las prácticas sugerencias de los directivos de la ABC en Nueva York:

«Hola Beirut. El *Advertiser-Wasp* de Muncie, Indiana, nos comunica que los rehenes han sido trasladados a Senegal. ¿Podéis confirmarlo?»

«Hola Beirut. ¿Sigue vivo Kahlil Gibrán? ¿Podría ponerse al aparato para hablar con un espectador del programa *Good Morning America*?»

«Hola Beirut. Radio Nueva Zelanda dice que cinco de los rehenes tienen paperas».

Yo estoy acostumbrado a la vida tranquila de los escritores *freelance*, que simplemente se van a casa y se inventan las cosas. Esto más bien me hacía pensar en la vez que mi hermana pequeña me tiró la colección de hormigas que tenía sobre el aparador.

Me senté en una de estas cinco habitaciones del hotel y me puse a ver los vídeos que estaba emitiendo la ABC de la misma forma que podría ver la televisión en una de cualquier otro hotel, con la única diferencia de que el jaleo de tazas con restos de café, botellas de vino, bandejas del hotel y colillas de cigarrillos que había aquí era terrible, peor incluso que el que yo suelo armar. Podías ver los tiroteos en la pantalla y también podías verlos fuera. Era insólito. Me hacía pensar en los años sesenta y en mis experiencias con el LSD, en las que estás viendo una película y al mismo tiempo estás dentro de ella; el medio es el mensaje, no hay duda.

Buena cobertura, pensaba yo; una bonita sonrisa varonil del capitán Testlake mientras a sus espaldas una chica de los Hizbullah esgrimía una metralleta, simpáticas y sinceras entrevistas a los rehenes (uno de ellos le recordó a su mujer que pagara la hipoteca aunque no creo que eso se emitiera) y declaraciones muy

importantes, aunque un poco aburridas, de Nabih Berri, que no habla el inglés peor que la mayoría de los que han vivido en Detroit.

Me he enterado de que en Norteamérica hubo muchas discusiones en torno a la actuación de las cadenas de televisión durante *América tomada como rehén: Segunda Parte*. Pero hay que recordar que la televisión tiene dos caras y yo veía una; no puedo decir cómo era la otra. El programa *Eyewitness News* podría haber tenido como protagonistas a Donny y Marie, y podría haber hecho sus comentarios Koko, el gorila que utiliza los ordenadores para hablar; en ese momento, yo no sabía nada.

Aquella noche, llegó un joven llamado Jaafar Jalabi a la oficina de la ABC. Era amigo de Nabih Berri y lo habían enviado para que explicara las verdaderas razones por las que se había decidido no liberar a los rehenes. Me gustó nada más verlo. En primer lugar, porque estaba asustado; en El Líbano sobran bravucones. En segundo, porque llevaba un Rolex. Tengo una teoría, según la cual la gente fiel, disciplinada, con principios y con capacidad de sacrificio (en otras palabras, los que son culpables de que a todos los demás nos maten), usa relojes baratos.

Según dijo Jaafar, los Hizbullah se negaban a liberar a los norteamericanos porque el presidente Reagan había declarado lo siguiente: «No creo que nada de lo que se haga para intentar que vuelvan a casa quienes hayan sido secuestrados por matones, asesinos y bárbaros esté mal hecho». Parece mentira que los Hizbullah pudieran desentrañar el significado de tal declaración. Jaafar confesó que, probablemente, cualquier otra cosa les hubiera valido como excusa. Uno de los jefes le pidió que lo acompañara para que aclarase las cosas a Peter Jennings y al público americano.

Cuando Jaafar acabó con sus explicaciones, le pregunté por qué se había metido en todo esto. Dijo que Berri sabía que él había estudiado en Estados Unidos y, por lo tanto, suponía que conocía Norteamérica. (A eso se reduce la teoría de la «sofisticadísima manipulación de la opinión pública norteamericana por parte de los chiitas». La última vez que un universitario estadounidense afirmó conocer Norteamérica, lo mataron a tiros en la universidad de Kent State). «¿Qué va a pasar cuando acabe la crisis de los rehenes?», le pregunté. «¿Las diferentes facciones chiitas van a...?»

«Tengo una lancha anclada allá abajo», dijo Jaafar mirando hacia el pequeño puerto del Summerland, «y está repleta de comida y provisiones». Es algo que hay que tener siempre muy en cuenta. No importa hasta qué punto te involucres en el caos social; siempre es una buena idea tener un pie en la salida de emergencia.

El domingo por la mañana me fui hasta la escuela de Burj Barajna. El Amal había asegurado que en esa fecha reunirían a todos los americanos desperdigados y los dejarían salir. Nos dirigimos hacia allí en coche y, durante la trayectoria, me di perfecta cuenta de lo que hubiera supuesto llevar a cabo una misión de rescate. Mi



chófer libanés, a pesar de disponer de un mapa, era incapaz de dar con el sitio. Supongo que los de la Delta Force podrían haberse ido parando para preguntar la dirección como hicimos nosotros, pero en este tipo de situaciones, los libaneses hablan por los codos. Lo más probable es que nuestras fuerzas antiterroristas todavía estuvieran tomándose tacitas de café e intentando largarse sin comprar las alfombras y los cartones de Marlboro de contrabando.

El Burj no era realmente un gueto, sino más bien un viejo barrio de laberínticos callejones con bloques de apartamentos estucados de cinco pisos rodeados de jardines con tapias de ladrillo. Muchos de estos barrios han sido destruidos durante la guerra civil y, de todas formas, el turismo americano ya los estaba destruyendo antes de que empezara la guerra. Algunas niñas vestidas con trajes que parecían los de la primera comunión soltaban risitas desde las puertas. Algunos niños se agrupaban alrededor de los milicianos e inspeccionaban los aparatos de los reporteros. Madres, padres y un buen número de hermosas hijas adolescentes se asomaban a los balcones para mirar lo que ocurría, con el interés que muestran siempre por los follones locales los habitantes de los grandes edificios. Ninguna mujer llevaba velo y se veían menos pañuelos en sus cabezas que los que se pueden ver en las de la familia real británica cuando acude a una competición hípica. Así que éstas son las alocadas y fanáticas hordas de chiitas que rezan para pedir el martirio mientras por sus colmillos gotea la sangre.

Las hordas de periodistas eran mucho más feas. Había por lo menos cien periodistas agrupados en el callejón de la escuela. Tenían tan mal aspecto como los rehenes, sólo que eran más gordos y más antipáticos y llevaban además una ropa de estilo tropical mucho más ridícula que la de ellos. Toda aquella parafernalia de bandoleras, cámaras, bolsas de viaje, mochilas y diccionarios de bolsillo hacía que parecieran una raza especial de superturistas venidos a vengar a sus encarcelados compañeros. De hecho, desde hace años se baraja la posibilidad de que los corresponsales en Beirut formen su propia milicia. Desde luego, por falta de gente no será. Esto simplificaría, además, muchos de los reportajes televisivos: «Esta noche, en el programa *Nightline*, Ted Koppel amenaza con un ataque suicida a menos que él acceda a las condiciones que él mismo ha exigido para su liberación».

Los del Amal llevaban encima todo tipo de cosas. Algunos iban con camisetas de Miller Lite y con Levi's de última moda; otros iban tan cargados de Kalashnikovs, lanzagranadas, navajas, pistolas, cargadores de cartuchos y cartucheras, que apenas podían moverse. Parecían niños jugando a ser soldaditos, y es lo que son. La edad media no era ni de dieciocho años. Se oponen violentamente a la política imperialista y sionista de los Estados Unidos, pero a la primera de cambio te dicen, si es que hablan algo de inglés, cuál es el trabajo que les gustaría conseguir en Norteamérica en cuanto les den la Tarjeta Verde. Tienen mejores modales que los que yo tenía cuando

era adolescente. Supongo que es porque tienen la oportunidad de vivir todas esas fantasías de *Mad Max* en el jardín de sus casas.

Transgredí una de las reglas de la etiqueta chiita al besar a Jane Evans, una operadora de cámara de la CNN a la que no había visto desde hacía seis meses. Uno de los chavales del Amal me reprendió con una sonrisa:

—Os vais a casar, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto —dije yo.

—Y ¿vais a tener hijos?

Como es lógico, les encanta probar sus armas. Cuando los reporteros se enfadaron porque el Amal no les permitía entrar en la escuela, los chavales abrieron fuego con sus AK-47. Poco importa que hayas oído muchas veces disparar a tu alrededor y que sepas que los disparos son al aire; se te contraen los músculos del estómago, te tiras al suelo y las sustancias químicas corren alocadamente por tus venas. Es muy divertido, además, ver a cien periodistas sudorosos, con las caras enrojecidas y vestidos como para ir a jugar al golf, echarse hacia atrás a cien kilómetros por hora como si fueran una manada de patos asustados.

No puedo explicar muy bien cómo acabó la cosa. La próxima vez que vayáis a preguntarle algo a alguien porque sepáis que «estuvo allí», pensáoslo dos veces. También yo estuve allí. Uno de los moros de los Hizbullah recorrió la calle dos veces. Gastaron algunas bromitas de esas que a ellos les parecen muy graciosas. «Os voy a destrozar la cámara», dijo uno de los más viejos del Amal a un equipo de televisión. Empuñó la pistola. Apretó el gatillo. Click. No estaba cargado. «¡Ja, ja, ja, ja!» Tuvimos que estar mucho tiempo al sol, y sin cerveza.

A las cinco de la tarde el Amal permitió que algunos equipos y algunos reporteros entraran en la escuela. «¡Que entre uno de cada medio!», dijo un portavoz. «¡Que entren todos los periodistas de habla inglesa!», gritó mi amigo Robert Fisk, del *Times* ¡el muy cabrón! Los afortunados tuvieron que permanecer en la escuela durante otras dos horas mientras los líderes de los Hizbullah regalaban coranes a sus rehenes.

Tras la línea del Amal había una hilera de vehículos esperando a los rehenes. Me abrí paso a empujones para tratar de ver la liberación. Pero el Burj tiene siete salidas y escogí una equivocada. Los vehículos salieron por otra calle y yo me quedé allí viendo cómo una cuadrilla de fotógrafos franceses conseguía (pagando) asomarse a uno de los balcones desde el que lo único que se podía divisar era otro pelotón de fotógrafos franceses.

Me sentía como abandonado. Allí estábamos los que éramos el foco de la atención mundial, viviendo una situación de lo más dramática, rodeados por todas partes de peligro y con unas cuentas de gastos gigantescas. ¿Seríamos capaces de encarar la verdad que yace en los oscuros rincones del corazón... y admitir que, en realidad, estábamos disfrutando muchísimo? Supongo que sería inútil pedirle a los

rehenes que se quedaran voluntariamente un ratito más.

# El traslado a Nueva Hampshire

---

No hace mucho que dejé Nueva York para irme a vivir a una pequeña ciudad de Nueva Hampshire. No sabía apenas lo que era vivir en el campo, pero estaba enamorado de los paisajes de Nueva Inglaterra. Me apetecía mucho ponerme a escribir en una atmósfera de serenidad pastoral. Además, necesitaba llevar una vida más sana. Como hasta entonces nunca había tenido que arreglar el tejado, pensaba que Nueva York era el lugar más caro del mundo para vivir. Dado que muchos ciudadanos están yéndose a vivir al campo, me veo en la obligación de comunicar lo que he aprendido. También me veo en la obligación de pagar el tejado nuevo.

Cuando uno se traslada a la Nueva Inglaterra rural, lo primero que ha de tener en cuenta es la elección de la ciudad. Hay tres tipos de ciudades en Nueva Inglaterra: ciudades que saben que son bonitas, ciudades que no saben que son bonitas y ciudades que están dispuestas a ser bonitas, cueste lo que cueste.

Las ciudades que saben que son bonitas se caracterizan por los altos precios de las viviendas, por contar con numerosas ferias de artesanía y por tener una gran cantidad de Volvos con pegatinas en los parachoques que dicen «Salvad a las ballenas». En realidad, Vermont es el lugar más indicado para encontrar este tipo de ciudad. No os recomiendo vivir en una ciudad de éstas. Los carteles de *shoppe*<sup>[14]</sup> están llenos de faltas de ortografía, las ferias de artesanía provocan aglomeraciones de tráfico y en Vermont no hay ballenas (duele decirle esto a los de los Volvos).

Las ciudades que no saben que son bonitas son todavía peores. En la mayoría de ellas parece obligatorio tener adornos en el césped y una caravana en el jardín. Te compras una casa preciosa en la calle principal y al levantarte a la mañana siguiente descubres que alguien ha comprado la preciosa casa que había enfrente de la tuya, la ha demolido y ha levantado una gasolinera. Los adolescentes de estas ciudades utilizan la veleta de la iglesia protestante, del 1690, para practicar con sus rifles. Esto nos resulta muy doloroso a quienes tenemos tan alto grado de sensibilidad estética, pues nos gustaría hacernos una lámpara con ella.

El tipo adecuado de ciudad es la que está decidida a ser bonita. Mi propia ciudad, Jaffrey, es una de éstas. Estamos haciendo una colecta para arreglar la veleta e intentando que Shell, la empresa a la que pertenece la gasolinera de la calle principal,

se escriba con una «e» de más. En las ciudades como Jaffrey se capta el orgullo cívico y el sentir colectivo, pero también tienen sus inconvenientes. El orgullo cívico se traduce en comités y siempre cabe el peligro de que requieran tu presencia. El año pasado, tuvimos una plaga de lagartas. Mi comité se dedicó, durante tres semanas, a recortar hojas de roble de cartulina amarilla y a pegarlas a las ramas de los árboles a fin de que los visitantes no se decepcionaran al contemplar el follaje otoñal.

Una vez que has elegido la ciudad, el paso siguiente es elegir la casa. Hay una regla general respecto a las casas en Nueva Inglaterra: cuanto más feo es el diseño, más auténticamente colonial es la casa. Si la casa tiene una apariencia majestuosa, la distribución es buena y las habitaciones espaciosas y bien ventiladas, seguro que es una porquería victoriana. Pero si a primera vista no puedes distinguirla de una caravana, es que es anterior al 1700. Bueno, decirlo así es un poco exagerado. Muy pocas caravanas tienen los techos a cinco pies de altura, los sótanos inundados o las maderas podridas. En fin, si estás buscando autenticidad, asegúrate de que las habitaciones sean tan grandes como las alfombrillas del cuarto de baño y de que el sistema eléctrico tenga una pinta horrible. Nuestros antepasados coloniales parecen haber sido unos electricistas negados.

De lo que no tienes que preocuparte es de las vistas. Todas las auténticas casas coloniales de Nueva Inglaterra tienen espléndidas vistas. Y si no, pregúntale al agente inmobiliario.

—¿Vistas? —dijo el mío—. ¡Claro que tiene buenas vistas! Trepe por la ventana hasta la terraza, señor O'Rourke, y súbase a la chimenea. ¡El espectáculo es sobrecogedor!

En realidad, comprar una casa aquí es igual que comprarla en cualquier otro sitio, si se exceptúa lo de las escrituras. Las escrituras de las casas de Nueva Inglaterra tienen una antigüedad de trescientos cincuenta años y, durante cada uno de estos años, siempre hubo alguien que cometió un error. Esto hace que las escrituras sean muy extrañas. Una de las propiedades que yo estuve mirando tenía una extensión de quince acres. En la parte delantera de la casa había dos acres y el resto correspondía a una franja de terreno de tres pulgadas de anchura que llegaba hasta el lago Winnispesaukee, cincuenta y cinco millas al norte. Prepárate a pagar unos buenos honorarios al abogado.

—Mire —me dijo el que llevaba lo de mi escritura—, es que esta tierra perteneció originalmente a los indios. Tuve que ir buscándolos por todas partes: Aspen, Vail y Sun Valley. Como no los encontré...

Incluso después de haber resuelto lo de la escritura y de haber pagado la casa, te encuentras con que no puede llevar tu nombre. Mi casa se llama «Casa de Yate-man». No ha habido ningún Yateman en Jaffrey durante cincuenta años y, de todas formas, no creo que mi casa haya sido nunca propiedad de un Yateman. Lo de «Casa de

Yateman» es simplemente un truco para burlarse de los recién llegados. Sin embargo, me han asegurado que mi casa acabará llamándose «Casa de O'Rourke».

—Todo el mundo la llamará así —me dijo un vecino— en cuanto te mueras.

Hay otra cosa; sin que les importe la majestuosidad de la casa ni el terreno ni los edificios anexos que tenga, todo lo que oirás decir a los vecinos será: «¿Sabe usted?, este lugar se vendió por ocho mil en 1976».

Te llevará un cierto tiempo adaptarte a estas costumbres campestres, por no decir nada de lo que te costará adaptarte a lo que es el campo. Al clima, por ejemplo; en Nueva Inglaterra tenemos dos estaciones, invierno y preparación para el invierno. Yo estaba acostumbrado a golpear las tuberías de mi apartamento cuando quería más calor por la noche. He descubierto que esto no vale para la caldera de leña. Tampoco los servicios municipales son exactamente como los de la ciudad. Estuve tres meses sacando la basura a la calle antes de darme cuenta... bueno, antes de darme cuenta de que en la calle estaba acumulada la basura de los tres meses.

Simplemente ir de compras constituye un gran problema para los neoyorquinos transplantados. Nuestros movimientos son bruscos y rápidos. En Nueva Inglaterra hay una ley, aunque no está escrita. Sea cual sea el lugar, la hora o el tipo de compra que vayas a hacer, antes tendrás que charlar un ratito.

Ir a la carnicería no significa necesariamente ir a comprar carne. Es una visita social. Aunque no conozcas de nada al carnicero, tienes que decir: «¿Qué tal van las cosas?», y también: «¡Podría usted hacerme una visita!», y: «Recuerdos a su esposa, si es que está casado».

El dirá:

—¿Ha tenido muchos jejenes en su casa este año? Tú dirás:

—¿Ha recogido mucha leña?

Y así sucesivamente. Si se habla de carne asada será por mera casualidad, y dicho tema nunca deberá surgir, si uno es educado, por lo menos hasta que hayan pasado treinta minutos.

Todo esto me asusta. Sé que la gente lo hace para ser amable y yo, por mi parte, intento charlar largamente con todo el mundo que me encuentro. Pero me aterroriza pensar que si llamo a los bomberos y grito «¡Socorro, mi casa está ardiendo!», lo que habrá al otro lado del hilo telefónico será alguien diciendo: «Sí, sí, la casa de un tipo que vive en Antrim también se incendió. Debió ser por estas fechas, en 1981. ¿Ha tenido muchos jejenes en su casa este año?»

Los periódicos locales sirven de gran ayuda cuando se quiere captar la esencia de la vida rural. Este tipo de publicaciones deja bien claro que la gente rural de Nueva Inglaterra vive en un mundo que no tiene nada que ver con el de los neoyorquinos; posiblemente viven en un planeta diferente.

Me he dedicado a recoger extractos de los periódicos de mi zona. Este titular,

impreso con enormes caracteres, aparecía en la primera página del *Monadnock Ledger*: «Este viernes, espaguetis para la cena». Estaría bien que hubiera más titulares de este tipo en el *New York Post*. «Conductor causa daños en un jardín y huye a continuación» —esto apareció en la primera página del *Peterborough Transcript*. Y éste es mi favorito, extraído del *Keene Sentinel*: «La Asamblea Legislativa de Maine se va a casa».

Un artículo sobre el consejo de planificación de Jaffrey decía entre otras cosas: «Los planificadores no llegaron la semana pasada a un acuerdo sobre la subdivisión. Las sesiones públicas acabaron... ya pasadas las veintitrés horas. Los planificadores no creían oportuno tomar decisiones estando tan cansados». Cuesta imaginarse un Congreso así de franco. Me gustaría leer un artículo del *New York Times* que dijera: «Los congresistas no llegaron a un acuerdo sobre el presupuesto de defensa la noche pasada. Los miembros del Congreso no creían oportuno tomar decisiones en tal estado de corrupción, atontamiento y borrachera». Pero el titular más significativo que he encontrado en los periódicos locales decía simplemente: «Se encontró dinero en la calle de Middle Hancock el domingo, 5 de junio». Catorce palabras que testimonian una honestidad casi impensable.

Este tipo de cosas hacen que desees conocer a los vecinos. Hay que dar por sentado, desde luego, que ellos ya te conocen. La gente de Nueva Inglaterra no es entrometida y se enorgullece de saber respetar la intimidad de los otros. Pero, al mismo tiempo, se las arreglan para saber todo lo que te pasa, y algunas veces lo sueltan. Por ejemplo, si pones una conferencia y dices: «Operador, no consigo comunicarme con Florida para hablar con mi madre», el operador te contestará: «Debería usted llamarla más a menudo y, además, no le ha escrito una carta larga desde las Navidades».

Si estás haciendo compras en unos almacenes, el dependiente, que para ti es completamente desconocido, te dice: «Pero ésas no son las camisetas que lleva usted normalmente».

El fontanero es el primer vecino con el que deberías entrar en contacto. Si puedes, cástate con él. En algunas zonas rurales, las figuras más importantes son el médico y el cura; no ocurre así en Nueva Inglaterra. Aquí es el fontanero, y por muchas razones. Cuando las cañerías de tu casa se congelan y estallan a las tres de la madrugada, ya puedes llamar al doctor o al sacerdote.

Te resultará más fácil hacer migas con el fontanero, y con cualquier otro, si conoces los valores locales. Uno de ellos es levantarse temprano. Que no se descubra que duermes hasta las diez de la mañana. Les parecerá divertidísimo. Lo que hago yo es dormirme vestido y colocar una taza de café al lado de la cama. De esta forma, cuando alguien llama a la puerta a las cinco de la mañana para ver si me apetece ayudarle a apilar la leña, puedo bajar corriendo las escaleras con la taza de café en la

mano y fingir que llevo horas despierto. Levantarse temprano implica acostarse temprano, y la gente se preocupa si no lo haces. Poco después de llegar a Jaffrey, estaba tomándome una copa a la una de la madrugada cuando oí que llamaban a la puerta. Era uno de los vecinos; llevaba puesto el batín de estar por casa y parecía bastante preocupado. «Es que hemos visto las luces encendidas», dijo. «¿Le ocurre algo?»

Las dos cosas que los de Nueva Inglaterra valoran más son la honradez y el ahorro. Respecto a la honestidad, tenemos el ejemplo de lo que pasó en la calle de Middle Hancock; alguien encontró dinero, hizo lo que solamente sería capaz de hacer un auténtico yanqui de pueblo y llamó a los periódicos. La honestidad es algo muy bonito, pero es peligroso que se convierta en hábito. Cuando he vuelto a Nueva York me he pillado diciéndole a la gente: «Cóbreme lo que usted crea que está bien». Y no se puede explicar con buenas palabras lo que significa para los neoyorquinos «estar bien».

Más importante incluso que la honestidad es el ahorro, o, por decirlo de otra forma, la tacañería descarada. En las ciudades, el dinero se utiliza como se utilizaba en la Alemania de Weimar. Vas al cajero automático de Citibank, sacas un montón de dinero y lo vas entregando a medida que te lo piden. Luego, cruzas los dedos y deseas morirte antes de que los de la tarjeta Visa descubran que has cambiado de dirección. Sin embargo, los yanquis se toman con mucha seriedad lo de gastar dinero, y te pueden dar muchos consejos respecto a este tema.

«Si coges el coche y vas hasta Portland, en Maine», dicen, «puedes ahorrar dos centavos al comprar servilletas de papel». Y también: «En A & P están rebajadas las tarrinas de margarina de cinco galones. Sólo dan seis por cliente». Y especialmente les encanta decirte cuál es el precio que deberías haber pagado por tu casa. «Mira, este sitio lo vendieron por ocho mil en 1976».

Aparte de hacerte cambiar los valores, la vida rural te hace también cambiar tus costumbres. Muchas de las actividades urbanas resultan inadecuadas aquí. Si haces *footing* en Jaffrey, la gente para el coche y se ofrece a llevarte. Cenar a las nueve es algo tan insólito como tomar el sol en el tejado. Uno no debe, sin embargo, adquirir todas las costumbres locales.

La pesca, por ejemplo, resulta ser una actividad menos tranquila de lo que parece en los calendarios. Este deporte lo inventaron los insectos, y el cebo eres tú.

La caza es igual de incómoda y mucho más peligrosa. La caza de ciervos, en particular, atrae a unos tipos visigóticos que se desplazan de lugares como Worcester, Massachusetts. Yo, durante la temporada de la caza de ciervos, me recluso en casa e intento alejarme lo más posible del asunto.

La jardinería es mejor. Todos los habitantes de Nueva Inglaterra están deseosos de darte consejos sobre el jardín; de hecho, demasiado deseosos. Después de haber



pasado un mes escuchando consejos sobre jardinería, estaba tan confundido que la única cosa que era capaz de recordar era que los bulbos no se deben plantar al revés. Esto es una bobada, y tengo un tanque séptico lleno de narcisos en flor para probarlo.

Tener un huerto es todavía más frustrante. En Nueva Inglaterra, las heladas fuertes acaban sobre el 10 de julio y las primeras heladas otoñales llegan dos semanas más tarde. También está lo de los mapaches; si tienes la suerte de que algo crezca, se lo llevarán los mapaches y tendrás que llamar a las Fuerzas de Intervención rápida del Pentágono para que lo recuperen. Lo que hago yo es simplemente decir que tengo un huerto. Cavo una parte del jardín, me disfrazo de mapache, dejo algunas huellas en la tierra y me voy a la verdulería del pueblo a comprar las verduras.

Respecto a lo de acondicionar la casa, he adoptado una técnica similar. Al principio pensé que arreglar la casa sería un buen *hobby* y, además, muy relajante. Sin embargo, las visitas a la ferretería resultaron ser muy embarazosas. No sabes cómo se llaman las cosas que necesitas. Y ellos se ríen cuando les pides «una cosa alargada de metal que es bastante pesada por un extremo pero que por el otro pesa mucho más».

De la misma forma que tienes que evitar arreglar tu casa, tienes también que evitar por todos los medios decorarla con genuinas antigüedades de la época colonial. La honradez de los habitantes de Nueva Inglaterra desaparece de una forma alarmante si se toca el tema de las antigüedades. Las tiendas de antigüedades de Nueva Inglaterra son auténticos templos del vicio. Si alguna vez entras en alguna, repítete esto continuamente. «Esto no es un auténtico armario de colgar decorado con pintura de leche anterior a la Revolución. Es una caja vieja y sucia que han sacado de algún garaje».

Al irte a vivir al campo tienes, generalmente, la maravillosa oportunidad de descubrir lo ignorante y patoso que eres. Sabía que de jardinería y de arreglar casas tenía muy poca idea, pero pensaba que por lo menos sería capaz de hacer un fuego con un montón de ramitas. Hay que señalar que en las zonas rurales, prácticamente todo es inflamable. Esto es todo lo que se puede decir de los maravillosos paisajes.

La verdad es que después de haber pasado seis meses en Nueva Inglaterra me di cuenta de que todas las buenas razones que me habían llevado a trasladarme allí habían desaparecido. Es difícil encontrar la serenidad pastoral en un lugar en el que todos los hombres, las mujeres y los niños mayores de cinco años tienen una sierra eléctrica y la ponen en marcha puntualmente al amanecer. Y en cuanto a lo de la vida sana, el lema de Nueva Hampshire parece ser: «¿Quieres otra copa?»

Un día, mientras ayudaba a otro ex ciudadano a quitar las cepas de los árboles que habían estado plantados en su terreno, empecé a sentirme bastante melancólico. Mi amigo George, que antes residía en San Diego, había alquilado una retroexcavadora y los dos juntos habíamos pasado la mañana cortando, cavando y arrancando las raíces de los árboles mientras yo no dejaba de preguntarme por qué me había ido de Murray

Hill. George y yo estábamos dentro de una zanja dándole hachazos a un cadáver de roble especialmente reacio cuando apareció, montado en su camión, un granjero del pueblo. El granjero se quedó mirando el campo, observó los doce agujeros, cada uno con su cepa correspondiente al lado, miró hacia el agujero en que George y yo nos encontrábamos y dijo:

—Mira, George, si plantas eso no vas a conseguir ningún dinero.

Entonces me di cuenta de por qué me había venido al campo. Los habitantes de aquella zona son capaces de recorrer muchas millas para verme encender la caldera de leña. Mis viajes al vertedero municipal, con el Volkswagen descapotable hundido en el barro hasta los tapacubos, se han convertido en una leyenda local. Para los residentes de Jaffrey, ver a un neoyorquino intentando hacer salir del granero a un puercoespín con las manos cubiertas por unos guantes de los que se utilizan para el horno y armado de un palo de escoba, es más divertido que ver *El Retorno del Jedi*.

Las razones por las que uno se va al campo son las mismas que mueven a la mayoría de las grandes empresas artísticas. Se busca el entretenimiento. ¿Acaso hay algo mejor en la vida que repartir alegría y felicidad entre la gente que te rodea?

# **El rey de Sandusky, Ohio**

Mi abuelo era rey de Sandusky, Ohio. Su padre, el rey Mike I, gobernó una pequeña granja situada a diez millas de la ciudad. Posteriormente, Sandusky atravesó un período de gran agitación a causa de la Ley de Sucesión de la ciudad. El sucesor al trono de Sandusky no puede ser una mujer. El rey Jim, que se hallaba en el poder en el año en que nació mi abuelo, 1887, no tenía ni hijos ni hermanos, y tampoco tenía tíos paternos. De esta forma, el asunto de la herencia recayó sobre una serie de primos enfrentados, uno de los cuales (aunque creo que sólo por matrimonio) era mi bisabuelo Mike. Mike manejaba con soltura el espadón y tenía amigos en el tribunal del condado. Finalmente fue nombrado tesorero de un banco local y conquistó un almacén de madera y una caballeriza. Cuando el rey Jim empezó a sufrir las consecuencias de la vejez, mi bisabuelo se nombró a sí mismo regente; se hizo cargo de la casa y el jardín del antiguo rey y puso a su disposición un carruaje para poder darse una vuelta por el campo siempre que lo deseara. Cuando el rey Jim se murió, en 1901, mi bisabuelo sabía perfectamente dónde se encontraban todos los documentos legales y, con la ayuda de mi joven abuelo, el futuro infante Barney, libró una dura batalla con el resto de los aspirantes y los primos en una oficina del centro de la ciudad. Sus rivales lo aventajaban en número, pero no contaban con la presencia de un líder y discutían entre ellos; mientras estaban haciéndole una consulta al abogado que habían contratado, los arqueros del rey Mike los atacaron y mataron a la mayoría. Algunos, sin embargo, consiguieron jubilarse y hubo uno que se trasladó a California.

El rey Mike murió en 1920 y su hijo mayor, mi tío abuelo Will, pasó a ser el rey de la granja; fue mi abuelo, sin embargo, quien ocupó el trono de Sandusky. No era esto lo que dictaba la ley de sucesión, pero eran muy pocos los hombres que después de desafiar a mi abuelo seguían con vida o sin arruinarse en los negocios.

Bajo el reinado de mi abuelo, el poderío y la prosperidad de Sandusky crecieron considerablemente. Se construyó un elevador de granos y también una fábrica y luego otra. Mi abuelo estaba siempre en la guerra. Conquistó Norwalk, Fremont, Tiffin y el Parque Estatal de Oak Openings, donde tuvo lugar una batalla que duró casi dos días y que tuvo como escenario los oscuros y enmarañados bosques de la reserva de pájaros. En 1942 derrotó en el puente de la carretera número 4 al ejército de Port Clinton con la ayuda de un batallón de arqueros —como su padre— y de las tropas de infantería armadas de picas y espadas. Los caballeros con los que peleó, entre los que se encontraban casi todos los nobles y los miembros de las familias reales de Port Clinton, murieron a causa de las flechas o se cayeron del puente y se ahogaron en el interior de sus pesadas armaduras antes de que las lanchas vinieran a rescatarlos. Fue una lección que nunca olvidaré. La caballería es importante por la movilidad y por los ataques rápidos, pero la verdadera fuerza de un ejército reside en la disciplina de los soldados de a pie. También hay que cuidar y alimentar diariamente los caballos y generalmente hay que buscarles un establo en las afueras de la ciudad.

El rey Barney puso en funcionamiento la armada de Sandusky, que disponía de galeones de tres mástiles. Libró batallas en el mar, en la bahía de Put-In, en la isla de North Bass e incluso en la desembocadura del río Maumee, en el puerto de Toledo. De esta forma, mi abuelo se hizo con gran parte del comercio marítimo de la parte occidental del lago Erie, que anteriormente estaba en manos de los príncipes empresarios de Toledo y Detroit, Michigan. Repelió los ataques de los bárbaros, que bajaban desde Canadá en sus transbordadores de guerra; no llevaban armaduras, sólo sombreros, y luchaban con hachas, siendo, sin embargo, unos terribles guerreros a los que sólo se consiguió echar de nuestras costas después de que hubieran saqueado varios centros de pescadores aficionados y un pequeño puerto. También se levantaron algunos campesinos de la fábrica Willis Overland que estaban afiliados a un sindicato laborista; mi abuelo aplastó la rebelión con contundencia. Riñó con el diácono de la iglesia presbiteriana más importante de la ciudad, hombre de gran poder que deseaba que entrara en vigor la Enmienda Dieciocho, que se refiere a la prohibición de bebidas alcohólicas, lo que provocó un gran cisma en Ohio. Mi abuelo acabó adueñándose de las propiedades del diácono y le confiscó algunos solares vacíos y algunos pequeños negocios por falta de pago, regalándoselos, con su habitual generosidad, a los condes que poseían bares y restaurantes y que habían luchado con lealtad al lado del rey. Él se quedó con un concesionario de la Buick. También construyó en Elm Street un palacio para uso de la familia real. En la época en la que yo nací, 1957, el rey Barney dominaba casi todo el norte y centro de Ohio, desde Lorraine hasta Bucyrus, llegando por el oeste hasta Perrysburg. Lo que no conquistó con la espada se lo adjudicó el propio ayuntamiento; los duques y barones de las ciudades vecinas juraron lealtad a mi abuelo, llegando a veces incluso a enviar a sus propios hijos como rehenes para que pasaran las vacaciones en la corte. Allí se les trataba, naturalmente, con la mayor cortesía.

El rey Barney, aunque muy fiero en la guerra, era en el fondo un bonachón y sus súbditos lo adoraban. Encerró a muy pocos en el calabozo del concesionario de la Buick y sólo a quienes habían cometido crímenes monstruosos. Odiaba tener que dictar sentencias de muerte, incluso en el caso de Lenord de Fostoria, que se había casado con mi prima segunda, la duquesa Connie, y la había tratado con gran crueldad y que una vez en el calabozo rompió un montón de tapas de distribuidor y lentes de faros traseros, valoradas en trescientos dólares, que estaban allí almacenadas. Mi abuelo no lo mató, limitándose a convencerlo para que se enrolara en el cuerpo de Marines. Mi abuelo, el rey Barney, tuvo cinco hijos. El infante Bob era el mayor; después venía mi padre, que tenía el título de príncipe de las ventas de coche y que era también capitán de la Guardia Real; luego, la princesa Annie, el príncipe Larry, dueño del negocio de coches de segunda mano, y el príncipe Fred, el más joven de mis tíos. Mi padre se casó con la princesa Doris, hija del emperador de

la ciudad de Michigan, Indiana, que fue depuesto durante el hundimiento de la Bolsa de 1929. La familia de la princesa Doris tuvo que huir de Indiana y su hermano Sam se refugió en un monasterio que era propiedad de la compañía ferroviaria de Nueva York; llegó a ser abad y se convirtió en ingeniero de trenes de mercancías. Su hermana Dorothy se casó con un agente de inmobiliaria de Chicago, al que le fueron muy bien las cosas por ser duque de un suburbio.

Mi infancia fue completamente idílica; algunas temporadas las pasaba en la corte de mi abuelo el rey y otras en su residencia de verano. Estudié las artes de la guerra, cetrería y béisbol y aprendí a tocar la trompeta. Mi padre era muy popular. Se daba por sentado que algún día sería rey, ya que el tío Bob no tenía hijos varones. Por extraño que parezca, hasta que tuve unos diez años no me di cuenta de que yo mismo estaba en la lista de los sucesores al trono. Poco después de que me hubiera dado cuenta de esto, mi padre murió de una forma trágica. Había habido problemas en la tienda de coches. Los empleados de un restaurante de la cadena Castillo Blanco, que estaba al otro lado de la calle, se habían amotinado, y mi padre y mi tío Larry, su teniente principal, reunieron las tropas y, junto con algunos mecánicos del garaje, acorralaron a las amazonas que trabajaban como camareras. Mi padre sólo recibió un ligero golpe de alabarda en el casco y el príncipe Larry me contó que de lo único que se quejó mi padre, en medio del resplandor victorioso de las llamas del restaurante, fue de un ligero dolor de cabeza. Durante la noche, sin embargo, se le desencadenó una hemorragia cerebral; lo llevaron al hospital y allí murió. Un centenar de lanceros a caballo y un gran número de personas cuyos coches formaban una larga hilera asistieron a su entierro, que tuvo lugar en el cementerio de Woodlawn, donde nuestra familia poseía un terreno.

No había pasado un año cuando mi madre se casó en segundas nupcias con el conde Ralph, un noble de poca monta que procedía de un centro comercial de la parte sur de la ciudad. Y así comenzaron las intrigas que marcarían los doce años siguientes de mi vida.

Al principio sentía bastante indiferencia hacia mi padrastro. Por una parte, me parecía bastante agradable; me disgustaba, sin embargo, que bebiera tanta cerveza y que usara una de esas armaduras baratas de fabricación extranjera. Ni siquiera poseía un caballo propio. Cada vez que tenía una trifulca con un vecino sobre obligaciones feudales, como la de tener arreglado el césped, se veía obligado a alquilar un caballo para que la disputa pudiera acabar resolviéndose con un torneo. En el fondo no me caía mal, y, de todas formas, yo estaba muy ocupado con las guerras de la escuela. Estas guerras causaban muchos destrozos y muchos sufrimientos, especialmente a los profesores sustitutos. Mi abuelo debería haber acabado con aquellas luchas, pero ya se estaba haciendo viejo y además no pudo recuperarse nunca de la muerte de mi padre, que era su favorito. Después de aquello comenzó a sentirse débil y acabó en

una residencia real para ancianos. A mi tío, el infante, lo único que le importaban eran los negocios y el golf.

En el distrito escolar local había tres escuelas que estaban siempre en guerra. Los cuatro institutos públicos de Wood County también estaban siempre enfrentados, por no decir nada de los dos colegios parroquiales, cada uno de los cuales había elegido su propio Papa. Esto hizo que se produjeran levantamientos entre los polacos y los italianos que trabajaban en las fábricas. En la escuela peleábamos con picas y espadas de madera. La mayoría de los padres no dejaban que los niños tuvieran espadas de verdad hasta que no cumplían los dieciséis años, aunque algunos niños que trabajaban como repartidores de periódicos ahorraban dinero y se las compraban. Las flechas que teníamos, en cambio, sí eran de verdad. A mí una vez me rozaron en el brazo con una y me tuvieron que dar puntos.

Las guerras escolares eran emocionantes. Se peleaba de clase en clase. Yo era, naturalmente, uno de los líderes, ya que tenía sangre real. Pero como estaba en sexto curso, sólo era teniente. Sin embargo, capitaneé muchas peleas de espada, especialmente las que se libraban en las escaleras. Cuando peleábamos, subíamos y bajábamos por las escaleras, que eran los mejores sitios para las luchas con espadas. La escuela McKinley era enorme; parecía una fortaleza. Cuando nos peleábamos, nos refugiábamos en las barricadas que habíamos instalado en los pasillos. Ni siquiera el director conseguía que nos estuviéramos quietos. En una ocasión los niños de la escuela Nathan Hale nos sitiaron, nos obligaron a retroceder al segundo piso y conquistaron el gimnasio. Nos hubiéramos muerto de hambre si las niñas no hubieran tenido que irse a casa cuando empezaron a encenderse las farolas de la calle; pudieron volver al salón de actos de la escuela aquella misma noche, ya que había una reunión de padres de alumnos y ellas acompañaban a sus padres. Desde el balcón tiramos una cuerda que llegaba hasta el salón de actos para subir las cestas que ellas habían llenado de provisiones; así sobrevivimos hasta la mañana siguiente. Al otro día peleamos de nuevo con las espadas por todas las escaleras, consiguiendo que los chicos de Nathan Hale se fueran a su barrio. Capturamos a uno de los chicos del sexto curso que, antes de que sus padres cambiaran de residencia, estaba en mi clase. Era espía, como se demostró cuando lo sometimos a la prueba del fuego; luego murió en el hospital. Después de aquello, la escuela no pudo izar la banderola verde de la seguridad que solía estar colocada bajo la bandera de la familia real. Esta banderola verde de la seguridad significaba que ningún alumno había resultado herido durante el año, y tenía un dibujo de Ambar, el Elefante de la Seguridad.

Yo estaba tan ocupado con estas cosas que no me di cuenta de que el conde Ralph, mi padrastro, estaba conspirando contra mí, hasta que murió mi abuelo y el tío Bob fue coronado rey de Sandusky. Cuando esto ocurrió yo pasé a ser infante y siempre iba el primero cuando desfilábamos para ir a las asambleas de alumnos o

para entregar nuestros donativos para las colectas. Lo primero que tramó el conde Ralph fue el envenenamiento de mi tío; de esta forma yo sería el rey y a él lo nombrarían regente hasta que yo cumpliera los veintiún años. Lo intentó durante una barbacoa, pero como el rey Bob vomitó, el perrito caliente envenenado no llegó a hacerle efecto. Entonces mi padrastro ideó otro plan aún más traicionero. Creo que se dio cuenta de que yo estaba al tanto de lo del envenenamiento, ya que había estado espiándolo en la ferretería del centro comercial, en la que yo trabajaba al salir de la escuela. Además, él sabía que yo había empezado a odiarlo porque no me quería comprar una bicicleta inglesa de carreras y porque él siempre estaba echándome broncas por no limpiar las cosas que manchaban mis dos perros de caza. Mi tío y él llegaron a un acuerdo. A pesar de que yo le hice repetidas advertencias al rey, el conde Ralph se convirtió en mi protector y fue nombrado jefe de la Guardia Real. Cuando mis primos, el príncipe Buster y el príncipe Kevin, fueron atropellados intencionadamente por un conductor que posteriormente se dio a la fuga, me di cuenta de que los dos estaban compinchados. De esta forma yo era el único heredero varón que seguía vivo, pero si me quitaban de en medio, el nieto del rey Bob —mi primo segundo, el príncipe Dickie— sería nombrado infante. Me enteré también de que el conde Ralph estaba ayudando a mi tío en sus esfuerzos para conseguir que el ayuntamiento modificara las leyes de sucesión de la corona. Pasara lo que pasara, yo nunca llegaría a ser rey. Todavía no me podían matar, ya que saldría en los periódicos y causaría una mala impresión, pero encontrarían alguna forma para deshacerse de mí. Mi madre tenía un carácter muy débil; miraba por mi seguridad, pero al mismo tiempo quería salvar su matrimonio y le daba miedo divorciarse por los comentarios que pudieran hacer los vecinos. Fui a ver a mis tíos, el príncipe Larry y el príncipe Fred, cuyos hijos habían sido asesinados. Les pedí que me ayudaran a reclutar un batallón de soldados. Yo contaba con la ayuda de un centenar de chicos de la escuela McKinley o, por lo menos, con el apoyo de mi patrulla de boy scouts, pero apenas teníamos armas y no disponíamos de catapultas ni de caballos. Pero mis tíos tenían miedo de perder sus trabajos. La princesa Annie fue la única que me prestó su apoyo; me dio un paquete de veneno para que lo espolvoreara sobre la americana de mi padrastro, pero se me perdió en el camino a casa.

Lo único que podía hacer era huir, así que busqué refugio en la casa del hermano de mi madre, el duque de Evanston, Illinois.

No fue aquélla una época muy feliz de mi vida. Estaba rodeado de desconocidos cuyas costumbres y forma de vestir no me eran familiares. El instituto al que tenía que ir era muy elitista, y yo no encajaba allí. El duque, mi tío, sufrió un terrible ataque cardíaco. Yo había estado esperando que él y su hijo, mi primo Eddie, me ayudaran a reclutar un ejército; pensaba también que el reverendo Stevens de la iglesia metodista unida de Evanston podría organizar una cruzada, lo que me



permitiría volver a Sandusky y derrocar al tío Bob. Mi primo Ed era un matón y a mí nunca me gustó, pero tenía amigos influyentes en el equipo de fútbol. Sin embargo, todas mis esperanzas se desvanecieron y en lugar de reclutar un ejército me vi envuelto en una pelea entre mi primo, el nuevo duque, y su madre, que todavía manejaba el dinero del ducado —que estaba en un banco del barrio— y que ni siquiera le permitía al duque Eddie disponer de una cuenta corriente. La señorita Sue, la hermana de Eddie, estaba a punto de formalizar un matrimonio muy poco conveniente, ya que quería casarse con el plebeyo que conducía la camioneta del pan. Para colmo de males, este hombre era un hereje, un adventista del séptimo día, cuya familia había sido asesinada en la enorme masacre de adventistas del año anterior. Él se salvó porque cuando ocurrió aquello se encontraba en el garaje intentando arreglar un cortacésped. Siempre estuvo temiendo por su vida y pensó emigrar a alguna de las colonias de Winsconsin con la esperanza de que hubiera una mayor tolerancia religiosa. También pensaba llevarse a la señorita Sue. Nadie se ocupaba de mí y tampoco conseguí hacer amigos en el instituto. Cuando sólo me quedaba un año para acabar mis estudios decidí volverme a Sandusky. Sabía que probablemente me matarían o me encerrarían en mi cuarto bajo cualquier pretexto. No tenía ningún plan. Mi tío Sam trató de convencerme para que me hiciera monje ferroviario, pero a mí me gustaba la acción; si no podía encontrar la forma de triunfar en Sandusky quizá me convirtiera en un bandido y me fuera a vivir al bosque, donde robaría a los excursionistas.

Sin embargo, al llegar a casa tuve un golpe de buena suerte. Mi instituto estaba situado en la zona más rica de la ciudad, pero nuestros equipos no eran muy buenos en los deportes y muchos de los nuestros habían muerto o habían sido heridos en las escaramuzas y batallas contra los chicos de los otros institutos que se libraban en los aparcamientos al acabar los partidos de fútbol. No teníamos arqueros, la única tropa de lanceros con que contábamos estaba completamente diezmada y la fuerza de infantería estaba representada por una caterva de niños de familias pobres. Como todavía era infante —por lo menos todavía poseía el título— me resultó fácil salir elegido para formar parte del Consejo de Estudiantes. Como nadie quería el cargo, llegué a ser presidente del Comité de Batallas y Pillaje. Sabía que era imposible convertir a nuestro desmoralizado y desorganizado ejército en una eficaz máquina militar; ni siquiera era capaz de enfrentarse a otros institutos, y mucho menos a mi tío, el rey, a mi padrastro y a su Guardia Real —especialmente desde que mi padrastro me prohibió conducir después de que me pusieran una multa por exceso de velocidad. A pesar de contar con pocas tropas, todavía me quedaban algunas opciones: en uno de los seis institutos de Sandusky, Scott High, la mayoría de los alumnos eran negros. Por aquel entonces nos llevábamos bien con ellos. Como su colegio estaba aislado de la ciudad, en realidad con los únicos que estaban en guerra

era con algunos paletos de la zona Este que habían sido expulsados de otros institutos. Lo que hice fue convencer al presidente de nuestro Consejo de Estudiantes —un chico pecos, bajito y tremendamente cobarde— para que provocara a los del instituto Scott High con el pretexto de que una o dos familias negras iban a trasladarse a nuestro distrito escolar. Yo sabía que si nos enfrentábamos a ellos directamente saldríamos perdiendo. Pero su instituto estaba tan lejos del nuestro que —estaba seguro— la verdadera guerra tardaría bastante en comenzar. Una noche cogí a doce de mis mejores y más fiables espadachines y nos disfrazamos de negros, poniéndonos guantes y calándonos bien las viseras para que no se pudiera ver el color de la piel. Capitaneé un ataque contra algunas de las casas de un barrio pijo cercano a la escuela. Quemamos las casas completamente y matamos a todas las familias, asegurándonos de dejar los cadáveres terriblemente mutilados. El asunto tuvo una gran cobertura en la televisión, lo que dio como resultado un gran aumento del presupuesto militar de mi ejército. Nos dieron, de hecho, todo el dinero destinado a la preparación del baile de fin de curso, el dinero que se había ganado a lo largo del año limpiando coches y vendiendo tartas. Compré armas y caballos e incluso una o dos catapultas, lo que nos levantó mucho la moral.

Los chicos de Scott High, como es lógico, negaron haber cometido los asesinatos y nosotros, como es lógico, los llamamos mentirosos y los amenazamos con una guerra. Pero en aquel momento yo solamente quería amenazarlos. En lugar de atacar Scott High, mi pequeña banda de guerrilleros y yo realizamos otro ataque haciéndonos pasar por negros. Esta vez atacamos unas casas cercanas al Instituto Libby. Mi instituto había estado en guerra con el Instituto Libby durante años y pensé, con mucha razón, que un escándalo provocado por los negros nos brindaría la ocasión de asociarnos a ellos para luchar contra los negros. No entraré en detalles, pero de esta forma conseguí finalmente aglutinar a los cinco institutos de blancos, incluidos los católicos, en una fuerza unificada. Sostuvimos una terrible lucha contra los negros y, como los superábamos con creces en número, ganamos batalla tras batalla, haciendo que retrocedieran hasta el corazón de su gueto.

Aquella primavera me reuní con los otros cuatro jefes militares y nos pusimos a planear el ataque final, una estrategia compleja de acciones convergentes, que es el plan de batalla más difícil de trazar. Este plan, que yo mismo esboqué, era, si se me permite decirlo, excelente. Es demasiado complicado como para exponerlo aquí, pero consistía, en resumidas cuentas, en utilizar a nuestros caballeros no como fuerza atacante principal (como era entonces costumbre en los institutos), sino para realizar una serie de falsos ataques con la intención de que los flancos del ejército negro quedaran rodeados por las fuerzas de infantería de los cinco institutos, a las que yo había adiestrado convenientemente. Nuestros arqueros inmovilizarían a la parte central del ejército negro y nosotros, mientras tanto, atacaríamos por los lados,

dejando sus tropas completamente destrozadas. Con esta batalla pretendíamos aniquilar a toda la gente de color de Sandusky y por eso habíamos planeado asesinar a los prisioneros y a los niños.

Yo ocupaba un lugar privilegiado en este Consejo gracias a mi familia y a mi habilidad táctica, pero sabía que cuando acabara la guerra contra los negros volvería a haber peleas entre nosotros. Sabía también que algunos de los jefes de los otros institutos no me querían bien. De hecho, había por lo menos dos que deseaban ponerse al mando de este ejército constituido por todos los institutos y utilizarlo para hacerse con el control de la ciudad, tal y como yo había planeado. Lo que hice, por consiguiente, fue realizar una maniobra diplomática a espaldas de mis compañeros de armas. Mantuve secretamente una entrevista con el jefe del ejército negro. Le expliqué que teníamos la intención de asesinar a su gente, lo cual lo dejó tremendamente preocupado. Le ofrecí, sin embargo, que hiciéramos un pacto: si él se comprometía a que sus tropas mataran a mis cuatro co-comandantes, yo le permitiría rendirse bajo unas condiciones realmente generosas y sin que los ejércitos blancos llevaran a cabo ningún tipo de masacre, violación o saqueo. Como él accedió, le mostré con exactitud cuál era la posición en que se encontrarían todos los comandantes durante la batalla. Él me juró que haría todo lo posible para que todos murieran.

Fue una batalla espantosa. Todos los negros de Sandusky se armaron con lo que pudieron, con cuchillos, palas, piedras y botellas; la policía había acordonado toda esa zona de la ciudad a fin de que pudiéramos pelear sin interrumpir el tráfico. Las tropas negras, naturalmente, no representaban ningún peligro para nuestros caballeros, y nuestros arqueros y ballesteros los despedazaron. Lucharon bien, no obstante, sin pedir ni ofrecer tregua alguna. Mientras ellos luchaban, el capitán de la guardia de su instituto cumplió la promesa que me había hecho, enviando a sus mejores caballeros exactamente a los lugares que yo le había indicado; a media tarde, tres de mis rivales estaban ya muertos y el otro tan malherido que tuvo que irse a casa. Me quedé solo al frente del ejército, y cuando por fin los negros empezaron a hacer ondear las sábanas blancas que habían atado a los mangos de las escobas y a los rastrillos, puse fin a la matanza. Concedí a los negros un lugar donde pudieran vivir, un lugar situado entre el patio de carga de la estación y el río, en el extremo sur de la ciudad, a la altura de la fábrica de baterías de Delco. Todavía siguen siendo mis leales súbditos.

Me convertí, incuestionablemente, en jefe de un experimentado ejército de tres mil hombres y podía haber hecho que se enfrentaran en cualquier momento con la Guardia Real de mi padrastro, resultando, sin duda alguna, vencedor. Pero todavía no era el momento adecuado. Por una parte, porque hubiera sido ilegal, y si la policía me hubiera pillado me habría enviado a un reformatorio; por otra, porque mi tío, aunque

no era tan popular como su padre, todavía tenía de su parte a la opinión pública. Pensé que lo mejor que podía hacer era obligar al rey Bob a que me nombrara jefe de la Guardia Real, como me correspondía por derecho de nacimiento. Pero no era posible hacer aquello en vida del regente, mi padrastro, el conde Ralph. Tampoco podía fiarme de mis tíos más jóvenes, ya que cualquiera de ellos hubiera sido nombrado regente si él faltaba. Lo que hice fue asesinar al príncipe Fred y al príncipe Larry; me hubiera gustado hacer lo mismo con mi padrastro, el conde Ralph, pero él estaba muy bien protegido y todo el mundo, sin duda, hubiera sabido quién era el culpable. Por todo esto, preferí provocar una discusión y matarlo en un duelo público.

Todo ocurrió durante la cena. Mamá acababa de traer el asado y el conde Ralph, furioso por los ofensivos comentarios que yo había hecho mientras comíamos la ensalada, sacó su espadín y, cegado por la ira, lo clavó en un cuenco de ensalada de patatas. Yo me subí a la silla y agarrándome con la mano izquierda a la lámpara, una de esas de altura regulable, intenté alcanzarlo con el pesado sable que para servir a este propósito había llevado a la mesa. Fallé el golpe, partiendo por la mitad una de las cortinas del comedor. Ralph bloqueó el siguiente ataque y me cortó en el costado. Yo, de una patada, le lancé al pecho una salsera; mientras él se dolía del golpe, le di con el sable un tajo lateral, cortándole la oreja y matando a mi hermana Jill. Entonces él sacó una daga, pero la daga y el espadín no eran nada en comparación con mi potente arma; lo obligué a retroceder hasta el salón, intentando con todas mis fuerzas golpear su ensangrentada cabeza. Tengo que reconocer que él también me hizo daño. Me volvió a herir en el muslo y me cortó un dedo de la mano izquierda con el cuchillo. Pero yo le rajé el pecho, atravesando completamente su camiseta de deportes, de forma que un trozo de carne quedó totalmente abierta, como si fuera una solapa. Ralph salió corriendo por la puerta trasera que daba al patio. En ese momento pude haberlo atravesado con el sable por la espalda, pero quería que la muerte fuera cara a cara. Intentó golpearme a través de la cortina cuando salí en su busca, haciendo que tropezara y me cayera por las escaleras. Si él hubiera sido más rápido me hubiera podido coger, pero la cerveza lo había vuelto demasiado gordo y las veladas nocturnas de televisión, muy lento. Volví a ponerme en pie y reanudamos la lucha, aunque sólo por un momento, pues enseguida lo hice retroceder hasta el jardín. Entonces él se tropezó con la hamaca y se desplomó sobre ella, quedándose perfectamente sentado. La cabeza se le cayó hacia atrás y yo, con un poderoso golpe, se la separé del cuerpo.

Después de aquello al rey Bob no le quedó más opción que nombrarme capitán de la Guardia Real. Yo acusé a la mayoría de los soldados de corrupción, fraude fiscal e incumplimiento de las leyes de aparcamiento, haciéndolos ejecutar. Los sustituí por mis propios soldados. Actualmente me hallo en espera de que muera mi tío. Creo que la princesa Annie lo va a envenenar. Entonces yo seré rey, me iré de la casa de mis

padres y me compraré una casa propia y un jeep de tracción en las cuatro ruedas.

\* *Shoppe* es una forma antigua y pintoresca de *shop*, tienda. *N. de los T*).



PATRICK JAKE "P. J." O'ROURKE. (14 de noviembre de 1947) natural de Toledo, Ohio, EE. UU., es un político, periodista y escritor satírico, y responsable de política internacional de la edición estadounidense de la revista *Rolling Stone*, además es corresponsal de *The Atlantic Monthly*, *The American Spectator* y *The Weekly Standard*. En el Reino Unido es muy conocido por haber protagonizado una serie de anuncios de la línea aérea British Airways durante la década de los 90 del siglo xx. También es investigador asociado del Cato Institute.

Se le considera uno de los más tempranos exponentes del "gonzo-periodismo".

Estudió en la Universidad de Miami (Miami, EE. UU.), y es profesor de inglés — título obtenido en la Universidad Johns Hopkins (Baltimore, Maryland, EE. UU).

Al hablar de si mismo en esa época se describe como un hippie de izquierda que en la década de los 1970 sufrió un cambio que le llevo a tener puntos de vista contrarios, y emergió como un observador y humorista político con puntos de vista libertarios.

Comenzó publicando artículos en diversas publicaciones, hasta llegar a ser redactor jefe del *National Lampoon's Lemmings* (una revista de humor en la que comenzaron a forjarse otros humoristas como Jhon Belushi, Chevy Chase, Christopher Guest. En esa época escribió *National Lampoon's High School Anuario 1964* con Douglas Kenney que más tarde fue utilizado en parte del guion de la película *Animal House* (titulada en España: *Desmadre a la Americana*).

La gran mayoría de sus artículos son humorísticos y satíricos (varios de estos y

otros artículos se han convertido, posteriormente, en libros, como es el caso de *Como conducir rápido, borracho y hasta las cejas de drogas*, artículo publicado en 1979 que sirvió de base para el último libro de este autor publicado en España *Cómo conducir drogado a toda velocidad y otros ensayos* (también publicado con el título de “Alucinaciones de un reptil americano”).

Se traslado a Hollywood para escribir guiones, pero al poco se marchó a Nueva York, donde fue fichado por la revista que le daría más fama, *Rolling Stone*, aunque también ha colaborado, en distintos momentos de su vida, con las publicaciones: *Esquire*, *Car and Driver*, *The Wall Street Journal*, *Time*, *Vogue*, *Vanity Fair* y *Play Boy* —en esta última publicación comenzó a escribir una serie de artículos que posteriormente se convirtieron en *Como tener la casa como un cerdo (guía del perfecto soltero)*, tal vez el más conocido de sus libros en España.

# Notas



[1] *Cooperative for American Remittances Everywhere*: organización que envía ropas, alimentos, libros, etc., a personas necesitadas en otros países. *N. de los T.*) <<

[2] *Occupational Safety and Health Agency: Agencia de Seguridad y Salud Laboral. N. de los T.) <<*

[3] *Delta Force: Fuerzas antiterroristas norteamericanas. N. de los T.) <<*

[4] *Agency for International Development: Agencia para el Desarrollo Internacional. N. de los T.) <<*

[5] *Federal Trade Commision: Comisión Federal de Comercio. N. de los T.) <<*

[6] *Department of Trade: Ministerio de Comercio. N. de los T.) <<*

[7] Baile de los años cuarenta. *N. de los T.*) <<

[8] La palabra *sin* significa, en inglés, pecado. *N. de los T.) <<*



[9] *Sé que os habrá escandalizado*  
*Este uso del participio pasado. <<*

[10] WASPs: Protestantes anglosajones de raza blanca. *N. de los T.*) <<

[11] *Drug Enforcement Agency: Servicio Antidroga. N. de los T.) <<*

[12] En español en el original. *N. de los T.*) <<

[13] En español en el original. *N. de los T.*) <<

[14] *Shoppe* es una forma antigua y pintoresca de *shop*, tienda. *N. de los T.*) <<